

FIÓDOR DOSTOYEVSKY



**STEPANCHIKOVO
Y SUS MORADORES**

Lectulandia

Inicialmente concebida como obra de teatro y finalmente publicada en 1859 en El Mensajero. Si bien es una obra menor, tiene el interés ciertos matices cómicos, no habituales en el autor.

Narra la visita de Sergei Alexandrovich a su tío, el coronel y terrateniente Yegor Ilich en Stepanchikovo. Una serie de enredos familiares, con una boda urdida a varias bandas, nos presenta varios personajes característicos del país y de la época; y sobre todo a Fomá Fomich, personaje inmundo y ejemplo de manipulador.

Stepanchikovo y sus moradores, publicada en 1859, no es una novela «típica» de Dostoievski. En ella no encontrará el lector un descenso a los infiernos de la psique, pero tampoco una mera comedia de las de tartas a la crema. Es una comedia muy divertida, sin duda, en la que Dostoievski crea uno de los personajes más singulares e inolvidables de la historia: Fomá Fomich, el resentido, tal vez el protagonista más odioso de la literatura mundial (a veces dan ganas de estrangularlo) es un hombre absurdo que se da ínfulas de erudito y pone la vida de los habitantes de Stepanchikovo literalmente patas arriba.

La novela empieza cuando el coronel retirado Yégor Ílich invita a su sobrino a Stepanchikovo para que se case con su niñera, de la cual él mismo está enamorado — si bien, por intrigas familiares e intereses económicos, ha de aparentar rechazarla—; pero, sobre todo, para que le dé una mano en los problemas que ha creado su «ilustre» huésped, autoerigido en «señor de la casa».

Stepanchikovo y sus moradores es la prueba de que Dostoievski es capaz de reír, y el lector —si consigue dominar sus instintos asesinos—, de reír con él.

Mario Muchnik

Lectulandia

Fiódor Dostoyevski

Stepanchikovo y sus moradores

ePub r1.1

FLeCos 11.08.2015

Título original: *Село Степанчиково и его обитатели, Seló Stepánchikovo i yegó obitátyeli*
Fiódor Dostoyevski, 1859
Traducción: Lydia Kúper
Retoque de cubierta: FLeCos

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Personajes

Por el nombre con el que aparecen en la novela:

Anfisa Petrovna (madre de Pável Semiónovich Obnoskin, amiga y confidente de la generala)

Bajchéiev, Stepán Aleksiéievich (un conocido)

Falaley (joven mujik, muy bello)

Fomá Fomich Opiskin (el «amigo de familia»)

Gávril (ayuda de cámara del tío)

la generala Agafia Timoféievna Krajótkina (viuda del general Krajotkin, madre de Yégor Ílich)

Iliusha - Ilia Yégorovich (hijo de Yégor Ílich)

Krajotkin (general difunto, segundo marido de la generala)

Korovkin (filósofo borracho)

Mizínchikov, Iván Ivánovich (primo lejano de Serguéi)

Nasteñka - Nastasia Yevgrafovna (la niñera, hija de Yevgraf Yezhévikin)

Obnoskin, Pável Semiónovich (amigo local, hijo de Anfisa Petrovna)

Perepelítsina - Anna Nilovna (solterona y confidente)

Praskovia Ilínichna (hermanastra de Yégor Ílich)

Sasheñka - Aleksandra Yégorovna (hija de Yégor Ílich)

Serguéi Aleksándrovich (el narrador, sobrino de Yégor Ílich)

Tatiana Ivánovna (parienta demente, rica heredera)

Vidopliásov (lacayo de Fomá Fomich)

Yégor Ílich Rostañev (coronel, hijo de la generala, tío del narrador)

Yezhévikin, Yevgraf Lariónovich (padre de la niñera Nasteñka)

Primera Parte

Introducción

A su retiro del ejército, el coronel Yégor Ílich Rostañev, tío mío, se trasladó a Stepanchikovo, la propiedad que había heredado, y allí se sintió como un terrateniente nativo que jamás hubiese abandonado sus tierras. Hay personas totalmente satisfechas de todo y siempre conformes; así era el coronel retirado. Difícil imaginar hombre más dulce y conciliador. Si alguien le hubiera pedido en serio que lo transportase dos kilómetros sobre sus hombros, es bien probable que lo hiciera; era tan bondadoso que estaba dispuesto a compartirlo todo, no bien se lo pidiesen, hasta su última camisa. Alto y esbelto, de apariencia titánica, mejillas sonrosadas, dientes blanquísimos como de marfil y largos bigotes rubios, tenía voz sonora y risa contagiosa. Solía hablar muy deprisa, a borbotones. Por aquel entonces debía de tener unos cuarenta años, y siempre, desde los dieciséis, había servido en los húsares. Se casó muy pronto, locamente enamorado, pero su esposa murió joven dejándole un recuerdo imperecedero y agradecido. Habiendo recibido la hacienda de Stepanchikovo en herencia, lo que aumentaba sus bienes en seiscientos siervos, abandonó el servicio militar y se instaló en la finca con sus hijos: Iliusha, de ocho años, cuyo nacimiento causó la muerte de su madre, y su hija de quince, Sasheñka, que al quedar huérfana ingresó en un liceo de Moscú.

Poco después, la casa del tío pasó a ser como el arca de Noé. He aquí cómo.

Cuando mi tío recibió su herencia y se retiró del ejército, hacía ya dieciséis años que su madre, viuda y vuelta a casar con un cierto general Krajotkin, volvió a enviudar. Mi tío, por su parte, que en ese momento todavía era un simple corneta, tenía la idea de volverse a casar también él, pero su madre tardó mucho en bendecir su proyectada nueva boda; derramó lágrimas amargas y lo acusó de ser egoísta, ingrato, irrespetuoso; le demostró que él no poseía suficientes medios —sólo doscientas cincuenta almas— para mantener a su mamaíta con todo su estado mayor de aprovechadas, perros, gatos siameses y demás; y, en medio de esos reproches, censuras y quejas, a sus cuarenta y dos años y antes que su hijo, fue ella quien se casó, para gran asombro de todos, con el general Krajotkin. También entonces halló un pretexto para acusar a mi pobre tío, diciendo que se casaba sólo por tener un refugio en su vejez, refugio que el hijo egoísta y desconsiderado que se atrevía a pensar en casarse nuevamente, le negaba.

Jamás pude averiguar la verdadera causa que movió a un hombre aparentemente tan razonable como el difunto general Krajotkin, a casarse con aquella viuda de cuarenta y dos años. Sospechaba, al parecer, que tenía dinero. Otros suponían que,

presintiendo el cúmulo de males que lo afectaría al cabo de varios años, necesitaría una enfermera. Sólo se sabe que nunca tuvo el mínimo respeto por ella, de quien se burlaba sarcásticamente en cada ocasión propicia.

El general Krajotkin era un hombre extraño, poco culto pero listo, que despreciaba a todos y a todo. De viejo, por enfermedades adquiridas a lo largo de una vida viciosa y corrupta, su carácter se hizo irritable, agrio y cruel; carecía por completo de principios morales. Su paso por el ejército fue bueno, pero debido a un «desagradable incidente» tuvo que pedir el retiro, evitando a duras penas un juicio y perdiendo su pensión. Eso lo enfureció. Casi sin medios, pues sólo poseía unos cien siervos completamente arruinados, se cruzó de brazos y el resto de su vida, doce años, lo pasó sin preguntarse de qué vivía y quién lo mantenía. Pese a lo cual se mostraba exigente en todo cuanto se refería a sus condiciones de vida, no limitaba sus gastos y se desplazaba en carroza. Poco tiempo después fue incapaz de andar y pasó los últimos diez años sentado en unos confortables sillones, mecidos, cuando era preciso, por dos forzudos lacayos que sólo oían de su boca diversos y variados insultos. La carroza, los lacayos y los sillones eran costeados por el hijo poco respetuoso que enviaba a su mamaíta lo último que tenía, hipotecando una y otra vez su hacienda, privándose él y privando a su familia de lo más indispensable; y contrayendo deudas casi imposibles de pagar en su situación económica. Aun así, su renombre de hijo egoísta e ingrato no dejaba de seguirlo. Era sin embargo tal el carácter de mi tío, que acabó creyéndose efectivamente un egoísta y, por eso, y para castigarse, enviaba cada vez más y más dinero. La generala veneraba a su esposo, aunque lo que más le gustaba era que fuera general y ella, por matrimonio, generala.

Disponía de la mitad de la casa donde vivían, y durante la semiexistencia de su marido estuvo rodeada de gorriones, comadres de pueblo y gente fiel a su persona. En aquel pueblecito era un personaje importante. Los chismes, las invitaciones a ser madrina de bautizos o bodas, el juego de cartas por sumas insignificantes y el respeto general por ser generala, la compensaban con creces de la opresión doméstica. Las cotillas chismosas del pueblo venían a verla para informarla de todo cuanto sucedía; siempre y en todas partes ocupaba el primer puesto; en una palabra, extraía de su generalato cuanto podía. El general no intervenía para nada en todo eso, pero delante de la gente se burlaba cruelmente de su esposa, preguntándose a sí mismo: «¿Por qué me casé con esta beata especialista en hostias?». Nadie se atrevía a contradecirlo.

Poco a poco sus conocidos lo fueron abandonando, pero él necesitaba estar acompañado: le gustaba charlar, discutir, tener siempre un oyente. Era un liberal y un ateo de los de antes, y por ello prefería tratar temas de profundo significado.

Mas a los habitantes de aquella pequeña villa no les interesaban aquellos temas profundos y su número disminuía más y más. Intentaron recurrir al whist-preference en casa, aunque para el general el juego acababa habitualmente con tales crisis de rabia que su esposa y sus allegadas, horrorizadas, encendían velas, celebraban misas, recurrían a diversos sortilegios, repartían pan en los presidios y esperaban temblando

la tarde cuando era preciso organizar una nueva partida de whist-preference y recibir por cada error gritos, chillidos, insultos y, casi, casi, golpes. Cuando había algo que no gustaba al general nadie podía contenerlo: chillaba como una vulgar mujeruca, blasfemaba como un cochero y, a veces, rompía y tiraba los naipes al suelo, echaba fuera a los jugadores, llegaba a llorar de fastidio y rabia cuando le daban una carta por otra. Finalmente, perdida casi la visión, necesitó un lector. Y fue cuando apareció Fomá Fomich Opiskin.

Admito que anuncio a este nuevo personaje con cierta solemnidad. Es, sin duda alguna, uno de los más importantes de mi relato. No pienso explicar al lector hasta qué punto tiene derecho a su atención, será mejor y más posible que lo decida por sí mismo.

Fomá Fomich apareció en casa del general en busca de un pedazo de pan. Su lugar de procedencia era un misterio, aunque yo, desde ya sea dicho, algo averigüé de tan notorio personaje. Se decía, en primer lugar, que había sido funcionario no se sabe dónde y que fue víctima de alguna persecución —naturalmente «por decir la verdad»—; que en Moscú se dedicó un tiempo a la literatura, cosa nada extraña ya que la crasa ignorancia de Fomá Fomich no podía obstaculizar su carrera literaria. Lo único cierto es que no consiguió nada y se vio obligado a trabajar para el general como lector y víctima. No había humillación que no soportara por un mendrugo. Es cierto, sin embargo, que, una vez muerto el general, Fomá pasó a ser de pronto e inesperadamente un personaje muy importante y destacado, afirmando en reiteradas ocasiones que su trabajo de bufón era un generoso sacrificio que hacía por gratitud, que el general había sido su bienhechor, un gran hombre por nadie comprendido, que sólo a él, a Fomá, había confiado los secretos más íntimos de su alma y que si él, Fomá, personificaba, cuando el general lo exigía, diversos animales y otras cosas, lo hacía con el único fin de distraer y alegrar a su amigo, que sufría de tantos males.

Sin embargo, las palabras y explicaciones de Fomá resultan muy dudosas, ya que ese mismo Fomá, todavía siendo bufón, desempeñaba un papel muy diferente para la mitad femenina de aquella casa. Es difícil imaginar, para un no especialista en semejantes cuestiones, cómo pudo conseguirlo. La generala sentía por él un respeto místico. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Fue conquistando poco a poco una influencia extraordinaria sobre la mitad femenina de la casa, parecida a la influencia de los diversos Ivanés Yakovlévich y otros sabios profetas y vaticinadores visitados en los manicomios por algunas damas aficionadas a ello. Leía en voz alta libros de piedad religiosa, hablaba de las virtudes cristianas vertiendo lágrimas; contaba los hechos notables de su vida, iba a misa todos los días, inclusive a los maitines, predecía el futuro, sabía interpretar magistralmente los sueños y criticar con gran acierto al prójimo. El general se daba cuenta de lo que sucedía en las habitaciones de arriba y era todavía más cruel con su víctima. Pero el martirio de Fomá avivaba el respeto que sentían por él la generala y las demás habitantes de la casa.

Por fin el general murió; su muerte fue bastante original. El liberal y ateo de antes

se asustó de modo increíble. Lloraba, se arrepentía, rezaba ante las sagradas imágenes, llamaba a los popes, se celebraban misas, le daban la extremaunción. El pobre gritaba que no quería morir y, entre lágrimas, hasta pedía perdón a Fomá. Esto último permitió a Fomá jactarse más aún. Sin embargo, antes de que el alma del general abandonara su cuerpo, ocurrió lo siguiente. La hija del primer matrimonio de la generala, mi tía Praskovia Ilínichna, una solterona que siempre había vivido en la casa del general —una de sus víctimas predilectas, que estuvo durante sus diez años de invalidez atendiéndolo en todo cuanto necesitaba y que era la única, por su carácter simple y bondadoso, en contentarlo—, se acercó a su cama llorando amargamente para arreglar la almohada del sufriente. Pero el sufriente tuvo tiempo de agarrarla por los pelos y tirar de ellos tres veces casi echando espuma por la boca. Diez minutos después murió.

Avisaron al coronel, aunque la generala declaró que no quería verlo, que prefería morir antes que permitirle presentarse en aquellos momentos. El entierro fue espléndido, a costa, naturalmente, del irrespetuoso hijo a quien no quería ver.

En la miserable aldea de Kniasev, perteneciente a varios terratenientes depauperados y donde el difunto general poseía alrededor de cien siervos, se alza un mausoleo de mármol blanco todo cubierto de inscripciones que loan la inteligencia, el talento, la nobleza espiritual del general, así como sus méritos militares. Fomá Fomich participó muy activamente en la redacción de los panegíricos. Durante mucho tiempo la generala se negó a perdonar al hijo desconsiderado. Entre gritos y sollozos, rodeada por sus numerosas gorronas y cachivaches, habría preferido comer sólo pan seco «regado con sus lágrimas», antes que ceder a los ruegos de su hijo indócil de que se trasladara a Stepanchikovo; mejor pedir limosna bajo las ventanas que trasladarse a la casa de su hijo; y afirmaba también que su pie jamás pisaría esa casa. Dicho brevemente: la palabra «pie», utilizada en ese sentido, es pronunciada con gran énfasis por algunas señoras, pero la generala la decía de manera artística, magistral... Quiero decir que la elocuencia, sí, se prodigó en cantidades increíbles, pero durante esos lloros se iba preparando con sigilo el traslado a Stepanchikovo. El coronel agotó todos sus caballos recorriendo casi a diario los cuarenta kilómetros que separaban Stepanchikovo de la villa donde vivía su madre; fue sólo a las dos semanas de muerto el general cuando se le permitió presentarse ante los ojos ofendidos de su progenitora. Para las negociaciones fue utilizado Fomá Fomich.

A lo largo de aquellas dos semanas reprochó y avergonzó al hijo desobediente por su conducta «inhumana», y llegó hasta hacerlo llorar de pena y desesperación. De entonces data la influencia despótica e incomprensible de Fomá Fomich sobre mi pobre tío. Fomá comprendió con qué persona se las tenía que ver y se dio inmediata cuenta de que su papel de bufón había terminado y que también él, a falta de otro, podía ser un hidalgo. ¡Y bien que se resarcía del tiempo perdido!

—¿Cómo se sentiría usted —le decía Fomá— si su madre, la causante de que usted viva, tomara un bastón en sus manos temblorosas y reseca por el hambre y se

pusiera a mendigar de verdad? ¿No sería monstruoso, teniendo en cuenta, en primer lugar, su categoría de generala y, en segundo lugar, sus virtudes? ¿Cómo se sentiría usted si ella se equivocase y llegara por error bajo sus ventanas —todo puede suceder— y tendiera su mano mientras usted, su hijo, descansara en un lujoso lecho de plumas y... rodeado de lujo? ¡Terrible, terrible! Pero lo peor de todo, permítame coronel que le hable francamente, es que lo veo insensible como un muro de piedra, con la boca abierta y la mirada perdida, lo cual resulta hasta indecente, puesto que la simple suposición de semejante caso lo obligaría en realidad a tirarse del pelo hasta arrancarlo y deshacerse en lágrimas hasta llenar con ellas arroyos..., ¿qué digo arroyos?, ¡ríos, lagos, mares, océanos de lágrimas!...

En una palabra, Fomá, llevado por su exceso de elocuencia, empezó a divagar. Ésa era la única salida que invariablemente tenía su fogosidad. El asunto acabó como era de esperar. La generala, con sus mantenidas, perritos, Fomá Fomich y la joven Perepelítsina, su principal confidente, honró, por fin, Stepanchikovo con su presencia. Decía que no iba sino a probar vivir con su hijo, para estar segura de su comportamiento. ¡Puede uno imaginarse la situación del coronel mientras comprobaban su conducta!

Al principio, como viuda reciente, la generala consideraba que su deber era mostrarse desesperada dos o tres veces a la semana al recordar a su general irremediamente perdido; y ocurría siempre, en esos casos —vaya uno a saber por qué—, que las culpas recaían en el coronel. A veces, sobre todo si había visitas, llamaba a su nieto —el pequeño Iliusha— y a Sasheñka —de quince años—, los hacía sentar a su lado, los miraba largamente con ojos doloridos y tristes, como hijos perdidos de «semejante padre», lanzaba profundos y dolorosos suspiros y acababa deshaciéndose en lágrimas silenciosas, inexplicables, una hora por lo menos. ¡Mal lo pasaba el coronel si no sabía comprender esas lágrimas! Y la verdad es que el pobre casi nunca las comprendía y debido a su ingenuidad aparecía como a propósito en semejantes momentos lacrimosos y era sometido, lo quisiera o no, a un nuevo examen. Sin embargo su respeto filial no disminuía, podía llegar más bien a su más alto grado.

Dicho brevemente, tanto la generala como Fomá Fomich se dan cuenta de que la tormenta que los estuvo amenazando durante tantos años durante la vida del general Krajotkin ha pasado y jamás volverá. A veces, sin ton ni son, la generala se desmaya en el diván. Cunde la confusión, el pánico. ¡El coronel destrozado tiembla como una hoja!

—¡Hijo cruel! —Grita la generala cuando recobra el conocimiento—. ¡Has destrozado mis entrañas... mes entrailles, mes entrailles!

—¿Pero cómo pude, mamaíta, destrozarte sus entrañas? —Objeta tímidamente el coronel.

—¡Las destrozaste! ¡Las destrozaste! ¡Intentas justificarte! ¡Me estás faltando al respeto! ¡Hijo cruel! ¡Me muero!

El coronel está hundido.

Pero la generala revive siempre. Y media hora después el coronel explica a un amigo sujetándolo por un botón:

—Debes tener en cuenta, mi querido amigo, que es una grande dame, ¡una generala! Una viejecita buenísima... Pero está acostumbrada a todo lo refinado... No como yo, que soy un patán. Ahora está enfadada conmigo y, naturalmente, la culpa es mía. Aunque la verdad, amigo, no sé todavía cuál es mi culpa, pero es evidente que la culpa es mía...

A veces la solterona Perepelítsina, un ser más que maduro, siempre enfurruñada, sin cejas, con peluca, ojitos pequeños y lascivos, labios delgados como un hilo y que se lavaba las manos con salmuera de pepinos, consideraba su deber sermonear al coronel.

—Es que usted no es respetuoso, usted es un egoísta e insulta a su señora madre, y por eso ella se enfada, no está acostumbrada a ser tratada de ese modo. Ella es generala y usted no pasa de coronel.

—Esa señorita —explica el coronel a su oyente—, Perepelítsina, es una excelente persona, siempre a favor de mi madre. ¡Una señorita como pocas! No pienses que es una gorrana, ni mucho menos, también es hija de un teniente coronel... Ya ves.

Pero todo lo dicho no era más que el comienzo, lo peor estaba por venir. La generala, capaz de tales tretas, temblaba como un ratón ante Fomá Fomich, su anterior bufón. Estaba plenamente conquistada por él. No respiraba sin él, oía con sus oídos, veía con sus ojos. Uno de mis primos, también húsar retirado, todavía joven, que por el mal estado de su situación vivió algún tiempo en la casa del tío, me dijo con toda claridad y franqueza que la generala mantenía relaciones íntimas con Fomá Fomich. Como es lógico, rechacé indignado esa suposición como algo tosco y simple. Había en esa relación algo distinto que sólo cabría explicar haciendo comprender al lector el carácter de Fomá Fomich, tal como yo mismo lo comprendí después.

Imaginaos a un hombre mezquino, insignificante y pusilánime, un aborto de la sociedad a quien nadie necesita, inútil, asqueroso, repulsivo, pero dotado de un amor propio inmenso, carente, además, de toda capacidad de justificar de algún modo su enfermiza presunción. Os prevengo de antemano que Fomá Fomich es la personificación de una vanidad ilimitada, pero al mismo tiempo peculiar; es decir que posee, como suele suceder en casos semejantes, un orgullo ofendido, agraviado por fracasos anteriores, infectado hacía mucho, mucho tiempo, lleno de odio y envidia hacia todos aquellos que triunfan. De por sí se entiende que todos esos sentimientos se presentan aliñados con la más descarada susceptibilidad, la suspicacia más delirante. Cabe preguntarse cómo se origina semejante amor propio, teniendo en cuenta la absoluta insignificancia de esas personas tan lastimosas que por su propia posición social deberían saber cuál es su puesto. Difícil pregunta. ¡Quién sabe si hay excepciones y si una de ellas no será Fomá Fomich!

Y, en efecto, él es una excepción de la regla, lo que se verá más adelante. Cabe

preguntar, sin embargo, si estáis seguros de que los resignados a reconocer su papel de bufones, gorriones y aprovechados han renunciado a todo amor propio. No olvidéis la envidia, los chismes, los soplones, las denuncias, los misteriosos susurros en rincones ocultos que tenéis casi a vuestro alcance, sentados a vuestra mesa... Quién sabe si en algunos de esos vagabundos, esos humillados por el destino, esos bufones e histriones vuestros, siempre sometidos y despreciados, el amor propio no cobra mayor fuerza a causa de esa misma humillación, por su papel de bufones e histriones, por su sumisión obligada y humillante. Quién sabe si, al principio, un orgullo tan deforme no es un falso sentimiento de dignidad propia, ofendida tal vez ya en la infancia por la miseria, la opresión y el desprecio todavía en la casa paterna, condenándolos a una vida errante.

Había dicho, además, que Fomá Fomich era una excepción de la regla general. Y es verdad. En otros tiempos se había dedicado a la literatura, pero no tuvo éxito y salió defraudado; la literatura es capaz de hundir a muchos, no sólo a Fomá Fomich —cuando no es reconocida, naturalmente—. No lo sé, pero supongo que tampoco antes de meterse a literato había conseguido nada en sus anteriores empresas, que sólo había recibido papirotazos en lugar de salarios o, tal vez, algo peor. Entonces no lo sabía, pero más tarde averigüé que en Moscú había escrito una novelita muy parecida a las que se publicaban por decenas en los años treinta como, por ejemplo, Liberación de Moscú, El atamán Bur, Hijos del amor o Los rusos en el año 1104 y cosas así, que proporcionaban en aquellos tiempos un grato alimento al ingenio burlón del barón Brambeus^[1]. Todo ello ocurría, naturalmente, hace tiempo. Pero la tentación del orgullo literario resulta a veces muy profunda e incurable, sobre todo para las personas insignificantes y estúpidas. Fomá Fomich quedó defraudado desde su primer intento literario, y ya entonces se incorporó definitivamente a la enorme multitud de desengañados, de quienes provienen todos los vaticinadores, peregrinos y beatos. A partir de aquello, pienso yo, nació en él la jactancia, la indecente necesidad de ser alabado y distinguido, de ser objeto de admiración y de causar asombro. Ya cuando oficiaba de bufón consiguió que un grupo de idiotas lo veneraran. En todas partes necesitaba prevalecer sobre todos, profetizar, distinguirse de los demás y alabarse. Si alguien no lo alababa, él mismo lo hacía. En Stepanchikovo, en casa de mi tío, le oí decir cuando ya era el amo y absoluto profeta: «No estaré aquí mucho tiempo con vosotros —dicho con voz misteriosa y grave—. No pertenezco a este mundo. Arreglaré aquí las cosas, os enseñaré, educaré y después os diré adiós. Me iré a Moscú y editaré una revista. Para oírme, asistirán a mis conferencias treinta mil personas cada mes. Mi nombre será famoso y, entonces, ¡muy mal lo pasarán mis enemigos!».

Pero mientras el genio se disponía a ser famoso, exigía recompensa inmediata. En general es muy agradable recibir el pago adelantado y, sobre todo, en este caso. Sé que había convencido a mi tío de que él, Fomá, estaba destinado a una gran proeza, proeza reservada para él a la que lo obligaba un hombre con alas, que se le aparecía

por las noches, o algo parecido. Decía que su deber era escribir una obra de profundísimo significado, reconfortante, piadosa, que sería como un terremoto y repercutiría en toda Rusia, y que cuando retumbase en toda Rusia, él, Fomá, desdeñaría su gloria y se retiraría a un monasterio y, en las cuevas de Kiev, rezaría día y noche por la felicidad de su patria. Todo eso sedujo a mi tío.

Imagínense ahora el efecto que esto habrá tenido en un Fomá, literato desengañado, oprimido y abatido y, tal vez, apaleado, un Fomá secretamente voluptuoso y soberbio, un Fomá bufón por un trozo de pan, un Fomá déspota en el fondo a pesar de toda su anterior insignificancia y debilidad, un Fomá fanfarrón y descarado; un Fomá de pronto lleno de gloria y fama, alabado y mimado por una protectora idiota y un protector siempre conforme en cuya casa vivía al cabo de un largo período ambulante... Al hablar del carácter del tío debo ser más explícito; si no lo hago resultaría incomprensible el éxito de Fomá Fomich. Mientras tanto diré que en Fomá se hizo real el siguiente proverbio: «Si lo sientas a la mesa, pondrá los pies en ella». ¡Bien que recuperó el tiempo perdido! Un espíritu vil, una vez redimido de la opresión, se vuelve él mismo opresor.

Fomá había sido oprimido y había sentido de inmediato la necesidad de oprimir; se habían burlado de él y también él se burló de otros. Había sido bufón y él mismo se rodeó de sus propios bufones. Se jactaba hasta lo absurdo, se emperraba en lo imposible, exigía leche de pájaros, su tiranía carecía de límites y consiguió que las buenas gentes, aun sin haber sido testigos de sus felonías, con sólo conocerlas, las consideraran alucinaciones maléficas, se persignaran y escupieran.

He hablado ya de mi tío. Pero si no explico su maravilloso carácter (lo repito), no se comprenderá la descarada entronización de Fomá Fomich en casa ajena; no se comprenderá esta conversión del bufón en un gran personaje. Mi tío, bondadoso en extremo, pese a su apariencia algo tosca era un hombre de refinada delicadeza, de gran nobleza y valentía probada. Me sirvo de la palabra «valentía» con plena seguridad: no había obstáculo para él si debía cumplir una obligación, un deber. Su alma era pura como la de un niño, y a sus cuarenta años era realmente un niño, muy expansivo, siempre alegre, que consideraba ángeles a todos, que se culpaba a sí mismo de los defectos ajenos y exageraba las buenas cualidades de los demás, aun donde no existían. Se lo podía incluir entre las personas nobles y castas que llegan a avergonzarse de sospechar algo malo en los otros, y que se apresuran a dotarlos de todas las virtudes, que se alegran de los éxitos ajenos y viven constantemente en un mundo ideal; y si en ese mundo tiene lugar un fracaso se culpan ante todo a sí mismos. Su vocación era sacrificarse por los demás.

Algunos lo habrían calificado de pusilánime, débil, falta de carácter. Es evidente que era débil y demasiado blando de carácter, pero no por falta de firmeza sino por su temor a ofender, a ser cruel, por exceso de respeto hacia los otros, hacia el ser humano en general.

Diré de paso que era pusilánime y débil cuando se trataba de sus propios

intereses, intereses que desdeñaba totalmente, por lo cual fue siempre objeto de burlas, hasta por parte de aquellos por quienes los desdeñaba. Y digamos de paso que jamás creyó que tuviera enemigos; sin embargo los tenía, aunque no se daba cuenta de su existencia. Temía como al fuego oír ruidos y gritos en su casa; en esos casos cedía de inmediato a todos y se sometía por una bonhomía tímida, por delicadeza: «Bueno, pues que así sea», decía muy rápidamente, haciendo caso omiso de los reproches que le hacían por su debilidad y connivencia: «¡Más vale... que todos estén contentos y sean felices!». Ni falta hace decir que siempre estaba dispuesto a recibir toda influencia honorable; es más: podía ocurrir que un hábil sinvergüenza lo engañara fácilmente y lo hiciera participar en algún asunto turbio, presentándose como algo muy decente. A menudo el tío confiaba en los demás y sus errores solían ser frecuentes. Cuando, después de muchos sufrimientos, se convencía, por fin, de que el hombre que lo había engañado era un bribón, se culpaba ante todo a sí mismo, a nadie más.

Imagínense ahora que se instala de pronto en su apacible casa una idiota caprichosa y loca, inseparable de otro idiota, su ídolo —que hasta aquel entonces había temido únicamente a su general, pero que ahora ya no teme a nadie y hasta siente la necesidad de ser recompensada por todo lo pasado—, una idiota a quien el tío se consideraba obligado a venerar por el simple hecho de que era su madre. Empezaron por convencerlo de que era bruto, impaciente, ignorante y, sobre todo, el mayor de los egoístas. Lo curioso es que la vieja idiota se lo creía a pies juntillas. Creo que Fomá Fomich también lo creía, por lo menos en parte. Convencieron al tío de que el propio Dios Todopoderoso le había enviado a Fomá para salvar su alma, apaciguar sus desenfrenadas pasiones y su vanidad; de que era orgulloso, jactancioso de sus riquezas y capaz del pecado de reprocharle a Fomá Fomich que comiera su pan...

—Yo, mi amigo, tengo la culpa de todo —solía decir a algunos de sus amigos, dispuesto a tirarse de los pelos y a pedir perdón—. Hay que tener mucha delicadeza con un hombre al que favoreces... Pero ¡qué digo!... Otra vez tergiverso las palabras; no soy yo quien hace un favor, al contrario, es él quien me favorece viviendo en mi casa, no yo a él... Me acusan de haber dicho que come a costa mía, yo no lo dije pero quizá se me escapase algo semejante... Suele sucederme... Él es un hombre que ha sufrido mucho: durante diez años, olvidando toda ofensa, cuidó de su amigo enfermo... Merece ser recompensado... Y, además, sabe mucho... Es... ¡un escritor! ¡Un hombre cultísimo y de gran nobleza! En una palabra...

La imagen de Fomá, culto y desdichado, bufón de un señor caprichoso y cruel, destrozaba de dolor e indignación el noble corazón de mi tío. Todas las singularidades de Fomá, su vil proceder, mi tío los atribuía a sus padecimientos pasados, a las humillaciones sufridas, a su rencor... En una palabra, un ser dignísimo... En su alma tierna y noble había decidido que a una persona tan castigada por el destino no se le podía exigir lo mismo que a un ser corriente. Además

de perdonarlo, había que curar sus heridas con humildad, devolverle las fuerzas y reconciliarlo con la humanidad. Una vez fijada esa tarea se entusiasmó tanto que perdió completamente de vista que su nuevo amigo era una bestia lujuriosa, un egoísta, un perezoso comodón y sólo eso. Creía sin reservas en la sapiencia y genialidad de Fomá. Olvidé comentar que el tío veneraba las palabras «ciencia» o «literatura» del modo más ingenuo y desinteresado, aunque él jamás había estudiado nada.

Ésa era una de sus más importantes e inocentes singularidades.

—¡Está escribiendo! —Solía decir, andando de puntillas, a dos habitaciones de distancia del despacho de Fomá Fomich—. No sé de qué se trata —añadía con aire misterioso e importante—, pero ha de ser algo tan complicado como un raro brebaje, lo digo en sentido figurado. Alguno lo comprenderá, pero nosotros, tú y yo, alelados quedaremos... Creo que se trata de fuerzas productivas, me lo dijo él mismo. Tal vez diga algo, casi puedo asegurarlo, de política. ¡Será famoso su nombre! Y entonces también nosotros lo seremos. Él mismo, amigo, me lo dijo...

Sé que mi tío, por orden de Fomá, se vio obligado a cortar sus bellas barbas rubias porque con ellas parecía un francés y demostraba poco amor a su patria. Poco a poco Fomá empezó a intervenir en la administración de la hacienda, prodigando sabios consejos de horribles consecuencias. Los campesinos no tardaron en comprender de qué se trataba, quién era el verdadero amo, y se rascaban con fuerza el cogote. Un día fui testigo de una conversación de Fomá con los campesinos. Confieso que la escuché sin ser visto. Antes había oído decir a Fomá que le gustaba hablar con el «listo mujik ruso». Fue a la era, les habló del trabajo en el campo, aunque no sabía diferenciar la cebada del trigo, les habló cariñosamente de las sagradas obligaciones del mujik hacia su señor, se refirió brevemente a la electricidad y a la división del trabajo —temas totalmente desconocidos por él—, les explicó cómo se mueve la tierra en torno al sol y, por fin, emocionado por su propia elocuencia, habló de los ministros. Eso lo comprendí. Cuenta Pushkin que un papaíto procuraba que su hijo de cuatro años aprendiese a decir «papaíto es tan valiente que el zar quiere mucho a mi papaíto»... ¡Bien que necesitaba este papaíto de un oyente de cuatro años! Los campesinos escuchaban siempre servilmente a Fomá Fomich.

—Y tú, padrecito —le preguntó de pronto un viejecito canoso llamado Arjip Korotki, con el evidente propósito de halagarlo—, ¿recibías mucho salario del zar?

Pero a Fomá Fomich la pregunta le pareció familiar y no soportaba las familiaridades.

—¿Y tú, merdoso, para qué quieres saberlo? —respondió, mirando con desprecio al pobre mujik—. ¿Y para qué me alargas tu hocico? ¿Quieres que te lo escupa?

Fomá Fomich siempre hablaba así con el «listo mujik ruso».

—Padre nuestro —intervino otro mujik del mismo grupo—, somos unos ignorantes. Tal vez tú seas comandante o coronel o tal vez excelencia, pero no sabemos cómo llamarte.

—¡Merdoso! —volvió a decir Fomá Fomich, pero ya más benévolo—. Hay salarios y salarios, cabeza de mulo. Algunos son generales pero no reciben nada, eso significa que no lo merecen, que el zar no los necesita. Yo, por ejemplo, cuando servía al ministro cobraba veinte mil, pero no los cogía porque trabajaba para honrar mi nombre, tenía mis propios bienes. Donaba mi salario a los centros de enseñanza y a las víctimas del incendio de Kazán.

—¡Vaya! ¿Entonces fuiste tú, padrecito, quien reconstruyó Kazán? —preguntó admirado el mujik.

En general los mujiks admiraban a Fomá Fomich.

—Sí, también yo participé —respondió Fomá como sin querer, como si le fastidiara hablar «así» a una persona como «aquélla».

Con el tío la conversación con Fomá era distinta.

—¿Cómo era usted antes? —Decía por ejemplo Fomá Fomich, arrellanado en un cómodo sillón después de una comida suculenta; y un criado de pie detrás del sillón debía espantarle las moscas con una rama fresca de tilo—. ¿Cómo era usted antes de que yo apareciese? Ahora, en cambio, sembré en usted una chispa de ese fuego celestial que arde hoy en su alma. ¿Sembré o no sembré en usted esa chispa de fuego celestial? Respóndame. ¿Sembré o no sembré en usted esa chispa?

Lo cierto es que Fomá Fomich no sabía ni él mismo el porqué de su pregunta. El silencio y la confusión de mi tío inmediatamente lo exasperaron. Él, que había sido siempre tan paciente y apocado, ahora estallaba como la pólvora ante cualquier oposición. El silencio del tío le pareció ofensivo e insistió.

—Respóndame, ¿arde o no arde en usted esa chispa?

El tío, confuso, indeciso, no sabe qué responder.

—Me permito recordarle que estoy esperando —dice Fomá ofendido.

—Mais repondez donc, Yégorushka —interviene a su vez la generala, encogiéndose de hombros.

—¿Le pregunto si arde o no en usted esa chispa? —Repite Fomá, condescendiente, al tiempo que toma un bombón de la bombonera que, por orden de la generala, siempre le ponen delante en la mesa.

—¡Te juro, por Dios, Fomá, que no lo sé! —Responde por fin el tío mirándolo desesperado—. Algo así debe haber... Más vale que no me preguntes, a lo mejor digo algo que esté de más...

—Muy bien. Según usted soy tan insignificante que no merezco respuesta. ¿No es eso lo que quería decir? Bueno, pues que así sea, que yo no sea nadie.

—¡Pero si no es así, Fomá! ¿Cuándo dije eso?

—Eso es, precisamente, lo que quiso decir.

—¡Te juro que no!

—Bueno, entonces yo miento, según usted busco intencionadamente un pretexto para reñir, y no importa que eso se junte a todas las demás ofensas, yo lo soportaré todo...

—Mais, mon fils... —gritó la generala asustada.

—¡Fomá Fomich, mamaíta! —Exclama el tío desesperado—. ¡Por Dios os juro que no soy culpable!, tal vez sin querer se me haya escapado algo... No me mires así, Fomá, soy un tonto, me doy cuenta de que lo soy, que a veces digo algo que no corresponde a lo que quiero decir... Lo sé, Fomá, lo sé todo, no me lo digas más —y continúa, agitando la mano—: he vivido cuarenta años, pero hasta que te conocí pensaba siempre que era un hombre... pues... un hombre como se debe ser. Pero hasta ahora no me había dado cuenta de que era más pecador que un chivo, un egoísta de primera, ¡y con tantos pecados que es un milagro que la tierra me aguante!

—¡Sí, en efecto, es usted un egoísta! —Asiente Fomá Fomich satisfecho.

—Sí, ahora también yo comprendo que soy egoísta, pero eso se acabó. Me corregiré, seré mejor.

—¡Dios lo quiera! —Resume Fomá Fomich, que suspira devotamente y se levanta del sillón para dormir la siesta. Fomá Fomich suele descansar después de comer.

Para terminar este capítulo, permitidme hablar de mis relaciones personales con mi tío y explicar cómo me vi de pronto frente a frente con Fomá Fomich, metido, sin saber cómo ni cuándo, en la vorágine de los más importantes sucesos que tuvieron lugar en el bendito poblado de Stepanchikovo. Así pues, pondré fin a mi preámbulo y pasaré directamente al relato.

Cuando quedé huérfano y solo en el mundo, mi tío sustituyó a mi padre, me educó a su costa e hizo lo que no siempre hace el verdadero padre. Desde que me llevó a su lado me encariñé con él; tenía entonces diez años y nos compenetramos perfectamente. Juntos hicimos girar la peonza y robamos la cofia a una señora anciana de mal genio que era pariente nuestra. Até de inmediato la cofia en la cola de una cometa de papel que se perdió en las alturas. Pasados varios años vi a mi tío ya en Petersburgo, donde yo acababa mis estudios, por él costeados. Aquella vez me encariñé con él con todo el ardor de la juventud. Me sorprendió en su carácter una nobleza auténtica, verídica, alegre e ingenua que a todos atraía. Al acabar mis estudios viví algún tiempo en Petersburgo, totalmente libre y convencido —como suele ocurrir a los más jóvenes—, de que dentro de poco haría algo digno de ser admirado, grandioso. No quería abandonar Petersburgo, me escribía con mi tío con poca frecuencia y casi siempre cuando necesitaba dinero, que él jamás me negaba. Mientras tanto había oído a un criado del tío, de paso por Petersburgo, decir que en Stepanchikovo ocurrían cosas sorprendentes.

Esos primeros rumores me interesaron y extrañaron. Escribí a mi tío con más frecuencia, pero sus respuestas pecaban por ser, como siempre, extrañas y confusas y en cada carta procuraba referirse únicamente a mis estudios científicos, decía que en ese sentido esperaba de mí muchos éxitos y se enorgullecía de ellos. De pronto, después de un silencio bastante largo, recibí de él una carta sorprendente, distinta de todas las anteriores, llena de extrañas alusiones y de tal cúmulo de contradicciones

que al principio no comprendí casi nada. Me di cuenta, sin embargo, que estaba muy alarmado. Una sola cosa quedaba clara en esa carta: el tío me proponía seriamente, casi me suplicaba, que me casara lo antes posible con una antigua pupila suya, hija de un pobre funcionario provincial llamado Yezhévikin; la joven había estudiado en un excelente centro de Moscú, costado por él, y era en la actualidad la niñera de sus hijos. Decía en su carta que la joven era muy desgraciada, que yo podía hacerla feliz, que por mi parte sería un acto generoso, apelaba a la nobleza de mi corazón y prometía darle una dote. Hablaba, sin embargo, de la dote con cierto misterioso temor y terminaba la carta suplicándome que guardara en el más riguroso secreto todo cuanto me había escrito.

La carta me sorprendió tanto que casi acabé mareándome. ¡No es de extrañar! Semejante propuesta, hecha a un hombre joven como yo, apenas salido del cascarón, no dejaría de impresionarme, aunque sólo fuera por mi romanticismo. ¡Había oído decir, además, que la joven niñera era guapísima! Sin saber qué decisión tomar, escribí de inmediato a mi tío anunciándole que salía para Stepanchikovo. Aunque con la carta el tío me enviaba dinero para el viaje, permanecí en Petersburgo unas tres semanas más, lleno de dudas y hasta de temor.

De pronto y por casualidad encontré en Petersburgo a un antiguo compañero de mi tío, que regresaba del Cáucaso después de haberse detenido en Stepanchikovo. Era un hombre sensato, de edad madura, solterón empedernido. Me habló con indignación de Fomá Fomich y me contó detalles que yo ignoraba por completo. Me dijo que Fomá Fomich y la generala se proponían casar a mi tío con una mujer más que madura, casi desquiciada, de biografía más que extraña y una dote de medio millón; que la generala la había convencido de que serían parientes y la había alojado en su casa; que mi tío estaba desesperado pero que el medio millón de la dote acabaría tal vez por convencerlo. Me contó también que tanto la generala como Fomá Fomich, de mutuo acuerdo, perseguían a la pobre e indefensa niñera de los hijos del tío y procuraban echarla de la casa valiéndose de todos los medios; temían, al parecer, que el coronel se enamorase de ella, si es que no lo estaba ya. Estas últimas palabras me sorprendieron. Pero el amigo de mi tío no podía o no quería darme más detalles. Era parco en palabras y evitaba explicaciones y pormenores. Quedé perplejo. Las noticias contradecían tanto la última carta de mi tío que decidí no perder más tiempo y salir para Stepanchikovo no ya con el fin de consolar y ayudar a mi tío sino, dentro de lo posible, para salvarlo, es decir, echar a Fomá, impedir la boda con la más que madura y desquiciada doncella y, finalmente —puesto que mi conclusión final era que el amor de mi tío no era sino un invento de Fomá—, hacer feliz a una joven desgraciada pero interesante casándome con ella... y todo eso. Fui animándome poco a poco y, como era joven y estaba ocioso, mis dudas cambiaron de rumbo: ardía en deseos de realizar proezas y hazañas. Hasta tuve la impresión de que, con aquel noble sacrificio, demostraría una extraordinaria magnanimidad haciendo feliz a una joven encantadora e inocente. Recuerdo que durante el viaje me sentí muy ufano de mí

mismo. Estábamos en julio, el sol brillaba esplendoroso y alrededor de mí se extendía la infinita amplitud de los campos con el trigo casi maduro... ¡Llevaba tanto tiempo recluido en Petersburgo que tenía la sensación de que sólo ahora veía la luz del día!

El señor Bajchéiev

Me iba acercando al objetivo de mi viaje. Al pasar por B., un pequeño pueblo a unos diez kilómetros de Stepanchikovo, tuve que detenerme en la herrería para reparar la cubierta de una rueda delantera de mi carricoche, que se había roto. Reforzarla para recorrer esos casi diez kilómetros no exigía mucho esfuerzo y decidí por ello no moverme de la herrería hasta que acabaran su trabajo. Al salir de mi carricoche vi a un señor grueso quien, como yo, se había visto obligado a detenerse para que le arreglaran algo en su espléndida calesa. Llevaba ya más de una hora, en medio de un calor insoportable, apremiando con impaciencia a los artesanos que se afanaban junto a su magnífico coche. A primera vista, aquel señor enfadado me pareció un irascible gruñón. Tendría unos cuarenta y cinco años, era de talla media, muy robusto, con el rostro picado de viruela. Su grosor, las mejillas caídas y gruesas, su voluminosa nuez de Adán, testimoniaban su placentera vida de terrateniente. Toda su figura tenía algo de femenino que saltaba de inmediato a la vista. Su ropa era amplia, cómoda, pero nada había en ella a la moda.

No comprendí tampoco la razón de su enfado conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que me veía por primera vez y aún no nos habíamos dirigido la palabra; lo noté, apenas salí de mi carricoche, por su mirada aviesa. Yo, sin embargo, sentí un gran deseo de conocerlo. Por lo que decían sus criados comprendí que venían de Stepanchikovo, de la casa de mi tío; era la ocasión para preguntarle sobre muchas cosas. Alcé un poco la visera y procuré, lo más amablemente que pude, comentar lo molestas que suelen ser las demoras durante un viaje; pero el gordinflón, desdeñoso y descontento, me miró de pies a cabeza, masculló algo ininteligible y me dio la espalda. Aunque esa parte de su persona era sin duda digna de ser contemplada, no cabía esperar ninguna conversación agradable.

—¡Grishka! ¡No gruñas por lo bajo si no quieres ser azotado!... —gritó de pronto a su sirviente, como sin percatarse de lo dicho por mí.

El tal Grishka era un sirviente viejo y canoso, de chaquetón largo y larga barba canosa. También él, a juzgar por ciertos gestos, estaba muy enfadado y mascullaba algo con aire sombrío. No tardó mucho en surgir una explicación entre ambos.

—¡Conque vas a azotarme! ¡Chilla todavía más! —gruñó Grishka en voz tan alta que fue oído por todos, aunque parecía hablar para sí, y se apartó indignado para arreglar algo en la calesa.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Chillas todavía más?... ¡Qué insolencia! —gritó el gordinflón súbitamente enrojecido.

—¿Por qué se enfurece usted tanto? ¡No se puede decir nada!

—¿Por qué me enfurezco? ¿Lo oyen? ¡Me gruñe, a mí, y yo no debo enfurecerme!

—¿Por qué voy a gruñir?

—¿Por qué?... Yo sé muy bien por qué: por haberme ido sin comer, eso es.

—A mí eso no me importa. Si no quiere comer, allá usted. No lo riño a usted; hablaba con los herreros.

—¡Con los herreros!... ¿Y por qué los reñías?

—No era a ellos, sino al carruaje.

—¿Y al carruaje por qué?

—Por haberse averiado y que no lo vuelva a hacer.

—Al carruaje... No, es a mí a quien gruñías, y no al coche. Tú eres el culpable y eres tú el que gruñe...

—Pero, señor, ¿a qué viene insistir tanto? ¡Déjeme ya en paz!

—¿Y por qué estuviste todo el camino callado como un pasmarote sin decirme nada? ¡Otras veces hablas!

—Se me metió una mosca en la boca. Por eso no hablaba. ¿No querrá que le cuente cuentos? Llévase para eso a Malania, la que sabe muchos cuentos, ya que tanto le gustan.

El gordinflón abrió la boca para contestar, pero no encontró la respuesta adecuada y guardó silencio. El criado, satisfecho de haber manifestado ante testigos su dialéctica y su influencia sobre el señor, se dirigió a los obreros y les explicó algo, dándose importancia.

Mis intentos de entablar amistad no cuajaban, sobre todo a causa de mi timidez. Me ayudó una circunstancia imprevista. Un rostro somnoliento, sucio y despeinado, se asomó por la ventanilla de un coche sin ruedas que desde tiempos inmemoriales permanecía al lado de la herrería, esperando en vano ser reparado. La aparición provocó una carcajada general. Me explicaron que el hombre de la ventanilla estaba allí encerrado y ahora no podía salir. Se le había pasado el efecto de la borrachera y pedía vanamente que lo sacaran; pidió también que alguien le trajera su herramienta. Todo lo cual divertía enormemente a los presentes.

Hay seres a quienes divierten y hacen reír las cosas más extrañas: las muecas de un mujik borracho, la caída de un hombre en la calle, la riña de dos mujeres, cosas de esa índole les provocan una gracia y una risa inexplicables. El terrateniente gordinflón pertenecía a ese género de personas. Poco a poco su fisonomía, sombría y amenazadora, se fue volviendo alegre y cariñosa y terminó despejándose del todo.

—¡Pero si es Vasíliev! —exclamó—. ¿Cómo se metió allí?

—¡Sí, es Vasíliev, Stepán Aleksiéievich, Vasíliev! —Afirmaron muchas voces.

—Anduvo de juerga, señor —añadió un obrero entrado en años y delgado, de aire pedante y severo, deseoso de ejercer la primacía entre los demás—. Anduvo de juerga y lleva tres días con nosotros escondiéndose de su amo. Ahora pide un escoplo... ¿Para qué lo quieres ahora, cabeza de chorlito, o es que pretendes empeñar lo último que te queda?

—¡Ay, Arjípushka! El dinero es como las palomas, viene volando y volando se

va. ¡Soltadme por Dios! —Rogaba Vasíliev con voz fina y quebrada, asomando la cabeza por la ventanilla.

—¡Estate quieto, estúpido! —le respondió Arjip—. Llevas tres días borracho. Hoy te recogimos al amanecer, da gracias de que te hayamos escondido. Dijimos a Matvéi Ílich que habías enfermado, que «han surgido en nuestro medio diversos males».

De nuevo resonaron las risas.

—¿Dónde está mi escoplo?

—Lo tiene nuestro Zuya. ¡Qué pesado se pone con tanta bebida, Stepán Aleksiéievich!

—¡Je, je, je! ¡Menudo bribón! Así es cómo trabajas en la ciudad. ¡Empeñas los instrumentos! —exclamó el gordinflón, atragantándose de risa. Estaba contento y de muy buen humor—. Un ebanista como él no se encuentra fácilmente en Moscú. Pero siempre se lo ve así, al muy miserable —añadió, dirigiéndose inesperadamente a mí—. Suéltalo, Arjip, tal vez necesite algo.

El amo fue obedecido, quitaron la barra con la que habían bloqueado la portezuela del coche para reírse de él, y Vasíliev apareció a la vista de todos, sucio, desgredado, en harapos. El sol lo hizo parpadear, estornudó y se tambaleó. Se llevó la mano a los ojos como visera y miró en tomo.

—¡Cuánta, cuánta gente! Y ni un bo... borracho... —dijo lentamente y con tristeza, como reprochándose a sí mismo—. ¡Buenos días, hermanos! Os deseo un buen nuevo día.

Otra vez rieron todos.

—¡El nuevo día! ¡Fíjate mejor en lo que ha pasado del día, hombre sin seso!

—¡Vaya cabeza que tienes!

—A mi modo de ver, con una hora basta para empezar a trabajar.

—¡Je, je, je! ¡Qué bien habla! —gritó el gordinflón riendo a más no poder, y de nuevo me miró amistosamente—. Y no te da vergüenza, ¿eh, Vasíliev?

—¡Bebo de pena, señor, de pena! —respondió seriamente Vasíliev agitando la mano, al parecer contento de poder hablar de su pena.

—¿De qué pena hablas, tonto?

—De una que jamás nadie pudo imaginar. Nos traspasan a Fomá Fomich.

—¿A quién? ¿Cuándo? —gritó el gordiflón nervioso.

Di un paso adelante: el asunto me atañía.

—Pues a todos los de Kapitónovka. Nuestro señor, el coronel, Dios le dé mucha salud, quiere donar su dominio natal, Kapitónovka, setenta y cinco almas, a Fomá Fomich. «Es para ti —le dice—, porque tú ahora nada tienes, Fomá Fomich, sólo dos redes para pescar en el lago Ladoga, tus padres nada te dejaron, tu padre...» —seguía hablando con ira Vasíliev, salpicando su relato con malévolos rabia cada vez que se refería a Fomá Fomich— «... tu padre, noble de pura casta del que nadie sabe quién era ni de dónde procedía, vivía igual que tú, a costa de los señores, comía en la cocina

por caridad, pero ahora te doy Kapitónovka, ya serás un terrateniente, un noble, tendrás tus propios siervos, podrás descansar a gusto, ocupar un puesto que deja vacante un noble...».

Pero Stepán Aleksiéievich ya no lo escuchaba. El efecto que le produjo el relato semiebriado de Vasíliev fue extraordinario. Estaba tan irritado que se puso rojo, su nariz de Adán se estremecía y sus ojitos se inyectaron de sangre. Me pareció que a punto estaba de sufrir un ataque.

—¡Sólo eso faltaba! —pronunció casi ahogándose—. ¡El miserable Fomá Fomich, de bufón a terrateniente! ¡Puff! ¡Así se hundan todos! ¡Eh, apuraos y acabad! ¡A casa!

—Permítame una pregunta —dije indeciso, adelantándome a él—. Acaba de mencionar el nombre de Fomá Fomich, creo que se apellida Opiskin, si no me equivoco. Es que yo... tengo razones especiales para interesarme en esa persona y me agradaría saber si lo que ese buen hombre dice es digno de crédito, que su señor, Yégor Ílich Rostañev, quiere regalarle una de sus aldeas; el asunto me interesa en grado sumo y yo...

—Permita que le pregunte —me interrumpió el gordinflón— qué motivos tiene para interesarse en esa persona, como usted la califica; para mí es un canalla diabólico y es así como debe calificarse y no como persona. ¡Esa bestia no es persona ni es nada, es algo hediondo, no persona!

Le expliqué que nada podía decirle sobre esa persona pero que yo era sobrino de Yégor Ílich Rostañev y que mi nombre era Serguéi Aleksándrovich Tal y Cual.

—¿El que estudiaba ciencias? ¡Amigo mío! —exclamó el gordinflón con sincera alegría—. ¡No sabe con qué impaciencia lo esperan! Acabo de estar en Stepanchikovo; me fui sin terminar la comida, cuando servían el pudín. No pude soportar más a Fomá y por culpa de ese maldito reñí con todos... ¡Qué encuentro! Perdóneme, amigo, yo soy Stepán Aleksiéievich Bajchéiev y lo recuerdo así de pequeño... ¡Quién iba a preverlo!... Permítame...

Y el gordinflón se abalanzó a besarme.

Pasados los primeros instantes de emoción, lo acosé a preguntas: la ocasión era excelente.

—¿Pero quién es ese Fomá? ¿Cómo pudo hacerse dueño de la casa? ¿Por qué no lo echan a patadas? Le confieso...

—¿Echarlo? ¿Está usted en sus cabales? Yégor Ílich anda de puntillas ante él. Un día Fomá Fomich ordenó que en vez de jueves fuera miércoles. «¡No quiero que sea jueves, sino miércoles!». Y en aquella semana hubo dos miércoles. No crea que exagero, que me excedo, fue exactamente así... De verdad, una casa de locos...

—Lo he oído decir, pero le confieso...

—Le confieso, le confieso... ¿A qué viene repetirlo? ¿Y qué quiere confesar? Más vale que me pregunte de qué selva salgo... La madre de Yégor Ílich, aunque es una dama muy digna y además generala, creo que ha perdido el juicio, no puede vivir

sin la niña de sus ojos, ese maldito Fomá. Es ella culpable de todo, ella lo metió en la casa y él hizo que perdiera el juicio. Ella, aunque es una «Su Excelencia», ¡se casó con el general Krajotkin a los cincuenta! Ni mencionar quisiera a Praskovia Ilínichna, soltera a sus cuarenta años. Parece una gallina clueca, ¡harto estoy de ella! Lo único que puedo decir es que pertenece al sexo femenino y que por ello se le debe respeto. Como si no bastara, es tía de usted. ¡Puff! Sólo Aleksandra Yegórovna, la hija del coronel, que no ha cumplido aún los dieciséis y es la más lista de todos, no respeta a Fomá. Fue muy divertido oírlo. Una señorita la mar de simpática. Claro que no lo respeta. No olvide que ese Fomá fue el bufón del general Krajotkin y personificaba ante él diversas fieras para tenerlo divertido. Y ese Don Nadie que antes era servidor, ahora es el amo, de bufón pasa a gran señor. Y el coronel, su tío, venera al histrión destituido más que a su padre, pone a ese canalla en un marco, rinde pleitesía a ese pedigüeño... ¡Puff!

—Pero la pobreza no es un vicio... le confieso... permítame preguntarle si es guapo, o inteligente...

—¿Fomá? ¡Como Adonis! —me respondió Bajchéiev con voz que temblaba de rabia. (Mis preguntas parecían irritarlo y empezaba a mirarme con suspicacia.)—. ¡Toda una belleza! ¡Oídmeme buena gente: quiere verlo como un bello ejemplar humano! Se parece, querido mío, a todas las fieras, si es verdad que lo quiere saber. Y si al menos fuese ingenioso, si tuviese gracia el muy canalla, entonces, forzándome, tal vez lo admitiría, pero carece de todo ingenio, creo que ha dado a todos algún brebaje, ese alquimista. ¡Puff! Ya estoy cansado de hablar, mal rayo lo parta. Más valdría que escupa y calle. Me ha puesto usted malo con tanta pregunta. ¡Eh, vosotros!, ¿ya estáis?

—Hay que herrar de nuevo a Voronok —respondió sombríamente Grígori.

—¿A Voronok? ¡Te voy a dar yo un Voronok que te hará recordarme!... Sí, señor mío, le puedo contar unas cosas que le dejarían con la boca abierta hasta el segundo advenimiento... Antes también yo lo apreciaba, ¿me cree? Me arrepiento, me arrepiento de ello, estaba tonto, también a mí me sedujo. Un sabelotodo, lo conoce todo por dentro, las ciencias, me daba a beber unas gotas que casi me llevan al otro mundo. Yo, amigo mío, soy hombre enfermo, obeso. Escúcheme y no hable, usted irá y ya lo verá; acabará por hacer llorar al coronel lágrimas de sangre, pero ya será tarde. En los alrededores todos están enfadados por el maldito Fomá, a todos ofende, sea quien sea, a ninguno respeta, a todos quiere enseñar, predica a todos, se hace moralista el muy pícaro. Presume de sabio, de ser el más listo y dice que sólo a él se lo debe escuchar. «Soy —dice—, un sabio». ¡Y qué, si lo es! ¿Por el hecho de ser sabio ha de destruir a quien no lo es? Y cuando empieza a mortificar con su sabia lengua, blablablá blablablá, es incansable, dan ganas de cortársela y echarla al estercolero, allí podrá hablar cuanto le dé la gana hasta que una corneja se la trague. Es un fanfarrón presuntuoso. Se mete en cosas que no están al alcance de su cabeza. Imagínese que se le ha ocurrido enseñar francés a los siervos. Dice que les conviene a

los mujiks y a los criados. No me crea, si no quiere. ¡Maldito sinvergüenza! ¿Qué necesidad tiene el mujik de conocer el francés? ¿Para qué, me quiere decir? ¿Para bailar la mazurca con las señoritas y cortejar a las casadas? Para mí bastan unos vasos de vodka para hablar en todos los idiomas. Ya ve el aprecio que le tengo al francés. A lo mejor usted también lo habla: «¡ta-ta-ta!, ¡to-to-to!, con la gata el gato se casó» —añadió Bajchéiev mirándome con desprecio e indignación—. Usted, amiguito, ha estudiado, ¿verdad? ¿Se ha dedicado a las ciencias?

—Sí... Me interesan...

—Las habrá estudiado todas...

—Así es, mejor dicho no... le confieso que ahora me interesa más la observación. Estuve todo el tiempo en Petersburgo y ahora tengo prisa por ir a ver a mi tío...

—¿Y quién le mete prisa? Más le valdría quedarse en su casa, si la tiene. Le diré, no irá lejos con sus conocimientos y no hay tío que lo pueda ayudar, caerá en una trampa. ¡En un solo día yo adelgacé, en esa casa! ¿Me lo cree? No, me doy cuenta de que no me lo cree. Bueno, que así sea, no me crea y Dios lo bendiga.

—Por favor, le creo, pero no acabo de comprender —respondí, cada vez más confuso.

—Sí, me cree, ¡pero quien no te cree soy yo! Todos los que habéis estudiado vais de una cosa a otra. Os contentáis con saltar con un pie para pavonearos. No me gustan, amiguito, las ciencias ni los científicos. Me tienen hasta el gorro. Tuve ocasión de tratar a unos cuantos de Petersburgo, todos francmasones, no inspiran confianza, predicán el ateísmo, temen una copa de vodka, como si mordiese. ¡Maldición! Me ha enfadado usted, amiguito, y no tengo ganas de contarle nada. No me ha contratado para que lo divierta con cuentos y ya tengo la lengua cansada. No se puede criticar a todos y es, además, un pecado... Pero Fomá casi volvió loco a Vidopliásov, el lacayo de tu tío...

—Pues yo a ese Vidopliásov —intervino de pronto Grígori, que escuchaba serio y digno la conversación— no pararía de azotarlo. A fuerza de golpes le quitaría toda esa tontería germánica del cuerpo, ¡tantos le daría que ni se podrían contar!

—¡A callar! —gritó de pronto Bajchéiev—. ¡Mantén cerrada la boca! Nadie habla contigo.

—Vidopliásov... —comenté yo totalmente desconcertado y sin saber qué decir. Vidopliásov... un apellido bien raro.

—¿Qué tiene de raro? ¡También usted lo dice! ¡Ay, los sabios, los sabios!

Perdí la paciencia.

—Perdone —dije—. ¿Por qué se enfada conmigo? ¿Qué culpa tengo? Le confieso que llevo media hora escuchándolo y sigo sin saber de qué se trata...

—¿Y por qué, amiguito, se siente ofendido? —respondió el gordinflón—. No tienes ningún motivo. Lo digo por cariño hacia ti. No te fijes en que sea un gritón y haya reñido ahora a mi sirviente. Aunque mi Grishka sea un verdadero canalla, lo quiero, al muy miserable. Me pierde la sensibilidad y el buen corazón y la culpa de

todo la tiene Fomka. Le juro que acabará conmigo. Ahora, por ejemplo, llevo dos horas tostándome al sol por culpa suya. Quise visitar al arcipreste mientras estos memos se ocupaban de la reparación. Es muy buena persona el arcipreste de aquí, pero disgustado con el Fomka de marras ni ganas tenía de ver al arcipreste. ¡Que se vayan todos de paseo! ¡Ni siquiera hay una hostería decente! ¡Todos, unos miserables! ¡No excluyo a ninguno! Y si al menos tuviera alguna categoría especial —continuó Bajchéiev, volviendo a Fomá Fomich de quien, al parecer, no podía liberarse—, entonces se lo podría perdonar, pero no tiene ninguna, sé con certeza que no la tiene. Me ha contado que años ha, a eso de los cuarenta, fue castigado por «decir la verdad» y que por eso debemos rendirle pleitesía, el diablo lo lleve. Si algo lo disgusta, salta del asiento y chilla: «Aquí me ofenden —dice—, ofenden mi pobreza, soy un pobre peregrino, me basta con un pedazo de pan negro». Nos sentamos, aparece y comienza de nuevo a piar. «¿Por qué os habéis sentado a la mesa sin mí? ¿Es que no hay respeto por mi persona?». En una palabra, ¡viva la juerga! Yo, amigo mío, guardé silencio durante mucho tiempo; él se figuraba que le bailarían el agua, pero ¡quía! ¡Ridículas esperanzas! Cuando él iba yo volvía. Con Yégor Ílich fuimos compañeros en el ejército, yo como cadete me retiré pronto y cuando el año pasado vino de visita a mi propiedad habiéndose retirado con el grado de coronel, le dije: «¡Tenga cuidado, no sea condescendiente con Fomá, acabará llorando!». «No —me dijo—, es una persona excelente (¡eso me dijo de Fomá!). Lo considero amigo mío y me enseña morigeración». Nada opuse a sus palabras. Si le enseñaba morigeración, ya estábamos perdidos. Pero hoy, aunque le parezca mentira, empezó a piar de nuevo. Mañana es la fiesta del profeta Ilia —el señor Bajchéiev se persignó—, el onomástico de Iliusha, su hijo. Pensaba pasar el día con ellos, comer allí; había comprado un juguete en la capital, mejor dicho, lo encargué por escrito: el juguete era muy divertido, representaba a un alemán con resorte que besa la mano de su novia y ella con un pañuelo se seca las lágrimas. Ahora tengo al alemán y su nariz partida en el coche, me lo llevo a casa. También a Yégor Ílich le habría gustado pasarlo bien y festejar al niño, pero Fomá lo ha prohibido: «¿Por qué se ocupan de Iliusha y a mí ahora no me hacen ningún caso?». ¿Eh, qué le parece semejante faisán? ¡Tiene envidia de un niño de ocho años! «Pues también yo quiero ser festejado, no importa que sea la fiesta de Ilia, también será el día de Fomá». Lo miro y aguanto. Ahora todos andan de puntillas y meditan susurrando qué hacer. ¿Felicitarse a Fomá por el día del profeta Ilia o no? Si no se lo felicita, puede sentirse ofendido, y si se lo felicita puede creer que se burlan de él. ¡Maldición! Nos sentamos a comer... Pero tú, amiguito, ¿me escuchas o no?

—¡Claro que sí, con mucho placer lo escucho porque gracias a usted ahora sé!... y le confieso...

—¡Con gran placer, eso es! Bien sé de qué placer se trata... ¿No me lo dirás para fastidiarme?

—¿Cómo para fastidiarlo? Al contrario. Además se expresa usted de manera tan

original que hasta me gustaría anotar sus palabras.

—¿Qué quiere decir con eso de «anotar»? —me preguntó el señor Bajchéiev algo asustado, mirándome con desconfianza.

—Bueno, quizás no las anote... lo digo por decir.

—¿No querrás granjearte mi confianza de algún modo?

—¿Qué entiende por «granjearte mi confianza»? —pregunté asombrado.

—Pues sí: ahora la ganas, yo te lo cuento todo como un imbécil y tú, después, me describes en alguna obra.

Me apresuré a explicarle que yo no era así, pero él seguía mirándome con suspicacia.

—¡Dices que no eres así! ¡Quién sabe! A lo mejor eres todavía peor. También Fomá me amenazaba con escribir sobre mí y publicar lo escrito...

—Permítame... —lo interrumpí para cambiar de tema—. ¿Es verdad que mi tío quiere casarse?

—¡Y qué importa si quiere! No estaría mal. Cásate si quieres, si estás tan loco, lo malo no es eso, sino otra cosa... —añadió pensativo—. Hum, lo cierto es que no puedo responderle con certeza. Hay muchas mujeres allí, como moscas alrededor de un tarro de confitura, y vaya uno a saber cuál de ellas quiere casarse. Yo, amiguito, le confieso que la mujer no me gusta. Es mentira cuando dicen que es un pecado que el hombre viva solo, una vergüenza, que perjudica la salvación de su alma. Es cierto que su tío está enamorado como un gato siberiano. No hablaré de eso, usted mismo lo verá, lo malo es que tarda mucho en decidirse; teme decírselo a Fomá y también a su vieja, que chillará, coceará y se la oirá en todo el distrito. La vieja defiende a Fomá, dice que él se disgustará, que con una esposa en casa él no durará allí ni dos días, que la esposa lo echará con sus propias manos y si no es tonta le dará tal fregado que no hallará sitio donde meterse. Por ello Fomá brujulea juntamente con la mamita y procuran seducirlo con la otra... ¿Por qué, amiguito, me interrumpes? Quería contarte lo más importante y ¡me interrumpes! Soy mayor que tú e interrumpir a un viejo no está nada bien...

Le pedí que me excusara.

—¡No te disculpes! Quería exponer a su juicio, señor mío, como hombre culto, la ofensa que me infirió hoy. Emite tu juicio si eres buena persona. Nos sentamos a comer y él, ya desde el principio, casi me devora con la vista; en ascuas estaba, de pura rabia me habría ahogado en una cuchara de agua, ¡el muy víbora! No hay hombre capaz de sentir tanto amor propio. Empezó a meterse conmigo, también a mí quería enseñarme morigeración... «¿Por qué —me pregunta— está tan gordo?», y venga a repetir: «¿Por qué no está delgado y es tan gordo?». Dígame, amiguito, ¿qué le parece semejante pregunta? ¿Tiene algo de ingenioso? Le respondí con gran sensatez: «Dios así lo quiso, Fomá Fomich: unos son gordos y otros delgados; contra la providencia divina el hombre mortal nada puede hacer». ¿Qué le parece mi respuesta? Sensata, ¿verdad? «No —me dice—, tú tienes quinientos siervos, vives sin

hacer nada, a tu gusto, y no prestas ningún servicio a la patria, te pasas la vida metido en casa tocando el acordeón». Y es cierto, cuando me siento triste me gusta tocar el acordeón. Y vuelvo a decirle sensatamente: «¿Qué servicio puedo prestar, Fomá Fomich, en qué uniforme puedo meter mi gordura? Si lo consigo, y por un azar estornudo, volarían todos mis botones en presencia de las autoridades superiores y Dios me ampare si no lo consideran un panfleto... ¿y qué pasaría entonces?». Dígame, amiguito, si dije algo que provoque risa. Pues sí, se reían de mí, ja-ja-ja y ji-ji-ji... y sin parar, olvidado por completo todo pudor... además se le ocurre insultarme en dialecto francés, cochon, me llama. Pero yo comprendo lo que significa: «Ah, maldito alquimista, pienso, ¿supones que soy sordo?». Aguanté mucho, mucho, y ya cansado me levanté de la mesa y delante de toda la gente dije: «He sido injusto contigo, Fomá Fomich, pensé que eras un hombre bien educado, pero resultas ser un cerdo igual a todos», y salí del comedor cuando servían el pudín. ¡A la mismísima os vayáis todos, y también el pudín!

—Perdóneme —dije después de haber escuchado el relato del señor Bajchéiev—, naturalmente, estoy de acuerdo con usted en todo, aunque no sé todavía lo principal... Sin embargo, sobre esto tengo ahora unas ideas propias.

—¿Cuáles son esas ideas, amigo mío? —preguntó con desconfianza el señor Bajchéiev.

—Verá —empecé a decir, algo confuso—, tal vez no sea muy oportuno decirlo ahora, pero si insiste lo diré. Pienso que tal vez ambos estemos equivocados respecto de Fomá Fomich; tal vez todas sus excentricidades oculten un ser particular, e incluso talentoso. ¿Quién sabe? Quizá sea una persona destrozada por el sufrimiento, que se venga de todos. He oído decir que antes fue una especie de bufón, ese oficio lo humilló, lo ofendió, acabó con su dignidad... ¿comprende? Una persona sensible, digna y convertida de pronto en bufón... Y pierde confianza en la humanidad y... y quizá, si se logra que se reconcilie con la gente... tal vez se consiga que se convierta en una persona de especial naturaleza... puede que muy notable y... y... algo tiene ese hombre... ¿no le parece? Debe haber una causa que justifique su dominación sobre los demás. ¿No lo cree?

Me daba cuenta de que me había excedido terriblemente. Podía perdonárseme por ser joven, pero el señor Bajchéiev no me perdonó. Serio y severo me miraba directamente a los ojos y, de repente, enrojeció como un pavo.

—¿Fomá, una persona notable? —preguntó con voz alterada.

—Escúcheme, ni yo mismo creo todo cuanto acabo de decir... no es más que una suposición...

—¿Permite, amigo mío, que le pregunte si ha estudiado filosofía o no?

—¿En qué sentido? —pregunté perplejo.

—No me refiero al sentido, contésteme a la pregunta: ¿ha estudiado o no filosofía?

—Le confieso que me propongo estudiarla, pero...

—¡Es lo que pensaba! —gritó el señor Bajchéiev, dando rienda suelta a su indignación—. Lo había adivinado, amiguito, antes de que usted abriera la boca. ¡A mí no se me engaña! Huelo la presencia de un filósofo a tres kilómetros de distancia. ¡Bétese con su Fomá Fomich! ¡Ha encontrado un ser notable! ¡Puff! ¡Así se hunda todo! Yo creía que era una persona bien intencionada, pero resulta... ¡trae el coche! —gritó al cochero que ya estaba en el coche reparado—. ¡A casa!

Me costó mucho tranquilizarlo; tardó en trocar la ira en clemencia mientras se iba sentando en su coche con ayuda de Arjip y Grígori, de aquel mismo Grígori que había aleccionado a Vasíliev.

—Perdone la pregunta —dije acercándome a su coche—. ¿No piensa volver nunca a la casa del tío?

—¿A la casa del tío? ¡Escúpale a quien se lo diga! ¿Usted cree que soy hombre constante, que aguantaré? Pues no, mi pena y mi dolor es que soy un trapo ¡y no un hombre! Antes de que pase una semana volveré allí. ¿Para qué? Pues mire, no sé para qué, pero iré, volveré a reñir con Fomá. Y ésta es mi pena. Como castigo por mis pecados el Señor me ha enviado a Fomá. Mi carácter es blando, de mujer, carezco de constancia. Soy un cobarde total...

No obstante nos despedimos amigos, hasta me invitó a comer con él.

—¡Ven, amigo, almorzaremos juntos! Tengo un vodka recién llegado de Kiev y mi cocinero aprendió el oficio en París. Te hará una comida de lujo y te chuparás los dedos y terminarás por saludarlo como un gran personaje, el muy canalla. Es hombre culto, pero hace tiempo que no lo azoto, está muy creído... Menos mal que usted me lo hizo recordar... ¡Ven a verme! Lo habría invitado hoy, pero estoy muy débil, caído, sin ánimos y me duelen las piernas. Soy hombre enfermo, fofo. Usted tal vez no me crea... ¡Adiós, mi amigo! Ya es hora de que alce las velas. Su cochecito también está reparado. Dígale a Fomá que procure no cruzar su camino con el mío: soy capaz, si lo hace, de organizar un encuentro tan sentimental que...

No pude oír sus últimas palabras. La carroza enganchada a cuatro espléndidos caballos arrancó en ese instante y desapareció entre nubes de polvo. Tomé asiento en mi cochecito y nos dirigimos de inmediato a Stepanchikovo.

«Claro que ese señor exagera, sin duda —pensé—, está muy enfadado y no puede ser imparcial. Sin embargo, es muy interesante lo que me ha contado del tío. Ya son dos personas que dicen y aseguran su amor por esa joven... ¡Hum! ¿Me casaré o no me casaré?». Esta vez medité muy seriamente.

Mi tío

Confieso que iba algo asustado. No bien entré en el poblado mi sueño romántico me pareció muy extraño, casi tonto. Eran alrededor de las cinco de la tarde. El camino atravesaba el parque de la casa señorial. Volvía a ver, al cabo de muchos años, aquel enorme parque donde habían transcurrido veloces esos felices días de mi infancia con que había soñado muchas veces en los dormitorios de mis escuelas. Salté del coche y me dirigí a la casa señorial, cruzando el parque.

Quería aparecer de pronto, sigilosamente, averiguarlo todo, conocer la situación y antes que nada hablar en confianza con mi tío. Y así fue. Dejada atrás la avenida de tilos centenarios, pasé a la terraza acristalada que daba acceso a las habitaciones interiores. La terraza estaba rodeada de canteros de flores y adornada con macetas de plantas preciosas. Allí encontré a un aborigen, mi viejo ayo Gávril, ahora ayuda de cámara del tío. El viejo se había puesto gafas y sostenía en las manos un pequeño cuaderno que leía con gran interés. Nos habíamos visto en Petersburgo, adonde tres años atrás había ido con el tío, y me reconoció en el acto. Llorando de alegría se abalanzó impetuoso a besar mis manos, y sus gafas cayeron al suelo. Me emocionó mucho esa muestra de cariño, pero inquieto por la reciente conversación con el señor Bajchéiev, me fijé en el sospechoso cuadernito que Gávril tenía en las manos.

—¿Es posible, Gávril, que también a ti te enseñen francés? —le pregunté.

—Sí, padrecito, a mi vejez, como si fuera un gorrión estornino —me respondió tristemente.

—¿Es Fomá mismo tu maestro? —le pregunté.

—Él, padrecito, debe de ser un hombre listísimo, muy sabio.

—Ya lo creo, muy listo. ¿Os enseña conversando?

—Con un cuaderno, padrecito.

—¿El que llevas en la mano? ¡Ah, palabras francesas con letras rusas! ¡Qué astuto! ¿No te da vergüenza, Gávril, hacer caso a un estúpido como él? —grité olvidando en un instante mis benévolas suposiciones sobre Fomá Fomich por las que hacía poco casi me peleé con el señor Bajchéiev.

—¿Cómo va a ser tonto —me respondió el viejo— un hombre que manda sobre nuestros señores?

—¡Hum! Tal vez tengas razón, Gávril —mascullé sorprendido por esa observación—. ¡Llévame a donde mi tío!

—Pero, padrecito, no puedo dejarme ver, no me atrevo. Hasta a él le tengo miedo. Aquí estoy penando, y cuando él pasa me escondo tras el macizo de flores.

—¿Pero de qué tienes miedo?

—Es que la última vez no supe la lección y Fomá Fomich quiso ponerme de rodillas, pero no lo obedecí. Ya soy viejo, Serguéi Aleksándrovich, para que jueguen

así conmigo. El señor se enfadó conmigo por no hacer caso a Fomá Fomich. «Se ocupa de instruirte —me dijo—, barba-gris impertinente, quiere que aprendas a pronunciar bien». Y aquí me tiene estudiando los vocablos. Dijo que esta noche volvería a examinarme.

Me pareció que en todo eso había algo muy raro. Alguna historia debía de haber con eso del idioma francés, que el viejo no sabía explicarme.

—Dime, Gávril, ¿cómo es Fomá? ¿Alto, gallardo?

—¿Fomá Fomich? No, padrecito, es un hombrecito insignificante.

—Hum; tal vez todo se arregle, Gávril, te lo prometo. Pero... ¿dónde está mi tío?

—Detrás de las caballerizas hablando con los mujiks. Han venido los de Kapitónovka para rogarle que no los traspase a Fomá Fomich. Vienen a implorárselo.

—¿Por qué detrás de las caballerizas?

—Tienen miedo, padrecito...

Encontré al tío detrás de las caballerizas, rodeado de mujiks que le hacían profundas reverencias y le imploraban con fervor. El tío, acalorado, les explicaba algo. Me acerqué y lo llamé. Se volvió y nos arrojamos el uno en brazos del otro.

Se alegró muchísimo de verme, su alegría llegaba al éxtasis. Me abrazaba, me apretaba las manos... como si le hubieran devuelto a un hijo, liberado de un peligro mortal, como si yo, con mi llegada, lo hubiese liberado también a él de un peligro mortal y trajese conmigo la solución de todas sus dudas, la felicidad y la alegría para toda su vida y para todos sus seres queridos. El tío nunca consentía ser feliz él solo. Terminados los primeros transportes de alegría, comenzó de pronto a trajinar y acabó cansado y totalmente desorientado. Me atosigó a preguntas, quiso llevarme de inmediato al seno de su familia y allí nos dirigimos, pero cambió de parecer y pensó que era mejor presentarme a los mujiks de Kapitónovka. Recuerdo que después se puso a hablarme, no sé a raíz de qué, de un tal señor Korovkin, hombre extraordinario a quien había encontrado hacía tres días en la carretera y a quien había invitado a su casa. Esperaba su llegada con gran impaciencia. Después dejó de hablar de Korovkin y me habló de otra cosa. Yo lo miraba con placer. Al responder a sus apresuradas preguntas le dije que me gustaría dedicarme a las ciencias en lugar de entrar en el funcionariado. No bien llegamos a ese tema, el tío frunció el ceño y su rostro expresó mucha solemnidad. Al saber que últimamente me gustaba la mineralogía alzó la cabeza y miró con orgullo en torno suyo, como si él fuese el descubridor y el autor, sin ayuda ajena, de toda la mineralogía. Ya he dicho que el tío veneraba la palabra «ciencia» sin ningún interés personal, sobre todo porque nada sabía de ciencias.

«Oye, Serguéi amigo, en el mundo hay gente que lo sabe todo, hasta lo más íntimo —me había dicho un día brillándole de entusiasmo los ojos—. Estás con ellos, los escuchas y, aunque sabes que tú nada comprendes, tu corazón está feliz. ¿Por qué? Porque en todo cuanto dicen hay inteligencia, talento, utilidad, bienestar para todos. Eso sí lo comprendo. Ahora viajo en tren, pero mi Iliusha, tal vez, vuele... También el comercio, la industria, esas ramas, por así decir... o sea que... por muchas vueltas

que le des... son de gran utilidad... ¿no es cierto? Son útiles».

Pero volvamos a nuestro encuentro.

—Espera, amigo mío, espera —empezó a decir frotándose las manos y con voz atropellada—. Vas a conocer a un hombre excepcional, a un científico cuyo nombre pasará a la historia. ¿Verdad que suena bien? «Pasará a la historia». Me lo explicó Fomá... Te lo presentaré.

—¿Se refiere usted a Fomá Fomich?

—No, te hablo de Korovkin... También de Fomá.

Y, de pronto, por alguna razón, enrojeció; pareció confuso en cuanto mencioné a Fomá.

—¿A qué ciencias se dedica, tío?

—¿Korovkin? A todas, querido, a todas en general, no puedo explicarte cuáles, sólo sé que son ciencias. ¡Cómo habla de los ferrocarriles! Y, sabes —añadió en un susurro, entornando con aire significativo el ojo derecho—, intercala también ideas liberales. Lo noté cuando se refería a la felicidad familiar... Es una pena haber oído poco (no tuve tiempo), si no te lo contaría todo seguido. Y, además, es un hombre de altas virtudes morales. Lo invité a pasar unos días en casa y espero su llegada de un momento a otro.

Mientras, los mujiks me miraban con la boca abierta y los ojos desorbitados, como si yo fuera un milagro.

—Espere, tío —lo interrumpí—. Creo que mi presencia estorba a los mujiks. Quieren decirle algo importante. ¿Qué quieren? Le confieso que sospecho algo y me gustaría escucharlos...

El tío, sobresaltado, se puso nervioso y se agitó.

—¡Ah, sí! Me había olvidado. ¿Qué puedo hacer con ellos? Se les ha metido en la cabeza que dejo a Fomá Fomich toda Kapitónovka, con todos ellos dentro; ¿te acuerdas de Kapitónovka?, íbamos allí a pasear con tu finada tía Katia, ya atardecido. «¡No queremos dejarte!», dicen. Bien me gustaría saber quién fue el primero en decirlo.

—Entonces, tío, ¿no es cierto? ¿No deja Kapitónovka? —pregunté casi gritando de entusiasmo.

—¡Ni se me había ocurrido! ¿A quién se lo oíste decir? Una vez se me escapó y desde entonces anda de boca en boca. ¿Por qué no les gusta Fomá? Espera Serguéi, te lo presentaré —añadió mirándome tímidamente, como si presintiese en mí a un enemigo de Fomá Fomich—. Verás, es un hombre...

—¡No queremos a nadie que no sea usted! —Chillaron a coro todos los mujik—. ¡Vosotros sois nuestros padres y nosotros vuestros hijos!

—Escúcheme tío —le dije—. Todavía no conozco a Fomá Fomich, pero... oí hablar de él. Le confieso que hoy me encontré con el señor Bajchéiev, pero tengo mis propias ideas sobre toda esa cuestión. Despida a los mujiks y hablaremos usted y yo sin testigos, a solas. Para eso he venido...

—¡Eso es, eso es! —Me apoyó mi tío—. ¡Dejaremos que se vayan y después hablaremos como amigos, estudiaremos a fondo la cuestión! Bueno —dijo a los mujiks—, marcháos ahora, amigos míos. Y de ahora en adelante venid a verme siempre que me necesitéis, a cualquier hora.

—Eres nuestro padre; y nosotros somos vuestros hijos, no nos entregues a Fomá Fomich. ¡Todos los pobres te lo piden! —Gritaron una vez más los mujiks.

—¡Mira que sois tontos! Ya os dije que no lo haría.

—Es que, padrecito, acabará con nosotros con tanto estudio. Los de aquí bien atormentados están.

—¿Será posible que también a vosotros os enseñe el idioma francés? —exclamé casi asustado.

—No, padrecito, por ahora Dios fue misericordioso con nosotros, por ahora Dios nos protege —respondió uno de los mujiks, un pelirrojo con una gran calva en la nuca y una barbita larga, rala, cuneiforme, que se movía en todas las direcciones cuando hablaba, como si viviera de vida propia—. Por ahora Dios está con nosotros.

—¿Y qué os enseña?

—Lo que nos enseña, señorita, a nuestro entender, es cómo comprar una caja de oro para guardar una moneda de cobre.

—¿Qué significa guardar «una moneda de cobre»?

—¡Serguéi, es una calumnia! —exclamó el tío ruborizado y terriblemente confuso—. ¡Esos tontos no han comprendido lo que les dijo! Habló por hablar... Nada tiene que ver con eso la «moneda de cobre»... Y tú si no entiendes no debes hablar —continuó el tío reprochándole al mujik—. ¡Han querido favorecerte y tú, imbécil, no lo comprendes y gritas!

—¿Y qué hay, títo, con el francés?

—Les enseña la pronunciación, Serguéi, sólo eso —dijo el tío con una voz casi suplicante—. Él mismo dijo que sólo la pronunciación... Además, detrás de todo eso hay una historia especial, tú no la conoces y por ello no puedes juzgar. Mira, sobrino, hay que profundizar en los hechos y después acusar... ¡Acusar es fácil!

—¡Y vosotros por qué permanecéis callados! —Casi grité a los mujiks con rabia—. Debíais decirle claramente que así no, Fomá Fomich, así no se puede, no está bien. ¿O es que no tenéis lengua?

—¿Dónde está el ratón que le puso el cascabel al gato, padrecito? «Ya te enseñé yo —me dijo—, mujik palurdo, a ser limpio y ordenado. ¿Por qué llevas una camisa sucia?». Porque siempre está sudada, por eso. No vamos a cambiarla todos los días. Por ser limpio no resucitarás, por ser sucio no reventarás.

—Pues hace poco fue a la era —intervino otro mujik alto y delgado, lleno de remiendos, con unos laptis completamente desgastados, uno de esos mujiks que están siempre descontentos y guardan como reserva alguna frase venenosa, maléfica; hasta aquel momento había evitado mostrarse, escuchaba en tenebroso silencio con una sonrisa amarga y astuta que no se le borraba del rostro—. Bajó a la era y preguntó:

«¿Sabéis cuántos kilómetros hay hasta el sol?». ¡Cómo vamos a saberlo! No es un saber para nosotros sino para los señores. «No, dice, tú eres un tonto, un patán, no sabes lo que te conviene; yo, dice, soy astrólogo; conozco todas las planidas del cielo».

—¿Y te dijo cuántos kilómetros hay hasta el sol? —intervino el tío, muy animado y guiñándome alegremente el ojo, como diciendo: «¡No te pierdas lo que viene!».

—Sí, lo dijo, parece que muchos —respondió de mala gana el mujik, que no esperaba la pregunta.

—Pero ¿cuántos dijo, cuántos?

—Su señoría lo sabe mejor, nosotros somos unos ignorantes.

—Yo, hermano, lo sé, pero ¿tú te acuerdas o no?

—Pues decía que habría varios cientos o miles. Muchos, según dijo. No bastarían tres carros.

—Pues tenlo bien en cuenta, hermano. Tú creías, tal vez, que podrías alcanzarlo con la mano. No, hermano, la tierra es redonda como una bola, ¿comprendes? —siguió diciendo el tío, trazando con las manos una especie de globo.

El mujik sonrió amargamente.

—¡Sí, es como un globo! Está en el aire y así se mantiene y gira alrededor del sol que permanece quieto, sólo parece que se mueva. ¡Ya ves qué cosas! ¡Y todo esto lo descubrió el capitán Cook, el navegante!... ¡Ni el diablo lo sabe! —añadió susurrando, dirigiéndose a mí—. Yo mismo, amigo, no sé nada... ¿Y tú, sabes —me preguntó— cuánto hay hasta el sol?

—Lo sé, tío —respondí mirando sorprendido lo que pasaba—, pero pienso que la ignorancia es como la suciedad, pero, por otro lado... enseñar astronomía a los campesinos...

—¡Tienes razón, toda la razón, en efecto, es como la suciedad! —exclamó el tío entusiasmado por mis palabras, que le parecieron extremadamente afortunadas—. ¡Un pensamiento muy noble! ¡Desaseo, negligencia! Siempre lo dije... es decir, jamás lo dije, pero lo sentí. ¿Oís? —gritó a los mujiks—, ¡la ignorancia es igual al desaseo, a la suciedad! Precisamente por eso Fomá quería enseñaros, quería enseñaros lo que es bueno, lo que está bien. Es lo mismo que cualquier servicio oficial, hermanos, cualquier rango oficial. ¡Eso es la ciencia! Bueno, bueno, amigos míos. Id con Dios, yo estoy contento, contento..., estad tranquilos, no os abandonaré.

—¡Defiéndenos, padre querido!

—¡Permite que veamos la luz!

Y los mujiks se echaron a sus pies.

—¡Eso sí que es una tontería! A Dios y al zar podéis saludarlos así, pero a mí no... Bueno, marchaos, portaos bien, mereced el cariño que se os da... bueno y eso es todo... Verás —dijo de pronto dirigiéndose a mí no bien se fueron los mujiks, radiante de alegría—, a los mujiks les gusta que los traten bien y no estaría de más hacerles un regalito. ¿Qué te parece si les regalo algo, eh? ¿Qué piensas? Para

celebrar que hayas venido... ¿Les regalo algo o no?

—Por lo que veo, tío, es usted un hombre dadivoso, un bienhechor.

—Es preciso, amigo mío, es preciso, no es nada. Ya hace tiempo que quería regalarles algo —dijo como disculpándose—. ¿A ti te divirtió que yo enseñara ciencias a los mujiks? Eso, amigo, fue por la alegría de verte, Serguéi. Quería simplemente que el mujik supiera cuánto hay hasta el sol y quedara con la boca abierta. Fue divertido verlo cuando lo supo... se alegra uno mismo, por decirlo así. Pero cuidado, amigo mío, no vayas a decir allí, en el salón, que estuve hablando aquí con los mujiks. Les di cita a propósito detrás de las caballerizas, para que nadie me viera. No podía obrar de otro modo, el asunto era peliagudo y ellos se presentaron en secreto. Lo hice sobre todo por ellos...

—Y bien, tío, ya me tiene aquí —empecé a decir cambiando de tema y con gran deseo de llegar a lo principal lo antes posible—. Le confieso que su carta me sorprendió tanto que yo...

—¡Amigo, ni una palabra de eso! —me interrumpió el tío como asustado, bajando el tono de voz—, después, después todo se aclarará. Yo, tal vez, no haya obrado bien contigo, quizá muy mal, pero...

—¿Conmigo?

—¡Después, sobrino mío, después, después! Todo tendrá su explicación. Pero qué bien te veo, ¡qué buen mozo! ¡Querido mío! ¡Con qué impaciencia te esperaba! Quería contarte... tú eres sabio, eres el único que tengo, tú y Korovkin. Quiero que sepas que aquí todos están enfadados contigo. ¡Ten cuidado, no me falles!

—¿Conmigo? —pregunté sorprendido, mirando al tío sin comprender cómo podían estar enfadadas conmigo personas por mí desconocidas—. ¿Conmigo?

—Sí, querido amigo, ¡contigo! ¡Qué le vamos a hacer! Un poco de culpa... la tiene... Fomá Fomich... y también mamita, que lo sigue en todo. Sé precavido, respetuoso, cortés, no contradigas y, sobre todo, respetuoso...

—¿Ante Fomá Fomich, tío?

—¡Qué le vamos a hacer, Serguéi! Yo no lo defiendo. Reconozco que es un hombre que tal vez tenga defectos, particularmente ahora, en este mismo minuto... ¡Ah, hermano, si supieras cómo todo eso me preocupa! ¡Todo podría arreglarse, todos podríamos estar contentos y ser felices!... Aunque, ¿quién no tiene defectos? ¡Tampoco nosotros somos perfectos!

—¡Pero, tío, por favor, fíjese en lo que este hombre está haciendo!...

—¡Eh, Serguéi! Todo eso son pequeñeces y nada más. Mira, te cuento, ahora está enfadado conmigo y ¿sabes por qué?... Aunque yo tal vez tenga la culpa. Es mejor que te lo cuente después...

—Mire, tío, acerca de eso tengo mi propia idea —lo interrumpí, presuroso por explicársela. Los dos parecíamos tener prisa—. En primer lugar, él fue bufón: esto lo disgustó, lo abrumó y ofendió su ideal; se convirtió en un ser airado, enfermizo, con ánimo de vengarse de toda la humanidad... Pero si conseguimos reconciliarlo con los

hombres, si conseguimos que vuelva a sí mismo...

—¡Eso, precisamente, eso es! —gritó el tío entusiasmado—. ¡Así es! ¡Una idea nobilísima! ¡Condenarlo sería vil, ruin! ¡Eso es!... ¡Ah, amigo querido, tú me comprendes! ¡Me tranquilizas! ¡Con tal de que se arregle lo otro! Sabes, tengo hasta miedo de ir allí. Tú has venido, ¡y se meterán conmigo, ya verás!

—Tío, si es por eso... —Dije confuso, al oírlo.

—¡No, no, no! ¡Por nada del mundo! —gritó sujetando mis manos—. Eres mi huésped y yo así lo quiero.

Cuanto oía me dejaba más y más perplejo.

—Dígame ya, ahora mismo, ¿para qué me ha llamado? —Dije enérgicamente—, ¿qué espera de mí? Y, sobre todo, ¿por qué se siente culpable ante mí?

—¡Más vale que ni me lo preguntes!, ¡después, después! ¡Todo eso se explicará después! Yo tal vez sea culpable de muchas cosas, pero quería obrar como un ser honrado y... y... ¡tú te casarás con ella! ¡Te casarás con ella, si es que te queda una gota de nobleza! —añadió enrojando de pronto a causa de un súbito sentimiento, mientras estrechaba mi mano con fuerza y entusiasmo—. ¡Basta ya, ni una palabra más! Pronto lo sabrás todo. De ti dependerá... Lo más importante es que gustes allí dentro, que impresiones. Es importante que no te azores.

—Escuche, tío, ¿quiénes son los invitados? He frecuentado tan poco la sociedad que...

—¿Qué?, ¿tienes miedo? —me interrumpió el tío sonriendo—. ¡No importa! ¡Todos son de confianza, ánimo! ¡Anímate y no temas! No sé por qué, pero temo por ti. ¿Me preguntas quiénes son? Sí, quiénes... Pues en primer lugar mi madre —empezó a decir muy rápidamente—. ¿Te acuerdas de ella o no? Una viejecita buenísima, nobilísima, sin pretensiones cabe decir; algo anticuada, pero así es mejor. A veces, sabes, dice algo irreal; ahora está enfadada conmigo, pero la culpa es mía... ¡Sé que lo es! Además es lo que se llama una grande dame, una generala... Su marido fue una persona excelente; era un general cultísimo, no dejó ninguna herencia pero sufrió numerosas heridas, en una palabra, respetado por todos. Luego la joven Perepelítsina. Ella... no sé... últimamente... su carácter cambió... Pero no es cosa de condenar a todos... Allá Dios con ella... No creas que es una gorrana cualquiera, es hija de un teniente coronel. Gran amiga y confidente de mi madre. Después, querido amigo, mi hermana, la tía Praskovia Ilínichna. De ella poco puedo decirte, es sencilla, buena, siempre ajetreada, ¡pero con un corazón de oro! (tú juzga a la gente más que nada por el corazón), un poco entrada en años, pero creo que ese tonto de Bajchéiev parece que la pretende. ¡Calla, es un secreto! Bueno, de la familia creo que ya están todos; de los niños no te hablo, los verás tú mismo. Iliusha celebra mañana su onomástico... Y casi se me olvidaba mencionar a Iván Ivánovich Mizínchikov, que lleva con nosotros casi todo un mes, y viene a ser primo tuyo en tercer grado, según parece, sí, en tercer grado, efectivamente; hace poco se retiró del ejército, teniente de húsares; es joven. Un ser nobilísimo, pero arruinado, no sé cómo alcanzó a perderlo

todo; es cierto que casi no tenía nada, pero dilapidó todo, se metió en deudas... Ahora está de invitado. Hasta la fecha no lo conocía; vino por sí mismo, se presentó. Es simpático, bueno, respetuoso. Creo que nunca nadie aquí lo oyó hablar. Siempre está callado. Fomá, para burlarse, lo llama «el desconocido silencioso», pero él no se enfada. Fomá está contento con él, dice que no es muy inteligente. Claro, Iván en nada lo contradice y siempre lo apoya. ¡Hum! Es un apocado... Allá Dios con él, ya lo verás. Hay también invitados del lugar. Pável Semiónovich Obnoskin con su madre; es joven, pero de extraordinaria inteligencia, maduro, inmutable... No puedo expresarlo y, además, de una moral excelente, severa. Y finalmente tenemos otra invitada, se llama Tatiana Ivánovna, tal vez una parienta lejana, no la conoces, una señorita ya entrada en años, debo confesarlo, pero... tiene su encanto, es muy rica, amiguito, podría comprarse dos Stepanchikovos, si quisiera, hace poco lo heredó todo, antes lo pasaba mal. Ten cuidado con ella, Serguéi, es muy sensible, hay algo fantasmagórico en su carácter. Tú, que eres tan noble, lo comprenderás, lo había pasado mal. Hay que tener el doble de cuidado con alguien que antes lo pasó mal. No se te ocurra pensar no sé qué. Claro que padece ciertas debilidades, a veces se precipita, dice cosas que no vienen a cuento, quiero decir, no miente, no lo imagines... todo cuanto dice proviene de un corazón puro, noble; es decir, si dice alguna mentira la dice por un exceso de nobleza espiritual, ¿comprendes?

Se me figuró que el tío estaba terriblemente azorado.

—Dígame, títo —pregunté—, yo le tengo tanto cariño... perdóneme que le pregunte... ¿se piensa casar con alguien aquí?

—¿A quién se lo oíste decir? —me respondió, poniéndose colorado como un niño—. Pues, mira, querido mío, te lo diré todo: primero, no me caso. Mamita, y también la hermanita y, sobre todo, Fomá Fomich, a quien mi mamita adora y merecido lo tiene, hizo mucho por ella, todos quieren que me case con esa Tatiana Ivánovna porque es conveniente para toda la familia. Por supuesto que piensan en mi bien, lo comprendo, pero no me casaré por mucho que insistan, me lo tengo prometido. No obstante, todavía no supe decir abiertamente ni sí ni no. Eso, amigo, suele pasarme siempre. Ellos creyeron que estaba de acuerdo e insisten en que mañana, para conmemorar la fiesta familiar... me le declare... y por ello se ha armado tanto jaleo que ni sé qué hacer. Además, no sé por qué Fomá Fomich se ha enfadado conmigo, y también mamita. Te confieso que sólo te esperaba a ti y a Korovkin... quería desahogarme, por así decirlo...

—¿Qué ayuda puede prestarle Korovkin en este caso, títo?

—Puede, amigo mío, puede, es un hombre de valía; en una palabra, un científico. Confío en él como en una montaña de piedra, alguien que puede con todo. ¡Cómo habla de la felicidad conyugal! La verdad es que también confiaba en ti, pensaba que los harías razonar. Juzga por ti mismo: admitamos que soy culpable, realmente culpable, lo comprendo, no soy insensible. Sin embargo, ¡también a mí se me puede perdonar alguna vez! ¡Qué bien viviríamos entonces!... ¡Si vieras, amigo Serguéi,

cómo ha crecido mi Sásburka, ya se podría casar! ¡Y cómo está Iliusha! Mañana es su onomástico. Sabes, tengo miedo por Sásburka, eso sí...

—¿Dónde está mi maleta, tío? Cambiaré de ropa y me presentaré luego, y entonces...

—En el ático, amigo mío, está en el ático. Decidí ya de antemano que te llevaran allí en cuanto llegaras, para que nadie te viera. Muy bien, cámbiate de ropa. Está muy bien, ¡magnífico, magnífico! Y yo, mientras tanto, los iré preparando de a poco. ¡Ve con Dios! Oye, amigo mío, hay que ser astuto. Lo quieras o no, te conviertes en un Talleyrand. Pero ¡qué importa! Ahora están tomando el té. En casa se sirve pronto. A Fomá Fomich le gusta tomarlo apenas despierta; y hasta es mejor, ¿sabes?... Bueno, me voy, y tú ven enseguida, no me dejes solo: me siento incómodo estando solo... ¡Sí, espera!, te ruego que no me grites como hace poco me gritaste aquí, ¿eh? Si después me quieres decir algo, lo haces aquí, a solas, y mientras tanto aguántate y espera. Sabes, ya la hice buena allí. Están enfadados...

—Mire, tío, de todo cuanto he oído y visto me parece que usted es...

—¡Un blandengue! Dilo, dilo, no te cortes —dijo de pronto, interrumpiéndome—. ¡Qué le vamos a hacer! Yo mismo lo sé. Entonces, ¿vendrás? ¡Cuanto antes, por favor!

Subí al ático y abrí rápidamente la maleta, recordando la orden del tío de bajar lo antes posible. Mientras me vestía pensé que no me había enterado de casi nada de lo que quería saber, aunque había hablado con el tío toda una hora. Me sorprendió. Sólo tenía claro que el tío seguía insistiendo en que me casara; por consiguiente, todos los rumores contrarios, que aducían que mi tío estaba enamorado de aquella misma persona, eran impropios. Recuerdo que me sentí muy alarmado. Se me ocurrió pensar que, debido a mi llegada y mi silencio ante el tío, casi me había comprometido, le había dado seguridades, estaba atado para siempre. «No es difícil —pensaba—, no es difícil dar la palabra por algo que después te ate para siempre de pies y manos. ¡Y ni siquiera he visto a la novia!». Además, ¿por qué toda la familia estaría en mi contra? ¿Por qué, como asegura el tío, han de ver con hostilidad mi llegada? ¡Y qué extraño papel el del tío en su propia casa! ¿Por qué tanto sigilo? ¿Por qué tanta preocupación y temor? Todo me pareció de pronto tan absurdo que se me olvidaron por completo los sueños románticos y heroicos al primer contacto con la realidad. Sólo habiendo conversado con el tío pude ver de golpe toda la incoherencia, la excentricidad de su propuesta y también que semejante proposición, en las circunstancias descritas, sólo el tío podía hacerla. Comprendí también que, precipitándome entusiasmado por su sugerencia no bien me llegó su primera palabra, debí parecer estúpido. Me vestía apresuradamente, tan lleno de dudas que ni noté la presencia de un lacayo que me atendía.

—¿Prefiere el señor ponerse la corbata color adalaida^[2] o bien esta otra de cuadros pequeños? —preguntó el ayuda de cámara dirigiéndose a mí con una cortesía excepcionalmente refinada y meliflua.

Lo miré y me pareció que también él merecía mi curiosidad. Todavía joven, iba muy bien vestido para un lacayo, a la altura de cualquier petimetre de provincias. Era evidente que su casaca marrón, sus pantalones blancos, su chaleco pajizo, sus medio-botines charolados y su corbata rosada, habían sido elegidos intencionadamente. Todo estaba destinado a que se fijaran en su gusto refinado. Y la cadena que sujetaba el reloj saltaba a la vista seguramente con el mismo objetivo. Su rostro, pálido, tendía al verdoso; la nariz, grande, encorvada, delgada, de extraordinaria blancura, parecía de porcelana. La sonrisa de sus delgados labios expresaba cierta melancolía, pero una melancolía refinada. Los ojos grandes, abombados y cristalinos, inexpresivos, de un mirar extraordinariamente romo, desprendían sin embargo un brillo refinado. También por refinamiento, llevaba las orejas, delgadas y suaves, tapadas con algodones. Sus cabellos, largos, de un rubio blanquecino y ralos, estaban rizados en bucles y untados de pomada. Sus pequeñas manos blancas estaban limpiñas, diríase que lavadas en agua perfumada; los dedos terminaban en unas uñas rosadas, larguísimas y elegantes. Se veía en él a un ser mimado, presuntuoso y señorito. Ceceaba al hablar y, siguiendo la moda, no pronunciaba bien las «r», alzaba y bajaba la vista, suspiraba y se daba aires de increíble afectación. Olía a perfume. De estatura menuda, tenía un aspecto flácido y débil y su caminar parecía una reverencia, lo cual debía de considerarlo el máximo de lo refinado; de hecho, todo él parecía nutrido de refinamiento, sutileza y un extraordinario sentimiento de su propia dignidad. Esto último, ignoro el motivo, no me gustó nada.

—¿Entonces esta corbata es de color adalaida? —pregunté, mirando severamente al joven lacayo.

—De color adalaida —me respondió con su inmutable refinamiento.

—¿Y no existe el color agrafena?

—No, señor, ese color no existe ni puede existir.

—¿Y eso por qué?

—El nombre de agrafena no es decente.

—¿No es decente? ¿Por qué?

—Se sabe que Adalaida es, al menos, un nombre extranjero, noble; pero Agrafena puede ser cualquier mujeruca de pueblo.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Nada de eso, estoy bien cuerdo. Claro está, de usted depende calificarme como quiera; pero muchos generales y hasta ciertos condes de la capital estaban contentos de mi conversación.

—¿Cómo te llamas?

—Vidopliásov.

—¿Así que tú eres Vidopliásov?

—Así es, señor.

—Espera, querido amigo, también a ti te conoceré.

«Parece una casa de locos», pensé, bajando las escaleras.

A la hora del té

La habitación del té era la que daba a la terraza donde esa tarde me había encontrado con Gávril. Estaba muy inquieto por las palabras del tío respecto a la acogida que me esperaba. El amor propio de los jóvenes siempre peca por exceso y es algo cobarde, por eso pasé tan mal rato cuando, al trasponer la puerta y ver a todo el grupo sentado a la mesa, tropecé con la alfombra, vacilé y volé hasta el centro de la habitación salvando el equilibrio. Me azoré como si de golpe hubiera perdido mi porvenir, el honor y mi buen nombre; me quedé inmóvil y mudo mirando a los presentes, rojo como un tomate. Recuerdo este hecho, en sí insignificante, porque tuvo una extraordinaria influencia en mi ánimo durante todo el día y, por consiguiente, en mi relación con algunos de los personajes de mi relato. Intenté una reverencia, no lo logré del todo, enrojecí todavía más, me lancé hacia mi tío y lo tomé de una mano.

—¡Hola, títo! —Dije casi ahogándome, intentando decir otra cosa más ingeniosa pero, para mi sorpresa, sin que me saliera más que ese «hola».

—¡Hola, hola, sobrino! —respondió mi tío sufriendo por mí—. Ya nos habíamos saludado, sabes. No te azores, por favor —añadió en un susurro—. Eso le puede ocurrir a cualquiera, vaya si puede. ¡Uno desearía que se lo trague la tierra!... Y ahora, mamita, permítame que le presente a nuestro joven, está un poco azorado pero a usted seguramente le caerá bien. Mi sobrino, Serguéi Aleksándrovich —añadió, dirigiéndose a todo el grupo.

Antes de proseguir, amable lector, permítame que le presente a todos los miembros de la compañía en la que súbitamente me encontré. Es necesario para la secuencia ordenada del relato.

Había varias damas pero sólo dos hombres, sin contarme a mí y a mi tío. Fomá Fomich, a quien tanto deseaba ver y que, como ya lo sospechaba, era el dueño absoluto de la casa, no estaba; brillaba por su ausencia y diríase que se había llevado consigo toda la luz de la habitación. Los comensales parecían tristes y preocupados, se notaba a primera vista: por confuso y molesto que yo mismo me sintiera en ese instante, me di cuenta de que el tío, por ejemplo, estaba tan molesto como yo, si bien bajo una aparente desenvoltura se esforzaba por ocultar su preocupación. Una pesada piedra le oprimía el corazón. Uno de los dos hombres presentes, un joven de unos veinticinco años, era el Obnoskin del que el tío me había hablado esa tarde, de quien tanto había alabado la inteligencia y la moralidad. No me gustó nada: todo en él denotaba una ostentación barata y de mal gusto; su traje, a pesar del chic, se veía ajado y vulgar —y algo de eso se destacaba en su rostro. El bigote rubiáceo, delgado como los de una cucaracha, y la poco afortunada barbita desigual, querían demostrar que era persona independiente, quizá liberal. Sonreía con fingida malicia y fruncía sin cesar los ojos, se engaritaba en su silla y me miraba con sus quevedos; en cuanto me

volvía hacia él, dejaba caer las gafas y parecía amedrentado. El otro caballero, también joven, de unos veintiocho años, era mi primo lejano Mizínchikov. Era muy silencioso y durante la hora que duró el té no dijo nada ni rió cuando reían los demás; pero no observé en él ese «apocamiento» que había detectado el tío; por el contrario, la mirada de sus ojos castaño-claros denotaba decisión y fuerza de carácter. Mizínchikov era moreno y bastante guapo, de cabellos negros; iba correctamente vestido— a costa del tío, como supe después.

La primera dama que distinguí, por su rostro anémico y maligno, fue la joven Perepelítsina. Sentada cerca de la generala —de quien hablaré con detalle más adelante—, no a su lado sino un poco detrás, por deferencia, se inclinaba constantemente y susurraba algo al oído de su protectora. Dos o tres gorronas entradas en años, sentadas en absoluto silencio junto a una ventana, esperaban su taza de té mirando con ojos desorbitados a la madrecita generala. En particular despertó mi interés una señora gruesa de unos cincuenta años, desbordada de grasa, vestida con notable falta de gusto, pintarrajeada y casi sin dientes (en cuyo lugar se veían unos raigones rotos y ennegrecidos); todo lo cual no le impedía presumir, seguir la moda y hasta coquetear. De su cuello colgaban numerosas cadenas y, como Obnoskin, me miraba sin cesar con sus quevedos: era su madre. Mi tía, Praskovia Ilínichna, persona humilde y cariñosa, servía el té. Parecía evidente que le habría gustado abrazarme, al cabo de tan larga ausencia y, claro está, echarse después a llorar, pero no se atrevía. Todo aquí, al parecer, estaba muy controlado. A su lado vi a una preciosa niña de quince años, que me miraba, curiosa, con sus ojitos negros. Era mi prima Sasheñka. Finalmente, la que más se destacaba entre todas era una dama muy extraña, vestida muy llamativamente para su edad: debía de tener al menos treinta y cinco años. De rostro delgado, pálido y marchito pero muy animado, sus mejillas descoloridas se cubrían, a la menor emoción y el menor gesto, de un intenso rubor. Y sus emociones eran constantes, daba mil vueltas en su silla, parecía incapaz de estarse quieta. Me miraba con ávida curiosidad y se inclinaba sin cesar hacia Sasheñka o su otra vecina para susurrarles algo al oído y enseguida echarse a reír con risa abierta, infantil y alegre. Para mi sorpresa, sus excentricidades no llamaban la atención de nadie, como si se hubieran puesto de acuerdo antes. Comprendí que se trataba de Tatiana Ivánovna, la misma que, según mi tío, tenía un carácter algo fantasmagórico y con quien querían casarlo, y a quien casi todos los de la casa cortejaban por su fortuna. Sin embargo, me gustaron sus ojos azules y dulces; y aunque a su alrededor ya se veían arruguitas, su mirada era tan cándida, alegre y bondadosa que resultaba muy agradable cruzarla. Hablaré más tarde de esa Tatiana Ivánovna, una de las verdaderas «heroínas» de mi relato; su biografía es muy notable. Cinco minutos después de mi aparición, un lindo muchachito llegó corriendo del jardín: mi primo Iliusha, cuyo onomástico nos disponíamos a celebrar al día siguiente. Venía con los bolsillos llenos de tabas y una peonza en las manos. Lo seguía una joven esbelta, algo pálida y cansada al parecer, pero muy bonita. Lanzó

una mirada general inquisidora, desconfiada, pero también tímida; me miró fijamente y tomó asiento al lado de Tatiana Ivánovna. Recuerdo que mi corazón dio un brinco: adiviné que era la famosa niñera... Recuerdo también que mi tío, en cuanto apareció ella, me lanzó una rápida ojeada, se ruborizó intensamente, luego se inclinó, levantó en brazos a Iliusha y me lo acercó para que lo besara. También me di cuenta de que *madame* Obnoskina miró fijamente al tío y, con sonrisa sarcástica, enfiló sus quevedos hacia la niñera. El tío, muy azorado y sin saber qué hacer, llamó a su hija para presentármela, pero ella se alzó y me saludó con una reverencia sin acercarse ni decir nada, con seria circunspección. Su proceder fue de mi agrado, estaba a tono con su persona. En aquel momento mi bondadosa tía, Praskovia Ilínichna, no pudo aguantar más, dejó de servir el té y se precipitó hacia mí para besarme, pero no tuve tiempo de decirle nada porque resonó la voz chillona de la joven Perepelítsina: «Por lo visto, Praskovia Ilínichna se ha olvidado de que mamáita (la generala) quería té, no se le ha servido y está esperando». Praskovia Ilínichna me dejó y corrió a toda prisa para atender a su obligación.

La generala, el personaje más importante del grupo, a quien todos obedecían y temían, era una vieja delgada y áspera, toda vestida de luto, debido sobre todo a la vejez y la pérdida de sus últimas capacidades mentales, que tampoco eran muchas; hasta entonces había sido simplemente petulante. El generalato la había hecho aún más estúpida y soberbia. Cuando se enfadaba, la casa se volvía un infierno. Tenía dos maneras de mostrar su mal humor: la primera consistía en permanecer callada, se pasaba días sin abrir la boca guardando un silencio obstinado; apartaba y tiraba al suelo todo cuanto le ponían delante. La otra manera era la opuesta: le daba por hablar. La abuela —porque en definitiva era mi abuela— empezaba por caer en el pesimismo, vaticinar la destrucción del mundo y el fracaso general, presentir la miseria venidera y toda suerte de males, dejándose llevar por sus presentimientos y contando con sus dedos todos los desastres futuros, presa de un gran abatimiento, hasta el éxtasis histérico. Revelaba, al mismo tiempo, que lo venía previendo hacía ya mucho y que nada había dicho porque «en esta casa» estaba condenada al silencio. «Si sólo le guardasen el respeto debido, si hubiesen querido escucharla antes, entonces», etcétera, etcétera; todo eso era repetido y aprobado por toda la cohorte de gorronas y por la joven Perepelítsina, y sería confirmado por fin solemnemente por Fomá Fomich. En el justo momento en que me presentaron, estaba horriblemente enfadada de la primera manera, es decir, la silenciosa, la más terrible. Todos la miraban con aprensión. Sólo Tatiana Ivánovna, a quien todo le estaba permitido, se mostraba de excelente humor. Con deliberada solemnidad, el tío me llevó hasta la abuela, pero ella, con mueca ácida, apartó airada una taza que tenía delante.

—¿Es éste el famoso vol-ti-geur? —preguntó entre dientes con voz algo zumbona, dirigiéndose a Perepelítsina.

La pregunta estúpida acabó por desconcertarme. ¿Por qué voltigeur? Preguntas así no eran extrañas en ella. Perepelítsina se inclinó y le susurró algo al oído. Pero la

vieja agitó enfadada una mano. Boquiabierto, yo miraba al tío, interrogándolo con los ojos. Todos se miraron y Obnoskin hasta sonrió, lo que no me gustó nada.

—A veces no sabe lo que dice, querido —me susurró el tío, también algo perdido —, pero no tiene importancia, es por su buen corazón, tú fíjate en el corazón, sobre todo.

—Sí, ¡el corazón!, ¡el corazón! —Se oyó de pronto la voz sonora de Tatiana Ivánovna, que durante todo este tiempo no había apartado de mí sus ojos ni podía tenerse quieta en su silla; la palabra «corazón», susurrada, había llegado a sus oídos.

Pero no terminó de hablar, aunque era evidente que le habría gustado decir algo. Quizá por la confusión, o por alguna otra razón, el hecho es que calló de pronto, enrojeció intensamente, se inclinó rápida hacia la niñera, le murmuró algo al oído y, echándose hacia atrás en su silla, se tapó la boca con el pañuelo y comenzó a reír a carcajadas, como presa de un ataque de histeria. Miré a todos muy asombrado y perplejo, pero me di cuenta de que todos estaban muy serios, como si nada sucediera. Comprendí, claro está, quién era Tatiana Ivánovna. Por fin me sirvieron el té y me repuse un poco. Ignoro por qué, se me ocurrió que debía mantener una conversación amable con las damas.

—Tenía usted razón hace poco, querido tío, en prevenirme de que podría sentirme confuso. Admito sinceramente, ¿a qué ocultarlo? —Dije, mirando con obsequiosa sonrisa a *madame* Obnoskina—, que hasta la fecha conocía poco la sociedad femenina y ahora comprendo, al irrumpir con tan mala fortuna en el centro del salón, que mi comportamiento fue muy ridículo y habrá parecido lento y torpe, ¿verdad? ¿Ha leído usted *El blandengue*? —pregunté, cada vez más confuso y ruborizado por mi obsequiosa sinceridad, mirando duramente a *monsieur* Obnoskin quien, mostrando los dientes, me observaba de pies a cabeza.

—¡Eso es, precisamente, eso es! —exclamó de pronto el tío, con extraordinaria animación, genuinamente contento de que por fin la conversación se hubiera anudado y de que yo pareciera repuesto—. Eso que dices, mi amigo, de que uno puede hacer el ridículo, no tiene importancia, y punto. Yo llegué a mentir cuando entré en sociedad, ¿puedes creerlo? Le aseguro, Anfisa Petrovna, que vale la pena oírlo. Acababa de ingresar en el ejército, llego a Moscú y, con una carta de recomendación, me dirijo a casa de una dama muy importante, una mujer muy orgullosa, pero de hecho excelente persona, a pesar de todo lo que pudiera decirse. Me reciben. La sala está abarrotada, todos personajes importantes. Saludo y tomo asiento. Y la segunda pregunta que me hace es la siguiente: «¿Y posee usted alguna que otra aldea?». Lo cierto es que no tenía ni siquiera una gallina... ¿Qué podía decirle? Quedé anonadado. Todos me miraban como sin dejar de pensar «¡A ver qué dices, pobre cadete!». Y en vez de decir francamente la verdad, no aguanté y dije «Poseo ciento diecisiete siervos». ¡Para qué habré añadido esos diecisiete! Puestos a mentir podía añadir una cifra redonda ¿verdad? Un minuto después se supo por mi carta de recomendación que nada poseía y, por consiguiente, que era un mentiroso. ¿Qué podía hacer? Huí lo más

rápidamente que pude y nunca volví. En aquel entonces no tenía nada aún, nada parecido a lo de ahora. Ahora, el tío Afanasio Matvéich me dejó en herencia trescientos siervos y otros doscientos venían con Kapitónovka, que había recibido antes de la abuela Akulina Panfilovna, lo que hace unos quinientos siervos, algo más. Eso está bien. Y desde entonces juré no mentir y no miento.

—Yo en su lugar no lo habría jurado. Sólo Dios sabe qué puede suceder —observó Obnoskin con una sonrisa irónica.

—¡Sí, sí, cierto, es cierto! ¡Tan sólo Dios sabe lo que puede suceder! —asintió ingenuamente el tío.

Obnoskin rió estrepitosamente, echándose atrás en su sillón. Su mamaíta sonrió con sonrisa repulsiva y la joven Perepelítsina hizo lo mismo; también se echó a reír Tatiana Ivánovna, sin saber de qué, y comenzó a aplaudir; en una palabra, comprendí que para nada tomaban al tío en cuenta en su propia casa. Sasheñka miraba fijamente a Obnoskin con los ojos brillantes de ira. La niñera se ruborizó y bajó la mirada. El tío parecía sorprendido.

—¿Pero qué, qué ha pasado? —preguntó atónito, mirando a todos.

Durante todo ese tiempo, mi primo Mizínchikov, algo apartado, permanecía silencioso y cuando todos reían él ni siquiera sonrió. Bebía su té muy seriamente, lo miraba todo con aire filosófico y, de puro aburrimiento, estuvo a punto varias veces de lanzar un silbido, sin duda una vieja costumbre suya, pero se contuvo a tiempo. Obnoskin, que provocaba al tío y lo intentaba conmigo, no parecía siquiera mirar a Mizínchikov. Me di cuenta de ello. También observé que, con frecuencia, mi silencioso primo me miraba con curiosidad, como para decidir qué hombre era yo exactamente.

—Estoy segura —pió de pronto *madame* Obnoskina—, perfectamente segura, *monsieur* Serge, es ése su nombre, ¿verdad?, que en su Petersburgo usted no debía de ser muy devoto a las damas. Sé también que hay allí muchos, demasiados jóvenes que rehúyen la sociedad femenina. A mi juicio se trata de liberales. Sólo así los juzgo, como imperdonables liberales. Le confieso que eso me asombra, mi joven amigo, me asombra, ¡simplemente me asombra!...

—No he frecuentado la sociedad —me apresuré a decir con extraordinaria animación—. Eso, sin embargo, creo, no tiene mayor importancia... Vivía en una habitación de alquiler... pero, le aseguro, haré lo posible por frecuentar la sociedad; hasta la fecha solía permanecer en casa...

—Se ocupaba de ciencias —intervino mi tío poniendo cara de circunstancias.

—¡Ah, tío, usted siempre con sus ciencias!... Imagínese —proseguí con gran desenvoltura, dirigiéndome con una sonrisa amable a la misma *madame* Obnoskina— que mi querido tío siente tanta afición por las ciencias que ha encontrado en la carretera a un filósofo que hace milagros, pero con los pies en la tierra, un tal señor Korovkin, y la primera palabra que me dijo hoy después de tantos años fue que esperaba a ese mago milagroso y fenomenal con una impaciencia convulsa, por

decirlo de algún modo... por amor a la ciencia, naturalmente...

Y me eché a reír, esperando provocar la risa general como premio a mi ingenio.

—¿De quién habla? —preguntó cortante la generala, dirigiéndose a Perepelítsina.

—De sus huéspedes. Yégor Ílich ha invitado a unos científicos que deambulan por los caminos, los reúne y los trae a casa —pió con placer la solterona.

Mi tío se sintió totalmente perdido.

—¡Ah, sí! ¡Lo había olvidado! —exclamó, lanzándome una mirada de reproche—. Estoy esperando a Korovkin. Es un científico, Korovkin, cuyo nombre pasará a la historia...

Vaciló sin saber cómo seguir. La generala agitó la mano y esta vez con tan buena puntería que la taza que tenía delante cayó al suelo y se hizo añicos. Hubo agitación general.

—Siempre que se enfada arroja algo al suelo —me susurró confuso el tío—. Pero sólo cuando se enfada... Tú, amigo, no hagas caso, no mires... ¿Por qué diablos hablaste de Korovkin?...

Yo había desviado la mirada: en aquel instante mis ojos se cruzaron con los de la niñera y me pareció ver en ellos cierto reproche, hasta quizá desprecio; un fulgor indignado coloreó sus pálidas mejillas. Comprendí su mirada y vi que, con mi cobarde y vil deseo de provocar la risa a costa de mi tío para parecer menos risible yo mismo, nada había ganado en las simpatías de esa joven. ¡No atino a expresar la vergüenza que sentí!

—Hablábamos de Petersburgo, ¿o no? —repitió Anfisa Petrovna cuando se calmó la agitación por la taza rota—. Recuerdo con tanto placer nuestra vida en aquella encantadora ciudad... En aquel entonces teníamos una buena amistad con una familia, ¿lo recuerdas, Pável?, con el general Polovitsyn... ¡Ah, qué encantadora, encantadora persona, la generala! Verá, la aristocracia, ¡el beau monde!... Dígame usted, tal vez los haya conocido... Le confieso que esperaba con impaciencia su llegada: confiaba enterarme por su mediación de muchas novedades sobre nuestros amigos de Petersburgo...

—Lamento mucho no poder... perdóneme... Ya le he dicho que frecuentaba muy poco la sociedad y no, no conocí al general Polovitsyn, ni siquiera oí hablar de él —respondí con cierta impaciencia, cambiando mi amabilidad por la irritación y el fastidio.

—¡Se ocupaba de mineralogía! —Intervino con orgullo el incorregible tío—. La mineralogía, amigo mío, la ciencia que estudia todo tipo de piedrecitas, ¿no es verdad?

—Sí, tío, diversas rocas...

—Hum... Hay muchas ciencias ¡y todas tan útiles! Sabes, yo ni siquiera sabía, a decir verdad, lo que era la mineralogía... Oía sólo la palabra, dicha por otros. Tratándose de alguna otra cosa podía más o menos valerme, pero en ciencias era un tonto, ¡lo confieso francamente!

—¿Lo confiesa francamente? —intervino Obnoskin sonriendo burlón.

—¡Papaíto! —exclamó Sasha mirando con reproche a su padre.

—¿Qué, cariño? ¡Ah, Dios mío, no hago más que interrumpirla, Anfisa Petrovna! —exclamó mi tío sin entender la exclamación de Sasheñka—. Perdóneme, por favor.

—¡Oh, no se preocupe! —respondió Anfisa Petrovna con una sonrisa ácida—; además ya se lo había dicho todo a su sobrino y para terminar sólo agregaré, *monsieur Serge* —creo que es éste su nombre—, que debe absolutamente corregirse. Creo que las ciencias, el arte... la escultura, por ejemplo... todas esas nobles ideas poseen, por decirlo así, su faceta en-can-ta-do-ra, ¡pero no pueden sustituir a las damas!... Las mujeres, las mujeres, mi joven amigo, son quienes os forman y por ello es imposible e-vi-tar-las, im-po-si-ble.

—¡Es imposible, imposible! —Se oyó de nuevo la voz algo chillona de Tatiana Ivánovna—. Escúcheme —comenzó a decir presurosa como una niña toda ruborizada—. Escúcheme, querría preguntarle...

—Usted dirá —respondí mirándola atentamente.

—Querría preguntarle si piensa permanecer aquí una larga temporada.

—Le juro por Dios que no lo sé, depende de cómo vayan las cosas...

—¡Las cosas! ¿Qué cosas ni qué ocupaciones puede tener?... ¡Qué loco!

Tatiana Ivánovna, ruborizándose intensamente y ocultándose tras el abanico, se inclinó hacia la niñera y empezó a decirle algo en voz baja. Después se echó a reír y aplaudió con ambas manos.

—¡Espere! ¡Espere! —exclamó, apartándose de su confidente y volviéndose rápidamente hacia mí, como temiendo que me fuera—. Escúcheme, ¿sabe una cosa? Se parece usted muchísimo a un joven, a un joven a-do-ra-ble... ¿Os acordáis, Sasheñka y Nasteñka? Se parece terriblemente a ese loco, ¿te acuerdas Sasheñka? Estábamos dando un paseo y lo encontramos... iba a caballo y llevaba un chaleco blanco... ¡y el muy sinvergüenza dirigió sus quevedos hacia mí para verme mejor! ¿Os acordáis que me escondí tras mi velo? Pero no aguanté y sacando la cabeza del cabriolé le grité: «¡sinvergüenza!» y después tiré mi ramo al camino... ¿Lo recuerdas, Nasteñka?

Y la solterona, medio enloquecida por sus ideas amorosas, agitada, hundió el rostro en las manos, saltó del asiento, se lanzó hacia la ventana, arrancó una rosa de una maceta, la tiró al suelo cerca de mí y salió corriendo de la habitación. Vista y no vista. Se produjo cierta confusión, aunque la generala permaneció otra vez muy tranquila. Anfisa Petrovna, en cambio, en lugar de sorpresa denotó cierta preocupación y miró angustiada a su hijo; las señoritas se ruborizaron y Pável Obnoskin, con aire fastidiado aún incomprensible para mí, dejó su silla y se acercó a la ventana. El tío me hacía unas señas, pero en ese mismo momento entró en la habitación un nuevo personaje que atrajo la atención general.

—¡Ah! ¡Bienvenido Yevgraf Lariónovich! ¡De usted hablábamos ahora mismo! —exclamó el tío evidentemente satisfecho—. ¿Qué tal, amigo, viene usted de la

ciudad?

«¡Qué gente más rara! ¡Diríase que los han reunido aquí adrede!», pensé en secreto, sin acabar de comprender bien cuanto ocurría ante mí, sin sospechar siquiera que yo era uno más entre ellos.

Yezhévikin

Un pequeño personaje entró en la habitación o, mejor dicho, se abrió paso (aunque las puertas eran muy amplias); ya desde el umbral se inclinaba, saludaba y sonreía, contemplando con gran curiosidad a todos los presentes. Era un hombre viejo, picado de viruelas, de ojitos vivaces y maliciosos, totalmente calvo, con una sonrisa indefinida e irónica en sus labios bastante gruesos. Vestía una levita muy deteriorada y, al parecer, de segunda mano. Uno de sus botones pendía de un hilo; le faltaban otros dos o tres. Unas botas agujereadas y la gorra de visera grasienta armonizaban con su mísero atavío. Llevaba en las manos un pañuelo a cuadros muy sucio, con el que se secaba el sudor de la frente y las sienes. Observé que la niñera, levemente ruborizada, me lanzó una mirada penetrante. Me pareció que en esa mirada había algo de orgullo y desafío.

—¡Directamente de la ciudad, mi querido bienhechor! Directamente de allí, padrecito. Se lo contaré todo, pero antes permítame presentar mis respetos —dijo el viejecito, acercándose primero a la generala. Mas se detuvo a mitad de camino y se dirigió nuevamente al tío.

—Usted ya conoce mi rasgo principal, bienhechor mío: soy un astuto canalla, un auténtico astuto canalla. No bien entro, busco enseguida al personaje principal de la casa y hacia él dirijo mis pasos para obtener su protección y merced. Un astuto canalla, eso soy, padrecito, un astuto canalla. Permítame, madrecita, señora, Su Excelencia, besar su vestido, para no manchar su dorada manita de generala.

Para gran sorpresa mía, la generala le tendió la mano con cierta gracia.

—Y también mis saludos a usted, bellísima joven —dijo a Perepelítsina—. Qué le vamos a hacer, *madame*, soy un astuto canalla. Ya en 1841 se decidió que yo era un canalla y me echaron del servicio, justo cuando a Valentín Ignátievich lo ascendieron al rango de Excelencia: a él lo nombraron asesor, y a mí canalla. Estoy hecho de tal manera que lo reconozco todo. ¡Qué le vamos a hacer! He procurado vivir honradamente, lo he intentado, ahora debo probar otra cosa. Aleksandra Yegórovna, manzanita preciosa —continuó rodeando la mesa para acercarse a Sasha—, permítame besar su vestido; usted, señorita, huele a manzanas y a todo cuanto es delicadeza. Mis respetos al joven cuyo onomástico celebramos mañana; le he traído un arco y unas flechas; los hice yo solo, trabajé toda la mañana, mis hijitos me ayudaron, ahora ya podemos probarlo; y cuando crezca y sea usted oficial, caerá la cabeza de algún turco. Tatiana Ivánovna... ¡ah!, no está aquí mi bienhechora, si no besaría también su vestido. Praskovia Ilínichna, madrecita querida, no alcanzo a llegar donde usted, si no, además de la manita, hasta el pie le besaría, eso es; Anfisa Petrovna, reciba el testimonio de todo mi respeto. Hoy mismo recé por usted, bienhechora mía, de rodillas y también por su hijito, para que sea bendecido con

todos los grados y talentos, sobre todo talentos. Y, de paso, también para Iván Ivánovich Mizínchikov todas mis obligaciones, que el Señor Todopoderoso le conceda lo que él mismo para sí desea, puesto que es tan silencioso que no acaba uno de comprender, querido amigo, lo que usted mismo para sí desea... Hola, Nastia, todos mis pequeñuelos te saludan; cada día te recuerdan. Y ahora una profunda reverencia al dueño de casa. De la ciudad vengo, excelencia, directamente de la ciudad. Y éste debe ser su sobrino, que se ha educado en una facultad científica, ¿verdad? Mis más humildes obligaciones, señor, deme la mano, concédame ese favor.

Todos se echaron a reír. Se veía que el viejito desempeñaba el papel de un bufón aficionado. Su llegada alegró a los presentes. Muchos no comprendieron sus sarcasmos, aunque los había saludado a casi todos. Sólo la niñera, a quien, para mi sorpresa, simplemente llamó Nastia, se había ruborizado. Yo intenté retirar mi mano y eso, al parecer, es lo que el viejito esperaba.

—Pero si yo sólo quería estrechársela, padrecito, en caso de que usted lo permitiese, no besársela. ¿Creyó de veras que se la besaría? No, querido señor, por ahora sólo estrechársela. Usted, bienhechor mío, tal vez me tomó por el payaso del circo —dijo mirándome burlonamente.

—N... no, le ruego, yo...

—Eso es, padrecito. ¡Si soy un payaso no seré aquí el único! Usted debe respetarme, no soy tan canalla como usted cree. Aunque, tal vez, sí sea un payaso. ¡Soy un esclavo, mi esposa también es esclava y hay que adular, adular! Así son las cosas, algo podrás conseguir, aunque sólo sea sopa para los pequeñuelos. Y es bueno, muy bueno, poner en todo más azúcar, es muy sano. En secreto, señor: tal vez le hará falta. La Fortuna me ha olvidado, bienhechor mío, por eso soy payaso.

—¡Ji, ji, ji! ¡Qué bromista, el viejito, siempre nos hace reír! —Pió Anfisa Petrovna.

—Madrecita bienhechora, es más fácil vivir haciéndose el tonto. Si lo hubiera sabido antes ya de joven me habría apuntado a los bufones y tal vez ahora sería un hombre sabio, pero como quise ser listo desde muy joven, ahora me he convertido en un viejo bufón.

—Dígame, por favor —intervino Obnoskin (a quien evidentemente no le había agradado la observación sobre «el talento»), tendido negligentemente en su sillón y observando con sus anteojos al viejito como si fuese un insecto—. Dígame, hágame el favor... siempre olvido su apellido... ¿cómo se llama?

—Ah, padrecito, pues si le place me llamo Yezhévikin, pero ¡qué importa! Llevo casi diez años viviendo sin puesto de trabajo, según las leyes de la naturaleza. ¡Y tengo tantos, tantos hijos como la familia Jolmski! Exactamente lo mismo que en el refrán: «El rico tiene ganado y el pobre terneros»...

—Ah; sí... terneros... Aparte, desde hace mucho quería preguntarle por qué, cuando entra, enseguida mira hacia atrás. Resulta muy cómico.

—¿Por qué miro hacia atrás? Porque siempre me parece, padrecito, que hay

alguien detrás que pretende aplastarme como a una mosca, por eso miro. Estoy hecho un monomaniaco, padrecito.

De nuevo rieron todos. La niñera intentó levantarse y marcharse, pero se volvió a sentar. Había en su rostro algo doliente, un sufrimiento, a pesar del rubor que cubría sus mejillas.

—¿Sabes quién es? —me susurró el tío—. ¡Es su padre!

Miré a mi tío con estupor. El apellido de Yezhévikin se me había borrado completamente de la memoria. Me figuraba ser un héroe, durante todo el viaje había soñado con mi futura esposa, hacía para ella planes fantásticos —y había olvidado por completo su apellido o, mejor dicho, desde un principio ni me fijé en él.

—¿Cómo, su padre? —respondí también susurrando—. ¡Yo pensaba que era huérfana!

—Su padre, amiguito, su padre. Y fíjate, es el hombre más honrado, más noble, ni siquiera bebe; juega a ser bufón. Vive en la extrema pobreza, ocho hijos, tiene. Viven con el sueldo de Nastia. Lo expulsaron del servicio por hablar demasiado. Cada semana viene a vemos. Es orgulloso como nadie y por nada del mundo logro que acepte algo. Se lo ofrecí muchas veces, muchas, pero no quiere. Un hombre amargado. ¿Qué tal, hermano Yevgraf Lariónovich, qué novedades nos trae? —le preguntó el tío, dándole una fuerte palmada en la espalda al percibir que el suspicaz viejito estaba pendiente de nuestra conversación.

—¿Novedades, padrecito? Pues que Valentín Ignátievich prestó ayer declaración sobre el asunto Trishin, quien en vez de llenar a tope las tolvas de grano, las llenaba a medias. Se trata, señora, del mismo Trishin que lo mira a uno y resopla como un samovar. A lo mejor lo recuerda usted. Y Valentín Ignátievich escribe, hablando de Trishin: «Si el tantas veces mencionado Trishin no supo salvaguardar el honor de su carnal sobrina que se fugó con un oficial el año pasado, ¿cómo iba a ser capaz de salvaguardar los bienes del Estado?». Así, tal cual, lo publicó en la prensa, por Dios le juro que no miento.

—¡Fu! ¡Qué historias nos cuenta! —gritó Anfisa Petrovna.

—¡Exacto, exacto, exacto! —corroboró el tío—. ¡Te estás pasando, hermano Yevgraf! ¡Tu lengua te perderá! Eres noble, sincero, honrado, puedo asegurarlo, pero tu lengua es viperina. Y no entiendo cómo no te llevas bien con ellos; parecen buena gente, sencilla...

—¡Padre y bienhechor mío, si a quien temo es al hombre sencillo!... —exclamó el viejo, con énfasis peculiar.

Me gustó su respuesta. Me acerqué rápidamente a Yezhévikin y le estreché con fuerza la mano. A decir verdad, quería oponerme al tono general y mostrar abiertamente mis simpatías por el viejo; tal vez, ¡quién sabe!, mejorar la opinión que de mí tuviese Nastasia Yevgrafovna. Pero mi intento fracasó.

—Permítame preguntarle —dije con mi forma precipitada habitual, y ruborizado—, ¿ha oído hablar de los jesuitas?

—No, amigo mío, no he oído hablar de ellos; bueno, puede que alguna vez... pero no es cosa mía. ¿Por qué?

—Habría querido contarle... Recuérdemelo en otra ocasión. Pero ahora, tenga la seguridad de que lo comprendo... que sé apreciar...

Y, totalmente confundido, volví a coger su mano.

—Se lo recordaré, padrecito, se lo recordaré sin falta, lo grabaré con letras de oro en mi memoria, permítame que haga un nudo.

Y lo hizo, en una esquina limpia de su sucio pañuelo, que olía a tabaco.

—Yevgraf Lariónovich, tome su té —dijo Praskovia Ilínichna.

—Ahora mismo, bellísima señora, inmediatamente, mejor dicho princesa, no señora. Eso es por el té. Acabo de encontrar en el camino a Stepán Aleksiéievich Bajchéiev, muy alegre y radiante. Llegué a preguntarme si no estaría por desposarse. ¡Adula, adula! —añadió en un semisusurro al pasar ante mí con la taza, con un guiño y entornando los ojos—. ¿Y cómo es posible que no esté Fomá Fomich, mi principal bienhechor? ¿Es que no vendrá a tomar el té?

El tío respingó como si lo hubieran pinchado y miró tímidamente a la generala.

—La verdad es que no lo sé —respondió indeciso, extrañamente azorado—. Lo mandamos llamar, pero él...

No lo sé, tal vez no esté de humor. Envié a Vidopliásov... ¿tal vez sea mejor que vaya yo mismo?

—Acabo de verlo en sus aposentos —dijo Yezhévikin con aire misterioso.

—¿Es posible? —exclamó el tío asustado—. ¿Y qué?

—Pasé ante todo a presentarle mis respetos. Me dijo que bebería el té a solas y luego añadió que le bastaba un seco mendrugo de pan, eso fue lo que me dijo.

Esas palabras sumieron al tío en el terror absoluto.

—Tenías que haberle explicado, Yevgraf Lariónovich, haberle dicho —dijo por fin el tío mirando al viejo con angustia y reproche.

—Se lo dije, se lo dije.

—¿Y bien?

—Tardó mucho en responderme. Estaba resolviendo un problema aritmético, debía ser complicadísimo, dibujó delante de mí el teorema de Pitágoras. Lo vi con mis propios ojos. Se lo repetí tres veces y sólo a la cuarta alzó su cabecita y fue entonces cuando me vio por primera vez. «No iré, ahora ha venido un hombre docto y ¿cómo podría yo permanecer junto a tal lumbrera?». Así fue como dijo, «junto a tal lumbrera».

Y el viejito me miró burlón de reojo.

—¡Es lo que me esperaba! —exclamó el tío, juntando las manos—. ¡Así pensé que sucedería! Lo dice por ti, Serguéi, cuando dice «hombre docto». Bueno, ¿qué podemos hacer ahora?

—Le confieso, querido tío, que a mi juicio es una negativa tan ridícula —repliqué con dignidad encogiéndome de hombros— que no vale la pena tomarla en serio, y en

verdad le digo que me asombra su confusión...

—¡Oh, hermano, tú no sabes nada! —exclamó, haciendo un gesto enérgico con la mano.

—De nada sirve penar, ahora —intervino de pronto Perepelítsina—, puesto que todo el mal procede, desde el principio, de usted, Yégor Ílich. Una vez perdida la cabeza no se llora por el pelo. Si hubiera hecho caso de su mamaíta ahora no lo lamentaría.

—¿Pero, Anna Nilovna, de qué soy culpable? ¡Dígalo por Dios! —rogó el tío, como suplicando una explicación.

—Yo temo a Dios, Yégor Ílich, pero sé que todo proviene de que sea usted un gran egoísta y no quiera a su madre —respondió dignamente Perepelítsina—. ¿Por qué no respetó desde un principio su voluntad? Es su madre, señor. Jamás le contaré a usted mentiras. También yo soy hija de un teniente coronel, señor, y no una cualquiera.

Tuve la impresión de que Perepelítsina había intervenido en la conversación con el único fin de hacer saber a todos y, sobre todo a mí, el recién llegado, que era hija de un teniente coronel.

—Es que ofende a su propia madre —dijo con voz amenazadora la propia generala.

—Mamita, por Dios, ¿en qué pude ofenderla?

—Siendo un irremisible egoísta, Yégorushka —prosiguió la generala cada vez más animada.

—Mamita, mamita, ¿por qué soy un egoísta irremisible? Lleva cinco días, cinco días enteros enfadada conmigo, sin hablarme —exclamó el tío casi desesperado—. ¿Por qué motivo? ¿Por qué? Que me juzguen, que me juzgue el mundo entero. Que oigan mi justificación por fin, ya es hora de que la gente me escuche. ¡Anfisa Petrovna! ¡Pável Semiónovich, nobilísimo Pável Semiónovich! ¡Que oigan por fin mi justificación! Guardé silencio mucho tiempo, usted no quería oírme, pues bien, que ahora me escuche la gente. Serguéi, ¡amigo mío! Tú estás al margen, eres, por decirlo así, espectador, juez imparcial...

—¡Tranquilícese, Yégor, serénese! —exclamó Anfisa Petrovna—, no mate a su mamita.

—No estoy matando a mi mamita, Anfisa Petrovna, pero aquí tiene mi pecho, ¡máteme! —continuó diciendo el tío, en el colmo del enardecimiento, lo que suele ser corriente en personas de carácter débil cuando pierden por completo la paciencia, aunque todo su ardor es como el fuego de la paja encendida—. Quiero decir, Anfisa Petrovna, que a nadie ofendo. Y empezaré por decir que Fomá Fomich es persona nobilísima, de lo más honrada, dotada de altísimas cualidades, pero que en este caso... no fue justo conmigo.

—¡Hum! —masculló Obnoskin, como para irritar más al tío.

—¡Pável Semiónovich, nobilísimo Pável Semiónovich! ¿Puede usted de veras

creer que soy insensible como una piedra? Veo y comprendo, doliéndome el corazón, que todos esos malentendidos son el producto del exceso de cariño que él me tiene. Pero esta vez... ha sido injusto conmigo. Quiero contarle todo, Anfisa Petrovna, hasta el último detalle, para que todos sepan cómo empezó y puedan juzgar si mamaíta tiene razón en acusarme de no haber satisfecho a Fomá Fomich. Escúchame tú también, Serguéi —añadió dirigiéndose a mí, cosa que hizo a lo largo de todo el relato, como si temiera a otros oyentes y dudase de su simpatía—; escúchame y decide si tengo o no razón. Toda la historia empezó hará una semana, sí, no más de una semana; supe que llegaba a nuestra ciudad mi antiguo jefe, el general Rusapétov con su esposa y su cuñada, y que harían escala durante algún tiempo. Quedo abrumado. Me apresuro y aprovecho la ocasión, vuelo a presentarme y lo invito a cenar. Me promete venir, si es posible. Se trata de una persona nobilísima, posee todas las virtudes y, además, gran persona, un alto dignatario; favoreció económicamente a su cuñada, casó a una huérfana con un joven excelente (ejerce de notario en Malínovka, es joven pero muy culto); en una palabra, un general como pocos. En casa, es natural: un trajín tremendo, contrato a un cocinero famoso, se hacen menús especiales, hago venir una orquesta. Me siento feliz, es claro, como si fuera mi propia fiesta, ¡pero a Fomá Fomich no le gusta que esté contento y tenga aire festivo! Sentado a la mesa —recuerdo aún que estaban sirviendo su predilecto pastel con nata— permanece largo rato callado y de pronto dice: «¡Me ofenden, me ofenden!». «¿De qué manera, Fomá?». «¡Usted me desprecia, prefiere tratar con generales, los aprecia más que a mí!». Se entiende que estoy explicando todo de manera sucinta, pero si supieras lo que pudo decir... en una palabra, removiéndome todo mi ser. ¡Qué podía hacer! Mi ánimo decae, me siento exhausto, como un gallo mojado. Llega el día solemne. El general me avisa que no puede venir, se disculpa. Voy corriendo a Fomá: «Serénate, Fomá. ¡No viene!». ¿Qué crees que hace Fomá? ¡No me perdona y repite: «Me han ofendido y nada más»; sólo dice eso! Insisto de todos los modos posibles. «No vaya —me dice— con sus generales, los aprecia más que a mí; ha roto usted los lazos de la amistad». Comprendo el porqué de su enfado. ¡No soy un poste, amigo, ni un carnero, ni un estúpido! Está enfadado conmigo por exceso de cariño hacia mí y, por celos del general, teme perder mi afecto. «¡Debo ser para usted un “Su Excelencia”! Sólo entonces haré con usted las paces, cuando me demuestre su respeto». «¿Y cómo podré demostrarte mi respeto, Fomá Fomich?». «Llamándome todo el día “Su Excelencia”; sólo entonces me demostrará su respeto». ¡Fue como caer de las nubes! ¡Pueden imaginar mi asombro! «¡Eso puede servirle de ejemplo para no admirar a generales cuando hay otras personas mejores y superiores a todos sus generales!». Y fue entonces cuando perdí la paciencia, lo confieso, lo confieso sinceramente. «Fomá Fomich —le digo—, eso es imposible. No puedo hacer algo así. ¿Puedo, tengo acaso poder para hacerte general? Piensa, ¿quién puede hacer general a una persona? ¿Cómo voy a darte de “Su Excelencia”? Eso equivale a darte una categoría que sobrepasa mi poder... Sería infringir los decretos de la

Providencia. Un general es, para la Patria, como una condecoración, ha combatido, ha vertido su sangre en el campo de honor... ¡Cómo puedo darte de “Su Excelencia”!». Pero él no cede. «Haré todo cuanto quieras, Fomá, lo haré todo por ti. Me mandaste que me afeitara la barba porque, según tú, había en ella poco patriotismo; lo hice, de mala gana, pero lo hice. Más aún, haré cuanto quieras, pero renuncia al rango de general». «No —responde—, no me reconciliaré hasta que me llame “Su Excelencia”. Eso le vendrá bien a su moralidad, a la humildad de su espíritu». Y ya lleva una semana, toda una semana sin hablar conmigo, se enfada con todo aquel que llega. Cuando oyó decir que eras un científico —la culpa de eso la tuve yo, estaba contento y hablé de más—, dijo que su pie no pisaría esta casa si tú entrabas en ella. «Eso quiere decir —me dijo— que para usted ya no soy un científico». ¡Mal lo pasaremos si se entera de que vendrá Korovkin! Dime, por Dios, ¿dónde está mi culpa? ¿Puedo, acaso, llamarlo «Su Excelencia»? ¡Es imposible vivir en semejante ambiente! ¿Qué motivos tuvo hoy para echar de la mesa al pobre Bajchéiev? De acuerdo que Bajchéiev no inventó la astronomía, tampoco yo la inventé, y tú tampoco... ¿Por qué, por qué?

—Porque eres envidioso, Yégorushka —musitó de nuevo la generala.

—¡Mamita! —gritó el tío completamente desesperado—, acabará usted volviéndome loco. No habla por sí misma, repite palabras ajenas. ¡Acabaré por ser un poste, una piedra, una farola, no su hijo!

—He oído decir, tío —lo interrumpí yo, atónito por el relato—, oí decir a Bajchéiev, no sé si es cierto, que Fomá Fomich está envidioso del onomástico de Iliusha y que afirma que mañana es también la suya. Debo admitir que ese rasgo de su carácter me asombra tanto que yo...

—Cumpleaños, hermano, cumpleaños, no onomástico —me interrumpió el tío de forma apresurada—. Y, es cierto, mañana festejamos su cumpleaños. La verdad, mi amigo, ante todo...

—¡No es su cumpleaños, papaíto! —gritó Sasheñka.

—¿Cómo que no? —respondió el tío desconcertado.

—Lo que usted dice no es cierto, quiere engañarse y complacer a Fomá Fomich. Nació en marzo, ¿no recuerda que poco antes fuimos en peregrinación al monasterio y no dejó a nadie tranquilo en la carroza y se quejaba todo el tiempo de que el cojín le había aplastado un costado y pellizcaba a sus vecinas?: tal era su rabia que pellizcó dos veces a la tía. Y cuando fuimos a felicitarlo por su cumpleaños se enfadó de que no hubiera camelias en el ramo. «A mí —nos dijo— me gustan las camelias porque mis gustos son aristocráticos, y a vosotras os dio pena cortarlas para mí en el invernadero». Y anduvo todo el día huraño y de mal genio sin dignarse hablar con nosotras...

Creo que si una bomba hubiera caído en la habitación, el susto y la conmoción no habrían sido mayores que la franca rebelión... ¿de quién?, de una niña a quien ni se le permitía hablar en voz alta en presencia de la abuela. La generala, muda de sorpresa y

furia, se levantó, se irguió y miró a su nieta insolente sin creer a sus ojos. El tío, horrorizado, apenas respiraba.

—¡Qué libertad se les da! —gritó Perepelítsina—. ¡Quiere matar a la abuelita!

—¡Sasha, Sasha!, ¿qué dices? ¿Qué te ocurre? —Gritaba el tío, corriendo de la generala a su hija para detenerla.

—¡No quiero callar, papaíto! —gritó de pronto Sasheñka; saltó de su asiento, golpeó el suelo con los pies; sus ojos despedían chispas—. ¡No quiero callar! Hemos aguantado largo tiempo a su maldito Fomá Fomich. A ese Fomá Fomich malvado y asqueroso que acabará con todos nosotros porque siempre le dicen que es listísimo, generoso, noble, sabio, que es un conjunto de virtudes, el compendio de todas ellas, ¡y él, como tonto que es, se lo cree todo! Son tantas las alabanzas que recibe que a otro cualquiera le daría vergüenza, pero Fomá Fomich se lo traga todo y pide más. Ya verán que acaba comiéndonos a todos y la culpa de todo la tendrá papaíto. ¡Fomá Fomich es vil y asqueroso, lo digo francamente, a nadie tengo miedo! Es imbécil, caprichoso, cochino, ingrato, cruel, tirano, chismoso, embustero... ¡Yo lo echaría inmediatamente, inmediatamente de casa, sin pérdida de tiempo! ¡Pero papaíto lo adora, está loco por él!...

—¡Ah! —exclamó la generala y se desplomó sobre el diván, desvanecida.

—¡Mi querida Agafia Timoféievna, mi ángel! —Gritaba Anfisa Petrovna—. Traedme mi frasco de sales. ¡Agua, traed agua de inmediato!

—¡Agua, agua! —Gritaba el tío—. ¡Mamita, mamita, seréense, de rodillas le suplico que se tranquilice!

—¡Habría que ponerte a pan y agua, encerrarte en una habitación oscura!... ¡Asesina!... —siseó contra Sasheñka una Perepelítsina temblorosa de rabia.

—Y comeré pan y beberé agua, ¡a nada tengo miedo! —Gritaba Sasheñka, a su vez fuera de sí—. Defiendo a mi padre, porque él solo no sabe defenderse. ¿Quién es él, quién es vuestro Fomá Fomich, comparado con papá? Come el pan de mi padre y lo humilla, el muy ingrato. ¡En trozos partiría a vuestro Fomá Fomich! ¡Lo retaría a duelo y lo mataría en el acto con dos pistolas!...

—¡Sasha, Sasha! —Gritaba el tío desesperado—. ¡Una palabra más y estoy perdido, irremisiblemente perdido!

—¡Papaíto! —gritó de pronto Sasheñka lanzándose de cabeza hacia su padre, el rostro bañado en lágrimas y abrazándose a él con fuerza—. ¡Papaíto!, ¿será posible que usted, tan bueno, tan generoso, alegre, listo, se deje perder de este modo? ¿Cómo puede someterse así a ese hombre ruin, desagradecido, ser su juguete, convertirse en el hazmerreír de todos? ¡Papaíto, mi adorado papaíto!...

Sollozando, se cubrió el rostro con las manos y salió corriendo de la habitación.

A esto siguió una terrible confusión. La generala yacía desmayada. El tío, de rodillas ante ella, le besaba las manos. Perepelítsina giraba en torno de ellos y nos lanzaba miradas airadas, pero triunfantes. Anfisa Petrovna mojaba con agua las sienes de la generala y no soltaba su frasco de sales. Praskovia Ilínichna temblaba, bañada

en lágrimas. Yezhévikin buscaba un rincón donde meterse y la niñera permanecía pálida y muerta de susto. Sólo Mizínchikov permanecía imperturbable. Se alzó, se acercó a la ventana y se quedó mirando fijamente al exterior sin hacer ningún caso a todo cuanto acontecía.

De pronto, la generala se incorporó en el diván, se irguió y me miró de pies a cabeza airadamente.

—¡Fuera! —gritó, acompañando el grito con una patada en el suelo.

Debo confesar que no lo esperaba.

—¡Fuera! ¡Fuera de esta casa! ¿A qué vino? ¡No quiero ver ni la huella de sus pies! ¡Fuera!

—¿Qué dice, mamita? ¡Si es Serguéi! —masculló el tío asustado—. Está de huésped en nuestra casa.

—¿Qué Serguéi? ¡Tonterías! ¡No quiero oír nada! ¡Fuera! ¡Es Korovkin! ¡Estoy segura de que es Korovkin! Mi presentimiento no me engaña. Ha venido para matar a Fomá Fomich, para eso lo han llamado. Mi corazón me lo... ¡Fuera de aquí, miserable!

—Si las cosas están así, tío —dije lleno de justa indignación—, yo, perdóneme... —Y recogí mi sombrero.

—¿Serguéi, Serguéi, qué haces?... Ahora eres tú... Mamita, ¡pero si es Serguéi! ... ¡Serguéi, haz el favor! —Corría tras de mí para quitarme el sombrero—. Eres mi huésped y aquí te quedas, así lo quiero. ¡Mamita, si es Serguéi! —Y añadió en un susurro—: Sólo es así cuando se enfada... Tú, por lo pronto, te escondes en alguna parte... quédate algún tiempo escondido y ya verás como pasa todo. ¡Te perdonará, te lo aseguro! Es buena pero a veces se desorienta... Sabes, ahora te toma por Korovkin, pero luego te perdonará, te lo aseguro... ¿Qué quieres? —gritó a Gávril que, aterrorizado, entraba en la habitación.

Gávril no venía solo; venía con él un joven siervo de unos dieciséis años, de extraordinaria belleza, que había sido admitido en la casa por esta razón, como pude saber más tarde. Se llamaba Falaley. Llevaba un traje muy especial, una camisa de seda roja adornada de pasamanería dorada en el cuello, un cinturón dorado, pantalones negros plisados y botas de piel con vueltas rojas. El traje había sido ideado por la propia generala. El joven lloraba amargamente y las lágrimas se desprendían unas tras otras de sus ojazos azules.

—¿A qué vienen esas lágrimas? —exclamó el tío—. ¿Qué ha ocurrido? ¡Habla, bandido!

—Nos mandó venir Fomá Fomich, él viene enseguida —respondió Gávril, dolorido—. Yo para ser examinado y él...

—¿Y él qué?

—Por bailar, señor —respondió Gávril con lágrimas en los ojos.

—¡Por bailar! —exclamó el tío horrorizado.

—Por bailar —dijo Falaley entre sollozos.

—¡El komarinski!

—¡El ko-ma-rins-ki!

—¿Y te sorprendió Fomá Fomich?

—¡Me pescó!

—¡Han acabado conmigo! —exclamó el tío—. ¡Perdida está mi cabeza! —Y se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Fomá Fomich! —anunció Vidopliásov entrando en la habitación.

Se abrió la puerta y ante el expectante público hizo acto de presencia Fomá Fomich.

Del buey blanco y «El Mujik de Komarino»

Pero antes de tener el honor de presentar a los lectores a Fomá Fomich en persona, considero del todo indispensable decir algunas palabras sobre Falaley y explicar qué había de horrible en el hecho de bailar el komarinski y de que Fomá Fomich lo sorprendiera en tan agradable ocupación. Falaley era un mandadero de la casa, huérfano desde muy pequeño y ahijado de la primera esposa de mi tío, el cual lo quería muchísimo. Eso bastaba para que Fomá, después de trasladarse a Stepanchikovo y someter al tío, odiase a su muchacho favorito. Pero el niño cayó en gracia a la generala y, pese a la ira de Fomá, quedó en la casa en el piso de los señores. La generala insistió en ello y Fomá cedió, considerándolo sin embargo como una ofensa —todo era para Fomá una ofensa—, de la cual culpaba al tío, se vengaba en él cada vez que tenía la ocasión. Falaley era asombrosamente bello. Su rostro de rasgos femeninos era el de una belleza campesina. La generala lo cuidaba y lo mimaba, para ella era como un animalito precioso y no se sabía a quién quería más, a su rizada perrita Ami o a Falaley. Ya dijimos que el traje de Falaley *era* una creación de la generala. Las señoritas le proporcionaban pomada y el peluquero Kozma debía rizarle el cabello los días de fiesta. Falaley era una extraña criatura, no se lo podía tildar de idiota o atrasado, pero a tal punto era ingenuo, veraz y simple que a veces de veras se lo podía tomar por tontorrón. Si soñaba con algo, por la mañana venía a contárselo a los señores. Los interrumpía cuando hablaban, sin preocuparse de ser un incordio. Les contaba cosas impropias para los señores. Lloraba sinceramente cuando la señora se desvanecía o reñían demasiado a su señor. Se compadecía de las desgracias de todos. A veces se acercaba a la generala, besaba sus manos y le suplicaba que no se enfadara, y la generala, magnánima, le perdonaba tales libertades. Era extremadamente sensible, bondadoso y no conocía el rencor; alegre y manso como un cabritillo, feliz y despreocupado como un niño. En la mesa, los señores le daban bocados de sus propios platos.

Se colocaba siempre tras la silla de la generala y le encantaba el azúcar. No bien le daban un trocito, lo roía con sus dientes fuertes, blancos como la leche, y en sus alegres ojos azules y en toda su linda carita brillaba un placer indescriptible.

Durante mucho tiempo Fomá Fomich estuvo enfadado, hasta que un día comprendió que enfadándose no iba a ninguna parte: decidió ser el bienhechor de Falaley. Después de reñir al tío por no ocuparse de la educación de sus siervos, decidió enseñar al pobre chiquillo reglas morales, modales correctos y francés.

«¿Cómo es posible —solía decir Fomá defendiendo su absurda idea (no solamente suya, el autor de estas líneas puede dar fe)— que Falaley, estando siempre

al lado de su señora, no comprenda si ella le dice de pronto: “doné mua mon mushuar” y no obedezca de inmediato su petición?».

De hecho, no sólo se vio que era imposible enseñarle francés sino siquiera el alfabeto ruso, lo que había intentado inútilmente, el cocinero Andrón, tío suyo, que terminó relegando la gramática rusa a un estante. Falaley era tan torpe para el estudio que no entendía nada, una torpeza que dio origen a cierta historia: los demás siervos se burlaban de él, llamándolo «el francés» y el viejo Gávril, fiel ayuda de cámara del tío, tuvo la temeridad de negar abiertamente la utilidad de aprender ese idioma. El hecho llegó a oídos de Fomá Fomich quien, irritado y como castigo, obligó a estudiarlo a quienes negaban su utilidad, entre ellos a Gávril. Eso dio origen a la enseñanza del francés a los siervos, que tanto había enfadado al señor Bajchéiev. Respecto a la enseñanza de buenos modales, las cosas iban todavía peor: Fomá no podía evitar de ningún modo que Falaley, pese a una estricta prohibición, viniese a contarle por las mañanas sus sueños, cosa que, a su juicio, era de lo más indecente y familiar. Pero Falaley seguía siendo Falaley. Claro está que el primero en sufrir las consecuencias fue el tío.

—¿Sabe, sabe usted lo que hizo hoy? —Solía gritar algunas veces Fomá, eligiendo siempre el momento cuando estaban todos reunidos—. ¿Sabe usted, coronel, adonde llevan su tolerancia y sus mimos constantes? Hoy tragó el trozo de empanada que le dio usted a la hora del almuerzo y ¿sabe lo que dijo después? Ven, ven aquí, ser absurdo, ven, idiota, mofletes sonrosados...

Falaley se acerca llorando, secándose los ojos con ambas manos.

—¿Qué dijiste cuando te tragaste el trozo de empanada? ¡Repítelo delante de todos!

Falaley no responde, sigue llorando amargamente.

—Bien. Lo diré yo por ti. Dijiste, después de palmotear tu tripa llena e indecente: «Me atraqué de pastel como Martín de jabón». Por favor, coronel, ¿así se habla, por ventura? ¿Se pronuncian tales frases en una sociedad culta y refinada? ¿Lo dijiste o no? ¡Habla!

—¡Lo di-je!... —confirmó Falaley sollozando.

—Entonces, dime ahora, ¿ese Martín come jabón? ¡Habla! ¿Dónde has visto a un Martín que coma... jabón? ¡Habla! ¡Hazme conocer a tan fenomenal personaje!

Silencio.

—Te estoy preguntando —insiste Fomá—, ¿quién es ese Martín? Quiero verlo, quiero conocerlo. ¿Quién es? ¿Qué es, un registrador, un astrónomo, un vendedor ambulante, un poeta, un capitán, un siervo? Alguien ha de ser. ¡Responde!

—Un sier... vo —responde por fin Falaley sin dejar de llorar.

—¿De quién es siervo? ¿Cómo se llaman sus amos?

Pero Falaley no sabe decir a qué señores pertenece. El final de la historia es por sí previsible: Fomá, irritado, sale corriendo de la habitación gritando que lo han ofendido; la generala se desvanece y el tío maldice el día de su nacimiento, pide

perdón a todos y pasa lo que resta de día en sus propias habitaciones andando de puntillas.

Ocurrió por casualidad que, al día siguiente, después de la historia de Martín y el jabón, Falaley, que había olvidado ya por completo a Martín y sus penas del día anterior, cuando trajo el té a Fomá Fomich le contó que había soñado con un buey blanco. ¡Sólo eso faltaba! La indignación de Fomá Fomich alcanzó niveles indescriptibles. Convocó de inmediato al tío para reñirlo por los indecentes sueños de su Falaley. Las medidas tomadas fueron muy severas: se lo puso de rodillas en un rincón y se le prohibió severamente tener sueños tan zafios, propios de los mujiks.

«Lo que más me indigna —decía Fomá Fomich—, al margen de que no debería atreverse a contarme sus sueños y mucho menos cuando se trata de un buey blanco, es que —y espero, coronel, que esté de acuerdo conmigo—, el buey blanco es una prueba de la estulticia, ignorancia y torpeza de su cerril Falaley. Se sueña lo que se piensa. ¿Acaso no le había ya dicho de antemano que nada positivo conseguiría de él y que no debíamos dejarlo en el piso de los señores? Jamás, jamás podrá usted cultivar ese espíritu vulgar ni adaptar su primitivo cerebro a las nociones poéticas y refinadas. ¿Es que no puedes —continuó dirigiéndose a Falaley— soñar con algo elegante, delicado, bello, con alguna escena de la buena sociedad, digamos con unos señores que, por ejemplo, juegan a las cartas o unas damas que pasean por un bello jardín?».

Falaley prometió que la noche próxima soñaría sin falta con los caballeros o con las damas paseando por un bello jardín.

Al acostarse, Falaley suplicó a Dios, derramando lágrimas, y pensó largamente en qué hacer para no soñar más con el maldito buey blanco; pero engañosas son las esperanzas humanas. Cuando despertó al día siguiente recordó, horrorizado, que había soñado con el detestable buey blanco sin ver a dama alguna paseando por un bello jardín. Esta vez las consecuencias fueron graves. Fomá Fomich manifestó sin rodeos que no creía en la posibilidad de que el sueño se repitiese, que alguien de la casa había inducido al muchacho a decirlo, tal vez el mismo coronel, para fastidiarlo a él, Fomá. Hubo gritos, reproches y lágrimas. Al anoecer la generala cayó enferma, la casa entera andaba de cara larga. Quedaba todavía la débil esperanza de que a la tercera noche Falaley soñara con una escena de la buena sociedad. ¡Cuál no sería la indignación general cuando se supo que cada bendita noche, durante toda una semana, Falaley había soñado con el buey blanco y sólo con él! ¡Y ni hablar de la buena sociedad!

Lo más curioso, sin embargo, era que a Falaley nunca se le hubiese ocurrido mentir, decir simplemente que en vez del buey blanco había visto una carroza llena de damas acompañadas de Fomá Fomich. Y tanto más, cuanto mentir, en este caso particular, no habría sido pecado mayor. Pero Falaley era un alma tan pura que, aunque lo quisiera, era absolutamente incapaz de mentir. Además, nadie se lo había sugerido; sabían que se traicionaría no bien abriera la boca y que Fomá Fomich lo

descubriría enseguida. ¿Qué se podía hacer? La posición de mi tío se volvía insostenible; Falaley era incorregible; adelgazaba de angustia.

Melania, el ama de llaves, afirmaba que lo habían embrujado y lo roció a escondidas con agua bendita; la bondadosa Praskovia Ilínichna participó en esa labor saludable. No dio resultados. ¡Nada daba resultados!

—¡Mal rayo parta el sueño! —Contaba Falaley—. Sueño con el buey cada noche y empiezo a rezar temprano, en cuanto anochece: «¡Fuera de mi sueño, buey blanco, fuera!». Pero la bestia, maldita sea, no se va, la tengo ante mí, enorme, con sus cuernos, su boca, ¡u-u-u!

Mi tío estaba desesperado, mas, por suerte, Fomá Fomich pareció olvidarse del buey blanco. Claro está que nadie creía que pudiese olvidar tan importante circunstancia y suponían con temor que lo reservaba para ocasiones más propicias. Más tarde se supo que el buey blanco no figuraba en sus planes. Eran otros los asuntos, otras las preocupaciones y los propósitos que maduraban en su mente fértil y prolífica. Por esa razón Falaley tuvo un respiro y todos respiraron tranquilos. El chiquillo recobró su alegría, dejó de recordar lo pasado y veía menos en sus sueños el buey blanco, aunque éste, de vez en cuando, asomaba su fantástica cabezota. En una palabra, todo habría ido bien si no existiera en el mundo un baile llamado el komarinski.

Debemos señalar al lector que Falaley era un excelente bailarín; ésa era su facultad principal, podríase calificarla casi de vocación. Bailaba con energía, con inagotable alegría, pero la danza que más lo atraía era «El Mujik de Komarino».

No es que fuera tan de su agrado la frivolidad ni, en todo caso, la inexplicable conducta de aquel voluble mujik, no, no era eso lo que lo atraía, le gustaba bailar el komarinski porque oír esa música y no danzar a sus sonos para él era totalmente imposible. Por las tardes, a veces, dos o tres lacayos, el cochero, el jardinero que tocaba el violín y también algunas damas de la servidumbre, se reunían en una plazuela, la más alejada de la hacienda señorial; formaban un círculo lo más lejos posible de Fomá Fomich y comenzaba la música, los bailes y, al final, asumía solemnemente sus derechos el komarinski. Formaban la orquesta dos balalaicas, una guitarra, un violín y un pandero manejado a la perfección por Mitiushka, el postillón. ¡Había que verlo entonces a Falaley! Bailaba hasta olvidarse de sí mismo, hasta el agotamiento, estimulado por las risas y los gritos de su público. Chillaba, gritaba, reía a carcajadas, batía palmas... Diríase que lo llevaba una fuerza exterior que no podía dominar, y se obstinaba en apresar el ritmo cada vez más acelerado de la melodía contagiosa, batiendo la tierra con sus tacones. En aquellos momentos su placer llegaba al paroxismo, y todo habría transcurrido bien y alegremente si el rumor sobre el komarinski no hubiera llegado, por fin, a oídos de Fomá Fomich.

Horrorizado, Fomá Fomich mandó llamar inmediatamente al coronel.

—Me gustaría saber sólo una cosa, coronel —empezó diciendo Fomá Fomich—. ¿Está usted decidido a acabar definitivamente con ese desgraciado idiota o no? En el

primer caso me aparto por completo, no intervengo en nada, pero si no lo está...

—Pero ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado? —gritó el tío asustado.

—¿Y pregunta qué ha pasado? ¿Es que no sabe que baila el komarinski?

—Bueno... ¿y qué?

—¿¡Cómo y qué!?! —chilló Fomá—. Y eso lo dice usted, ¡usted, que es su señor y, en cierto sentido, su padre! ¿No sabe, acaso, lo que significa el komarinski? ¿Sabe usted que en esa canción se habla de un mujik depravado que intenta, borracho, cometer el acto más inmoral? ¿Sabe qué hace este mujik patán? Holla los lazos más sagrados y los patea, por decirlo así, con sus botazas sucias, acostumbradas al suelo de la taberna... ¿Comprende que con su respuesta usted ha ofendido mis más nobles sentimientos, que me ha ofendido personalmente? ¿Lo comprende o no?

—Pero Fomá... No es más que una canción... tan sólo una canción.

—¡Tan sólo una canción! ¿Y no le da vergüenza reconocer que la conoce, usted, miembro de una sociedad noble, padre de hijos inocentes, bien educados, y a mayor razón siendo coronel? ¡Tan sólo una canción! Tengo la convicción de que esta canción reproduce un hecho real. ¡Tan sólo una canción! ¿Qué persona decente, sin morir de vergüenza, puede admitir que conoce la canción, que la ha oído alguna vez? ¿Quién, quién?

—Pues mira, Fomá, ya que lo preguntas te diré que tú mismo la conoces, ya que la has oído —respondió ingenuamente mi tío, algo azorado.

—¡Cómo! ¿Que yo la he oído? Yo... yo... ¡es decir yo!... ¡Me han ofendido! —gritó de pronto Fomá, saltando de su silla y atragantándose de ira. No esperaba una respuesta tan aplastante.

No describiré la ira de Fomá Fomich. Por su respuesta indecente e inadecuada, el coronel tuvo que desaparecer, humillado, de la vista del guardián de la moralidad. Desde ese instante Fomá Fomich se juró a sí mismo sorprender a Falaley en flagrante delito, es decir, bailando el komarinski.

Por las tardes, cuando todos lo suponían ocupado trabajando, salía silenciosamente al jardín, rodeaba los huertos y se escondía entre el cáñamo, desde donde se divisaba a lo lejos la plazoleta del baile. Vigilaba al pobre Falaley como el cazador a su presa, imaginando con placer el escándalo que armaría ante toda la casa si conseguía su objetivo, y en especial ante el coronel. Por fin sus búsquedas incansables se vieron coronadas por el éxito: descubrió a Falaley bailando el komarinski.

Se comprende después de ello la desesperación del tío cuando vio llorando a Falaley y oyó a Vidopliásov anunciar a Fomá Fomich, quien, en persona y en aquel momento tan inesperado y crítico, apareció ante nosotros.

Fomá Fomich

Estudié a Fomá Fomich con infinita curiosidad. Tenía razón Gávril al calificarlo de insignificante. Fomá Fomich era de baja estatura, rubiáceo, algo canoso, de nariz aguileña y el rostro cubierto de minúsculas arrugas. Tenía una gruesa verruga en la barbilla y no pasaría de los cincuenta años.

Entró sin hacer ruido, con mesurado andar, sin alzar la vista del suelo, pero su rostro y toda su pedante y pequeña figura reflejaban la insolencia más aplomada. Con gran sorpresa mía se presentó con bata de corte importado —pero bata al fin—, y pantuflas. El cuello de su camisa sin corbata iba vuelto à l'enfant, lo cual le daba un aspecto muy ridículo. Se dirigió a un sillón desocupado, lo acercó a la mesa y tomó asiento sin decir nada. Todo el ajetreo y la agitación de hacía un minuto cesaron en el acto. El silencio era tan denso que se habría oído el vuelo de una mosca. La generala, ahora apacible como un corderillo, puso de manifiesto su veneración de pobre idiota por Fomá Fomich. Clavó en él sus ojos con mirada insaciable. La joven Perepelítsina, con sonrisa afectada, se frotaba las manitas; y la pobre Praskovia Ilínichna temblaba de miedo.

El tío se agitó.

—¡Que se sirva el té, hermanita, el té! —Dispuso inmediatamente—, pero que esté muy dulce, a Fomá Fomich le gusta el té muy dulce, ¿verdad, Fomá?

—No estoy ahora para vuestros té —dijo Fomá lenta y dignamente, con aspecto preocupado, agitando la mano—. Para vosotros todo debe estar muy dulce.

Esas palabras, como ya la entrada increíblemente ridícula de Fomá, despertaron mi interés. Quería saber hasta qué punto aquel señor tan insolente y seguro de sí mismo olvidaría las reglas de urbanidad.

—Fomá —exclamó el tío—, te presento a mi sobrino Serguéi Aleksándrovich, que acaba de llegar.

Fomá Fomich lo miró despectivamente de pies a cabeza.

—Me sorprende, coronel, que siempre le guste a usted interrumpirme —dijo después de un largo silencio, sin prestarme la menor atención—. Intento tratar asuntos serios y usted discurrea, sabe Dios de qué. ¿Ha visto a Falaley?

—Lo vi, Fomá.

—¡Ah, lo vio! Bueno, haré que lo vea de nuevo, si es que lo vio. Podrá admirar el fruto moral de su propia obra, coronel... ¡Ven aquí, estúpido! ¡Ven aquí, hocico holandés! ¡Ven, ven, no tengas miedo, muévete!

Falaley se acercó sin dejar de sollozar, con la boca abierta, tragándose las lágrimas. Fomá Fomich lo miraba con siniestro placer.

—Con toda intención, Pável Semiónovich, lo he llamado hocico holandés —dijo, volviéndose un poco hacia Obnoskin al tiempo que se retrepaba en su sillón—. Verá,

en términos generales no considero necesario suavizar mi lenguaje. La verdad debe ser la verdad; y por mucho que se cubra la suciedad, suciedad seguirá siendo. ¿Para qué intentar suavizarla? Sería engañar a la gente y engañarse a sí mismo. Semejante insensatez sólo puede nacer en una estúpida mente mundana. Dígame, lo tomo por juez, ¿encuentra algo bello en este hocico? Me refiero a algo noble, sublime, elevado, no a un hocico rojo.

Fomá Fomich hablaba en voz baja, contenida, con cierta majestuosa indiferencia.

—¿Bello en él? —respondió Obnoskin con desvergonzado desdén—. A mi juicio no es más que un buen trozo de *roast-beef*, simplemente.

—Uno se acerca al espejo, lo mira —continuó Fomá Fomich evitando solemnemente el pronombre «yo»—. Estoy muy lejos de considerarme a mí mismo un Apolo, pero, sin quererlo, llegué a la conclusión de que en esos ojos grises había algo que me diferenciaba de un Falaley cualquiera. Hay ideas, vida, inteligencia. No me refiero a mí personalmente. Hablo en general, hablo de nuestra clase social. Ahora bien, ¿cree usted, Pável Semiónovich, que puede haber una brizna, un fragmento de alma en ese *beefsteak* vivo? Observe, Pável Semiónovich, cómo la gente que carece de toda idea e ideal, que sólo vive de carne, siempre tiene un rostro repugnantemente fresco, ¡grosera y burdamente fresco! ¿Quiere conocer el nivel de sus conocimientos? ¡Eh, tú, objeto, acércate más, deja que te admiremos! ¿Qué haces con la boca abierta? ¿Pretendes, acaso, tragar una ballena? ¿Eres guapo? ¡Responde! ¿Eres guapo?

—¡Soy gua... po! —respondió Falaley, ahogando sus sollozos.

Obnoskin se retorció de risa. Yo comenzaba a temblar de rabia.

—¿Ha oído? —continuó Fomá triunfalmente, dirigiéndose a Obnoskin—. ¡Y lo que le falta por oír! He venido para examinarlo. Mire usted, Pável Semiónovich, hay personas que pretenden pervertir y acabar con este miserable idiota. Tal vez sea un juez demasiado severo, tal vez me equivoque; pero hablo por amor a la humanidad. Estaba bailando ahora el más indecente de los bailes, pero aquí eso a nadie le importa. Escuche ahora por sí mismo. ¿Qué hacías? Responde, responde inmediatamente, ¿me oyes?

—Bai... la... ba... —dijo Falaley, intensificando su llanto.

—¿Qué bailabas? ¿Qué baile? ¡Habla!

—El komarinski...

—¡El komarinski! ¿Y quién es ese komarinski? ¿Crees que puedo comprender algo de tu respuesta? Explícanos de dónde sale tu komarinski.

—De... de un mu... jik...

—¡De un mujik! ¡Tan sólo un mujik! ¡Me sorprende! Debe de ser un mujik famoso si en su honor se componen poemas y bailes. Explícamelo.

Hostigar a su víctima es una necesidad para Fomá. Se divierte con ella como el gato con el ratón, pero Falaley, sin entender la pregunta, gimotea y calla.

—¡Responde! —Insiste Fomá—. Te estoy preguntando. ¿Cómo era ese mujik?

¡Habla! ¿Era un siervo del Estado, era libre, un siervo de monasterio?... Hay muchas clases de mujiks...

—De Komarino, de... un mo... naste... rio...

—¡Ah, siervo de un monasterio! ¿Lo oye usted, Pável Semiónovich? Aquí tiene un nuevo dato histórico: el mujik de Komarino es un siervo de monasterio. ¡Hum!... Pero ¿qué hizo ese mujik? ¿Por qué hazañas se lo ensalza y... se baila?

La pregunta era escabrosa y, dirigida a Falaley, podía ofrecer cierto peligro.

—Pero... usted..., sin embargo... —observó Obnoskin, después de haber mirado a su madre que comenzaba a retorcerse inquieta en su diván. ¿Qué se podía hacer? En esa casa los caprichos de Fomá Fomich eran leyes.

—Por favor, tío, si no detiene a ese imbécil, él... ¿comprende lo que intenta? Falaley acabará por decir alguna barbaridad, se lo aseguro... —Dije en un susurro al tío quien, desorientado, no sabía qué decir.

—Oye, Fomá, deberías... —empezó a decir—. Mira, te presento a mi sobrino que se dedica a la mineralogía...

—Le ruego, coronel, que no me interrumpa con su mineralogía, que, según me consta, ignora usted por completo y tal vez «otros» también la ignoren. No soy un niño. Me responderá que dicho mujik, en lugar de afanarse por el bien de sus hijos, dedicaba su tiempo a emborracharse y a dejarse la piel en la taberna y que luego, absolutamente beodo, se lanzaba a correr por las calles. A esto, como es sabido, se reduce este poema para mayor gloria de la embriaguez. No se preocupe usted, que bien sabe él lo que debe responder. Vamos a ver, responde: ¿qué hacía ese mujik? Mira que ya te lo he dicho, te lo he puesto en la boca. Quiero que seas tú quien me digas exactamente qué ha hecho este mujik para llegar a ser tan célebre, para merecer la gloria inmortal de ser ensalzado por los trovadores. ¿Eh?

El desdichado Falaley, en su angustia, lanzaba miradas perdidas a su alrededor y abría y cerraba la boca como una carpa que acaban de arrojar sobre la arena.

—Me da ver... ¡vergüenza decirlo! —bramó finalmente, en el colmo de la desesperación.

—¡Te da vergüenza decirlo! —prosiguió Fomá en tono triunfal—. Le da vergüenza decirlo, pero no hacerlo. He aquí la respuesta que yo quería oír, coronel. Ésta es la moral que usted sembró, moral que fructificó y que usted ahora... riega. Pero para qué gastar más saliva. Ve a la cocina, Falaley. Por el momento, y por respeto a los presentes, nada te diré; pero hoy, hoy mismo, serás castigado cruel y dolorosamente. En caso contrario, si de nuevo te prefieren a mí, quédate y entretén a tus señores con el komarinski que yo, hoy mismo, abandono esta casa. ¡Basta! ¡He dicho! ¡Puedes marcharte!

—Creo que está siendo usted demasiado severo... —farfulló Obnoskin.

—Eso es, eso es, eso es —exclamó el tío, pero calló de pronto cuando Fomá lo miró sombríamente de reojo.

—Me sorprende, Pável Semiónovich —continuó diciendo Fomá— lo que hacen

actualmente los escritores, los poetas, los científicos, los pensadores modernos que no fijan su atención en las canciones que canta y baila el pueblo ruso. ¿Qué han hecho hasta ahora todos esos Púshkin, Lérmontov, Borozdna? ¡Me asombra! El pueblo baila el komarinski, esa apología de la embriaguez, y ellos se inspiran en no sé qué florecitas. ¿Por qué no componen canciones más decorosas para que el pueblo las cante, y olvidan sus florecitas? He aquí un problema social. Me gustaría que nos hicieran conocer a un mujik, pero a un mujik ennoblecido, es decir a un campesino y no a un mujik, a un campesino sabio y sencillo, aunque calce lapti —hasta esto lo admito—, pero, y lo digo sin turbarme, repleto de virtudes que sean la envidia de un Alejandro de Macedonia, excesivamente loadado, a mi juicio. Conozco mi patria y mi patria me conoce y por eso lo digo. Que representen a ese mujik cargado de familia, con cabellos grises, en una isba ahumada, acuciado por el hambre y sin embargo contento; que bendiga su pobreza, no se queje y sea indiferente a la riqueza del gran señor. Que el gran señor, finalmente, se sienta conmovido y le dé por fin su oro; sería edificante que, en este caso, asistiéramos a la unión de las virtudes del mujik con las de su señor y, ¿por qué no?, un gran noble. ¡El campesino y el gran señor, tan dispares en su posición social, se fusionan, finalmente, por sus virtudes!... ¡Qué exaltante idea! Pero ¿qué vemos en la vida real? Por un lado, florecitas y, por otro, un mujik borracho y andrajoso que corre por la calle. ¿Qué poesía hay en eso? ¿Qué se puede admirar? ¿Dónde está el ingenio? ¿Dónde la gracia? ¿Dónde la moral? No lo comprendo.

—¡Cien rublos te debo, Fomá Fomich, por estas palabras! —dijo Yezhévikin entusiasmado—. ¡No recibirá ni un kopek! —me susurró al oído—. ¡Alaba, alaba!

—Sí, en efecto... lo ha expuesto bien —dijo Obnoskin.

—¡Eso es, en efecto! —exclamó el tío, que escuchaba con gran atención y me miraba con aire triunfal—. ¡Qué tema tan profundo se está tratando! —musitó, frotándose las manos—. ¡Una conversación multifacética! ¡Qué diablos! Fomá Fomich, aquí está mi sobrino —añadió muy emocionado—. También él se dedica a las letras. Permítame presentárselo.

Igual que antes, Fomá Fomich no hizo caso alguno de las palabras del tío.

—Por Dios le pido que no me presente más, se lo pido en serio —dije al tío en voz baja y tono decidido.

—Iván Ivánovich —empezó a decir Fomá dirigiéndose a Mizínchikov, mirándolo fijamente—. ¿Qué piensa usted de lo que hemos hablado ahora?

—¿Yo? ¿Me lo pregunta a mí? —respondió sorprendido Mizínchikov como si lo acabaran de despertar.

—Sí, a usted. Se lo pregunto porque valoro la opinión de personas realmente inteligentes, y no las de personas de inteligencia discutible que se consideran inteligentes y científicos porque no paran de presentarnoslos como inteligentes y científicos, y que a veces los hacen venir de lejos como para actuar en un teatro de feria o algo semejante.

El tiro iba dirigido directamente a mí. Era indudable que Fomá Fomich, al no hacerme ningún caso, hablaba de literatura con el único propósito de sorprender, destruir, aplastar de entrada al «científico inteligente de Petersburgo». Yo, al menos, no lo dudaba.

—Si quiere conocer mi opinión, yo... yo estoy de acuerdo con su opinión —respondió Mizínchikov, apático y de mala gana.

—¡Todos estáis de acuerdo conmigo! ¡Me aburre oíros! —dijo Fomá—. Le diré francamente, Pável Semiónovich —prosiguió después de una pausa, y dirigiéndose de nuevo a Obnoskin—, que si por algo admiro al inmortal Karamzin no es por su Historia, ni por Marfa la alcaldesa, ni por Antigua y nueva Rusia, sino por haber escrito Frol Silin, esa grandiosa épica. ¡Una obra realmente popular que perdurará a través de los siglos! ¡Una épica sublime!

—¡Eso es, eso es! ¡Una «época» sublime! Frol Silin, un bienhechor. Lo recuerdo, lo he leído, además había pagado la libertad de dos siervas y luego miraba el cielo y lloraba. Un rasgo muy noble —aprobó mi tío con entusiasmo.

¡Pobre tío! No podía contenerse para no intervenir en una conversación culta. Fomá esbozó una sonrisa maléfica, pero no dijo nada.

—También ahora se escriben cosas interesantes —intervino cautelosamente Anfisa Petrovna—. Por ejemplo Los misterios de Bruselas.

—No opino así —dijo Fomá como lamentándolo—. He leído hace poco un poema... ¡Qué se puede decir! Las mismas «florecitas» de siempre. Pero no, de los más modernos el que más me gusta es «El Escribiente», un estilo liviano.

—¡«El Escribiente»! —exclamó Anfisa Petrovna— ¿es aquel que escribe las cartas a las revistas? ¡Ah, qué bien lo hace! ¡Qué divertido juego de palabras!

—Precisamente, el juego de palabras, ¡por así decirlo, juega con la pluma! ¡Qué felicidad de expresión!

—Sí, pero es un pedante —observó Obnoskin negligentemente.

—Sí, pedante, no lo discuto, pero un pedante encantador, con gracia, Claro que ninguna de sus ideas soportaría una crítica seria, pero al frívolo lector lo atrae la facilidad con que se expresa. Es frívolo, de acuerdo, pero encantador y tiene gracia. ¿Recuerdan, por ejemplo, cuando en un artículo literario dijo que tenía propiedades?

—¿Propiedades? —preguntó mi tío—. Eso está muy bien. ¿En qué provincia?

Fomá se detuvo, miró fijamente al tío y prosiguió con el mismo tono.

—Díganme, ¿en qué puede interesar al lector saber si tiene propiedades? Si las tiene, felicidades. Pero con qué gracia y encanto las describe. Su ingenio chispea, rebosa, la agudeza de su ingenio lo desborda. Es así como se debe escribir. Creo que yo escribiría de ese modo si quisiera escribir para que me publicaran...

—Tal vez todavía mejor —observó Yezhévikin respetuosamente.

—Sus sílabas son melodiosas —añadió el tío.

Fomá Fomich no pudo aguantar más.

—Coronel —dijo—, querría pedirle, con la máxima delicadeza posible, que deje

de interrumpimos y permita que terminemos tranquilamente nuestra conversación. A nuestra conversación usted no puede aportar nada, no puede. Por lo tanto no intente participar en nuestra grata charla literaria. Ocúpese de su hacienda, tome té... pero deje la literatura en paz. ¡Le aseguro que la literatura, por eso, nada perderá!

Esas palabras sobrepasaban el colmo de la insolencia. Me quedé mudo.

—Pero si tú mismo, Fomá, habías dicho que las sílabas son más melodiosas —dijo el tío confuso y abatido.

—Sí, pero yo hablaba conociendo el tema, hablaba oportunamente. ¿Y usted?

—Sí, hablábamos con conocimiento de causa —apoyó Yezhévikin para adular a Fomá Fomich—. No es mucho, pero nos alcanza para atender el trabajo en dos distritos, y si nos empeñamos, con alguna pequeña ayuda, hasta podemos atender otro, pero no más.

—¡Entonces he vuelto a decir una tontería! —Resumió el tío con su bonachona sonrisa.

—Al menos lo reconoce —observó Fomá.

—¡No importa, no importa, Fomá, no estoy enfadado! Sé que tú, como amigo mío, como un hermano, me llamarás la atención. Yo mismo te lo permití, llegué a pedírtelo; me conviene, es por mi bien. Te lo agradezco y sabré aprovecharlo.

Mi paciencia se agotaba. Todo cuanto hasta entonces había oído sobre Fomá Fomich me había parecido exagerado. Pero ahora, viéndolo con mis propios ojos, mi estupor no tenía límites. No creía mis sentidos. Era incapaz de conciliar semejante insolencia, tan atrevido autoritarismo, por una parte, con tanta voluntaria esclavitud, tanta crédula benevolencia por otra. Por lo demás, era obvio que también mi tío estaba confuso por la insolencia. Yo ardía en deseos de encararme de un modo u otro con Fomá, de pelearme con él y provocarlo con alguna puya... y después, que pasara lo que tuviera que pasar. Me excitaba la idea. Sólo necesitaba una oportunidad y, esperándola, estrujé por completo el ala de mi sombrero. La oportunidad no se presentó. Fomá se negaba de plano a fijarse en mí.

—Dices la verdad, Fomá, la pura verdad —continuó el tío, esforzándose en recobrar y disimular la acrimonia de la conversación anterior—. Siempre das en el clavo, dices la verdad por desagradable que sea, y te doy las gracias por ello. Es preciso conocer el tema y hablar después. Estoy arrepentido. Más de una vez me hallé en este predicamento. Imagínate, Serguéi, que una vez fui examinador... ¡Se ríen! Pues ya ven, tuve que examinar, os lo juro. Me llamaron de una institución de enseñanza para participar en un tribunal y tuvieron la deferencia de sentarme junto a los demás examinadores, sobraba un sitio. Os juro que hasta tuve miedo, me asusté mucho, no conocía ninguna materia. ¡Qué hacer! ¿Y si me invitaban a la pizarra?, pensé. Pero al final todo terminó bien, y hasta yo mismo formulé unas preguntas, como quién fue Noé. En general todos respondieron muy bien, luego almorzamos y bebimos champán a la salud del conocimiento. Excelente centro docente.

Fomá Fomich y Obnoskin estallaron en carcajadas.

—También yo me reí después —exclamó el tío, riendo bonachonamente, contento de que todos se divirtieran—. Escucha, Fomá, ahora os quiero divertir a todos con una historia que me puso en ridículo... Oye, Serguéi, estábamos acampados en Krasnogorsk...

—Permítame preguntarle, coronel —lo interrumpió Fomá—, si será muy larga su historia.

—¡Oh, Fomá! Se trata de una historia divertidísima, para morir de risa. Escúchala, es buena, muy buena. Os contaré cómo por hablar demasiado una vez metí la pata...

—Yo siempre escucho con placer sus historias cuando son de ese género —dijo Obnoskin bostezando.

—Nada se puede hacer, habrá que escuchar —decidió Fomá.

—Todo será muy divertido, ya lo verás, Fomá. Quiero contaros, Anfisa Petrovna, cómo metí la pata por hablar. Escucha también tú, Serguéi, es una historia edificante. Estábamos acampados en Krasnogorsk —empezó a decir el tío muy de prisa, resplandeciente de placer, con numerosos paréntesis, como siempre que contaba algo para complacer a los demás—. Acabábamos de llegar y aquella noche fui al teatro. Trabajaba Kuropatkina, una gran actriz que se fugó con el capitán de Caballería Zvierkov en mitad de la obra, tuvieron que bajar el telón... Menuda bestia, ese Zvierkov, amigo de beber, de jugar a las cartas; no es que fuera un borracho, pero le gustaba compartir el tiempo con los amigos. Cuando bebía de veras se olvidaba de todo: del país en que vivía, de su nombre, decididamente de todo, pero de hecho era un excelente muchacho... Pues bien, estoy en el teatro y durante el intervalo me levanto y encuentro a mi antiguo compañero Kornujov... no había otro como él, seis años sin vemos. Participó en la campaña, su pecho estaba cubierto de medallas; ahora, según me han dicho, se pasó al funcionariado y ha llegado a cargos muy altos... Nos alegramos del encuentro, es natural. Y en el palco junto al nuestro había tres damas; la que estaba a la izquierda era feísima, como pocas en el mundo... Luego supe que era una mujer excelente, madre magnífica, la felicidad de su marido... Yo, por tonto, le digo a Kornujov: «Dime, hermano, ¿sabes quién es el espantajo allí sentado?». «¿A quién te refieres?». «A ésa». «Es mi prima». ¡Menuda situación la mía! Para arreglarla, le digo: «No, no me refiero a ella. ¿Dónde tienes los ojos? Me refería a la que está sentada algo más lejos, ¿quién es?». «Es mi hermana». ¡Maldición! Y su hermana, como apostá, era preciosa, bella como pocas: vestida con mucho gusto, enjovada, en una palabra, un encanto; se casó después con Pyjtin, excelente persona; se fugó con él, se casó sin permiso paterno, pero ahora todo se ha arreglado y viven muy bien y los padres no dejan de bendecir al Cielo... Bueno, como les iba diciendo: «¡No, no! —grito y ya no sé dónde meterme— ¡no ésa! ¿Quién es la del medio?». «¿La del medio? Ésa, hermano, es mi esposa...» Entre nosotros, no era una dama, era una delicia de mujer, para comérsela toda entera... «Bueno —le digo—, ¿has visto alguna vez a un tonto? Aquí lo tienes ante ti y

también su cabeza: ¡córtala, no le tengas lástima!». Se echó a reír. Después del espectáculo me las presentó y probablemente el muy guasón les contó todo lo sucedido. ¡Cuánto se habrán reído! Les confieso que nunca he pasado una velada tan divertida. ¡Ya ves, hermano Fomá, cómo se puede a veces quedar mal! ¡Ja, ja, ja!

Pero en vano reía mi pobre tío, en vano paseaba en tomo su mirada alegre y bondadosa: un silencio de muerte era la respuesta a su divertida historia. Fomá Fomich se mantenía mudo y sombrío y los demás seguían su ejemplo; sólo Obnoskin sonreía apenas; previendo el castigo que infligirían al tío, que estaba ruborizado y confuso. Eso era justamente lo que Fomá esperaba.

—¿Ha terminado usted? —preguntó por fin dirigiéndose con aire importante al embarazado narrador.

—He terminado, Fomá.

—¿Y está contento?

—¿Qué entiendes, Fomá, por contento? —respondió angustiado el pobre tío.

—¿Se siente aliviado? ¿Está contento de haber interrumpido una charla literaria entre amigos para satisfacer su insignificante amor propio?

—¡Qué dices, Fomá! Yo quería divertirlos y tú...

—¿Divertirnos? —gritó Fomá de pronto enfurecido—, usted no es capaz de divertirnos sino de amargarnos. ¡Divertir! ¿Sabe usted que su historia raya lo inmoral? Ya no digo lo indecente, eso cae por su propio peso... Acaba de explicar, poniendo de manifiesto la singular torpeza de su sensibilidad, que se reía de la inocencia de una dama noble por no haber tenido el honor de gustarle, y ha intentado que nosotros, nosotros, nos regocijemos, es decir, que estemos de acuerdo con su zafio e indecente proceder, y ello, sólo por ser usted el dueño de esta casa. Haga lo que quiera, coronel, puede buscarse gorriones, aduladores, gente de esa calaña; puede, inclusive, hacerlos venir de lejanos países y reforzar de ese modo su séquito en detrimento de la sinceridad y nobleza espiritual; pero Fomá Opiskin jamás será su adulator, ni su gorrón. ¡De eso puede estar usted seguro!...

—¡Oh, Fomá! ¡No me has comprendido!...

—No, coronel, ya hace tiempo que lo he comprendido, lo conozco a fondo. Está atormentado por un ilimitado amor propio, pretende tener una gracia inalcanzable y se olvida que la agudeza pierde filo en la pretensión. Usted...

—Basta ya, Fomá, por Dios. Debería darte vergüenza, delante de la gente...

—Pena, me da, coronel, ver todo esto, pero, una vez visto, callar es imposible. Soy pobre, vivo a costa de su madre. Se podría esperar, tal vez, que lo halague con mi silencio, y yo no quiero que cualquier chiquillo me tome por un parásito de su mesa. Tal vez, al hablar hace poco, acentué adrede mi veraz candor y llegué a la grosería, pero es usted, precisamente, quien me puso en ello. Es usted muy altivo conmigo, coronel. Podrían considerarme su esclavo, su gorrón. Le causa placer humillarme ante «desconocidos» cuando de hecho soy igual a usted. ¿Me oye? Igual en todos los sentidos. Tal vez yo le esté haciendo el favor de vivir en su casa y no usted a mí. Me

humillan, por consiguiente debo yo mismo cantar mis alabanzas, es natural. No puedo dejar de hablar, debo hablar, debo protestar inmediatamente, y por ello le manifiesto con toda franqueza y simplicidad que es usted un envidioso como no hay otro. Se percata, por ejemplo, de que en una conversación sencilla, amistosa, una persona pone de manifiesto sin querer sus conocimientos, sus gustos, lo mucho que sabe, y usted ya siente fastidio, ya no está a gusto. Piensa: «¡Voy a hacer patente también yo mis conocimientos, mi buen gusto!». Pero, permítame decirle que en materia de buen gusto entiende usted tanto como un buey entiende de la carne. Lo que digo es brutal, tosco, lo confieso, pero al menos es sincero y auténtico. No lo oírás decir, coronel, a sus adaladores.

—¡Eh, Fomá!

—¡Eso es, «Eh, Fomá»! Bien se ve que la verdad hace daño. Pero bueno, después hablaremos de eso y ahora permítame que divierta un poco a los presentes. No es cosa de que acapare usted toda la atención. ¡Pável Semiónovich! ¿Ha visto usted a ese monstruo marino con forma humana? Hace tiempo que lo observo. Fíjese eh él, me quiere comer vivo de un bocado.

Se refería a Gávril. El viejo criado, de pie junto a la puerta, miraba con pena cómo se metían con su señor.

—Quiero divertirlo, Pável Semiónovich, con un espectáculo. Eh, tú, cuervo, ven aquí... tenga usted la bondad de acercarse un poco más, Gávril Ignátievich. Aquí tiene, Pável Semiónovich, a Gávril, quien por su grosería está estudiando el dialecto francés. Yo, como Orfeo, suavizo los hábitos locales no mediante canciones sino gracias al dialecto francés. Vamos a ver franchute, mesié feneánt —detesta que lo llamen mesié feneánt—; ¿te sabes la lección?

—La estudié —responde Gávril con la cabeza gacha.

—¿Parlé vú fransé?

—Ui, mesié, ye le parl an pe...

No sé si fue la cara triste de Gávril al pronunciar la frase en francés, o que todos se anticiparan a los deseos de Fomá de que se rieran: se desternillaron de risa no bien Gávril empezó a hablar. Hasta la generala dignó reírse. Anfisa Petrovna, reclinada contra el respaldo del diván, reía a los chillidos, tapándose con el abanico. Lo más grotesco fue cuando Gávril, al ver en qué se había convertido el examen, fue incapaz de soportarlo, escupió y dijo en tono de reproche:

—¡A qué vergüenza me veo reducido en la vejez!

Fomá Fomich se sobresaltó.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Te permites decir groserías?

—No, Fomá Fomich —respondió con dignidad Gávril—. Mis palabras no son una grosería y no me corresponde a mí, un siervo, decir las a un señor de nacimiento. Pero toda persona está hecha a imagen y semejanza de Dios. Tengo ya sesenta y tres años. Mi padre recordaba al bandido Pugachev. Mi abuelo, juntamente con su señor, Matvéi Nikitich —Dios los tenga en su gloria— fueron colgados del mismo árbol por

ese monstruo, Pugachev, debido a lo cual mi padre fue distinguido por nuestro difunto señor, Afanasi Matvéich; fue su ayuda de cámara y acabó sus días como mayordomo. Yo, señor Fomá Fomich, aunque soy siervo de mi amo, ¡jamás conocí tanta ignominia como ahora!

Al pronunciar estas últimas palabras, Gávril se abrió de brazos y bajó la cabeza. El tío lo observaba inquieto y exclamó:

—Basta, basta Gávril. No hace falta que te extiendas más, basta.

—No importa, no importa —terció Fomá palideciendo levemente y esforzándose en sonreír—. Que hable, todo, coronel, es fruto de su...

—Lo contaré todo —prosiguió Gávril con extraordinaria animación—, no ocultaré nada. Me atarán las manos, pero no la lengua. Aunque comparado contigo, Fomá Fomich, sea un hombre ruin, en una palabra, un esclavo, también yo puedo sentirme ofendido. Sé que estoy obligado a servirte porque nací siervo y he de cumplir toda obligación, con temor y a conciencia. Si te pones a escribir un libro, mi obligación es no dejar que nadie pase a distraerte, es mi obligación verdadera y la cumpliré con gusto; pero no que a la vejez me hagas ladrar en otro idioma que el mío, cubriéndome de vergüenza... Ahora ni puedo bajar al cuarto de la servidumbre... «Eres un franchute, un franchute», me dicen. No, señor Fomá Fomich, no soy el único tonto, toda la buena gente dice ahora que usted es mala persona y que ante usted nuestro señor parece un niño pequeño; aunque usted por naturaleza sea hijo de general y tal vez le falte poco a usted mismo para llegar a serlo, es usted malvado como una verdadera furia.

Gávril acabó de hablar. Yo estaba fuera de mí de entusiasmo. Fomá Fomich, pálido de ira en medio de la confusión general, parecía incapaz de recobrase del inesperado ataque de Gávril. Diríase que meditaba hasta qué punto debía enfurecerse. Por fin explotó.

—¡Cómo! ¡Se atreve a insultarme, a mí, a mí! ¡Es un motín! —chilló Fomá Fomich saltando de su asiento.

Tras él saltó la generala y se retorció las manos. Se armó un gran desorden. A empellones, el tío sacó de la habitación al criminal Gávril.

—¡Que lo aherrojen, que lo aherrojen! —Gritaba la generala—. Llévalo a la ciudad, Yégorushka, sí quieres mi bendición. Ponle inmediatamente el cepo, que vaya como soldado.

—¡Cómo te atreviste —gritaba Fomá—, patán miserable, Hamlet, trapo asqueroso, a llamarme furia!

Me adelanté y le dije decidido, mirándolo directamente a los ojos y temblando de excitación:

—Le confieso que en esta ocasión estoy completamente de acuerdo con Gávril.

Quedó tan asombrado por esas palabras que al principio pareció no creer sus oídos.

—¿Qué pretende decir? —gritó, echándose sobre mí y clavándome sus ojitos

inyectados en sangre—. ¿Quién eres tú?

—Fomá Fomich... —empezó a decir mi tío completamente desorientado—. Es Serguéi, mi sobrino...

—¡El estudioso! —vociferó Fomá—. Un científico. ¡Liberté, égalité, fraternité, journal des débats! Te equivocas, amiguito, no estamos en Sajonia; esto no es Petersburgo, no te equivoques. Me río yo de tus débats. ¡Que se vayan al diablo, aquí nada pintan! ¡Estudioso! Todo cuanto tú sabes yo lo tengo olvidado multiplicado por siete; para mí ¡vaya estudioso!

Si no lo hubieran sujetado se habría echado sobre mí a puñetazos.

—¡Pero si está borracho! —Dije, perplejo, mirando en tomo de mí.

—¿Quién? ¿Yo? —vociferó Fomá.

—¡Sí, usted!

—¿Borracho?

—¡Borracho!

Fomá no pudo soportar eso. Chilló como si lo estuvieran degollando y salió corriendo de la habitación. La generala, al parecer, deseaba desmayarse, pero decidió que era mejor correr en pos de Fomá. Detrás de ella corrieron los demás y detrás de ellos mi tío. Cuando me repuse y miré a mi alrededor sólo vi a Yezhévikin. Sonreía y se frotaba las manos.

—Hace poco me prometió contarme algo sobre los jesuitas —dijo con voz insinuante.

—¿Qué? —pregunté sin comprender de qué me hablaba.

—Había prometido contarme algo sobre los jesuitas... una pequeña anécdota...

Salí corriendo a la terraza y de allí al jardín. La cabeza me daba vueltas.

Una declaración de amor

Vagué por el jardín durante un cuarto de hora, irritado y muy descontento conmigo mismo, meditando qué hacer. Caía el sol. De pronto, al entrar en una avenida oscura, me encontré cara a cara con Nasteñka. Tenía los ojos en lágrimas, que enjugaba con un pañuelo.

—Lo estaba buscando —me dijo.

—También yo —le respondí—. Dígame, ¿estoy o no estoy en un manicomio?

—Nada de eso —me respondió con aire ofendido, mirándome fijamente.

—Si no es así, ¿qué ocurre? ¡Aconséjeme, por Dios! ¿Dónde está mi tío? ¿Puedo ir a buscarlo? Me alegro de haberla encontrado, tal vez usted me oriente.

—No, más vale que no vaya, acabo de dejarlos.

—Pero ¿dónde están todos?

—¡Quién sabe! Tal vez se hayan ido todos al huerto —me respondió irritada.

—¿A qué huerto?

—El de la cocina. Es que la semana pasada Fomá Fomich se puso a gritar que no quería quedarse en la casa y corrió al huerto, agarró una azada en la cabaña y comenzó a cavar el sembrado. Todos quedamos atónitos, creímos que se había vuelto loco. «Que no se diga que no hago nada para ganarme el sustento, lo ganaré con mi trabajo y me iré. ¡Ya ven a lo que me han llevado!». Todos se pusieron a llorar casi de rodillas ante él, intentaron quitarle la azada de las manos, pero él siguió cavando; echó a perder el sembrado de nabos. Lo hizo una vez y quizá vuelva a hacerlo. Es capaz, no lo excluyo.

—¡Y usted... usted me lo cuenta así, tan tranquila! —grité intensamente indignado.

Me lanzó una mirada centelleante.

—¡Perdóneme —añadí—, no sé ni lo que digo! Óigame, ¿sabe por qué he venido aquí?

—N... no —respondió ruborizándose, y su rostro encantador reflejó un sentimiento de pena.

—Tiene que perdonarme —proseguí—, estoy nervioso y comprendo que no es así como debía hablar de eso... sobre todo con usted... Pero no importa. Creo que lo mejor es la sinceridad. Le confieso... es decir, quiero decirle... ¿conoce los proyectos de mi tío? Me ordenó pedirle a usted su mano...

—¡Oh, qué tontería! ¡No me hable de eso, por favor! —me interrumpió presurosa y enrojeciendo.

Quedé perplejo.

—¿Cómo tontería? ¡Pero si me lo escribió!

—¿Así que le escribió? —preguntó muy interesada—. ¡Qué tontería! ¡Y me había

prometido no hacerlo! ¡Qué absurdo! ¡Cielos, qué absurdo!

—Perdóneme —balbuceé sin saber qué decir—, tal vez me haya portado groseramente, fui poco oportuno... momento inoportuno... Dese cuenta, estamos rodeados de Dios sabe qué...

—¡Oh, no se disculpe, por amor de Dios! Créame, ya es embarazoso oír todo eso; sin embargo era yo la que quería verlo para intentar saber algo... ¡Ah, qué fastidio! ¿Así que realmente le escribió? Lo que más temía. ¡Dios mío, qué hombre tan extraño! ¡Y usted lo creyó y ha venido a toda prisa! ¡Es el colmo!

No ocultaba el fastidio. Mi posición no era envidiable.

—Lo admito, no esperaba... —Dije sumido en la confusión— no esperaba que las cosas fueran así... Pensaba, por el contrario...

—¿Qué pensaba? —preguntó con un deje de ironía, mordiéndose levemente el labio—. A ver, enséñeme la carta que le mandó.

—Muy bien.

—Y no se enfade conmigo, por favor, no se sienta ofendido, ¡tenemos ya demasiados problemas! —dijo con voz suplicante aunque una sonrisa burlona brilló apenas en sus bellos labios.

—¡Oh, le ruego, no me tome por un tonto! —exclamé con ardor—. ¿No la habrán prevenido contra mí? Tal vez alguien le habló mal de mí. Tal vez sea porque hice el ridículo hace un momento. De todos modos, no tiene importancia, se lo aseguro. Me doy cuenta de lo tonto que debe de considerarme usted. ¡No se ría de mí, por favor! No sé lo que digo... ¡La culpa la tienen mis malditos veintidós años!

—¡Oh, por Dios! ¿Qué importancia tiene?

—¡Claro que la tiene! Quienquiera de veintidós años lo lleva grabado en la frente. Como yo, por ejemplo, cuando tropecé al entrar en la sala, o ahora, delante de usted... ¡Maldita edad!

—¡Oh, no, no! —respondió Nasteñka, conteniendo a duras penas la risa—. Estoy segura de que usted es bueno y simpático e inteligente, y se lo digo con sinceridad. Pero... es muy orgulloso y de eso puede corregirse.

—No creo que mi amor propio sea exagerado.

—¡Cómo no! Cuando quedé azorado al entrar, sólo por haber tropezado... pero ¿qué derecho tenía de poner en ridículo a su tío, tan bueno y magnánimo y tan generoso con usted? ¿Por qué quiso desviar la risa hacia él, una risa dirigida sólo a usted? Su conducta fue malvada, vergonzosa. No era digna y le confieso que en el momento lo odié.

—¡Es cierto! Fui un estúpido, o peor, fue una canallada. Usted se dio cuenta y ése es mi castigo. Ríñame, ríase de mí, pero escúcheme: al final tal vez cambie de opinión —añadí llevado por un extraño sentimiento—; aún me conoce poco, puede que más tarde, cuando me conozca mejor, entonces... puede...

—¡Por Dios, dejemos esta conversación! —exclamó Nasteñka visiblemente exasperada.

—Muy bien, muy bien, la dejamos. Pero ¿dónde puedo verla?

—¿Cómo, dónde?

—Verá, no es posible que ya nos hayamos dicho todo, Nastasia Yevgrafovna. Por Dios le ruego que me conceda una cita, ¿puede ser hoy? No, ya anochece. Si puede ser mañana, muy temprano, haré que me despierten lo antes posible. Junto al estanque hay un cenador, conozco muy bien todo aquello, sé el camino. Viví aquí cuando era pequeño.

—¿Una cita? ¿Para qué? Estamos hablando ahora, sin necesidad de citas.

—Pero hasta ahora no sé nada, Nastasia Yevgrafovna. Primero hablaré con el tío, ya que él, al fin y al cabo, tendrá que contármelo todo y tal vez entonces tenga algo muy importante que decirle...

—¡No, no! ¡No hace falta, no hace falta! —exclamó Nasteñka—. Acabemos ahora de decirlo todo para no volver a hablarlo. No se moleste en ir a ese cenador, le aseguro que yo no iré. Y olvide, por favor, todas esas tonterías, se lo pido muy en serio...

—¡Entonces el tío se ha portado conmigo como con un tarado! —grité exasperado—. ¿Para qué, entonces, me hizo venir?... Escuche: ¿qué es ese ruido?

Estábamos cerca de la casa. Desde las ventanas abiertas nos llegaban chillidos y gritos insólitos.

—¡Dios mío! —exclamó Nasteñka muy pálida—. ¡Otra vez! ¡Lo presentía!

—¿Lo presentía? Una pregunta más, Nastasia Yevgrafovna. Claro está, carezco de todo derecho, pero me atrevo por el bien de todos a hacerle esta última pregunta. Dígame —y su respuesta jamás saldrá de mis labios—, dígame sinceramente si el tío está enamorado de usted.

—¡Ah! ¡Quítese de la cabeza semejante estupidez de una vez por todas! —exclamó, enrojeciendo de ira—. ¡Sólo usted faltaba! Si él estuviera enamorado de mí no habría estado tratando de casarme con usted —añadió con amarga sonrisa—. ¿Y por qué, por qué lo piensa? ¿No comprende lo que hay detrás de todo esto? ¿Oye estos gritos?

—Pero... es Fomá Fomich...

—Sí, claro, Fomá Fomich, pero ahora se trata de mí, porque dicen lo mismo que usted, la misma insensatez, también ellos sospechan que él está enamorado de mí. Y como soy pobre, como no valgo nada y no cuesta nada envilecerme, pretenden casarlo con otra, le exigen, para mayor seguridad, que me eche de esta casa y me vaya a casa de mi padre. Y cuando se le habla de ello se enfurece y quiere destrozar a Fomá Fomich. Ahora esos gritos son por eso, presiento que son por eso.

—¡Entonces, es verdad! Es decir que deberá casarse con esa Tatiana.

—¿Qué Tatiana?

—Esa loca.

—No tiene nada de loca. Es buena. No tiene derecho a decirlo. Tiene un gran corazón, más noble que otros muchos. No es culpable de ser desgraciada.

—Lo siento. Supongamos que tiene usted toda la razón, pero ¿no se equivoca en lo principal? ¿Cómo pueden recibir tan bien a su padre, según pude ver? Si estuvieran tan enfadados como me dice, y quisieran echarla, también lo estarían con él, y lo recibirían mal.

—¿Pero acaso no ve lo que está haciendo mi padre por mí? Finge ser un bufón para tener contento a Fomá Fomich y, como Fomá fue bufón, lo halaga tener ahora el suyo propio. ¿Por quién cree que mi padre lo hace? Lo hace por mí, sólo por mí. No le hace falta; por él, no se humillaría ante nadie. Algunos lo consideran ridículo, pero es el ser más noble del mundo. Cree, vaya uno a saber el motivo, que más vale que me quede en esta casa; no por el buen salario, eso se lo puedo asegurar. Yo hice que cambiara de opinión; le escribí y ha venido para llevarme consigo, y si fuera preciso mañana mismo, porque la situación ha llegado al límite. Aquí quieren acabar conmigo y estoy segura de que todos esos gritos son por mí. Por mi culpa lo martirizan a él, acabarán con él y él es para mí como un padre, entiéndalo, más que mi verdadero padre. No quiero ver más, sé mejor que otros lo que ocurre. Mañana, ¡mañana mismo me iré! Quién sabe, eso les hará aplazar, aunque por un tiempo, su boda con Tatiana Ivánovna... Ahora se lo he contado todo y usted se lo puede decir a él, porque yo ni siquiera puedo hablar con él; nos vigilan y, sobre todo, esa mujer, Perepelítsina. Dígale que no se preocupe, que prefiero comer pan negro y vivir en una isba con mi padre que ser la causa de sus tormentos. Soy pobre y debo vivir como pobre. ¡Dios, qué alboroto, qué gritos! ¿Qué estará pasando allí dentro? Sea como sea, he de entrar. Ahora mismo voy y les digo todo, mirándolos a los ojos, pase lo que pase. Debo hacerlo. Adiós.

Salió corriendo. Me quedé inmóvil, consciente del ridículo papel que había hecho e incapaz de imaginar cómo acabaría todo. Me daba pena la pobre chica y temía por mi tío. De pronto apareció Gávril junto a mí con su cuaderno en la mano.

—Tenga la bondad, señor, de venir a ver a su tío.

Volví a la realidad.

—¿Al tío? ¿Dónde está? ¿Qué hace?

—Está en el salón, donde estaban tomando el té.

—¿Quién está con él?

—Está solo y espera.

—¿A mí?

—Envió a buscar a Fomá Fomich. Se nos acabaron los buenos tiempos —añadió y suspiró profundamente.

—¿A Fomá Fomich? ¡Hum! ¿Y dónde están los demás? ¿Dónde está la señora?

—En sus habitaciones. Se ha desmayado, está casi inconsciente... y llora.

Charlando así llegamos a la terraza. Casi era de noche. Mi tío, en efecto, estaba solo. Iba y venía a zancadas por la misma habitación donde yo había tenido mi agarrada con Fomá Fomich. Unas velas ardían sobre las mesas. Al verme se precipitó y me estrechó con fuerza la mano. Estaba pálido, respiraba con esfuerzo, le

temblaban las manos y un estremecimiento nervioso le recorría de vez en cuando el cuerpo.

«Su Excelencia»

—¡Amigo mío! Todo resuelto, todo ha terminado —dijo el tío en un trágico semisusurro.

—Tío —dije—, he oído unos gritos.

—Gritos, amigo Serguéi, gritos, toda suerte de gritos. Mamita se ha desmayado y todo se precipita. Pero estoy decidido y conseguiré lo que quiero. Ya no temo a nadie, Serguéi. Quiero demostrarles que también yo tengo carácter... ¡y se lo demostraré! Te mandé llamar adrede, para que me ayudes a demostrárselo... Mi corazón está partido, Serguéi... pero debo, estoy obligado a obrar con decisión. La justicia es inexorable.

—Pero ¿qué ha ocurrido, títo?

—He roto con Fomá —dijo el tío con aire resuelto.

—¡Tío! —grité con entusiasmo—. No habría podido decidir nada mejor. Y si en algo puedo contribuir a llevar a cabo su decisión, por poco que fuera, disponga de mí ahora y siempre.

—¡Gracias, hermanito, gracias! Ya está todo decidido. Espero a Fomá. Ya envié a buscarlo. Es él o yo. Debemos separarnos. O bien Fomá sale de esta casa mañana mismo o yo lo dejo todo y vuelvo a los húsares. Me aceptarán; me confiarán una división. ¡Basta con todo este sistema, todo será nuevo! ¿Para qué quieres ese cuadernito de francés? —gritó iracundo, dirigiéndose a Gávril—. ¡Tíralo! ¡Quémalo, rómpelo! ¡«Yo» soy tu señor y te ordeno que no estudies francés! ¡Y tú debes obedecerme porque «yo» soy tu amo, no Fomá Fomich!

—¡Loado sea Dios! —susurró quedamente Gávril.

Era evidente que las cosas iban en serio.

—¡Amigo mío! —continuó el tío profundamente emocionado—. Me exigen lo imposible. Podrás juzgarme, serás un juez imparcial. No sabes, no sabes lo que me exigen, formalmente, lo han dicho con toda claridad, pero es contrario a lo humano, a todo lo noble y honesto... Te lo contaré todo, pero antes...

—¡Ya lo sé! —exclamé interrumpiéndolo—. Lo adivino... Acabo de hablar con Nastasia Yevgrafovna.

—Sobrino mío, ni una palabra de eso ahora, ¡ni una palabra! —me interrumpió presuroso y al parecer asustado—. Te lo contaré todo después yo mismo, mas por ahora... ¿Y bien? —gritó a Vidopliásov, que acababa de entrar—. ¿Dónde está Fomá Fomich?

Vidopliásov explicó que Fomá Fomich «no desea venir, considera semejante exigencia increíblemente grosera y se siente muy ofendido».

—¡Tráelo aquí inmediatamente! ¡Arrástralo! ¡Tráelo aunque sea por la fuerza! —gritó el tío, pateando en el suelo.

Vidopliásov, que jamás había visto al señor tan irritado, se alejó asustado. Yo no salía de mi asombro.

«Debe tratarse de algo muy importante —pensé— para que un hombre de su carácter se ponga tan furioso y tome tales medidas».

Durante varios minutos, sin hablar, el tío paseó por la habitación, como luchando consigo mismo.

—Por si acaso, no rompas el cuadernito —dijo, por fin, a Gávril—. Espera, permanece a mi lado, tal vez me hagas falta. Amigo mío —añadió dirigiéndose a mí—, creo que me enfadé demasiado. Siempre debemos actuar con dignidad, valor, pero sin gritar ni ofender, sólo así. Mira, Serguéi, ¿no sería mejor que te vayas de aquí? A ti te da igual. Yo mismo te lo contaré todo después. ¿Qué opinas? Te ruego que lo hagas por mí.

—¿Tiene usted miedo, tío? ¿Se arrepiente? —le pregunté, mirándolo fijamente.

—¡No, no, querido mío, no me arrepiento! —exclamó con renovado ardor—. Ahora ya no temo a nadie. He tomado medidas, medidas decisivas. Tú no sabes ni puedes imaginar lo que exigen de mí. ¿Acaso debía acatarlo? No, ¡les demostraré cómo soy! Me he rebelado y lo demostraré. Ha llegado el momento. Pero, sabes, querido, me arrepiento de haberte llamado. Tal vez para Fomá sea muy doloroso verte aquí, que seas testigo de su humillación. Sabes, quiero echarlo de manera noble, sin humillarlo. Aun las palabras más dulces, en estos casos ofenden, vejan. Soy un hombre tosco, no tengo educación, por tonto soy capaz de largar algo de lo que yo mismo me avergüence. En definitiva, él hizo mucho por mí... Márchate, amigo mío... Ya lo traen, ya lo traen. ¡Serguéi, te ruego que te vayas! Luego te lo contaré todo, márchate, ¡por el Señor te lo pido!

Y el tío me sacó a la terraza en el mismo instante en que entraba Fomá en la habitación. Pero no me fui, lo confieso. Había resuelto quedarme en la terraza donde desde la habitación, por la oscuridad, apenas se distinguía nada. Había decidido escuchar sin ser visto. De ningún modo intento justificar mi proceder, mas debo admitir con sinceridad que, habiendo resistido esa media hora en la terraza sin haber perdido la paciencia, bien merezco el título de verdadero mártir. Desde el lugar donde estaba no sólo veía bien, también oía perfectamente: las puertas eran de cristal. Imagínense ahora a Fomá Fomich, a quien habían «conminado» a venir, bajo la amenaza de que, en caso de negarse, lo traerían por la fuerza.

—¿Han sido mis oídos los que han oído semejante amenaza, coronel? —exclamó Fomá al entrar en la habitación—. ¿Fueron ésas sus palabras?

—Oíste bien, Fomá, tranquilízate —respondió valientemente el tío—. Siéntate; hablaremos en serio, amistosamente, como hermanos. Siéntate Fomá.

Con aire solemne, Fomá Fomich tomó asiento en una silla baja. El tío iba y venía por la habitación con pasos rápidos y desiguales; al parecer le costaba iniciar la conversación.

—Como hermanos —volvió a decir—. Me comprenderás, Fomá, no eres un niño,

tampoco yo lo soy... en verdad ambos tenemos ya bastantes años... ¡Hum! Sabes, Fomá, no coincidimos en ciertas cuestiones... sí, en ciertas cuestiones, por lo cual creo, Fomá, que es mejor que nos separemos. Estoy seguro de que tú eres muy noble, que me deseas el bien y por eso... ¿Para qué perder tiempo en palabras? ¡Soy tu amigo, Fomá, y lo seré siempre, te lo juro por todos los santos! Mira, aquí tienes quince mil rublos de plata; eso es todo lo que he ahorrado, reuní lo último que me quedaba, privando de ello a los míos. ¡Tómalo sin dudar! ¡Mi deber, mi obligación es asegurar tu vida! Casi todos son pagarés, el resto en líquido. ¡Tómalo sin vacilar! Nada me debes, porque jamás podré pagarte todo cuanto por mí has hecho. Sí, sí, esto es precisamente lo que en este momento siento, aunque ahora no coincidamos en lo esencial y debemos separarnos. Mañana o pasado... o cuando tú quieras... nos separaremos. Dirígete a la aldea, a sólo diez kilómetros de aquí; hay allí una casita, detrás de la iglesia, en el primer callejón, con postigos verdes, pertenece a la viuda del pope; parece construida ex profeso para ti; quiere venderla y yo te la compraré, aparte del dinero que te estoy dando. Instálate en ella, cerca de nosotros. Dedícate a la literatura, a las ciencias, serás famoso... Los funcionarios de allí son gentiles, cordiales y el arcipreste muy sabio. Los días de fiesta vendrás a visitarnos ¡y viviremos como en el paraíso! ¿Estás de acuerdo?

«Pues vaya condiciones para echar a Fomá», pensé yo. El tío nada me había dicho de dinero.

Durante largos minutos reinó el silencio más profundo. Fomá, desde su silla, miraba inmóvil y como estupefacto al tío, quien parecía sentirse cada vez más incómodo por ese silencio y esa mirada.

—¡Dinero! —dijo al fin Fomá con voz débil y fingida—. ¿Dónde está, dónde está ese dinero? ¡Démelo, démelo, venga!

—Aquí lo tienes, Fomá: es lo último que me queda, justamente quince, en letras de cambio y billetes, ya lo ves... ¡toma!

—Gávril, toma ese dinero —dijo Fomá con voz queda—, te lo doy. Eres viejo, te puede servir. ¡Pero no! —exclamó de pronto, acompañando sus palabras con un extraño chillido al tiempo que saltaba de la silla—. ¡Dame primero ese dinero, Gávril, dámelo, dámelo, dámelo! ¡Dame esos millones para que los pisotee, para que los rompa, los escupa, los esparza al viento, los mancille, los deshonne!... ¿A mí me ofrecen dinero? Me sobornan para que salga de esta casa. ¿He oído bien? ¿Pero cómo pude haber llegado a semejante iniquidad? ¡Aquí están, aquí están sus millones! ¡Mire, aquí los tiene! ¡Aquí los tiene! ¡Mire lo que hace Fomá Opiskin si es que no lo sabía hasta ahora, coronel!

Fomá arrojó todo el dinero al aire, que se desperdigó por la habitación. Es de señalar que no rompió ni escupió billete alguno, como había prometido; sólo se limitó a estrujarlos, pero con mucho cuidado. Gávril se apresuró a recoger el dinero esparcido por la habitación y después, una vez que Fomá se hubo marchado, se lo entregó a su señor.

La reacción de Fomá dejó estupefacto al tío, que ahora, a su vez, permanecía petrificado, boquiabierto, inmóvil, mirándolo sin reaccionar. Fomá, mientras tanto, volvió a sentarse en la silla y jadeaba, presa de profunda emoción.

—¡Eres un ser nobilísimo, Fomá! —exclamó por fin el tío, recobrando su ánimo—. ¡El más noble de los hombres!

—Lo sé —respondió Fomá con voz débil pero muy digna.

—¡Perdóname, Fomá! ¡Me porté como un canalla contigo, Fomá!

—Sí, conmigo —asintió Fomá.

—No me extraña tu nobleza —continuó el tío con entusiasmo—, sino el hecho de que fuera yo tan tosco, ciego y miserable como para ofrecerte dinero en semejantes condiciones. Pero en una cosa te equivocaste, Fomá: no era mi propósito sobornarte, ni pagarte para que abandonaras la casa, sino para que también tú tuvieras dinero, para que nada necesitaras cuando te fueras. ¡Te lo juro! Estoy dispuesto a pedirte perdón de rodillas y si quieres me pondré de rodillas ahora mismo... si lo quieres...

—¡Para nada necesito que se ponga de rodillas, coronel!...

—¡Pero, Dios mío! Juzga por ti mismo, date cuenta de cómo estaba, acalorado, fuera de mí... Dime, dime, ¿qué puedo hacer para reparar, para hacerte olvidar esta ofensa? Enséñame, háblame...

—Nada, nada, coronel. Y puede estar seguro de que mañana mismo sacudiré el polvo de mis botas en el umbral de esta casa.

Fomá empezó a levantarse de la silla. El tío, horrorizado, se lanzó y volvió a sentarlo.

—No, Fomá; no te irás, ¡te lo aseguro! —Gritaba el tío—. No hables más del polvo y las botas. No te irás o bien yo te seguiré hasta el fin del mundo, y te seguiré siempre, hasta que me perdones... Te lo juro, Fomá, y así lo haré.

—¿Perdonarlo yo? ¿Se siente usted culpable? —dijo Fomá—. ¿Pero comprende, acaso, cuál es su culpa? ¿Comprende, acaso, que ahora es culpable hasta por haberme dado un trozo de pan en su casa? ¿Comprende usted que ha envenenado todo el pan que he degustado en su casa? Me ha reprochado ahora todo el pan que he consumido; me ha demostrado ahora que he vivido como un esclavo en su casa, como un lacayo, como un trapo para limpiar sus relucientes botas. Mientras que yo, por la pureza de mi corazón, hasta ahora creía que vivía en su casa como un amigo, como un hermano. ¿Acaso no fue usted quien con sus venenosas palabras me aseguró miles de veces que éramos hermanos? ¿Por qué entonces iba usted tejiendo en secreto esas redes en las que caí como un tonto? ¿Por qué cavó en la penumbra esa mortal trampa de lobo hacia la que me empujó con sus propias manos? ¿Por qué no acabó antes conmigo de un solo golpe de maza? ¿Por qué ya desde el principio no me retorció el cuello como a un gallo cualquiera por... digamos el hecho de no poner huevos? Sí, precisamente eso. Soy partidario, coronel, de semejante comparación, aunque provenga del ámbito provincial y recuerde el estilo trivial de la literatura moderna; soy partidario de ella porque refleja el tono vulgar de la actual literatura; la defiendo porque se ve

claramente en ella lo absurdas que son sus acusaciones; vienen a ser iguales a las hechas al gallo que disgusta a su frívolo dueño por no poner huevos. ¡Por favor, coronel! ¿Acaso se paga con dinero al hermano o al amigo? Y, sobre todo, ¿por qué, por qué? Eso es lo principal. «Toma, mi muy querido hermano, estoy en deuda contigo, me has salvado la vida: toma estos denarios de Judas, ¡pero lárgate, que no te vea!». ¡Qué ingenuidad! ¡Con qué grosería me ha tratado! Usted creía que yo anhelaba su dinero cuando sólo tenía sentimientos celestiales con sólo pensar en su bienestar. ¡Oh, cómo me ha desgarrado el corazón! ¡Ha jugado con mis sentimientos más elevados, como un niño con una peonza! ¡Hace ya mucho, mucho tiempo, coronel, que había previsto todo esto y por ello me ahogaba comiendo su pan, por esa razón me pesaban los edredones, me pesaban, no me confortaban! ¡Por la misma razón su azúcar, sus dulces me sabían a pimienta de Cayena, no a dulces! ¡Más vale, coronel, que viva solo, sea feliz y deje que Fomá siga su triste destino con un hatillo a cuestas! ¡Así será, coronel!

—¡No, Fomá, no! ¡Así no será, así no puede ser! —gimió el tío totalmente anonadado.

—Sí, coronel, así será, porque así debe ser. Mañana lo abandono. Disperse sus millones, pavimente mi largo camino, si quiere alfombra la carretera hasta Moscú con sus billetes, coronel, que yo, con dignidad y desprecio, caminaré sobre ellos; estos pies que usted ve, coronel, pisotearán, mancillarán, hollarán, y Fomá Opiskin se sentirá satisfecho por su sola nobleza de alma. Lo dije y lo demostraré. Adiós, coronel... ¡Adiós, coronel!...

Y otra vez Fomá Fomich empezó a levantarse de su silla.

—¡Perdona, perdóname, Fomá! ¡Olvidalo...! —Repetía el tío con voz suplicante.

—¡Perdón! ¿Para qué necesita mi perdón? Supongamos que lo perdone; soy cristiano, no puedo dejar de perdonar, podría decirse que ya lo he perdonado. Pero dese cuenta usted mismo si es posible que alguien con sentido común y noble espíritu pueda seguir viviendo, aunque sea un minuto más, en su casa. ¡Usted me echó de ella!

—¡Sí que lo es, es posible, Fomá! ¡Te aseguro que es posible!

—Pero, acaso, ¿hay igualdad entre nosotros? ¿Es posible que no comprenda que yo, con mi nobleza, por así decirlo, lo he aniquilado y usted se ha aniquilado a sí mismo con su vil conducta? Usted se ha envilecido y yo enaltecido. ¿De qué igualdad cabe hablar? ¿Puede haber amistad sin esa premisa? Lo digo y no me vanaglorio, ni me enorgullezco, sintiéndome superior a usted, como tal vez crea; al contrario, lo digo y se me parte el corazón.

—Pero también a mí se me parte el corazón, te lo aseguro Fomá.

—¡Y éste es el hombre —continuó diciendo Fomá, cambiando el tono severo de su voz por otro mucho más apasionado— por quien me pasé tantas noches sin dormir! Cuántas veces, en mis noches de insomnio, abandoné mi cama, encendí una vela y me dije: «Él duerme tranquilo, confía en ti. Pero tú, Fomá, debes estar alerta;

¡tal vez se te ocurra algo que aumente su bienestar!». ¡He aquí lo que pensaba Fomá del coronel en sus noches sin sueño! ¡Pero de qué modo lo recompensó ese coronel! Aunque ya basta, basta...

—Fomá, volveré a ser digno de tu amistad, ¡te lo juro!

—¿Digno? ¿Qué seguridades tengo? Como cristiano lo perdono y hasta lo volveré a querer, pero como hombre de corazón tendré que despreciarlo, pese a mi deseo. Estoy obligado en aras de la moral, visto que usted se ha cubierto de vergüenza y mi acción ha sido de las más nobles. ¿Quién de los que lo rodean es capaz de algo así? ¿Quién renunciaría a semejante cantidad de dinero, a la que yo renuncié, a la que renunció el mísero Fomá, despreciado por todos, y que lo hizo por amor a la grandeza de alma? Usted, coronel, para compararse conmigo, debería realizar toda una serie de hazañas, pero ¿de qué hazaña es capaz cuando no puede siquiera darme de «usted» como a un igual y me tutea como a un criado?

—¡Pero, Fomá, te tuteaba por amistad! —clamó el tío—. No sabía que te desagradaba... ¡Dios mío! De haberlo sabido...

—Usted —continuó Fomá—, usted que no pudo, o mejor dicho, no quiso cumplir el ruego más simple y mínimo cuando le pedí que me tratase de «Su Excelencia» como a un general...

—Pero, Fomá, ¡habría sido un ultraje, el mayor de los sacrilegios!

—¡El mayor de los sacrilegios! ¡Se aprendió de memoria una frase literaria y la repite como un papagayo! ¿Es consciente, acaso, de que negándose a llamarme «Su Excelencia» me ha avergonzado y deshonorado? ¿Sabe que por eso, sin comprender mis razones, dejó que me consideraran un estúpido caprichoso, digno de un manicomio? ¿Acaso cree que no veo lo ridículo que es que yo aspire a ese título, yo, que desprecio toda clase de distinciones y dignidades terrenales, insignificantes por sí mismas, cuando no las sostiene la virtud y la integridad de ánimo? Ni por un millón aceptaría el título de general sin la virtud. Y usted, sin embargo, me consideró un demente. Por usted, en beneficio suyo, sacrificaba mi amor propio y admitía que usted, usted y sus científicos, no me tomasen en serio. Opté por exigirle el grado de general con el único fin de iluminar su mente, desarrollar su moral, dotarlo de nuevas ideas. Quería que supiese que un título nada significa si carece de magnanimidad y que no debería sentirse orgulloso por la llegada de su general teniendo a su lado personas dotadas de mayores virtudes. Pero como usted presumía ante mí de su grado de coronel, era evidente que le costaba llamarme «Su Excelencia». ¡Ésta es la causa! En ella radica todo y no en el atentado a no sé qué derechos. Todo se explica por ser usted coronel y yo solamente Fomá...

—¡No, Fomá, no! Te aseguro que no es así. Tú eres un sabio, no eres sólo Fomá... yo te admiro...

—¿Me admira? Eso está bien. Dígame, entonces, ¿merezco o no el grado de general? Responda de inmediato y claramente si soy digno de serlo. Quiero poner a prueba su inteligencia y el desarrollo de la misma. Responda de inmediato y

claramente.

—Sí, lo merece por su honradez, inteligencia, su gran nobleza de alma —dijo el tío orgullosamente.

—Y si lo merezco, ¿por qué no me llama «Su Excelencia»?

—Si quieres, Fomá, te lo llamaré...

—Ahora se lo exijo, coronel, se lo exijo, insisto y exijo. Comprendo que le cueste, por eso mismo lo exijo. Este sacrificio suyo será el primer paso en su prueba porque, no lo olvide, deberá realizar toda una serie de ejercicios para ser igual a mí, tendrá que vencerse a sí mismo, y entonces, sólo entonces, creeré en su sinceridad...

—Desde mañana mismo, Fomá, te llamaré ¡«Su Excelencia»!...

—No, mañana no, coronel, mañana ni qué decir tiene, exijo que ahora, inmediatamente, usted me diga «Su Excelencia».

—Como quieras, Fomá, estoy dispuesto... Pero ¿cómo así, de pronto, ahora?

—¿Y por qué no ahora? ¿Acaso le da vergüenza? En este caso si le da vergüenza, me siento ofendido.

—Pero bueno, Fomá, estoy dispuesto... y me siento orgulloso... ¿Pero cómo de buenas a primeras, sin relación con algo, decir de pronto: «Buenas tardes, Su Excelencia»? No puede ser así...

—No, no es «Buenas tardes, Su Excelencia». El tono de por sí ya es ofensivo, parece una broma, una farsa. No permito que bromeen conmigo. Vuelva en sí, coronel, recóbrese. ¡Cambie de tono!

—¿No estás bromeando, Fomá?

—En primer lugar, el tú, Yégor Ílich, está fuera de lugar; de «usted» debe tratarme, no lo olvide, y no Fomá, sino Fomá Fomich.

—Te juro, Fomá Fomich, que con muchísimo gusto. Te lo juro por Dios... Pero ¿qué debo decir?

—Se comprende que le cueste añadir a sus palabras la frase «Su Excelencia». Se comprende. ¡Debía habérselo explicado hace tiempo! Y hasta es perdonable si la persona en cuestión no es un escritor, dicho sea cortésmente. Bueno, yo lo ayudaré ya que usted no lo es. Repita lo que yo digo: «Su Excelencia».

—Bueno, «Su Excelencia».

—¡No, no es «bueno, Su Excelencia» sino sólo «Su Excelencia»! Le digo, coronel, que debe cambiar de tono; confío también en que no se ofenda si le propongo que haga una leve inclinación y al mismo tiempo eche hacia delante el cuerpo. Con el general se habla inclinando el cuerpo hacia delante, pues así se manifiesta el respeto y la disposición, por decirlo así, de cumplir volando sus órdenes. He frecuentado reuniones de generales y conozco todo eso... Así, pues: «Su Excelencia».

—Su Excelencia...

—Repita: qué inmensa alegría siento de tener la ocasión de pedirle perdón por no haber podido conocer desde el principio el corazón de Su Excelencia. Le aseguro que

desde ahora mismo no escatimaré mis débiles fuerzas en favor del bien común... Bueno, por ahora, ¡ya es suficiente para usted!

¡Pobre tío! ¡Debía repetir todos esos disparates, frase tras frase, palabra tras palabra! Ruborizado, yo lo escuchaba desde la terraza sintiéndome culpable. Me ahogaba la ira.

—Y bien, ¿no siente ahora —sentenció el torturador— más aliviado el corazón, como si un ángel hubiera descendido sobre él?... ¿Siente usted la presencia de ese ángel? ¡Respóndame!

—Sí, Fomá, en efecto me siento mucho mejor —respondió el tío.

—¿Como sí su corazón, después de haberlo vencido, estuviera bailando en una especie de bálsamo?

—Sí, Fomá, en efecto, como si estuviere bañado en mantequilla.

—¿En mantequilla? Hum... No me refería en realidad a mantequilla alguna... Pero no importa... He aquí lo que significa, coronel, el cumplimiento del deber. Siga venciéndose. Tiene mucho amor propio, un amor propio inmenso.

—Sí, Fomá, lo veo —responde el tío suspirando.

—Es usted un egoísta, incluso un tremendo egoísta...

—Sí, soy egoísta, es cierto Fomá, lo sé; desde que te conocí lo supe.

—Le hablo ahora como un padre, como una madre cariñosa... ahuyenta usted a todo el mundo de su lado y olvida que un ternero cariñoso mama de dos ubres.

—Eso es cierto, Fomá.

—Usted es grosero, intenta penetrar tan brutalmente en el corazón de los demás, exige su atención con tanta vanidad que toda persona recta siente ganas de huir de usted lo más lejos posible.

Mi tío volvió a suspirar profundamente.

—Debe ser más atento, tierno y cariñoso con los demás, olvídense de sí mismo y entonces también se acordarán de usted. Viva y deje vivir a los otros. A esta regla me atengo. «Ten paciencia, trabaja, reza y confía»... Éstas son las verdades que me gustaría infundir a toda la humanidad. Imítelos y yo seré el primero en abrirle mi corazón y en llorar sobre su pecho... si fuera preciso... Pero usted en cambio sólo habla de usted, de su yo y su benevolencia. Le diré, con su permiso, que esa benevolencia suya acaba finalmente por nausear.

—¡Qué dulces palabras! —susurró Gávril desde la puerta, con veneración.

—¡Es verdad, Fomá, siento todo cuanto dices! —asintió el tío conmovido—. Pero no todo es culpa mía. Así me educaron. He vivido con los soldados. Pero te juro, Fomá, que también yo sentía. Cuando me despedía del regimiento, todos mis húsares, toda mi división lloraba y decían que no encontrarían a otro como yo... Y fue entonces cuando pensé que, tal vez, no estuviese del todo perdido.

—¡Otra vez el egoísmo!, ¡la vanidad! ¡Usted se vanagloria y de paso me reprocha las lágrimas de sus húsares! Pero yo no me jacto de lágrimas ajenas, aunque sí podría hacerlo, ya lo creo que podría.

—Se me habrá escapado, Fomá, no pude reprimir el recuerdo de los buenos tiempos.

—El buen tiempo no cae del cielo, lo hacemos nosotros, radica en nuestro corazón, Yégor Ílich. ¿Por qué yo me siento siempre feliz, contento, tranquilo pese a los padecimientos? ¿Por qué mi espíritu está sereno, por qué no molesto a nadie exceptuando a los estúpidos y a los polichinelas, a los científicos, a quienes no compadezco ni quiero respetar? ¡No me gustan los tontos! ¿Qué son estos tíos cultos? «Hombres de ciencia». La ciencia que esos científicos defienden no es más que un engaño. ¿Qué decía el científico ése de antes? Tráiganlo aquí, traigan aquí a todos los científicos. Yo puedo refutarlos a todos, refutar todas sus tesis, para no hablar de la nobleza espiritual...

—Claro, Fomá, claro. ¿Quién lo duda?

—Hace poco demostré inteligencia, talento, erudición, conocimiento del corazón humano y de la literatura moderna; y demostré con brillantez cómo un mujik cualquiera de Komarino puede transformarse en un tema de conversación inteligente para una persona de talento. ¿Y bien? ¿Supo alguien apreciar alguno mis méritos como era debido? ¡No, me volvieron la espalda! ¡Estoy seguro de que habrán dicho que no sé nada! Ya podría sentarse ante ellos el propio Maquiavelo, o bien un Mercadante, que no tendrían reparos en acusarlos de no saber nada de nada, sólo por ser pobres y desconocidos... ¡Eso me lo pagarán!... Oigo hablar de Korovkin. ¿Quién es ese tipo?

—Es un hombre inteligente, Fomá, un científico... Lo estoy esperando. Ya verás, Fomá, cómo te place.

—Hum. Lo dudo. Será, sin duda, un burro cargado de libros. Carecen de alma, coronel, de corazón... ¿Y qué es el saber sin virtudes?

—Te equivocas, Fomá. ¡Si lo oyeras hablar de la felicidad conyugal! Te llega al mismo corazón.

—¡Hum! Veremos, también Korovkin será investigado. Pero, ya basta —concluyó Fomá levantándose de la silla—. Yo no puedo, coronel, perdonarlo del todo; la ofensa todavía sangra, pero rezaré y tal vez mañana Dios apacigüe el corazón ofendido. Volveremos a tratar ese tema mañana, y ahora permita que me retire. Me siento cansado y agotado...

—¡Oh, Fomá! —exclamó el tío estremecido—. Claro que estás cansado. ¿No querrás reponer fuerzas y tomar algo? Doy la orden ahora mismo.

—¡Tomar algo! ¡Ja, ja, ja! —rió Fomá, despectivo—. ¡Primero te embriagan de veneno y luego te preguntan si no quieres un tentempié! ¡Quieren curar las heridas del corazón con setas marinadas o dulces manzanitas! Es usted, coronel, un pobre materialista.

—Pero, Fomá, te juro que lo decía de buena fe...

—Bueno, basta, ya hemos hablado bastante de eso. Yo me voy y usted, sin pérdida de tiempo, vaya a ver a su madre, caiga de rodillas ante ella, llore, solloce,

pero consiga su perdón; ¡ése es su deber, su obligación moral!

—¡Ay, Fomá, justo en eso estaba pensando! Ahora, mientras me hablabas, sólo pensaba en eso. Estoy dispuesto a recibir el alba de rodillas ante ella. Pero date cuenta, Fomá, lo que exigen de mí. Es injusto, es cruel. Sé magnánimo, Fomá, hazme del todo feliz, reflexiona, decide y entonces... entonces... ¡te juro!...

—No, Yégor Ílich, eso nada tiene que ver conmigo —respondió Fomá—. Usted sabe que todo esto no me va ni me viene; es decir, supongamos que usted esté firmemente convencido de que yo soy la causa de todo, pues yo le aseguro a usted que desde el primer momento he sido ajeno a ello. Todo depende de la voluntad de su madre y ella, claro está, desea su bien... Vaya a verla, dese prisa, vuele, y con su obediencia arregle la situación. Ojalá olvide su ira; yo rezaré toda la noche por usted. Ya hace mucho que no sé lo que es dormir, Yégor Ílich. ¡Adiós! También a ti, viejo, te perdono —añadió dirigiéndose a Gávril—. Sé que no obraste por juicio propio. Perdóname también a mí si te ofendí en algo... ¡Adiós, adiós a todos, que Dios os bendiga!...

Fomá se fue y de inmediato yo entré en la habitación.

—¿Estuviste escuchando? —gritó el tío.

—¡Sí, títo, estuve escuchando! ¡Y usted, usted llegó a llamarlo «Su Excelencia»!

—¿Qué podía hacer, querido? Hasta estoy orgulloso... Hacerlo no es nada, comparado con sus nobles proezas. ¡Qué hombre tan noble, desinteresado, generoso! Tú, Serguéi, lo has oído. ¡Cómo pude darle dinero, no lo comprendo! Sospechaba de él, amigo mío, estaba furioso, lo culpaba... ¡Qué error! Él no podía ser mi enemigo, ahora lo veo... ¿Recuerdas la noble expresión de su rostro cuando rechazó el dinero?

—Bueno, títo, enorgullézcase cuanto quiera: yo me voy, no aguanto más. Dígame, se lo pregunto por última vez, ¿qué me exige? ¿Para qué me hizo venir? ¿Qué espera de mí? Y si todo está terminado y yo no le hago falta, me voy. ¡No puedo soportar estos espectáculos! ¡Me marcho hoy mismo!

—Amigo Serguéi —dijo el tío, tan agitado como era su costumbre—, aguarda sólo dos minutos. Voy a hablar con mamita... Debo resolver allí... un asunto de suma importancia, de gran significado... Y tú, mientras tanto, retírate a tu habitación, te llevará Gávril al pabellón de verano. ¿Sabes dónde está? En el mismo jardín. Ya di la orden y tu maleta está allí. Yo me reuniré contigo cuando consiga el perdón, tomé la decisión adecuada que ya sé cuál es y entonces me reuniré contigo y te lo contaré todo, nada te ocultaré. Y... ¡llegarán también para nosotros días felices! ¡Dos minutos, tan sólo dos minutos, Serguéi!

Me estrechó la mano y se marchó rápidamente. No me quedaba sino seguir nuevamente a Gávril.

Mizínchikov

Sólo por una antigua costumbre, el pabellón al que me condujo Gávril se llamaba «el ala nueva»; en realidad era una vieja construcción, obra de los expropietarios, una casita de madera muy bonita levantada en el mismo parque a escasa distancia de la casa vieja. Por tres de sus lados estaba rodeada de unos grandes y viejos tilos, cuyas copas rozaban el tejado. Sus cuatro habitaciones, para huéspedes, estaban bien amuebladas.

Al entrar en la habitación que me había sido reservada, en donde ya habían colocado mi maleta, vi en la mesilla de noche una hoja de papel bellamente escrita, con letras y párrafos de distinta caligrafía y adornada con guirnaldas. Las mayúsculas y las guirnaldas brillaban con diversos colores y el conjunto denotaba un gran trabajo caligráfico. Desde las primeras palabras comprendí que era una petición a mi nombre en la que se me calificaba de «ilustrado bienhechor». Se titulaba «Lamentaciones de Vidopliásov». En vano me esforcé con mucha atención por entender lo escrito: era lo más absurdo, lo más enfático, redactado en el más elevado estilo lacayuno. Sólo pude adivinar que Vidopliásov se hallaba en situación difícil y pedía que lo ayudase haciendo que mi tío interviniera en su favor, pues mi «ilustración lo permitía», y que influyese en él con mi «máquina», como literalmente decía al final de su escrito. Todavía la estaba leyendo cuando se abrió la puerta y entró Mizínchikov.

—Confío en que permita que nos conozcamos —dijo con aire muy desenvuelto pero sumamente cortés, tendiéndome la mano—. Antes no pude decirle nada y sin embargo desde un primer momento sentí ganas de conocerlo mejor.

Le respondí que también yo tenía mucho gusto, y esas formalidades, pese a estar en un malísimo estado de ánimo. Nos sentamos.

—¿Qué tiene en la mano? —preguntó echando una ojeada a la hoja que sostenía—. ¿No serán las lamentaciones de Vidopliásov? Ya lo veo. Estaba seguro de que se metería también con usted. A mí me dio una hoja igual, con idénticos lamentos; a usted lo esperaban hacía tiempo, así que seguramente alcanzó a prepararse. No se asombre: aquí pasan muchas cosas raras y hay motivos suficientes para reírse.

—¿Sólo para reírse?

—Bueno, ¿cree usted que para llorar? ¿Quiere que le cuente la biografía de Vidopliásov? Le aseguro que se reirá.

—Francamente, nada me importa Vidopliásov por el momento —le respondí con fastidio.

No dudaba de que la visita del señor Mizínchikov y su amable conversación obedecían a que tenía algo que pedirme. Hasta recientemente lo había visto serio y enfurruñado; ahora estaba alegre, sonreía, estaba dispuesto a contarme largas historias. Se veía de inmediato que sabía dominarse perfectamente y que conocía bien

a la gente.

—¡Maldito Fomá! —exclamé iracundo, dando un furioso puñetazo en la mesa—. ¡Estoy seguro de que aquí el culpable de todo es él, de él nace todo! ¡Maldito bicho!

—Creo que está demasiado rabioso con él —observó Mizínchikov.

—¡Demasiado rabioso! —grité yo, aún más enfurecido—. Desde luego que hace un rato me dejé llevar por la ira, y di pie a que cualquiera me criticara. ¡Comprendo muy bien que fracasé en todo por culpa de la ira, y no es necesario recordármelo!... También comprendo que no es ése el modo de portarse en una sociedad decente, pero, a ver, ¿cómo no sublevarse? ¡Esto es un manicomio, si quiere saberlo! Y... y... finalmente... ¡me marcharé, eso es!

—¿Fuma? —me preguntó tranquilo Mizínchikov.

—Sí.

—Entonces, no le importará que yo lo haga. Allí no lo permiten y lo echo mucho de menos. Estoy de acuerdo con usted —prosiguió después de encender un pitillo—, todo esto parece un manicomio, pero puede estar seguro de que yo jamás me permitiría culparlo. En su lugar me enfurecería y saldría de mis casillas mucho más que usted.

—¿Y por qué no lo hizo, si de veras estaba tan enfadado? Yo, en cambio, lo recuerdo muy sereno... le soy sincero: me extrañó que no saliese en defensa del pobre tío, siempre tan dispuesto a favorecer a... todos y cada uno.

—Es cierto lo que dice, ha favorecido a muchos, pero me parece totalmente inútil defenderlo: en primer lugar, inútil para él, y en cierto modo humillante; y, en segundo lugar, a mí me pondrían de patitas mañana mismo. Le diré francamente que las circunstancias en que me encuentro me obligan a valorar mucho la hospitalidad de que gozo.

—En absoluto pretendo que sea sincero conmigo en cuanto a esas circunstancias... Sin embargo, me gustaría preguntarle, ya que lleva viviendo aquí hace ya un mes...

—Pregunte, pregunte, hágame el favor; estoy a su disposición —respondió presuroso Mizínchikov, acercando su silla.

—Explíqueme, por ejemplo: acabo de ver que Fomá Fomich renunció a quince mil rublos en plata que tenía en sus manos, lo vi con mis propios ojos.

—Cómo, ¿renunció? ¿Es posible? —exclamó Mizínchikov—. Cuéntemelo, por favor.

Le conté lo sucedido, pero sin mencionar nada sobre «Su Excelencia». Mizínchikov me escuchaba con viva curiosidad, y su rostro cambió de expresión cuando le volví a mencionar los quince mil rublos.

—¡Qué astuto! —dijo después de oírme—. No esperaba eso de Fomá.

—Sin embargo, renunció al dinero. ¿Cómo se explica? ¿Por nobleza de alma?

—Renunció a quince mil para llevarse luego treinta mil. Aunque, ¿sabe? —añadió después de un rato de meditación—, dudo que Fomá Fomich haya echado

cuentas. No tiene ningún sentido práctico; a su modo, es una especie de poeta. Quince mil... ¡Hum! Estoy seguro de que habría tomado el dinero, pero no pudo resistir la tentación de pavonearse, de presumir, A mi juicio es un calzonazos llorón, dotado, además, de un infinito amor propio.

Mizínchikov parecía casi enojado. Saltaba a la vista que estaba dolido, casi envidioso, despechado. Yo lo miraba con curiosidad.

—Hum. Hay que esperar grandes cambios —añadió tras un breve silencio—. Ahora Yégor Ílich está a punto de venerar a Fomá como a un ídolo. Y tal vez su tío se case con ella por bondad espiritual —añadió entre dientes.

—Entonces, ¿usted piensa que esa boda vil, antinatural, con esa pobre loca, se llevará a cabo?

Mizínchikov me lanzó una mirada escrutadora.

—¡Canallas! —exclamé acalorado.

—Tienen un propósito bastante bien fundado. Afirman que su tío debe hacer algo por la familia.

—¡Les parece poco lo que hizo por ellos! —grité indignado—. ¿Y usted, usted puede decir que es una buena idea, casarlo con esa vulgarota?

—Estoy de acuerdo con usted en que es vulgar... ¡Hum! Me parece muy bien que quiera tanto a su tío... Me gusta... aunque él, con la fortuna de ella, bien podría mejorar su propiedad. Sin embargo, ellos tienen otros temores; que se case con la niñera de sus hijos... ¿La recuerda? Una joven muy atractiva.

—Pero..., ¿es probable? —pregunté alterado—. Creo que es una calumnia. Por amor de Dios, dígame la verdad, me interesa muchísimo...

—¡Oh, está loco por ella! Lo oculta, claro está.

—¡Lo oculta! ¿Cree usted que lo oculta? ¿Y ella? ¿También lo ama?

—Es muy posible. Para ella, que es muy pobre, sería una boda ventajosa.

—¿De qué datos dispone usted para sospechar que se aman?

—Es imposible no darse cuenta; además creo que se ven a escondidas. Se decía que mantenían relaciones pecaminosas. Por favor le pido que no diga nada. Se lo cuento en secreto.

—¡No lo puedo creer! —exclamé—. ¿Y usted, usted confiesa que lo cree?

—No, no del todo, no estuve allí, aunque es muy posible.

—¿Posible? ¡Recuerde la nobleza del tío, su honorabilidad!

—De acuerdo. Pero es posible que se haya dejado arrastrar con la intención más adelante de convertir su relación en un matrimonio legítimo. Muchos se dejan llevar. Por lo demás, se lo repito, no doy gran crédito a esos rumores, tanto más cuando aquí han mancillado su reputación. Han llegado a afirmar que mantenía una relación con Vidopliásov.

—¡Ah, ve usted! —exclamé yo—. ¡Con Vidopliásov! Pero, dígame, ¿es posible? ¿El simple hecho de escucharlo, no es repugnante? ¿Usted lo cree?

—Ya le digo yo que no creo para nada ese infundio —respondió tranquilamente

Mizínchikov—, aunque, tenga en cuenta que todo es posible. Todo es posible en este mundo. Yo no estaba allí y, además, es un asunto que no me atañe. Pero como observo que usted se toma estas cosas muy a pecho considero mi obligación añadir que poco crédito merece por cierto esta historia con Vidopliásov. No son más que intrigas de Anna Nilovna, o sea la Perepelítsina; es ella quien esparce todos y cada uno de estos rumores, por envidia, ya que, en tiempos, era ella quien soñaba con casarse con Yégor Ílich, ¡se lo juro!, aduciendo ser hija de un teniente coronel. Ahora ha perdido toda ilusión y hierve de rabia. Pero, en fin, creo haberle contado todo lo que sé del asunto y sinceramente detesto las habladurías, tanto más cuanto nos hacen perder un tiempo precioso. Le diré, vine para pedirle un insignificante favor.

—¿Un favor? Tenga por seguro que haré todo lo que esté a mi alcance...

—Comprendo, y espero interesarlo también a usted, porque veo que ama a su tío y se toma muy en serio su destino en relación con el casamiento. Pero antes de formularle este ruego, debo hacerle otro, previo.

—¿Cuál?...

—Bueno, quizá podría usted estar dispuesto a acceder a mi ruego principal, o quizá no, pero, sea como sea, antes de exponerle mi asunto le rogaría humildemente me dé su palabra de honor, de hombre noble y honesto, de que todo esto quedará entre nosotros en el secreto más profundo y que, en ningún momento, ni por nadie, ha de violar usted este secreto ni utilizará en su favor la idea que a continuación pasaré a exponerle. ¿De acuerdo?

El preámbulo era solemne. Le di mi palabra.

—¿Entonces?... —Dije.

—El asunto, en el fondo, no puede ser más simple —comenzó Mizínchikov—. Mire, quiero raptar a Tatiana Ivánovna y casarme con ella; en una palabra, lo que se hace en Gretna Green, ¿comprende?

Miré a Mizínchikov fijamente y durante un rato quedé mudo.

—Le confieso que no entiendo nada —murmuré finalmente—, y además, creyendo tratar con un hombre sensato, no me esperaba mínimamente...

—Se lo esperase o no —me interrumpió Mizínchikov—, usted quiere decir, para hablar claro, que yo tanto como mis propósitos somos absurdos, ¿no es así?

—Desde luego que no... pero...

—¡Oh, le suplico, no se sienta molesto por hablar claro! No se preocupe. Será para mí casi un gran placer, puesto que así nos acercaremos al objetivo.

—Supongo que, a primera vista, tiene que parecerle algo extraño. Pero me atrevo a asegurarle que mi intención no sólo no es insensata sino que muy razonable; y si usted tiene a bien escuchar mi relación de las circunstancias...

—¡Oh, cielos, ansió escucharlo!

—En definitiva, no hay mucho que contar. Veo, en este momento me encuentro cargado de deudas y sin un céntimo. Tengo, además, una hermana, una joven de diecinueve años, huérfana de padre y madre, que vive con una familia y carece de

recursos; de lo cual yo soy, en parte, culpable. Recibimos en herencia una propiedad con cuarenta siervos. Precisamente entonces fui promovido a corneta. Bueno, lo que hice en un primer momento, naturalmente, fue hipotecarlo todo... después lo gasté en excesos, llevé una vida idiota, seguí la moda, me di aires, jugué, bebí; en resumidas cuentas, una vida absurda, que de sólo recordarla siento vergüenza. Pero he sentado cabeza y deseo cambiar radicalmente de vida, y para ello necesito, irremisiblemente, cien mil rublos. No podría procurármelos con el sueldo de oficial ni estoy calificado para hacer ninguna otra cosa, apenas si tengo educación, de modo que es evidente que sólo tengo dos posibilidades: robar o casarme con una mujer rica. Llegué aquí poco menos que descalzo y a pie, no en coche. Antes de salir de Moscú mi hermana me entregó sus últimos tres rublos. La ocasión quiso que aquí conociera a Tatiana Ivánovna e inmediatamente tuve la idea. Decidí sacrificarme y casarme con ella. Convendrá conmigo en que nada puede ser más razonable. Además, hago todo esto por mi hermana... y bueno, desde luego también por mí.

—Permítame, ¿piensa pedirle oficialmente la mano a Tatiana Ivánovna?

—¡El Señor me libre! Me echarían de aquí al instante y además ella me rechazaría. Otra cosa será si le propongo raptarla, fugarnos; aceptaría enseguida. Ahí está el quid de la cuestión, que el asunto tenga algo de romántico, de efectista. Naturalmente, todo acabaría de forma inmediata en un casamiento legítimo. ¡Se trata de sacarla de aquí!

—Pero ¿está tan seguro de que ella estará dispuesta a fugarse con usted?

—¡Oh, no se preocupe! Estoy absolutamente seguro. En eso consiste mi idea principal, en que Tatiana Ivánovna sería capaz de arrojarse en brazos de una intriga amorosa con el primer hombre que se le cruzara; en resumen, con el primero al que se le pasara por la cabeza correspondería. Es por eso que le rogué a usted que prometiera no aprovecharse de mi idea. Reconocerá, sin duda, que sería una tontería no beneficiarse de una ocasión como ésta, sobre todo en las circunstancias por las que atravieso.

—Si es así, debe de estar totalmente loca... ¡Oh, perdone! —agregué recapacitando—, usted tiene intenciones con respecto a ella...

—Por favor, no se sienta molesto por hablar claro, ya se lo rogué antes. Usted me preguntaba si no estará totalmente loca. ¿Qué puedo responderle? Evidentemente no lo está, ya que no está encerrada en un manicomio. Por otro lado, no veo una especial locura en su manía por las intrigas amorosas. Pese a todo, es una solterona decente. Fíjese, hasta el año pasado vivió en la peor de las pobreza y, desde su nacimiento, bajo el yugo de diversas bienhechoras. Su corazón es extremadamente sensible; ningún hombre pidió su mano. Figúrese, los sueños, deseos, esperanzas, esa llama de su corazón que debía siempre ahogar, las incesantes burlas de sus bienhechoras, es evidente, todo era como para llevar al trastorno mental a un carácter sensible. Y de golpe, va y hereda. Reconocerá que también eso puede trastornar a cualquiera. Bueno, no puede sorprender, ahora, que todos la busquen, la cortejen, y sus

esperanzas han renacido. Hace un rato hablaba de un petimetre de chaleco blanco; el hecho ocurrió literalmente como ella misma lo cuenta. Ese solo detalle le da una idea de lo demás. Con suspiros, cartitas de amor, pequeños poemas, de golpe puede hacerla caer rendida a sus pies. Y si, además, hace alusión a una escala de seda, a serenatas españolas y demás boberías, podrá hacer de ella lo que le dé la gana. He hecho la prueba y ahí mismo me concedió una cita secreta. Por el momento la he aplazado hasta la ocasión propicia. Pero de aquí a cuatro días, como mucho, estoy obligado a raptarla. La víspera comenzaré con las zalamerías y los suspiros; toco bastante bien la guitarra y canto. Por la noche una cita en el cenador y, al despuntar el alba, la calesa estará lista; la saco de aquí, montamos en el coche y despegamos. Como usted comprenderá no hay el menor peligro en todo esto: ella es mayor de edad y, lo que es más, cuento con su aquiescencia. Una vez fugados, ella habrá contraído un compromiso conmigo, sin duda... La llevaré a una casa pobre, pero honesta — conozco una, a cuarenta kilómetros de aquí— donde, hasta el día de la boda, la tendrán entre algodones, sin dejar que nadie se le acerque. Entretanto, no perderé un segundo; nos casaremos en tres días, es posible. Naturalmente, para todo esto necesito dinero; para todo el asunto he calculado que no me harán falta sino quinientos mil rublos y para ello confío en Yégor Ílich; él me los prestará sin saber de qué se trata. ¿Comprende, ahora?

—Sí, comprendo —dije, al fin dándome cuenta cabal de todo—. Pero, dígame, ¿en qué puedo serle útil yo?

—¡Ah, en un montón de cosas! Si no, no le habría pedido nada. Acabo de decirle que tengo en vista una familia respetable pero pobre. Pues, verá, podría ayudarme aquí y también allí y, además, ser padrino de mi boda. Sin su ayuda le confieso que sería como un hombre sin manos.

—Aún otra pregunta: ¿cómo es que se ha dignado honrarme a mí con su confianza, ¡a mí!, si no me conoce, sólo llevo aquí unas horas?

—Su pregunta —respondió Mizínchikov con la sonrisa más amable—, su pregunta me halaga, se lo digo con toda sinceridad, me proporciona el gran placer de expresarle mi más alta estima.

—Oh, ¡demasiado honor!

—No, mire; antes lo estuve observando. Es usted vehemente... cierto... en fin, joven. Pero si de algo estoy seguro es de una cosa: me ha dado su palabra de que no contará a nadie lo que aquí hemos hablado, y sé que la mantendrá. En primer lugar... usted no es Obnoskin. Y en segundo lugar, es un hombre de honor y no se aprovechará de mi idea en su propio beneficio, salvo, naturalmente, que lleguemos a un pacto. En tal caso, yo quizá aceptaría cederle mi idea, es decir a Tatiana Ivánovna, para lo cual estaría dispuesto a ayudarlo en el rapto con todo mi celo, pero con una condición: la de recibir, un mes después de la boda, la cantidad de cincuenta mil rublos, para lo cual, naturalmente, me extendería usted de antemano una letra de cambio sin intereses.

—¿Cómo? —grité—. ¿Me la está ofreciendo ahora a mí?

—Naturalmente, puedo cedérsela, si le interesa y lo desea. Desde luego, yo perdería en todo esto... la idea me pertenece y las ideas se pagan. Y en tercer y último lugar, lo he escogido a usted porque no tengo a nadie más. Y visto lo que está teniendo lugar en esta casa, era imposible dilatar la espera. Añádale que estamos en vísperas del ayuno de la Asunción y ya no se celebrarán casamientos. ¡Espero que ahora me comprenda plenamente!

—Perfectamente, y de nuevo le prometo guardar su secreto con total discreción; sin embargo, no puedo ser su cómplice en este asunto, tengo el deber de manifestárselo desde ya.

—¿Y por qué?

—¿Que por qué? —grité dando por fin rienda suelta a las emociones que había acumulado—. ¿Pero no se da cuenta de que proceder así sería deshonesto? Supongamos que haya hecho bien sus cuentas según la fragilidad mental y la desdichada manía de esa dama: ¡de por sí habría sido suficiente para desistir de sus propósitos, como hombre de honor! Usted mismo dice que merece respeto, pese a ser ridícula. ¡Y se aprovecha de su desgracia para sacarle cien mil rublos! Es indudable, no piensa ser un marido real y cumplir sus obligaciones conyugales: en cuanto pueda la abandonará... ¡Es tan deshonesto que no alcanzo a comprender cómo tuvo la osadía de solicitar mi complicidad!

—¡Oh, cielos, qué romántico! —exclamó Mizínchikov mirándome con sorpresa—. Mire, en el fondo no se trata de romanticismo, es simplemente que usted no comprende de qué se trata. Dice que es algo deshonesto cuando quien sale ganando no soy yo, sino ella. ¡Piense un poco!

—Desde luego, casarse con Tatiana Ivánovna, desde su punto de vista, es un gesto magnánimo —respondí sonriendo con sarcasmo.

—Pero ¿acaso no lo es? Precisamente lo es, es el gesto más magnánimo —exclamó Mizínchikov, que era quien ahora se enardecía—. Simplemente reflexione: en primer lugar, me sacrifico y consiento ser su marido... ¿no tiene eso ya un valor? En segundo lugar, aunque seguramente posee cien mil rublos de plata, me contentaré con tomarle únicamente cien mil rublos en papel, y me he jurado no tomar un kopek más en toda mi vida, aunque pudiera: esto también hay que valorarlo, ¿no? Finalmente, mire el asunto más a fondo; ¿sería capaz ella de vivir una vida tranquila? Para vivir en paz sería necesario que le quiten todo su dinero y la recluyan en un manicomio, pues al primer minuto se le cruza un gandul cualquiera, aventurero, timador con perilla a la imperial y bigotillos, cantándole serenatas con una guitarra, tipo Obnoskin, la seduce, se casa con ella, la arruina y la abandona en medio de un camino. Por ejemplo, ésta es una de las casas más decentes, pero si la tienen en ella es para especular con su fortuna. Hay que librarla de esos riesgos, salvarla. Una vez casada conmigo, compéndalo, todos estos peligros desaparecerán. Me comprometo a velar por evitarle toda desgracia. En primer lugar, la llevaré a Moscú con una familia

honrada... pero pobre; no ésa de que le hablé, otra; allí estará constantemente mi hermana y mirarán por ella con los dos ojos. Le quedarán doscientos cincuenta mil, quizá trescientos mil rublos papel. Con esa cantidad, usted lo sabe, se puede vivir, ¡y muy bien! Se podrá permitir todos los placeres, distracciones, bailes, mascaradas, conciertos. Podrá soñar con amoríos; sólo que yo, naturalmente, tomaré mis medidas: soñar, sueña cuanto quieras, pero hacer, nada. En este momento, por ejemplo, cualquiera puede ofenderla; pero entonces nadie podrá: será mi esposa, una Mizínchikova, y no consentiré que nadie mancille mi apellido. Ya esto vale algo, ¿no? Naturalmente, no viviremos juntos. Ella en Moscú y yo en cualquier lugar, Petersburgo, por ejemplo. Lo admito, pero porque le estoy hablando a corazón abierto. ¿Qué tiene de malo vivir separados? Reflexione, considere su carácter: ¿es mujer para casarse y vivir con su marido? ¿Es posible esperar de ella constancia? ¡Es el ser más frívolo del mundo! Siempre necesita cambios; es capaz de olvidar al día siguiente que se casó la víspera y que ya es legítima esposa. La haría desgraciada si viviéramos juntos y le exigiera el estricto cumplimiento de sus obligaciones conyugales. Naturalmente, iré a visitarla una vez al año o más y no por dinero, se lo aseguro. Ya le he dicho que no le cogería sino cien mil rublos en papel, ¡y mantendré mi palabra! En lo del dinero, me comportaré con ella con la más absoluta honestidad. Pasar con ella un día, dos, acaso tres, será para ella una alegría, nunca un aburrimiento: reíré con ella, le contaré historias, la llevaré a bailar, le haré el amor, le daré pequeños recuerdos, le cantaré romanzas, le regalaré un perrito, me despediré de la manera más romántica y mantendré con ella una correspondencia amorosa. Se entusiasmará de tener un marido tan romántico, tan devoto, tan divertido. A mi modo de ver éste es el modo racional de proceder: todos los maridos deberían conducirse así. Los maridos sólo son apreciados por sus mujeres cuando no están; siguiendo mi sistema, ocuparé el corazón de Tatiana Ivánovna del modo más dulce y será para toda la vida. ¿Qué más puede desear? ¡Dígame usted! ¡No sería una vida, sería el paraíso!

Yo lo escuchaba en silencio, maravillado. Había comprendido que era imposible hacerlo cambiar de plan. Estaba fanáticamente persuadido de la rectitud y aun de la grandeza de su proyecto y hablaba con el entusiasmo del inventor. Pero subsistía un asunto espinoso que no quedaba más remedio que abordar.

—¿Recuerda usted —dije— que ella está poco menos que comprometida con mi tío? Será una gran ofensa para mi tío que usted se fugue con ella. Se la arrebatara casi en vísperas de la boda y, como si no bastara, le saca el dinero para su hazaña.

—Es ahí donde lo he pillado —exclamó Mizínchikov acaloradamente—. No tenga miedo, ya había previsto su objeción. Primero y sobre todo, su tío aún no le ha pedido la mano; yo puedo no saber que intentan casarla con él. Además, tenga en cuenta que llevo ya tres semanas dándole vueltas a mi idea, desde mucho antes de saber lo que aquí se tramaba; por tanto, estoy moralmente justificado ante él. Mire, estrictamente hablando, reconocerá que no soy yo sino él quien me quita a mí la

novia, con la cual, no lo olvide, ya he tenido una cita secreta en el cenador, una noche. Y además, permítame, ¿no era usted quien estaba perfectamente indignado porque a su tío lo obligaban a casarse con Tatiana Ivánovna? ¿Cómo es que ahora, de repente, defiende ese matrimonio y me habla de ofensa a la familia, de honor? Muy al contrario, yo, a su tío, le hago el mayor de los favores, salvarlo. Usted debería comprenderlo. Él mira este matrimonio con horror, es más, está enamorado de otra señorita. A ver, ¿qué esposa sería Tatiana Ivánovna para él? Sería una esposa desdichada porque, diga usted lo que diga, habría que impedirle lanzarle rosas al primer joven. La noche en que yo la rapte, oiga, no habrá generala ni Fomá Fomich capaces de impedirlo. Hacer volver a una novia que ha huido de su casamiento sería realmente demasiado deshonroso. ¿No es, pues, acaso un servicio, una buena acción hacia Yégor Ílich?

Admito que este último argumento me causó una fuerte impresión.

—¿Pero y si mi tío se le declarase mañana mismo? —Dije—. En ese caso sería demasiado tarde: ella sería ya la prometida oficial.

—¡Desde luego que sería demasiado tarde! Pero es precisamente por ello que debemos trabajar para que no ocurra. ¿Por qué, si no, he acudido a usted en busca de ayuda? Para mí solo sería demasiado difícil, pero juntos los dos podremos arreglar las cosas para que Yégor Ílich no pida su mano, aunque para ello debemos llegar al extremo de darle una buena tunda a Fomá Fomich y desviar así la atención general, que no se acuerden de la boda. Evidentemente, esto sólo en última instancia; no es más que un ejemplo. Y para esto cuento con usted.

—Una pregunta más, la última: ¿no ha revelado sus intenciones a nadie más que a mí?

Mizínchikov se rascó la nuca e hizo un gesto desazonado.

—Le advierto —respondió— que esta pregunta es para mí peor que la píldora más amarga. Lo malo es que ya he revelado mis intenciones... en una palabra, ¡he hecho una tontería horrible! Y a quién, se preguntará usted. ¡A Obnoskin! Hasta para mí es increíble. ¡No comprendo cómo pudo ocurrir! Él andaba por aquí husmeando; yo lo conocía muy poco; cuando me sentí embargado por la inspiración, sumido, compéndalo, en una especie de estado febril, fui consciente de que necesitaría ayuda y me dirigí a Obnoskin... ¡Imperdonable, imperdonable!

—Bueno, ¿y qué dijo Obnoskin?

—Aceptó con entusiasmo, pero al día siguiente, por la mañana temprano, desapareció. Tres días después reapareció acompañado por su madre. Ahora, a mí ni una palabra, me escurre el bulto, como si me tuviera miedo. Comprendí al instante lo que ocurría. Su madre es un ave de rapiña con mucho pasado. La conozco hace tiempo. Por supuesto, él se lo ha contado todo. Yo callo y espero: me espían, y el asunto crea mucha tirantez... De ahí la prisa.

—Pero, concretamente, ¿qué es lo que teme de ellos?

—Desde luego, no pueden mucho, pero sí pueden intentar algo feo, es obvio.

Exigirán dinero a cambio de silencio y ayuda; eso ya me lo espero... Sólo que yo no puedo darles gran cosa y no lo haré... lo tengo decidido: más de tres mil rublos en papel, imposible. Júzguelo usted mismo: tres mil para ellos, quinientos en efectivo para la boda, hay que devolverle a su tío hasta el último kopek, añada mis antiguas deudas, y, bueno, tendré que darle algo a mi hermana, nada, poca cosa. ¿Me quedarán poco más de cien mil rublos? ¡Es la ruina!... Por lo demás, los Obnoskin se han marchado.

—¿Se han marchado? —pregunté con curiosidad.

—Pronto después del té; ¡al diablo con ellos! Pero mañana, ya verá, estarán otra vez aquí. Bueno, ¿qué?, ¿está de acuerdo?

—Debo confesar —respondí un poco molesto—, que no sé siquiera cómo decírselo. El asunto es delicado... Desde luego que guardaré el secreto: no soy Obnoskin, pero... Preferiría que no confiara en mí.

—Ya veo —dijo Mizínchikov levantándose de la silla—, todavía no está lo suficientemente hastiado de Fomá Fomich y de la abuela y, aunque quiera mucho a su noble y buen tío, todavía no tiene idea de hasta qué punto lo hacen sufrir. Usted es aún muy nuevo aquí... ¡Paciencia! Usted seguirá aquí mañana, observe y por la noche estará de acuerdo conmigo. Porque, de otro modo, su tío es hombre perdido, ¿me comprende? Sin duda lo obligarán a casarse. No olvide que es muy posible que mañana pida su mano. Entonces será demasiado tarde; ¡hay que decidirse hoy!

—Verdaderamente, le deseo a usted todo el éxito, pero, ayudarlo... no sé cómo...

—¡Sí lo sabemos! Pero esperemos a mañana —concluyó Mizínchikov con una sonrisa irónica—. La nuit porte conseil. Adiós. Vendré a verlo mañana muy temprano. Mientras, reflexione...

Se dio media vuelta y salió silbando no sé qué.

Yo salí detrás para tomar un poco de aire fresco. La luna no había salido aún; era una noche oscura, calurosa y sofocante. Las hojas de los árboles estaban inmóviles. Pese a mi horrible cansancio, deseaba caminar un poco, distraerme, poner orden en mis pensamientos, pero no había dado diez pasos cuando, de repente, oí la voz de mi tío. Subía la escalinata del pabellón de verano hablando muy animadamente con alguien. Volví al instante sobre mis pasos y lo llamé. Mi tío estaba con Vidopliásov.

Extrema perplejidad

—Querido tío —dije—, creí que ya no vendría.

—Querido sobrino, también yo ansiaba verte. Déjame terminar con Vidopliásov y tendremos tiempo de hablar largo y tendido. Tengo mucho que contarte.

—¡Otra vez Vidopliásov! ¡Deshágase de él, tío!

—No puedo, cinco o diez minutos, Serguéi, y soy todo tuyo. Es importante.

—¡Una bobada, seguro! —Dije fastidiado.

—¡Qué quieres que te diga, hermano! ¡Siempre encuentra el peor momento para plantear sus bobadas! Y tú, Grígori, ¿no podías buscar otro momento para exponerme tus quejas? A ver, ¿qué puedo hacer por ti? Al menos compadécete de mí, Grígori. Me tenéis agotado, devorado vivo, cuerpo y alma. ¡No tengo más fuerzas, Serguéi! —Y, profundamente angustiado, el tío agitó ambos brazos.

—Pero ¿qué asunto tan importante le trae este tipo, que no pueda esperar? Con la falta que me hace...

—Ya así, me acusan de no ocuparme de la moralidad de mi gente; mañana se quejarán de que no lo escucho a él, entonces... —Y el tío agitó de nuevo el brazo.

—Bueno, acabe con él cuanto antes. Mire a ver si yo mismo lo puedo ayudar. Subamos. ¿Qué es lo que quiere? —pregunté cuando entramos en la habitación.

—Pues verás, hermanito, no le gusta su propio apellido y pide permiso para cambiárselo. ¿Qué te parece?

—¿El apellido? ¿Cómo?... Escúcheme, títo, antes de oír lo que él tenga que contar, permítame decirle que sólo en su casa ocurren estas maravillas —dije atónito, dejando caer los brazos.

—¡Eh, sobrino, también yo puedo dejar caer los brazos, como tú, pero con ello no vamos a ninguna parte! —dijo el tío fastidiado—. Anda, habla tú con él, prueba. Lleva dos meses dándome la lata.

—¡Es un apellido sin fundamento! —terció Vidopliásov.

—¿Cómo, sin fundamento? —pregunté sorprendido.

—Porque es así. Rezuma vileza.

—¿Vileza? ¿Y a qué te propones cambiarlo? ¿Quién vio jamás un caso así?

—¿Y quién vio jamás un apellido así?, dígamelo.

—De acuerdo, como apellido es algo extraño —continué, desconcertado—, pero ¿qué vas a hacer ahora? También tu padre se llamaba así.

—Es cierto, y por culpa de mi padre estoy condenado al sufrimiento eterno, estoy destinado a soportar muchas burlas y penas por mi nombre —respondió Vidopliásov.

—¡Apuesto lo que quiera, querido tío, a que Fomá Fomich tiene algo que ver en todo esto! —exclamé con rabia.

—No, no, jovencito, ahí te equivocas. Es cierto que Fomá Fomich es su

bienhechor y lo hizo secretario suyo y no le encomienda ningún otro trabajo. Sin embargo, es natural, lo educó, ennobleció su espíritu, tanto que, en cierto sentido, es un hombre culto... Mira, te lo contaré todo...

—Así es —intervino de nuevo Vidopliásov—. Es cierto, Fomá Fomich es mi auténtico bienhechor y como tal me ha hecho comprender mi insignificancia, que soy un gusano en la tierra; así, gracias a él, comprendí por primera vez mi destino.

—Ya ves, Serguéi, ya ves cómo son las cosas —continuó el tío, hablando como siempre a borbotones—. Desde su más tierna infancia vivió en Moscú, como sirviente de un maestro calígrafo. ¡Si vieras qué bien aprendió a escribir! Con colores, y con oro, y decora sus escritos con cupidos, ¡un verdadero artista! Iliusha está aprendiendo con él, le pago un rublo y medio por lección. El precio lo fijó Fomá. También da clase en tres casas más, de los terratenientes vecinos. ¿Ves cómo va vestido? Además escribe versos.

—¿Versos? ¡Sólo eso faltaba!

—Versos, hermano, versos, no creas que bromeo; versos auténticos, es decir, versifica y además muy bien; puede poner en verso cualquier tema. ¡Para el onomástico de mi madrecita nos compuso un sermón que nos dejó boquiabiertos! Recurrió a la mitología, a las musas revoloteando, sabes, se veían como... no sé ni cómo decirlo... se veía la redondez de sus formas, y todo en verso, la perfección de estilo. Fomá se lo corrigió. Yo claro está, no dije nada, me alegré. Que siguiera componiendo con tal de no venirme con alguna de sus pifias. Mi viejo Grígori, oye, te hablo, ya lo ves, como un padre. Fomá oyó hablar de esto y revisó los versos, los alabó y lo nombró lector y copista suyo, en una palabra, lo tomó bajo su protección. Pues verás, ha comenzado a mostrar un noble romanticismo y un sentimiento de independencia, según me explicó Fomá, pero yo, la verdad, lo he olvidado. Sólo que, sin necesidad de Fomá, quería darle su libertad. Es una vergüenza, ¿sabes? Sólo que Fomá se opone; dice que lo necesita, que le ha tomado cariño, y además dice que a mí, como señor, me honra tener poetas entre mis vasallos; en otros tiempos había barones que vivían así, en grand. Eso es, en grand, así como suena, en grand. Como es natural, ya empiezo a respetarlo, ¿comprendes?... Pero sólo Dios sabe cómo se porta. Lo peor es que con los versos comenzaron a subírsele los humos ante la servidumbre, al punto de no dirigirles la palabra. No te ofendas, Grígori, te hablo como un padre. Había prometido casarse con una sierva mía el invierno pasado, Matriona, una chica linda, alegre, trabajadora, honesta, pero ahora se niega, no quiere ni oír hablar, la dejó plantada. O se considera muy superior, o prefiere hacerse célebre antes y luego buscar mejor novia en otro sitio.

—Lo hago sobre todo por consejo de Fomá Fomich —observó Vidopliásov—, él, mi verdadero bienhechor...

—¡Está claro, aquí no se puede hacer nada sin Fomá Fomich! —exclamé sin poder contenerme.

—¡Eh, amigo, no se trata de eso! —me atajó presuroso mi tío—. Es que ahora no

lo dejan en paz. La joven, aguerrida y pendenciera, puso a todos contra él: se burlan, lo azuzan, hasta los chiquillos lo tratan como un payaso...

—Por culpa sobre todo de Matriona —observó Vidopliásov—, que es de verdad una tonta, y siendo tonta es deslenguada; por su culpa sufro todavía más.

—¿Cuándo aprenderás, querido Grígori? —continuó el tío mirando con reproche a Vidopliásov—. Debes saber, Serguéi, que hallaron algo que rimaba groseramente con su apellido. Él se me queja y pide que le cambie el apellido, porque lleva mucho tiempo sufriendo su malsonancia...

—Es un apellido innoble —intervino Vidopliásov.

—Más vale que te calles, Grígori. Fomá también lo aprobó... es decir, no es que lo aprobara, sino que llegó a pensar que si hay ocasión de imprimir los versos, según proyecta Fomá, ese apellido tal vez los perjudique, ¿no es cierto?

—Entonces, ¿éste quiere publicar sus versos?

—Sí, hermano. Está decidido. Yo pagaré y en la portada pondrá: «Siervo de Fulano» y, en el prólogo, «dedicado a Fomá en gratitud por sus enseñanzas». El mismo Fomá escribe el prólogo. Imagínate si en la portada figurase: «Obras de Vidopliásov».

—«Lamentaciones de Vidopliásov», señor —corrigió Vidopliásov.

—¡Pues ya ves, además lamentaciones! ¡Vaya un apellido, Vidopliásov! Hierde hasta la delicadeza de los sentidos, así dijo Fomá. Y los críticos, unos bromistas desaforados, sólo saben burlarse; Brambeus es un ejemplo... Nada les importa; solamente se burlarán del apellido y lo harán con tanta saña que lo único que te quedará es resignarte. ¿No es así? Mira qué te digo: por mí, pondría un nombre cualquiera al pie de tus poemas... un seudónimo creo que los llaman; no recuerdo bien, o algo que termina en «imo». Pero no, me dice, dará usted órdenes a todos los sirvientes de que, también aquí, me llamen por mi nuevo apellido, ya que siendo hombre de talento me corresponde un apellido noble.

—¡Y seguro que usted dio su acuerdo, tío!

—Yo, Serguéi, con tal de no discutir, ¡que sea! Había entonces, entre Fomá y yo, algunos malentendidos, en fin... Desde entonces cada semana cambia de apellido y todos son apellidos tiernos, tú sabes... Oleándrov, Tiulpánov... Recuerda Grígori, que te gustaba como apellido «Fiel», Grígori «Fiel». Pero dejó de gustarte porque un imbécil descubrió que rimaba con hiel. Te quejaste y el culpable fue castigado. Durante dos semanas estuviste eligiendo nuevos apellidos, ¡cuántos no se te ocurrieron! Por fin encontraste uno y viniste a pedir que te llamasen Ulánov. Dime, ¿hay algo más ridículo que Ulánov? Accedí —dijo el tío dirigiéndose a mí— una segunda vez, y ordené que fuera llamado Ulánov, sólo para que me dejase en paz. Durante tres días te seguiste llamando Ulánov. Estropeaste todas las paredes, los alféizares del cenador, firmando con lápiz: «Ulánov». Hubo que volverlos a pintar. Consumiste una resma de papel de Holanda sólo con tus firmas: «Ulánov, prueba de pluma; Ulánov, prueba de pluma». Finalmente, nueva catástrofe: te añadieron

«Ulánov Baránov Sultánov». De nuevo suplicaste un cambio. Ya ni recuerdo cuál elegiste.

—Tántsev —respondió Vidopliásov—. Si por mi apellido me pueden tomar por bailarín, que sea ennoblecido por una palabra extranjera: Tántsev.

—Y yo accedí, hermano Serguéi. Pero esta vez le buscaron una rima que no me atrevo a repetir. Hoy vuelve con algo nuevo. Apuesto lo que quieras a que tiene preparado un apellido nuevo. Confiesa, Grígori, ¿no es así?

—En efecto, ya hace tiempo que quería someter a su atención un nombre nuevo, ennoblecido.

—¿Cuál?

—Esbuketov.

—Pero ¿no te da vergüenza, Grígori, no te abochorna usar el nombre de un cosmético? ¿Y tú te consideras listo? ¡El tiempo que habrás perdido pensándolo! ¡El nombre de un frasco de pomada!

—Tío querido —dije casi en un susurro—, ¿pero no ve que es un tonto, un tonto de remate?

—¿Qué puedo hacer, Serguéi? —me respondió también susurrando el tío—, todos afirman que es inteligente y que todo se debe a su nobleza.

—¡Por favor, querido tío —dije casi en un susurro—, líbrese de él!

—¡Escucha, Grígori, comprenderás que carezco de tiempo! —empezó a decir el tío con voz suplicante, como si tuviera miedo hasta de Vidopliásov—. Juzga tú mismo, ¿de dónde quieres que saque tiempo para tus quejas? Dices que te han vuelto a ofender. Bien, te doy mi palabra de honor que mañana lo veré con todo detalle, pero ahora que Dios te acompañe... ¡Espera! ¿Qué hay de Fomá Fomich?

—El señor está reposando. Dijo que si alguien pregunta por él que se le dijera que su intención es pasar la noche rezando.

—Hum... Bueno, ¡vete, hermano, vete! Ya ves, Seriozha, siempre está con Fomá, y ahora también a él le tengo miedo. Y la servidumbre tampoco lo quiere porque todo se lo chismorrea a Fomá. ¡Ahora se fue pero mañana, te aseguro, me sale con cualquier cosa! Yo, mi querido amigo, acabo de arreglarlo todo allá arriba, me he quitado un peso... Tenía prisa por verte y por fin estoy contigo —dijo, estrechándome emocionado la mano—. Amigo, temía que te fugaras. Ordené que te vigilaran. Gracias a Dios, ahora... Pero hace un rato viste la escena de Gávril, ¿no? Y luego Falaley... Y también tú, ¡todos, como una piña! ¡Gracias a Dios, gracias a Dios! ¡Por fin hablaré contigo a mis anchas! ¡Te abriré mi corazón! Serguéi, no me dejes. Sólo te tengo a ti, a ti y a Korovkin...

—Pero, perdone, tío, ¿qué es lo que ha arreglado y, de paso, qué puedo esperar yo después de lo ocurrido? Sépalo: mi cabeza está por estallar.

—¿Crees, acaso, que la mía está mejor? Te diré, querido mío, que la mía lleva más de seis meses bailando valsos. Pero, a Dios gracias, ahora ya está todo arreglado. Primero, me han perdonado, perdonado totalmente, claro que me han puesto

condiciones; pero ahora ya no temo a nadie. También perdonaron a Sasheñka, ¡ah!, Sasheñka... ¡su corazón ardiente! Se enfureció un poco, ¡pero tiene un corazón de oro! Estoy orgulloso de esa chica, Serguéi. Que la bendición de Dios la acompañe siempre. También a ti te han perdonado y ¿sabes cómo? Podrás hacer cuanto quieras: pasearte por todas las habitaciones y por el jardín, hasta cuando haya huéspedes... En una palabra, todo lo que se te antoje, con la única condición de que mañana no abras la boca delante de mamá y de Fomá Fomich. Es una condición inapelable; es decir, ni media palabra. Ya he prometido en tu nombre que te limitarás a escuchar lo que digan tus mayores... quiero decir, lo que otros tengan que decir. Dicen que eres muy joven... No te enfades, Serguéi, de veras lo eres. La misma Anna Nilovna lo dice...

Desde luego que era muy joven y ahí mismo lo demostré, perdiendo el control ante condiciones tan ofensivas.

—Escuche, títo —exclamé casi sin aliento—, tranquilíceme y dígame sólo una cosa: ¿estoy o no en un auténtico manicomio?

—¡La hemos hecho buena, ya empiezas con las críticas! ¡Qué poca paciencia tienes! —respondió afligido el títo—. Esta casa no es un manicomio, lo que ocurre es que os acaloráis demasiado, ambas partes. Pero tú mismo reconocerás que no te has comportado del todo bien. Recapacita sobre lo que llegaste a decir a... digamos, a un hombre de edad respetable.

—La gente como él, títo, no merece el respeto por su edad.

—¡Alto, amigo mío, has ido demasiado lejos! Eso, realmente, es librepensamiento. No tengo nada en contra de un librepensador razonable, pero esto sobrepasa toda medida. Realmente me sorprendes, Serguéi.

—No se enfade, títo, soy culpable, pero culpable ante usted. En cuanto a su Fomá Fomich...

—¡A qué viene eso del «su»! No, mi querido Serguéi, no lo juzgues tan duramente; es un misántropo... nada más, y un poco enfermizo. No se puede estar resentido con él. Por el contrario, es noble, ¡el más noble de los hombres! Tú mismo fuiste hace un rato testigo, ¿no irradiaba destellos? En cuanto a sus trampas, no hay que prestarles atención. ¿Conoces a alguien a quien no le ocurra?

—Perdón, títo: al contrario, no le ocurre a nadie.

—¡Ah, siempre con la misma cantinela! No eres magnánimo, Serguéi, no sabes perdonar...

—¡Bien, bien, títo, está bien! Dejémoslo ahí. Dígame, ¿ha visto a Nastasia Yevgrafova?

—¡Ah, todo ha sido por ella! Mira, Serguéi, te voy a decir primero lo más importante: hemos decidido, todos, felicitar mañana a Fomá por su cumpleaños, ya que mañana es, en efecto, su cumpleaños. Sasheñka es buena chica, pero se equivoca; por mucho que diga, se hará como es debido, antes de misa, temprano por la mañana. Iliusha recitará unos versos que serán para él como aceite para su corazón... se sentirá halagado, es lo que quiero decir. ¡Ah, Serguéi, si vinieras con nosotros a

felicitarlo! Quizá te perdonaría por completo. ¡Qué hermoso sería si todos se reconciliaran! Olvida la ofensa, mi viejo Serguéi; tú también lo has ofendido... ¡A un hombre tan respetable!

—Tíito, tíito —exclamé, perdiendo toda la paciencia—. Yo quiero hablarle de algo serio y usted... pero ¿sabe, repito, sabe usted lo que ocurre con Nastasia Yevgrafovna?

—Pero ¿qué pasa, muchacho? ¿Por qué gritas? Precisamente ha sido por ella que todo esto ha sucedido, aunque ya venía arrastrándose de antes. No he querido contártelo para no asustarte, tenían la intención simplemente de echarla de casa, y ahora me exigen que lo haga yo. ¡Figúrate!... Pero ahora, gracias a Dios, todo está arreglado. Imagina, no te ocultó nada, que pensaban que yo estaba enamorado y deseaba casarme con ella; en pocas palabras, que corría a mi perdición, y habría sido realmente correr a mi perdición... Así me lo hicieron ver... y, por tanto, para salvarme a mí, habían decidido echarla a ella. Todo fue cosa de mamá, aunque la peor fue Anna Nilovna. Fomá por el momento calla. Pero los he desengañado y, que lo sepas, les comuniqué que tú eras el prometido oficial de Nasteñka, para eso estabas aquí. Bueno, los he tranquilizado un poco y por el momento se queda, no del todo, solamente a prueba; pero bueno, el hecho es que se queda. Tu intención de casarte te ha rehabilitado también a ti. Mamá, en todo caso, parece tranquila. ¡Es Anna Nilovna la que sigue refunfuñando! Ya no sé qué inventar para tenerla contenta. ¿Qué querrá, realmente, esta Anna Nilovna?

—¡Tíito, qué equivocado está! ¿No sabe acaso que Nastasia Yevgrafovna se va mañana mismo, si no se ha ido ya? ¿No sabe que su padre ha venido hoy a propósito para llevársela? ¿Que el hecho está definitivamente decidido, que ella misma me lo ha dicho personalmente hace un rato y que, como conclusión, me pidió que le diera a usted su saludo? ¿Lo sabe o no?

El tío se quedó de piedra ante mí, boquiabierto. Me pareció que tenía escalofríos y que de su pecho surgió un quejido.

Sin perder un segundo, le conté mi conversación con Nastasia, mi propuesta de matrimonio, su rotundo rechazo, su ira contra mi tío por haber osado convocarme por carta; le expliqué cómo, yéndose, Nastasia esperaba salvarlo de una boda con Tatiana Ivánovna; en una palabra, nada le oculté; al contrario, exageré adrede lo que estas noticias tenían de desagradable. Quería impresionar a mi tío para extraerle medidas drásticas... y realmente quedó muy impresionado. Pegó un grito y hundió la cabeza en las manos.

—¿Dónde está, lo sabes? ¿Dónde está ella ahora? —murmuró al fin, palideciendo de miedo—. Y yo que, como un necio, venía a verte con la tranquilidad de haberlo arreglado todo... —añadió desesperado.

—No sé dónde estará en este momento, pero hace un rato, al comenzar el griterío, fue a buscarlo a usted; quería declararle todo esto en voz alta, ante todos. Seguramente no la dejaron pasar.

—¡Es claro que no! Pero ¿qué habría podido ella? ¡Oh, esa cabecita ardiente y tan orgullosa! Pero ¿dónde irá ahora? ¿Dónde? ¡Pero tú hiciste bien! Sólo que, ¿por qué va y te rechaza? ¡No tiene sentido! ¡Deberías gustarle! ¿Por qué no le gustaste? Por amor de Dios, responde, ¿por qué te quedas ahí clavado?

—Pero, en fin, tío, ¿cómo puede hacerme preguntas así?

—Pero vamos a ver, es imposible. Debes casarte, es ineludible que te cases con ella. ¿Sí no, para qué te habría hecho venir de Petersburgo? Es preciso que la hagas feliz. Ahora podrán echarla, pero cuando sea tu mujer y mi sobrina, ya se guardarán mucho de hacerlo. Pero ¿adónde va a ir? ¿Qué será de ella? ¿Institutriz? ¡Es descabellado que se coloque de institutriz! El tiempo que tarde en encontrar un empleo, ¿de qué vivirán en su casa? El viejo tiene nueve bocas que alimentar y ya pasan hambre. Ella no aceptará de mí un kopek, como se vaya por esos chismorreos repulsivos; ni ella ni su padre. Pero ¿cómo se va a ir de esta manera? ¡Es un horror! Aquí, lo sé, se armará un escándalo. Y su salario, hace tiempo que lo cobra por adelantado para mantener a su familia: es ella quien los mantiene. Bueno, supongamos que la recomiendo como institutriz, ¿dónde diantres le encontraré una familia honesta y honorable?... ¿Dónde encontraré gente honorable, verdaderamente honorable? Pero aun concediendo que las haya —es blasfemo dudarle, Serguéi—, no deja de ser arriesgado: ¿es posible fiarse de la gente? Además, un pobre siempre es desconfiado: siempre tiene la impresión de que lo obligan a pagarse el pan y la amabilidad de los demás con humillaciones. La ofenderán; ella es orgullosa, y entonces... ¿entonces qué? ¿Y si se cruza en su camino un seductor sinvergüenza?... Ella le escupiría a la cara, estoy seguro de que le escupiría; pero igual el muy sinvergüenza la ofendería. Además, algún deshonor, una sombra de sospecha, y entonces... ¡la cabeza me tambalea! ¡Ay, Dios mío!

—Tío, perdone que le haga una pregunta —dije con solemnidad—. No vaya a enfadarse conmigo, comprenda que esta pregunta puede resolver muchas cosas: también yo, hasta cierto punto, tengo derecho a exigir una respuesta.

—¿De qué se trata? ¿Qué pregunta?

—Dígame, franca y sinceramente, como ante Dios: ¿no siente usted que está algo enamorado de Nastasia Yevgrafofna y que desearía casarse con ella? Piénselo bien: es por eso que la echan de aquí.

El tío hizo el más enérgico gesto de impaciencia.

—¿Yo? ¿Enamorado? ¿De ella? ¿Están todos mal de la cabeza o se han conjurado contra mí? ¿Por qué te habría hecho venir si no para demostrarles que se han vuelto locos? ¿Yo? ¿Enamorado? ¿De ella? Deliráis completamente, estáis todos...

—Si es así, tío, permítame que le hable con sinceridad. Le declaro solemnemente que no encuentro nada de malo en mi sugerencia. Por el contrario, si la ama tanto, la haría muy feliz... ¡Que Dios quiera! ¡Que Dios le otorgue amor y buen consejo!

—Pero ¿qué dices? —exclamó el tío, horrorizado—. Me asombra que puedas

hablar así, con esa sangre fría... y... en general, no sé, te precipitas... ¡un rasgo de tu carácter que he observado! ¿No es absurdo lo que dices? ¿Cómo, dime, podría yo casarme con ella si la miro como a una hija y sólo como una hija? ¡Vergüenza sería que la mirase de otra manera, un pecado! ¡Soy viejo, ella, un capullo de rosa! El mismo Fomá me lo explicó, y con estas mismas palabras. Lo que en mi corazón arde por ella es un amor paternal... y tú hablas de matrimonio. Ella sería capaz de no rechazarme, por gratitud, pero para luego despreciarme por haberme aprovechado de su gratitud. Yo la haría infeliz y perdería todo su cariño. ¡Daría mi vida por ella, es mi pequeña! La quiero de la misma manera que quiero a Sasheñka, aún más, te lo confieso. Sasheñka es mi hija por derecho, por ley, mientras que, por amor, he hecho de Nastia mi hija. La saqué de la pobreza, la crié. Katia, mi ángel difunto, la adoraba; me la dejó como una hija. Le he dado una educación: francés, piano, le proporcioné libros... todo. ¡Y esa sonrisa suya! ¿La has notado, Serguéi? Como si se riese de ti pero, al mismo tiempo, no se estuviese riendo; al contrario, como si te quisiera... Ya ves, yo pensaba que llegarías, pedirías su mano; de esa manera ellos se convencerían de que no tengo ninguna intención en relación con ella y dejarían de propagar todos esos desagradables cotilleos. Ella se habría quedado con nosotros en paz y tranquilidad y ¡qué felices habríamos sido! Sois los dos mis hijos, ambos casi huérfanos, habéis crecido ambos bajo mi tutela... ¡y yo os habría amado tanto, tanto! ¡Os habría dado mi vida, nunca os abandonaría; siempre junto a vosotros! ¡Ah, qué felices podríamos ser! ¿Por qué la gente está siempre enrabiada, siempre encolerizada, por qué se odian unos a otros? ¡Si sólo pudiese explicarles todo! ¡Desplegaría ante ellos toda la verdad de mi corazón! ¡Ay, Dios mío!

—Desde luego, títo, desde luego, todo eso está muy bien, pero me ha rechazado.

—Te ha rechazado. ¡Hum!... ¿Sabes? Tenía el presentimiento de que te rechazaría —dijo meditabundo—. ¡Pero no! —exclamó—. ¡No lo creo! ¡No es posible! Pero sí es así todos nuestros planes se han venido abajo. Tal vez la abordaste de forma poco juiciosa, quizá la ofendiste. Apostaría que te abalanzaste a hacerle cumplidos... ¡Cuéntame una vez más lo que ocurrió, Serguéi!

Le repetí otra vez todo, hasta el último detalle. Al llegar al momento cuando Nasteñka me dijo que con su partida esperaba salvar a mi tío de Tatiana Ivánovna, sonrió amargamente.

—¡Salvarme! —dijo—. ¡Salvarme hasta mañana por la mañana!

—¿Pero no querrá decirme, títo, que se va a casar con Tatiana Ivánovna? —exclamé alarmado.

—¿Y qué otra cosa podría hacer para que no echen a Nastasia mañana? Mañana pediré su mano; lo he prometido formalmente.

—¿Está usted decidido, títo?

—Pero ¿qué puedo hacer, querido amigo, qué puedo hacer? Me desgarran el corazón, pero estoy decidido. Mañana será la petición de mano. Quieren que la boda sea sin alharaca, en casa. Es mejor, Serguéi, que así sea. Tú quizá seas mi testigo. Ya

he hecho alusión a ti... así, hasta entonces, no te echarán de casa. Ellos dicen: «La riqueza para los hijos». Desde luego. ¿Qué no haría uno por los hijos? Hasta caminar sobre las manos, y a mayor razón dado que quizá estén en lo cierto. Es imperativo que haga algo por la familia. ¡No puedo ser egoísta toda la vida!

—¡Pero, tío, Tatiana Ivánovna está loca! —exclamé olvidándome de mí mismo; sentí una desagradable punzada en el corazón.

—¡Toma, ahora de repente está loca! No está en absoluto loca; tú lo sabes, son todas esas desgracias que ha sufrido... ¿Qué hacer, amiguito? Ya quisiera yo una más inteligente. ¡Y aun así, muchas son inteligentes y no por eso son mejores! ¡Ella, en cambio, es tan buena, si supieras lo noble que es su corazón!

—¡Cielos! Se está resignando a la idea —dije desesperado.

—Pero ¿qué hacer si no? Todos se desviven por mi bien y yo, al fin y al cabo, tenía el presentimiento de que no tendría salvación y que, tarde o temprano, me obligarían a casarme. Mejor ya mismo antes que seguir discutiendo. Mira, Serguéi, te lo voy a decir con absoluta franqueza: de alguna manera estoy contento. Decidido como estoy, por lo menos me quito un peso de encima... No sé, más tranquilidad. Ya ves, venía a verte totalmente sosegado. Al parecer es mi sino. Pero, sobre todo, lo que gano con todo esto es que Nasteñka se queda con nosotros. Porque si acepté fue con esa condición. ¡Y ahora es ella la que quiere huir! ¡Pero eso no ocurrirá! —exclamó el tío dando una patada en el suelo—. Oye, Serguéi —añadió con gesto enérgico—, no te marches, espérame aquí; en un momento estoy contigo.

—Ya, ¿adónde va, tío?

—Quizá la vea, Serguéi Todo se aclarará, créeme, todo se va a aclarar y... y tú te casarás con ella... te doy mi palabra de honor.

El tío salió precipitadamente de la habitación y se dirigió al jardín, no a la casa. Desde la ventana lo vi alejarse.

La catástrofe

Me quedé solo. Mi situación era insoportable: había sido rechazado, pero el tío parecía querer casarme a la fuerza. Perplejo, me enredaba en cavilaciones. La propuesta de Mizínchikov no se me borraba de la mente. ¡A toda costa había que salvar al tío! Se me llegó a ocurrir ir en busca de Mizínchikov y contárselo todo. Pero ¿adónde había ido el tío? Él mismo me había dicho que en busca de Nasteñka y, sin embargo, había torcido hacia el jardín. Fugazmente, recordé lo de las citas secretas y un sentimiento desagradable me oprimió el corazón. Me acordé de lo que había dicho Mizínchikov sobre una relación clandestina... Reflexioné un instante y aparté indignado todas mis sospechas. El tío no sabía engañar, era evidente. Mi inquietud aumentaba minuto a minuto. Inconsciente de mis actos, bajé la escalinata y me interné en las profundidades del jardín, siguiendo la misma avenida por la que había desaparecido el tío. Despuntaba la luna. Conocía ese jardín como la palma de mi mano y no temía perderme. Al llegar al viejo cenador solitario, a orillas del viejo estanque cubierto de limo, me detuve en seco, paralizado; me pareció oír voces en el cenador. No sabría describir el extraño fastidio que se apoderó de mí. Estaba seguro de que eran Nasteñka y el tío, pero seguí acercándome, acallando mi conciencia con la idea de que, si no apresuraba el paso, mi propósito no podía parecer el de espiarlos. De pronto se oyó claramente el sonido de un beso, luego un intercambio animado de palabras e inmediatamente después un grito estridente de mujer. En ese instante, una mujer de blanco salió corriendo del cenador y pasó a mi lado como una golondrina. Me pareció que, para no ser reconocida, se tapaba el rostro con las manos; muy probablemente, desde el cenador me habían visto. ¡Pero cuál no sería mi asombro al reconocer en el caballero que siguió a la asustada dama a Obnoskin, el mismo Obnoskin que, según Mizínchikov, se había marchado horas antes! Obnoskin, por su parte, al verme, cayó en la confusión: toda su arrogancia se había esfumado.

—Perdóneme, pero... no esperaba verlo por aquí —tartamudeó sonriendo.

—Tampoco yo lo esperaba —respondí burlón— y tanto menos puesto que me dijeron que se había marchado.

—No... eh... fui... a acompañar a mi madre a un lugar próximo. ¿Puedo hablarle como al hombre más noble del mundo?

—¿De qué?

—Sucede a veces, y estará de acuerdo, que un hombre realmente noble se ve obligado a recurrir a toda la nobleza de otro hombre realmente noble... Confío en que usted me comprenda...

—No confíe: no comprendo nada de nada.

—¿Ha visto a la dama que estaba conmigo en el cenador?

—La vi pero no la reconocí.

—¡Ah, no la reconocí!... Esa dama será dentro de poco mi esposa.

—Lo felicito. ¿En qué puedo ayudarlo?

—En una sola cosa: mantener en el más profundo secreto que me ha visto en compañía de esa dama.

«¿Quién puede ser?... —Me dije—. ¿No sería?...».

—Realmente no lo sé —respondí a Obnoskin—. Me perdonará que no pueda prometérselo...

—¡Por Dios, hágame ese favor! —Suplicaba Obnoskin—. Piense en mi situación: se trata de un secreto. También usted podría estar prometido, entonces yo, por mi parte...

—¡Shh! ¡Alguien viene!

—¿Por dónde?

En efecto, a unos treinta pasos de nosotros pasó, apenas visible, la sombra de un hombre.

—¡Es... seguramente, es Fomá Fomich! —susurró Obnoskin temblando—. Lo reconozco por su modo de andar. ¡Dios mío! ¡Se oyen pasos también del otro lado! ¿Los oye? ¡Adiós! Muy agradecido y... le suplico...

Obnoskin desapareció. Un minuto después apareció ante mí el tío, como surgido de la tierra.

—¿Eres tú? —preguntó casi gritando—. ¡Todo está perdido, Serguéi! ¡Todo está perdido!

Me di cuenta de que le temblaba el cuerpo.

—¿Qué se ha perdido, tío?

—¡Vámonos! —dijo ahogándose; me agarró con fuerza del brazo y me arrastró tras de sí. Durante todo el trayecto hasta «el ala nueva» guardó silencio y tampoco me dejó hablar a mí. Yo esperaba algo casi sobrenatural y no me engañé. Cuando entramos en la habitación se sintió mareado, se puso pálido como un muerto. Inmediatamente le rocié la cara con agua. «Algo muy terrible ha de haber ocurrido —pensé— para que un hombre así se desmaye».

—¿Qué le ocurre, tío? —pregunté finalmente.

—¡Todo perdido, Serguéi! Fomá me sorprendió en el jardín con Nasteñka justo cuando la besaba.

—¡La besaba! ¡En el jardín! —exclamé mirándolo atónito.

—En el jardín, muchacho. Me tentó el diablo. Fui para verla, quería decirle, convencerla... sobre ti. Llevaba esperándome casi una hora en el banco roto al otro lado del estanque... Acude allí con frecuencia cuando necesita hablarme.

—¿Con frecuencia, tío?

—Con frecuencia, amigo. Últimamente nos veíamos casi todas las noches. Seguro que nos espiaban, sé que nos espiaban y sé que fue Anna Nilovna quien lo tejió todo. Por un tiempo dejamos de vernos, unos cuatro días, pero hoy de nuevo fue necesario. Tú mismo te diste cuenta de lo necesario que era; de otra manera, ¿cómo habría

podido hablarle? Llegué con la esperanza de verla y ella llevaba una hora esperándome, también ella quería decirme algo...

—¡Dios mío, qué imprudencia! ¡Usted debía saber que los vigilaban!

—Sí, Serguéi, pero se trataba de una situación crítica; debíamos decirnos muchas cosas. De día no me atrevo a mirarla; ella fija la vista en un rincón y yo, adrede, miro en otra dirección, como si ella no existiera. Pero de noche nos reunimos y hablamos de nuestras cosas...

—Bueno, ¿y qué pasó, querido tío?

—Ni tiempo tuve de decir dos palabras cuando sentí que mi corazón empezaba a palpar, se empañaron de lágrimas mis ojos y empecé a convencerla de que se casase contigo, y ella: «Usted seguramente no me quiere, debe de estar ciego», y de pronto se me lanza al cuello, me rodea con sus brazos y se echa a llorar, a sollozar... «Usted —me dice—, es el único al que amo y no me casaré con nadie más. Siempre lo he amado, pero tampoco me casaré con usted, mañana mismo me interno en un convento».

—¡Dios! ¿Realmente dijo eso? ¿Qué más, qué más?

—Miro y... ¡veo a Fomá ante nosotros! ¿De dónde habría salido? ¡No es imposible que se escondiera tras un arbusto esperando su ocasión!

—¡Canalla!

—Me dio un vuelco el corazón, Nasteñka echó a correr y Fomá Fomich pasó por delante, sin decir nada, pero me amenazó con un dedo, ¿te imaginas, Serguéi, el escándalo de mañana?

—¡Cómo no me lo voy a imaginar!

—¿Comprendes, acaso —gritó desesperado, poniéndose de pie de un salto—, que ellos querrán perderla, mancillarla, deshonrarla? ¡Buscaban un pretexto para culparla de una ignominia y echarla a la calle, y ahora ya lo tienen! ¡Ya decían que mantenía relaciones pecaminosas conmigo! ¡Ellos, los muy canallas, decían que se entendía también con Vidopliásov! Todo eso lo empezó Anna Nilovna. ¿Qué pasará ahora? ¿Qué pasará mañana? ¿Será posible que Fomá lo cuente?

—Lo contará, no le quepa duda.

—Si lo cuenta, si solamente se atreve a contarlo... —murmuró mordiéndose el labio y apretando los puños—, ¡pero no, no lo creo! No dirá nada, Fomá comprenderá... ¡es un hombre de altísima moral! Tendrá piedad de ella...

—Tenga o no piedad —dije yo con decisión—, su obligación, tío, en todo caso, es pedir mañana mismo la mano de Nastasia Yevgrafova.

El tío me miraba fijamente.

—Vea, tío, que si la historia se divulga, usted habrá sido la causa de la deshonra de la joven. ¿Puede ser que no entienda que debe prevenir el mal lo antes posible, que debe mirar a todos con valor y orgullo directamente a los ojos, pedir su mano en voz alta, despreciar sus razones y pulverizar a Fomá si se atreve a decir algo contra ella?

—¡Amigo mío! —exclamó mi tío—, pensaba en todo eso cuando venía hacia

aquí.

—¿Y cuál fue su decisión?

—¡La de siempre! ¡La tenía decidida antes de contártela!

—¡Bravo, querido tío!

Me acerqué y le di un fuerte abrazo.

Hablamos mucho tiempo, le hice ver todas las razones, la ineludible necesidad de casarse con Nasteñka, lo que él, dicho sea de paso, sabía mucho mejor que yo. No podía detener ya mi elocuencia. Estaba eufórico por mi tío. Largo tiempo estuve incitándolo, de lo contrario nunca se habría decidido a defenderse. Él veneraba el deber, la obligación. No obstante, no acababa de imaginar cómo se resolvería la situación. Sabía y creía ciegamente que el tío jamás renunciaría a lo que consideraba una obligación; sin embargo, desconfiaba de que tuviese fuerzas suficientes para oponerse a sus familiares. Por ello procuraba incitarlo, orientarlo, con todo el ardor de mi juventud.

—Tanto más, tanto más —le decía— que ahora ya está todo decidido y sus últimas dudas ya no existen. Ha sucedido algo que usted no esperaba, aunque todos ya lo veían y lo sabían: ¡Nastasia Yevgrafovna lo ama! ¿Permitirá usted —gritaba yo— que ese amor tan puro se convierta en vergüenza e ignominia?

—¡Jamás! ¿Pero, será posible, amigo mío, que sea por fin feliz algún día? —exclamó el tío dándome un abrazo—, ¿cómo ha podido enamorarse de mí? ¿Por qué? ¿Por qué? Nada tengo de particular... Comparado con ella soy un viejo, no me lo esperaba... ¡Ángel mío, ángel!... Hace poco, Serguéi, me preguntaste si estaba enamorado de ella, ¿sospechabas algo?

—Sólo veía, títo, que usted la amaba como es imposible amar más, y la amaba sin saberlo. Fíjese. Me hace venir y quiere casarla conmigo con el único fin de hacerla sobrina suya y tenerla siempre a su lado...

—Y tú, Serguéi, ¿me perdonas?

—¡Eh, querido tío!...

Y me abrazó de nuevo.

—Sea muy precavido, querido tío, todos están contra usted; debe rebelarse y oponerse a todos, ¡mañana mismo!

—Sí... sí, mañana... —repitió algo pensativo— y, ¿sabes?, actuaremos con valor, nobleza y fuerza de ánimo... ¡precisamente con fuerza de ánimo!

—¡No se arredre, querido tío!

—¡Nunca, Serguéi! Pero no sé cómo empezar, cómo iniciar el tema.

—No piense en eso. El día de mañana lo decidirá todo. Seréense ahora. Cuanto más piense, peor, y si Fomá dice algo, échelo en el acto de la casa y redúzcalo a cenizas.

—¿Y no podríamos evitar echarlo? Querido amigo, he decidido ir a verlo mañana muy temprano, no bien amanezca, se lo contaré todo, como hice contigo: es imposible que no me comprenda: es muy noble, el más noble de los hombres. Lo que

me preocuparía es que mi madre anticipara hoy a Tatiana Ivánovna la propuesta de mañana. ¡Eso sería terrible!

—No se preocupe de Tatiana Ivánovna, tío.

Y le conté la escena del cenador con Obnoskin. El tío no salía de su asombro. Nada le dije de Mizínchikov.

—¡Es un personaje fantasmagórico! ¡Fantasmagórico de verdad! —exclamó—. ¡Pobrecilla! ¡La asedian valiéndose de su sencillez! ¿Cómo es posible que fuera Obnoskin? ¿Acaso no se había marchado?... ¡Qué extraño, terriblemente extraño! ¡No sé qué pensar, Serguéi!... Mañana habrá que investigar y tomar medidas... Pero ¿estás convencido de que era Tatiana Ivánovna?

Le dije que no le había visto la cara, pero que por ciertas razones no dudaba de que era ella.

—¡Hum!, ¿no será una intriga con alguien de la servidumbre que tú tomaste por Tatiana Ivánovna? ¿No sería Dasha, la hija del jardinero? Una chiquilla artera, descarada. Anna Nilovna la tenía fichada y la espiaba... ¡Pero no! Él piensa casarse. ¡Qué extraño, muy extraño!

Por fin nos separamos. Abracé y bendije a mi tío.

—¡Mañana, mañana —repetía él— se decidirá todo, antes de que te levantes estará decidido! Veré a Fomá y me portaré con él como un caballero, le contaré todo como a un hermano, le descubriré los más ocultos resquicios de mi alma. Adiós, Serguéi. Acuéstate, estás cansado; seguramente yo no dormiré en toda la noche.

Se fue. Extenuado, me acosté sin tardanza. Había sido un día difícil. Tenía los nervios destrozados y antes de conciliar el sueño me sobresalté varias veces, inquieto. Sin embargo, por extrañas que fueran mis impresiones antes de dormirme, nada eran en comparación con el original despertar del día siguiente.

Segunda Parte

La persecución

Dormía profundamente, sin soñar. Sentí de pronto un gran peso sobre los pies. Lancé un grito y desperté. Ya era de día y el sol penetraba esplendoroso por la ventana. En mi cama, o mejor dicho, sobre mis pies, descansaba el señor Bajchéiev.

Dudarlo era imposible: era él; liberé como pude mis piernas, me incorporé en la cama y lo miré con la torpe perplejidad de quien acaba de despertar.

—¡Y aun mira a su alrededor! —gritó el gordinflón—. ¿Qué haces mirándome? ¡Levántate, padrecito, llevo media hora despertándote, restriégate los ojos!

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—¡Todavía es temprano, pero nuestra Fevronia se largó cuando aún era de noche! Levántate, ¡vamos a perseguirlos!

—¿Qué Fevronia?

—La nuestra, la desquiciada, se largó antes de que amaneciera. Yo venía sólo a despertarlo y llevo perdiendo con usted casi dos horas. Levántese, amigo, su tío lo espera. ¡Vamos de fiesta! —añadió con malicia en la voz.

—Pero ¿de qué y de quién me habla? —pregunté yo con impaciencia, aunque ya empezaba a comprender—. No será de Tatiana Ivánovna, ¿no?

—¿Y de quién iba a ser? De ella misma. Yo lo había previsto, lo dije, no quisieron escucharme. Y ahora ella nos obsequia con una fiesta. El amor la saca de quicio, tiene el amor bien metido en la sesera. ¡Puaf! ¿Y qué le parece el otro, el de la barbita?

—¿Es posible que fuera Mizínchikov?

—¡Maldito sea! —respondió el gordinflón—. ¡Más vale, amigo, que te restriegues los ojos y te espables, aunque sólo sea por la fiesta, que parece que anoche bebiste más de la cuenta! ¿Cómo que con Mizínchikov? ¡Con Obnoskin, no con Mizínchikov! Iván Ivánovich Mizínchikov es una persona honesta y se dispone a perseguirlos con nosotros.

—¿Qué me dice? —exclamé yo, dando un salto en la cama—. ¿Es posible que con Obnoskin?

—¡Qué fastidio de hombre! —respondió el gordinflón, poniéndose de pie de un salto—. Vengo a informarlo, como persona culta que es, de una novedad ¡y él duda! ¡Y bien, si quieres venir con nosotros, levántate, ponte los pantaloncitos y no me tengas aquí dándole a la lengua y perdiendo tiempo contigo, que ya he perdido bastante!

Y salió extremadamente indignado.

Atónito, salté de la cama, me vestí de prisa y me lancé fuera en busca del tío. En la

casa, al parecer, todos seguían durmiendo y nada sabían de lo ocurrido. Sin hacer ruido, me dirigí a la entrada principal y en la escalinata encontré a Nasteñka. Se veía claramente que acababa de levantarse, iba vestida con descuido, llevaba una bata casera, apenas recogido el pelo: por lo visto esperaba a alguien en la escalinata.

—Dígame, ¿es verdad que Tatiana Ivánovna se ha escapado con Obnoskin? —me preguntó, pálida e inquieta, con voz entrecortada.

—Dicen que es cierto. Estoy buscando al tío; vamos a perseguirlos.

—¡Oh, tráiganla, tráiganla pronto! Si no la rescatan está perdida.

—¿Pero dónde está el tío?

—Seguro que en las caballerizas; están preparando un coche. Yo lo aguardo aquí. Hágame el favor de decirle que he de partir hoy mismo; mi decisión es definitiva. Mi padre viene a buscarme. Si puedo, parto ya mismo. ¡Todo está perdido! ¡Todo!

Al hablar, me miraba como extraviada y de pronto se deshizo en lágrimas. Parecía al borde de un ataque de nervios.

—Tranquílcese —le supliqué—. Todo será para bien... ya lo verá. ¿Qué le ocurre, Nastasia Yevgrafovna?

—No lo sé... no lo sé... es que... —dijo, sofocada y estrechándome la mano sin darse cuenta—. Dígame...

En ese mismo momento, se oyó un ruido tras la puerta de la derecha.

Soltó mi mano y, sin acabar la frase, presa del pánico, se echó escaleras arriba.

En el patio trasero, cerca de las caballerizas, me encontré con toda la compañía, es decir, mi tío, Bajchéiev y Mizínchikov. Habían uncido caballos frescos al carruaje de Bajchéiev. Todo estaba listo para la partida, sólo faltaba yo.

—¡Ahí llega! —gritó el tío al verme—. ¿Estás al corriente? —me preguntó con un gesto extraño en el rostro.

La esperanza, el terror, el extravío se leían en su mirada, en su voz, en sus ademanes: era consciente de que se había producido un cambio capital en su vida.

En el acto me pusieron al tanto de todos los detalles. El señor Bajchéiev, después de la peor de las noches, salió de su casa al amanecer para llegar a la primera misa del monasterio cercano a su propiedad. Al desviarse de la carretera principal hacia el monasterio, de pronto vio un coche a toda velocidad. Dentro iban Tatiana Ivánovna y Obnoskin. Tatiana Ivánovna, llorosa y, al parecer, asustada, lanzó un grito y tendió sus manos hacia el señor Bajchéiev, como suplicando protección; por lo menos esto es lo que se deducía de su relato. «Y el canalla de la barbita —añadía—, allí estaba, más muerto que vivo, y procuraba esconderse, pero, quiá, hermano, de mí no te escondes». Sin pensarlo, Stepán Aleksiéievich volvió a la carretera, se presentó en Stepanchikovo, despertó al tío, a Mizínchikov y, finalmente, a mí. Decidieron organizar inmediatamente la persecución.

—Obnoskin, Obnoskin... —Repetía el tío, mirándome fijamente, deseoso, al parecer, de decirme algo más—. Quién lo hubiera dicho...

—¡De ese hombre vil siempre cabe esperar alguna vileza! —exclamó

Mizínchikov, presa de la más vigorosa indignación, y al instante apartó la vista, rehuyendo mi mirada.

—Y bien, ¿nos vamos o qué? ¿O tal vez nos quedamos aquí hasta la noche, contándonos cuentos? —lo interrumpió el señor Bajchéiev trepando al coche.

—¡Vamos, vamos! —Lo apoyó el tío.

—Todo va a mejor, querido tío —le susurré—. ¿Se da cuenta del buen giro que han tomado las cosas?

—No digas eso, hermano, no peques... ¡Ahora la echarán a «ella», en castigo por haber hecho fracasar sus planes!, ¿no lo comprendes? ¡Mis presentimientos son espantosos!

—Y bien, Yégor Ílich, ¿seguimos contándonos secretos o nos vamos? —exclamó de nuevo el señor Bajchéiev—. ¿O desenganchamos los caballos y pedimos un bocado?, ¿qué le parece? Y, de paso, ¿una copita de vodka?

Estas palabras fueron pronunciadas con tan feroz sarcasmo que no hubo posibilidad de no satisfacer en el acto al señor Bajchéiev. Sin pérdida de tiempo, nos sentamos en el carruaje y los caballos emprendieron el galope.

Durante cierto rato guardamos silencio. Mi tío me echaba miradas significativas, pero no quería hablarme delante de los demás. Se lo veía con frecuencia pensativo; después, como si despertase, se estremecía y miraba inquieto en torno suyo. A Mizínchikov, por su lado, se lo veía tranquilo, fumaba un cigarro y miraba con la dignidad de un hombre injustamente ofendido. Bajchéiev, en cambio, se acaloraba por todos. Refunfuñaba entre dientes, miraba a su alrededor con manifiesta indignación, y tan pronto enrojecía como bufaba, escupía sin cesar fuera, y no lograba sosegar.

—¿Está usted seguro, Stepán Aleksiéievich, que se fueron a Mishino? —preguntó de repente mi tío—. Desde aquí son unos veinte kilómetros —añadió dirigiéndose a mí—. Es una pequeña aldeúcha, treinta siervos, adquirida hace poco a sus antiguos propietarios por un funcionario provincial, un picapleitos como pocos. Eso es al menos lo que se dice de él; tal vez se equivoquen. Stepán Aleksiéievich asegura que Obnoskin se dirigía allí y que ese funcionario ya estará en tratos con él.

—¡Claro que sí! —exclamó nervioso y alterado Bajchéiev—. Sólo que en el tal Mishino quizá al tal Obnoskin ya lo llamen Mitka, si no hubiéramos perdido tres horas de charla en vano.

—¡Los alcanzaremos —dijo Mizínchikov—, los alcanzaremos!

—¡Sí, seguro, los encontraremos! ¡Claro, como que te estarán esperando! Con el dinero en la mano, ¿para qué iban a esperar?

—Serénese, Stepán Aleksiéievich, serénese —dijo el tío—. Aún no han tenido tiempo de hacer nada. Ya verá como tengo razón.

—¡No han tenido tiempo! —repuso airado el señor Bajchéiev—. ¡Qué no habrá tenido tiempo de hacer, esa apacible y dulce criatura! —añadió con suave entonación, como si se burlase de alguien—. «Es muy juiciosa, la pobrecilla», dicen, «muy

juiciosa». «Ha sufrido mucho, la pobrecilla». Esa «pobrecilla» se ha burlado de todos. Aquí nos tiene corriendo tras ella por caminos y carreteras, con la lengua fuera, de la mañana a la noche. ¡Ni rezar lo dejan a uno, en el día del Señor! ¡Puf!

—Sin embargo no es menor de edad —observé yo— y no está bajo ninguna tutela; si ella no quiere, no podemos obligarla a volver. ¿Qué haremos entonces?

—Es evidente —respondió el tío—, pero querrá, lo veréis. Lo ha hecho por... En cuanto nos vea volverá, os lo aseguro. No podemos dejarla así, amigos, abandonada a su suerte, ofrecida en sacrificio; se trata de un deber...

—¡No está bajo tutela! —exclamó Bajchéiev, atacándome directamente—. ¡Es una imbécil, una imbécil y lo de la tutela nada tiene que ver con ella! Ayer ni te quise hablar de ella, pero hace unos días me equivoqué de puerta y entré en su habitación... ¡y la veo bailando una escocesa sola ante el espejo, con las manos en las caderas! ¡Y vestida como un figurín! Escupí y me aparté. Entonces lo preví todo claramente, como escrito en un libro.

—¿Y por qué echarle toda la culpa, de ese modo? —observé con timidez—. Ya se sabe... Tatiana Ivánovna no goza de buena salud... mejor dicho... tiene esa manía... En mi opinión el culpable es Obnoskin, no ella.

—¡No goza de buena salud! ¡Anda, mira lo que dice! —exclamó el gordinflón, rojo de ira—. ¡Diríase que desde ayer juró sacarme de quicio! ¡Que es tonta, amigo mío, te lo repito, tonta de remate! Y no es que goce de mala salud; desde pequeña está desquiciada por Cupido. Y ahora Cupido la ha llevado al extremo. Al galán de la barbita más vale ni siquiera mencionarlo. Seguro que ya se lo está pasando muy bien, gozando de su dinerito, din, din, din, y riéndose a gusto.

—¿Cree usted de veras que la abandonará enseguida?

—¿Y por qué no? Va a andar él de aquí para allá con semejante tesoro... Y ella, ¿de qué le sirve? La sentará bajo un arbusto y si te he visto no me acuerdo, y ella lo esperará sentada oliendo florecitas.

—¡Te has dejado llevar demasiado por la imaginación, Stepán! —exclamó el tío— y, dicho sea de paso, ¿por qué estás tan enfadado? ¿A ti qué te importa?

—¿Acaso no soy un hombre? Me da rabia, aunque no me toque, a lo mejor lo digo por cariño hacia ella... ¡así se hunda todo en el mundo! Decidme, ¿para qué he venido? ¿Por qué cambié de ruta? ¿Qué tiene que ver conmigo? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Así se quejaba el señor Bajchéiev; pero yo no lo oía y pensaba en la mujer que perseguíamos, en Tatiana Ivánovna. He aquí una breve biografía suya, que escribí más tarde ateniéndome a las más fieles fuentes, imprescindibles para explicar su vida.

Pobre niña huérfana criada en una familia extraña, poco acogedora; después joven pobre, luego mujer pobre y finalmente solterona pobre. Tatiana Ivánovna, en toda su mísera vida, vació el amargo cáliz de la orfandad, la humillación, los reproches y conoció plenamente toda la amargura del pan ajeno. Alegre por naturaleza, muy susceptible y frívola, de algún modo soportó al principio su amargo sino y hasta pudo

reírse de manera despreocupada y alegre, pero con el paso del tiempo el destino reclamó lo suyo: adelgazó, perdió su color sonrosado, se hizo irritable, reaccionaba con sensibilidad enfermiza y su capacidad de soñar, su imaginación, se rompía a veces por llantos histéricos y sollozos convulsivos. Cuanto menor el número de bienes terrenales que le proporcionaba la vida real, tanto mayor el consuelo iluso que le ofrecía la imaginación. Cuanto más segura e irremediamente se esfumaban sus últimas esperanzas en la vida real, más seductores eran sus sueños irrealizables. Riquezas nunca vistas, belleza imperecedera, pretendientes elegantes, ricos, nobles, todos príncipes e hijos de generales, conservaban para ella sus corazones virginales y puros y morían a sus pies por infinito amor. Finalmente «él, él», el ideal de la belleza, el que reunía todas las perfecciones, apasionado y amante, artista, poeta, hijo de un general, todos juntos o bien uno tras otro, empezaba a ser visto por ella no sólo en sueños, sino casi en la realidad. Su razón empezaba a debilitarse y a no soportar esas continuas raciones de opio en forma de sueños misteriosos e incesantes... Mas, de pronto, el destino le gastó la broma definitiva. En el último grado de humillación, cuando la realidad oprimía su corazón, haciéndole compañía a una vieja desdentada y gruñona, siempre culpable de todo, reprochada por cada trozo de pan comido, por cada trapo perdido, ofendida por cualquiera, jamás defendida por nadie, agotada por la miseria de su vida, viviendo en secreto la beatitud de las fantasías más dementes y calenturientas, recibe la nueva de la muerte de un lejano pariente (de quien por su frivolidad nada sabía), un hombre solitario, taciturno, que vivía una vida oscura muy lejos de ella, muy extraño, dedicado a la usura y a la craneología. Como por milagro, una fabulosa herencia cayó del cielo a los pies de Tatiana Ivánovna, dispersándose como una dorada estela: resultó que ella era la única legítima heredera. Le tocaron cien mil rublos en plata. Esta burla del destino acabó con su juicio. ¿Cómo no iba a creer en los sueños tina mente ya de por sí debilitada, cuando los sueños se convertían en realidad? Borracha de felicidad, se entregó sin freno a su mundo encantado, de imaginaciones imposibles y seductoras fantasías. Renunció a todas las consideraciones, dudas y obstáculos que presentaba la realidad y a todas sus leyes inevitables y claras. A sus treinta y cinco años, los sueños de belleza cegadora, el triste frío otoñal y todo el lujo del amor infinito, se amalgamaron sin discordia en su ser. Si los sueños se realizaron una vez en la vida, ¿por qué no iba a ser realidad todo lo demás? ¿Por qué «él» no iba a presentarse? Tatiana Ivánovna no razonaba, simplemente creía. Pero mientras lo esperaba a «él», al ideal, pretendientes y caballeros de diversas categorías, militares y civiles, guardias de caballería, altos cortesanos y simples poetas, que habían estado en París o sólo en Moscú, con o sin barba, con o sin perilla, españoles o no españoles (de preferencia españoles), surgían ante ella de día y de noche en cantidades aterradoras, provocando en los observadores temores justificados: quedaba un paso para el manicomio. Todos estos fantasmas maravillosos la rodeaban en una procesión deslumbrante. La vida real continuaba con el mismo orden fantástico: todo aquel a quien ella miraba estaba enamorado de ella;

todo aquel que pasaba a su lado era un español que moría de amor por ella; todo aquel que moría, moría de amor por ella. Como a propósito, ello se confirmaba en el hecho de que empezaban a perseguirla personas como Obnoskin, Mizínchikov y decenas de otros con los mismos propósitos: todos empezaron a complacerla, a mimarla, a elogiarla. La pobre Tatiana Ivánovna rehusaba sospechar que todo fuera por dinero. Estaba convencida de que la gente, por milagro, de pronto, se había corregido y todos se habían vuelto alegres, simpáticos, cariñosos y buenos. «Él» todavía no aparecía personalmente, pero no dudaba ni por un momento de que acabaría llegando. Su vida actual, aún sin «él», era tan agradable, tan llena de diversiones y placeres, que la espera era llevadera. Tatiana Ivánovna comía bombones, recogía las flores de la delicia, leía novelas. Las novelas encendían más y más su imaginación y habitualmente las abandonaba en la segunda página. No soportaba la lectura, las primeras líneas, que hablaban o insinuaban el amor o, a veces, la simple descripción del lugar, la ropa o la habitación, ya la hacían soñar. Continuamente se hacía traer nuevos vestidos, encajes, cintas, bombones, sombreros, perritos, flores... Tres jóvenes doncellas pasaban días enteros cosiendo para ella; se probaba sus galas y se miraba sin cesar en el espejo, de la mañana a la noche, y también de noche. Estaba más joven, había rejuvenecido y se la veía más bella tras recibir la herencia. Sigo sin saber de qué modo era pariente del difunto general Krajotkin. Siempre tuve la seguridad de que ese parentesco era un invento de la generala, ansiosa de casar al tío con el dinero de Tatiana Ivánovna. El señor Bajchéiev tenía razón al decir que Cupido había llevado al extremo a Tatiana Ivánovna; y la idea del tío, al conocer su fuga con Obnoskin —correr tras ella y recobrarla, aunque fuera por la fuerza—, era lo más racional. La pobrecilla era incapaz de vivir sin protección, sin tutela, y habría perecido a poco de caer en manos perversas.

Eran las nueve pasadas cuando llegamos a Mishino. Era una aldeúcha pobre y pequeña metida en una especie de hondonada, a tres kilómetros de la carretera. Sus seis o siete isbas campesinas, ennegrecidas por el humo, torcidas por el paso de los años y apenas cubiertas de paja ennegrecida, ofrecían al viajero una vista triste y poco acogedora. No había ningún jardincillo ni follaje en un radio de trescientos metros, apenas un viejo sauce dormitaba sobre un charco verdoso al que llamaban estanque. El aspecto general no podía, probablemente, causar una impresión alegre en Tatiana Ivánovna. La casa de los dueños consistía en un edificio de madera nuevo, largo y estrecho, con seis ventanas en fila y apenas techado de paja. El funcionario propietario hacía poco que se había instalado en su finca. El patio ni siquiera estaba vallado y sólo por un lado se veía la tierra cubierta de hojas secas de nogal. Allí mismo vimos el coche de Obnoskin. Caímos sobre los culpables como una nevada de un cielo azul. Desde una ventana abierta se oían gritos y llantos.

El chiquillo descalzo que encontramos en el vestíbulo salió disparado al vemos. En la primera habitación, Tatiana Ivánovna, toda llorosa, ocupaba un largo «diván

turco» sin respaldo. Al vemos lanzó un chillido y escondió la cara en sus manos. A su lado estaba Obnoskin, asustado y confuso a dar pena. Estaba tan turbado que se lanzó a estrechamos la mano, como encantado de nuestra llegada. Por la puerta entornada de la otra habitación percibimos apenas un vestido de mujer: alguien escuchaba desde allí y miraba por una rendija imperceptible. Los dueños de casa no aparecían; daba la impresión de que no estaban. Como si todos se hubieran escondido.

—¡Aquí tenemos a la viajera, y cómo se tapa la cara! —gritó el señor Bajchéiev, irrumpiendo con nosotros en la habitación.

—¡Frene su entusiasmo, Stepán Aleksiéievich! Su conducta es indecente. El único que tiene derecho a hablar aquí es Yégor Ílich, nosotros estamos de más —dijo bruscamente Mizínchikov.

El tío miró severamente al señor Bajchéiev haciendo caso omiso de Obnoskin, que se había precipitado a estrecharle la mano, se acercó a Tatiana Ivánovna, que seguía tapándose la cara con las manos, y le dijo con voz cariñosa y simpatía no fingida:

—Tatiana Ivánovna, todos la queremos y la respetamos, tanto que hemos venido para conocer sus planes. ¿Quiere volver con nosotros a Stepanchikovo? Es el onomástico de Iliusha. Mamita la espera con impaciencia y sin duda Sasheñka y Nasteñka han llorado por usted toda la mañana...

Tatiana Ivánovna levantó tímidamente la cabeza, miró al tío entre sus dedos abiertos y súbitamente se echó a llorar y se le echó al cuello.

—¡Ay, sáquenme de aquí cuanto antes, sáquenme de aquí! —dijo sollozando—. ¡Rápido, lo más rápido posible!

—¡La hizo buena y ahora llora! —susurró Bajchéiev dándome un ligero codazo.

—Entonces, todo se acabó —dijo el tío con gran frialdad, dirigiéndose a Obnoskin y casi sin mirarlo—. Tatiana Ivánovna, deme por favor la mano, nos vamos.

Tras la puerta se oyó un crujido de faldas; la puerta chirrió y se abrió más.

—Sin embargo, si lo juzgamos desde otro punto de vista —observó Obnoskin, mirando con inquietud la puerta medio abierta— juzgue usted mismo, Yégor Ílich... su conducta en ésta, mi casa... Además, yo lo he saludado y usted ni siquiera se ha dignado saludarme, Yégor Ílich...

—Su comportamiento en mi casa, señor, no fue nada honorable —respondió el tío mirando severamente a Obnoskin—, mientras que esta casa no es suya. Ya oyó que Tatiana Ivánovna no quiere quedarse aquí ni un minuto, ¿qué más quiere? Ni una palabra, ¿me entiende?, ni una palabra más, se lo ruego. Quiero evitar ulteriores explicaciones y a usted le conviene que así sea.

Pero, en este punto, Obnoskin estaba tan decaído que comenzó a proferir los más insólitos dislates.

—No me desprecie Yégor Ílich —empezó a susurrar, a punto de llorar de vergüenza y mirando a cada rato la puerta, seguramente por temor a que lo oyeran—.

No soy yo el culpable, sino mi madrecita. No lo hice por dinero... lo hice, claro que sí, también por interés, Yégor Ílich, pero un interés... noble: yo iba a servirme del capital de manera útil, para ayudar a los pobres. También quería contribuir a la cultura contemporánea y soñaba con financiar una beca en la Universidad... eso es lo que pensaba hacer con mi riqueza, Yégor Ílich; era con un noble fin, Yégor Ílich...

Todos nos sentimos de pronto terriblemente avergonzados, el propio Mizínchikov enrojeció y se apartó, y el tío quedó tan desconcertado que no sabía qué decir.

—Bueno, bueno, basta —dijo por fin—, tranquilízate, Pável Semiónovich, que se le va a hacer. A cualquiera le puede ocurrir... Si quieres hermano, ven a comer... Estoy contento, muy contento...

Pero el señor Bajchéiev no se comportó así.

—¡Financiar una beca! —rugió ferozmente—, ¡vaya modo de financiar becas! ¡Esquilmando al primero que encuentras!... Ni siquiera posees pantalones y te jactas de becas. ¿Qué significa? Has conquistado un tierno corazón, ¿eh? ¿Y dónde está tu madre? Escondida, ¿eh? Seguro que está ahí, detrás de la puerta o debajo de la cama, donde se haya metido, por miedo...

—¡Stepán, Stepán! —gritó el tío.

Obnoskin enrojeció y se dispuso a protestar, pero antes de que él abriera la boca se abrió la puerta y la propia Anfisa Petrovna, irritada, con los ojos brillantes, roja de ira, entró volando en la habitación.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Qué está pasando aquí? ¡Usted, Yégor Ílich, irrumpe con su gentuza en esta noble casa ajena, asusta a las damas y da órdenes!... ¿Qué significa esto? Todavía no estoy loca, gracias a Dios, Yégor Ílich. ¡Y tú, cobarde! —prosiguió vociferándole a su hijo— que lloriqueas ante ellos, ¡a tu madre la ofenden en su propia casa y tú sin decir nada! ¿Cómo puedes pretender pasar por un joven decente? Eres un trapo y no un joven señor, eso es todo.

En Anfisa Petrovna no quedaban rastros de la ternura del día anterior, ni iba vestida a la moda, ni siquiera llevaba impertinentes. Era una verdadera furia, una furia sin máscara.

Apenas la vio, el tío se apresuró a tomar de la mano a Tatiana Ivánovna, y habría salido deprisa de la habitación si no fuera porque Anfisa Petrovna se interpuso.

—No, usted no saldrá así, Yégor Ílich —chilló de nuevo—. ¿Qué derecho tiene de llevarse por la fuerza a Tatiana Ivánovna? Le fastidia que haya evitado las viles redes en que la habéis envuelto, usted, su mamita y el imbécil de Fomá Fomich. A usted mismo le habría gustado casarse con ella, por vil interés. Usted perdona, aquí se piensa con mayor nobleza. Tatiana Ivánovna, al ver lo que pensaban hacer con ella, que querían perderla, pidió a mi hijo Pávlusha que la salvara de esas redes, y se vio obligada a huir de ustedes por la noche. Bonito, ¿verdad? A eso la han llevado, ¿verdad, Tatiana Ivánovna? Y siendo así, ¿cómo se atreve usted a invadir con toda una banda una decente casa de nobles y llevarse por la fuerza a una honrada doncella, pese a sus gritos y lágrimas? ¡No lo permitiré, no lo permitiré! No estoy loca.

¡Tatiana Ivánovna se queda porque así lo quiere! Venga, Tatiana Ivánovna, no hay que escucharlos, son sus enemigos y no sus amigos. No tenga miedo, ¡vámonos enseguida, yo los echaré de aquí al instante!

—¡No, no! —gritó asustada Tatiana Ivánovna— ¡yo no quiero, no quiero! ¡Vaya marido para mí! No quiero casarme con su hijo. ¡Vaya marido para mí!

—¡No quiere! —chilló Anfisa Petrovna, casi ahogándose de ira—. ¿No quiere? Ha venido y dice que no quiere. ¿Cómo se atreve, entonces, a engañarnos? ¿Cómo se atrevió a darle esperanzas, a huir con él de noche, a comprometerse con él, por su propia voluntad?; nos confundió y nos obligó a incurrir en gastos importantes. Por su culpa mi hijo perdió, tal vez, un buen partido, diez mil rublos de dote perdidos por culpa suya... ¡No! Usted pagará, usted deberá pagar. Tenemos pruebas: usted se escapó de noche...

No esperamos a oír más. Todos rodeamos al tío, avanzamos juntos contra Anfisa Petrovna y salimos a la escalinata. El coche se acercó en el acto.

—¡Así se conducen las personas viles, los canallas! —Vociferaba desde los escalones Anfisa Petrovna, frenética—. Acudiré a los tribunales y tendrá que pagar... Y usted, Tatiana Ivánovna, la están llevando a una casa de mala fama. ¡No se puede casar con Yégor Ílich! ¡Ese hombre, sin que usted lo sospeche, mantiene a la niñera de sus hijos como amante!...

El tío se estremeció, palideció, se mordió los labios y ayudó a subir al coche a Tatiana Ivánovna. Yo di la vuelta al otro lado, esperé turno para sentarme, y de pronto tuve a Obnoskin a mi lado, que me agarró la mano.

—¡Permítame, al menos, pedirle su amistad! —dijo, apretándome la mano con fuerza y expresión desolada en el rostro.

—¿De qué amistad me habla? —pregunté poniendo el pie en el estribo.

—Ya ayer me di cuenta de que era usted un hombre muy culto... No me juzgue mal... Fue mi madrecita quien ideó el plan, yo nada tuve que ver. Me atrae más la literatura, se lo aseguro; mi madre es responsable de todo...

—¡Lo creo, lo creo! —Dije—. ¡Adiós!

Todos nos sentamos y los caballos arrancaron al galope. Los gritos y las maldiciones de Anfisa Petrovna nos persiguieron un trecho. Desde todas las ventanas de la casa se asomaron rostros desconocidos que miraban con desaforada curiosidad cómo nos alejábamos.

Esta vez éramos cinco en el coche: Mizínchikov se sentó en el pescante, cediendo su puesto al señor Bajchéiev, ahora frente a Tatiana Ivánovna, muy aliviada de que la hubiéramos liberado, aunque seguía llorando. El tío la consolaba como podía, pero iba triste y pensativo; era evidente que las furiosas palabras de Anfisa Petrovna sobre Nasteñka lo habían tocado hondamente. El viaje de vuelta habría acabado en paz si no hubiera estado con nosotros el señor Bajchéiev. Sentado frente a Tatiana Ivánovna, no parecía el mismo. No podía mirar nada con indiferencia: se removía sin cesar, enrojecía como un cangrejo, sus ojos giraban amenazadores, en particular cuando el

tío empezó a consolar a Tatiana Ivánovna. El gordinflón acabó por perder la paciencia, gruñendo como un bulldog acuciado. El tío lo miraba con aprensión. Finalmente, Tatiana Ivánovna se dio cuenta del extraño comportamiento del hombre que tenía enfrente, se puso a mirarlo fijamente, después nos miró a nosotros, sonrió y, de improviso, cogió su sombrilla y golpeó suavemente con ella el hombro del señor Bajchéiev. Con encantadora coquetería le dijo:

—¡Loco! —Y se tapó luego el rostro con su abanico.

Esa salida colmó el vaso.

—¡Qué-é-é! —rugió el gordinflón—. ¿Qué desea, *madame*? ¿Pretende conquistarme también a mí?

—¡Loco!, ¡loco! —Repetía Tatiana Ivánovna y rompió a reír y a aplaudir.

—¡Para! ¡Para! —gritó Bajchéiev al cochero.

El coche se detuvo. Bajchéiev abrió la portezuela y empezó a salir de prisa del coche.

—¿Qué te pasa Stepán Aleksiéievich? ¿Adónde vas? —exclamó el tío estupefacto.

—Hasta la coronilla —respondió el gordinflón temblando de ira—. Así se hunda el mundo entero. Ya soy viejo, *madame*, para que me tiente con amores. Yo, *madrecita*, prefiero morir reventado en la carretera. Adiós, *madame*. ¿Comán vu porté vu?

Y de veras se encaminó a pie. El coche lo seguía despacio.

—¡Stepán Aleksiéievich! —gritó el tío, perdiendo por fin la paciencia—. No te hagas el tonto, basta, vuelve, es hora de ir a casa.

—¡Allá vosotros! —dijo Stepán Aleksiéievich, ahogándose por la marcha: a causa de la gordura, había perdido la costumbre de andar.

—¡A toda marcha! —gritó Mizínchikov al cochero.

—¿Qué dices, qué dices? Detente —gritó a su vez el tío, pero el coche ya corría a toda velocidad.

Mizínchikov no se había equivocado, porque consiguió de inmediato el resultado apetecido.

—¡Para... para! —Oímos exclamar detrás de nosotros con un gemido desesperado—. ¡Para, bandido! ¡Para, asesino! ¡Me estás matando!...

El gordinflón apareció por fin, cansado, medio ahogado, la frente sudorosa, la corbata desanudada y la gorra en la mano. Callado y taciturno subió al coche y esta vez fui yo quien le cedió el asiento; al menos no viajaría frente a Tatiana Ivánovna, quien, a lo largo de toda la escena, reía a carcajadas y aplaudía. Durante el resto del viaje no pudo mirar a Stepán Aleksiéievich con seriedad. Él, por su parte, hasta la llegada a la casa no dijo nada ni quitó la vista de la rueda posterior del coche.

Ya era mediodía cuando llegamos a Stepanchikovo. Fui directamente a mi apartamento donde al punto acudió Gávril con la bandeja del té. De buena gana habría interrogado al viejo, pero casi pisándole los talones entró el tío y le mandó

salir.

Novedades

—Hermanito, he venido a verte sólo un momento —empezó a decir el tío atropellándose—. Ya estoy al tanto de todo... Ninguno, salvo Iliusha, Sasha y Nasteñka, asistió a misa hoy. Mi madrecita, según parece, sufrió convulsiones, ataques y costó mucho volverla en sí. Ahora han decidido reunirse en los apartamentos de Fomá Fomich, y también yo he sido convocado. Pero no sé si felicitarlo o no por su onomástico... Y eso tiene importancia, como también su opinión sobre todo lo ocurrido... Son terribles, Serguéi, presiento ya...

—Por el contrario, títo —me apresuré a decir—, todo se ha arreglado de la mejor manera posible. Ahora de ningún modo puede casarse con Tatiana Ivánovna... ¡y eso sí que es importante! Quise decírselo antes, durante el camino...

—Sí, es cierto, amigo mío, pero no se trata sólo de eso, claro que tienes razón: todo depende de la voluntad divina, como tú dices, pero yo quiero decirte otra cosa. ¡Pobre Tatiana Ivánovna!... ¡Qué cosas le ocurren! ¡Menudo canalla, ese Obnoskin!, aunque, en definitiva, ¿por qué llamarlo canalla? ¿Acaso yo no habría hecho lo mismo casándome con ella?... Pero quería decirte otra cosa... ¿Has oído lo que gritaba hace un rato esa miserable Anfisa, refiriéndose a Nastia?

—Sí, querido tío, lo oí. ¿Comprende ahora por qué debe apresurarse y actuar?

—¡Claro que sí, y cueste lo que cueste! —me respondió el tío—. Ha llegado el momento solemne. Aunque, si bien cavilamos mucho ayer, amigo mío, no se nos ocurrió preguntarnos si ella me aceptaría por marido... Y ésta es la cuestión.

—¡Misericordia! Ella misma le dijo que lo amaba...

—Sí, amigo, pero añadió en el acto «por nada del mundo me casaré con usted».

—Pero, querido tío, sólo es un modo de hablar; además, hoy las circunstancias son otras.

—¿Realmente así lo piensas? No, hermanito Serguéi, éste es un asunto muy delicado, terriblemente delicado. ¡Hum!... Sabes, querido, aunque toda la noche estuve angustiado, mi corazón latía, a veces, muy alegre... Bueno, me voy volando, me esperan y ya llego con retraso. Vine sólo para hablar dos palabras contigo... ¡Oh, cielos! —exclamó, volviendo sobre sus pasos—, me olvidaba de decirte lo principal. Sabes, le he escrito una carta, a Fomá...

—¿Cuándo?

—Por la noche. No bien amaneció, se la mandé por Vidopliásov. Querido Serguéi, se lo explico todo en dos páginas, le soy franco, sincero; en una palabra, le digo que tengo el deber, ¿comprendes?, estoy obligado a pedir la mano de Nasteñka. Le suplico que nada diga de la cita en el jardín y apelo a su nobleza de alma para que me ayude con mi madre. No escribo bien, amigo, pero puse en mi carta todo mi corazón, por así decir bañado con mis lágrimas...

—¿Y qué? ¿Alguna respuesta?

—Por ahora no. Pero hace un rato, cuando nos preparábamos para la búsqueda, lo encontré en el pasillo, vestido de cama, con zapatillas y gorro de dormir —duerme siempre con gorro de dormir—; salía de no sé dónde. No me dijo nada, ni siquiera me miró. Yo lo miré a la cara con atención, pero nada.

—¡Querido tío, no confíe en él, le hará una jugarreta!

—¡No, no, amiguito, no digas eso! —gritó el tío gesticulando—. Estoy seguro. Además es mi última esperanza. Él lo comprenderá, sabrá valorarlo. Es caprichoso, gruñón, no te lo discuto, pero cuando se trata de la máxima nobleza, brilla como una perla... como una verdadera perla. Si tú no lo sabes, Serguéi, es porque no lo has visto nunca en momentos así... Pero si él, Dios no lo quiera, debela el secreto de ayer... no sé, Serguéi, lo que puede pasar. ¿En quién se podrá confiar en este mundo? Pero no, es imposible que sea tan canalla. Yo no valgo las suelas de sus zapatos. Pero... no, no lo niegues, Serguéi; en verdad te digo que no valgo la suela de sus zapatos.

—¡Yégor Ílich, mamita está preocupada por usted! —Se oyó desde abajo la voz desagradable de la joven Perepelítsina, quien, por la ventana abierta, probablemente había oído toda nuestra conversación—. Lo andan buscando por toda la casa y no lo encuentran.

—¡Dios santo, me he retrasado! ¡Qué espanto! —Se alarmó el tío—. Amigo mío, por la bondad divina, vístete y ven. Pasé a verte para que fuéramos juntos. ¡Corro, Anna Nilovna, corro!

Una vez solo, recordé mi reciente encuentro con Nasteñka y me alegré de no habérselo contado al tío: lo habría disgustado más. Preveía una gran tormenta pero no veía cómo mi tío se las arreglaría para resolver sus asuntos y pedir la mano de Nasteñka. Tenía confianza en su nobleza; dudaba de su éxito.

No obstante debía darme prisa. Me sentía obligado a ayudarlo y enseguida empecé a vestirme; sin embargo, por mucho que me apresurara, quería acicalarme, y me retrasé.

Entró Mizínchikov.

—¡Vengo a buscarlo! —dijo—. Yégor Ílich ruega que vaya ahora mismo.

—¡Vamos!

Estaba listo y emprendimos la marcha.

—¿Qué novedades hay? —le pregunté mientras caminábamos.

—Todos están en la habitación de Fomá —respondió Mizínchikov—. Fomá no está de mal humor, se lo ve pensativo, habla poco, como entre dientes. Hasta besó a Iliusha, lo cual, naturalmente, entusiasmó a Yégor Ílich. Antes, y por Perepelítsina, nos hizo saber que no quería ser felicitado por su onomástico, que sólo quería ponemos a prueba... La generala, aunque sigue aspirando sus sales, está tranquila porque ve que Fomá lo está. De nuestras aventuras nadie abre boca, como si no hubieran existido: callan porque Fomá calla. Durante toda la mañana no ha dejado

pasar a nadie, aunque la generala, sin decimos nada, le suplicaba por todos los santos que fuera a verla para consultarlo, y ella misma aporreó su puerta. Pero él se había encerrado y contestaba que rezaba por la humanidad toda, o algo por el estilo. Está maquinando algo, se le nota en la cara, pero como Yégor Ílich es incapaz de leer nada en una cara, está entusiasmado por la benevolencia de Fomá Fomich. ¡Es como un niño! Iliusha se ha aprendido unos versos y me han enviado a buscarlo.

—¿Y Tatiana Ivánovna?

—¿Qué, de Tatiana Ivánovna?

—¿Está allí, con todos?

—No, está en su habitación —me respondió secamente Mizínchikov—. Descansa y llora, tal vez se avergüence. Creo que la acompaña ahora... esa niñera. Diablos, nos amenaza una tormenta, mire el cielo.

—Sí, en efecto, parece una tormenta —respondí, dando una ojeada a una nube negra sobre el horizonte.

En ese momento subíamos a la terraza.

—¿Y qué opina de ese Obnoskin, eh? —pregunté, incapaz de contener mi curiosidad por la opinión de Mizínchikov.

—¡No me hable de él! ¡No me recuerde al canalla! —gritó deteniéndose, enrojecido el rostro y dando una patada en el suelo—. ¡Necio! ¡Necio! ¡Hacer fracasar un plan tan excelente, tan brillante! Escúcheme, yo, claro está, fui un burro por no darme cuenta de sus tejemanejes, lo reconozco y tal vez usted quería que se lo reconociera. Pero le juro que si él hubiera sabido llevar mi proyecto a buen puerto, yo quizá lo habría perdonado. ¡Necio, necio! ¡No sé cómo soportan y mantienen en la sociedad a gente así! ¡Cómo no los envían a Siberia, a trabajos forzados, a presidio! Pero se engañan, no van a ser más listos que yo. Ahora al menos tengo experiencia y ya veremos quién se sale con la suya. Estoy meditando un nuevo plan... Usted comprenderá que perder lo que uno ha ideado, por la simple razón de que un estúpido cualquiera le roba la idea y fracasa en el intento, es injusto. Finalmente, esa Tatiana debe casarse, sin falta, es su destino. Si hasta la fecha nadie la ha encerrado en un manicomio, es porque precisamente aún puede casarse. Le voy a contar mi nuevo proyecto...

—Más tarde —lo interrumpí—, hemos llegado.

—Está bien, está bien, después —respondió Mizínchikov con una sonrisa forzada—. Ahora... pero... ¿Dónde va? Le digo que vamos directamente a las habitaciones de Fomá Fomich. ¡Sígame! Usted todavía no estuvo allí. Verá otra comedia... Vamos de comedias ahora...

El onomástico de Iliusha

Fomá ocupaba dos habitaciones amplias y hermosas, mejor amuebladas que todas las demás de la casa. Todo tipo de comodidades rodeaba al gran hombre. El reciente y elegante empapelado de las paredes, los visillos de seda de colores abigarrados, las alfombras, los espejos, la chimenea, los muebles elegantes y ligeros, demostraban el cariño y la solícita atención de los dueños de casa hacia Fomá Fomich. Los alféizares, como los veladores redondos de mármol junto a ellos, estaban adornados con macetas de flores. En el centro del despacho se veía una gran mesa cubierta con paño rojo, atestada de libros y manuscritos. Un bello tintero de bronce y numerosas plumas, cuyo orden y buen estado dependían de Vidopliásov, ponían de manifiesto los arduos trabajos mentales de Fomá Fomich. Aprovecho aquí para decir que Fomá Fomich, habiéndose sentado a esa mesa durante casi ocho años, no había creado nada digno de mención, y cuando pasó a mejor vida y pudimos examinar los manuscritos que dejó, todos eran extraordinariamente malos. Encontramos, por ejemplo, el comienzo de una novela histórica que tenía lugar en Novgorod, en el siglo VII; después un horrible poema: «El anacoreta en el cementerio», escrito en versos libres; luego absurdas divagaciones sobre la importancia y calidades del mujik ruso y el modo de tratarlo; y finalmente la narración La condesa Blonskaya, también sobre la nobleza rusa. Todo ello sin acabar. Y nada más. Sin embargo, Fomá Fomich había obligado al tío a gastar cada año importantes sumas de dinero en diversos libros y revistas, mucho de lo cual quedaba sin abrir. Andando el tiempo, más de una vez sorprendí a Fomá Fomich leyendo a Paul de Kock^[3], libro que escondía lo más posible cuando había gente. En la pared posterior del despacho había una puerta de cristal que conducía directamente al patio de la casa.

Nos esperaban. Fomá Fomich ocupaba un cómodo sillón y vestía una suerte de gabán largo hasta los pies, pero iba sin corbata. Se lo veía silencioso y pensativo. Cuando entramos alzó levemente una ceja y me miró de reojo con ojos escrutadores. Lo saludé, me respondió con otro saludo, menos ceremonioso aunque bastante cortés. Cuando la generala vio que Fomá Fomich me trataba con benevolencia, inclinó la cabeza hacia mí, sonriendo varias veces. Aquella mañana, la pobre no esperaba que su «tesoro» acogiese tan serenamente la nueva de la «aventura» de Tatiana Ivánovna, y por ello estaba ahora de excelente humor, aunque temprano había tenido convulsiones y desmayos. De pie detrás de ella, como siempre, la doncella Perepelítsina, malévola y sardónica, sonreía con los labios apretados y se frotaba las huesudas manos. Junto a la generala había, como siempre, dos ancianas de familias nobles venidas a menos y perpetuamente silenciosas; también una monja, caída allí esa mañana; y una vecina terrateniente, entrada en años, también ella muda, que había venido después de la misa a felicitar a la madrecita generala por el onomástico.

La tía Praskovia Ilínichna intentaba pasar desapercibida en un rincón, sin perder de vista a su madrecita y a Fomá Fomich. Al tío, sentado en un sillón, le brillaban los ojos con extraordinario júbilo. Tenía ante sí a Iliusha con una blusa roja de gala, el pelo rizado, bello como un angelito. Sasha y Nasteñka, sin decir nada a nadie, le habían enseñado unos versos para alegrar a su padre en ese día y por sus éxitos en el estudio de las ciencias. De dicha, mi tío estaba al borde de las lágrimas: la inesperada benevolencia de Fomá, la alegría de la generala, el onomástico de Iliusha, los versos, todo le producía un auténtico entusiasmo y mandó solemnemente que me fueran a buscar para que compartiese lo antes posible el contento general y oyese los versos. Sasha y Nasteñka, que entraron cas; al mismo tiempo que nosotros, se quedaron junto a Iliusha. Sasha se reía constantemente y en ese momento era feliz como un crío. Nasteñka, mirándola, también empezó a sonreír, aunque un momento antes había entrado pálida y triste. Fue la única que recibió y serenó a Tatiana Ivánovna al regreso de su aventura y había permanecido con ella, en su habitación, hasta entonces. El travieso Iliusha tampoco podía contener la risa mirando a sus maestras. Al parecer los tres habían ideado un chiste muy divertido que querían representar... Me había olvidado de Bajchéiev. Sentado en una silla, algo apartado de los demás, seguía igual de enfadado, encendido, callado y sin hablar con nadie; enfurruñado, se sonaba constantemente la nariz y, en total, su papel era hartó sombrío para una fiesta familiar. A su lado iba y venía Yezhévikin, que trajinaba por doquier, besaba las manos de la generala, de la invitada recién llegada, susurraba algo a la doncella Perepelítsina, cuidaba a Fomá Fomich; en una palabra, tenía tiempo para todo. También él esperaba con gran interés los versos de Iliusha, y al verme se precipitó a saludarme calurosamente en señal de gran respeto y simpatía. Nada en él parecía delatar que había venido para proteger a su hija y llevársela consigo de Stepanchikovo, para siempre.

—¡Ya está aquí! —exclamó alegremente mi tío viéndome—. Iliusha ha aprendido unos versos, mi querido amigo. ¡Menuda sorpresa! Envié a buscarte, reteniendo la lectura hasta que vinieras... Ven, siéntate a mi lado. Los escucharemos juntos. Confiésalo, Fomá Fomich, fuiste tú, hermano, quien les dio esa idea para alegrar a su viejo padre, juraría que fue así.

Si el tío hablaba con ese tono y esa voz en la habitación de Fomá, se habría dicho que todo iba bien. Pero desgraciadamente mi tío era incapaz de leer nada en un rostro, según había dicho Mizínchikov. Mirando a Fomá, no pude menos que darle la razón a Mizínchikov y admitir que ciertamente alguna novedad nos esperaba...

—No se preocupe por mí, coronel —contestó Fomá con la voz débil de un hombre que perdona a sus enemigos—. Me parecen bien, claro está, las sorpresas, muestran la sensibilidad y la buena educación de sus hijos. Los versos favorecen la dicción... Pero yo no me ocupaba de poesía esta mañana, Yégor Ílich; estuve rezando... usted lo sabe... Sin embargo, estoy dispuesto a escuchar también los poemas.

Entretanto, felicité a Iliusha y lo besé.

—Perdona, Fomá, me olvidaba... aunque estoy seguro de tu amistad. Dale otro beso, Serguéi, una vez más. ¡Mira qué guapo está! ¡Bueno, empieza ya, Iliusha! ¿De qué se trata? Seguro que es alguna oda solemne, ¿algo de Lomónosov?

Y el tío adoptó una postura digna. Apenas si se mantenía quieto, de impaciencia y regocijo.

—No, papaíto, no es de Lomónosov —respondió Sasheñka, conteniendo a duras penas la risa—. Como usted fue militar y luchó contra el enemigo, Iliusha aprendió unos versos sobre los militares... «El asedio de Pamba», papaíto.

—¿«El asedio de Pamba»? No recuerdo... ¿Sabes, Serguéi, de qué Pamba se trata? Algo heroico, seguramente —y el tío se irguió de nuevo.

—¡Comienza ya, Iliusha! —ordenó Sasheñka.

Nueve años ha que Pedro Gómez^[4], empezó a decir Iliusha con voz clara, pausada y segura, sin comas ni puntos, como recitan habitualmente los niños pequeños los versos aprendidos de memoria,

*Nueve años ha que Pedro Gómez
Lleva asediando Pamba,
Sin catar él y los suyos
En todo el tiempo vianda,
Porque sólo se sustentan
de leche pura de vaca.
Que los nueve mil guerreros,
De bravura castellana,
Han hecho voto solemne
De no probar vitualla,
Hasta que den cima honrosa
A su empresa temeraria.*

—¡Cómo! ¿Qué? ¿De qué leche habla? —gritó el tío mirándome sorprendido.

—¡Sigue recitando, Iliusha! —exclamó Sasheñka.

*Triste don Pedro se encuentra,
Pues ya las fuerzas le faltan,
Que van a hacer ya diez años,
La morisma no desmaya,
ya a diecinueve hombres
Se redujo su mesnada...*

—¡Pero qué galimatías es éste! ¡Algo increíble! —exclamó mi tío inquieto—. ¿Cómo van a quedar diecinueve hombres de todo un ejército que tenía tropas muy considerables poco antes? ¿Cómo es posible?

Pero aquí Sasha no aguantó más y se echó a reír con la más franca e infantil de las risas, y aunque había poco motivo para reírse, no era posible, al verla, dejar de hacerlo.

—Papaíto, se trata de versos paródicos —gritó Sasha divirtiéndose francamente con su idea infantil—. El autor los escribió para hacer reír a la gente, papaíto.

—¡Ah!... En broma —exclamó el tío contento—, ¡es decir, cómicos! Ya me lo parecía... y son de verdad divertidos, extremadamente divertidos, porque eso de poner únicamente a leche a todo un ejército, sólo por cumplir una promesa... No tenía necesidad de hacer tal promesa. Muy graciosos, ¿verdad, Fomá? Pero sabe, mamaíta, son versos cómicos que a veces escriben los autores. ¿Verdad, Serguéi, que los escriben? Y son muy cómicos. Bien, Iliusha, ¿cómo sigue?

*¡Diecinueve hombres tan sólo!,
Don Pedro afligido exclama;
a renglón seguido grita:
«¡Oh, mis bravos camaradas!
¡Dad las banderas al viento
que toquen retirada
Los clarines, si es que hoy.
La arremetida nos falla!...
¡Pues si es así ya podemos
Jurar, muy tranquila el alma,
Que nunca será ya nuestra,
Como aquella vez de marras,
Juramos beber tan sólo
Leche pura, sin mezclarla!».*

—¡Menuda tontería! Vaya consuelo que encuentra —interrumpió de nuevo el tío—. Sólo leche tomó en nueve años. ¿Dónde se encuentra la virtud en todo esto? ¡Más le valiera comer un carnero que matar de hambre a tanta gente! ¡Magnífico, excelente! Me estoy dando cuenta ahora de que es una sátira o... mejor dicho, ¿cómo se dice?, una alegoría, tal vez sobre algún general extranjero —añadió el tío dirigiéndose a mí, las cejas fruncidas y entornados los ojos—. ¿Eh, qué opinas? Sólo una noble, inocente sátira que a nadie ofende. ¡Magnífica, excelente! Y bien, Iliusha, continúa. ¡Y vosotras, qué traviesas! —añadió emocionado mirando a Sasha y con disimulo a Nasteñka, que sonreía ruborizada.

*Los diecinueve, al oírlo,
Han cobrado nueva audacia,
vacilando en sus sillas,
con la voz apagada:
«¡Santiago!», gritan, «¡a ellos!».
De la tierra castellana
Es prez y gloria el león,
Que nos lleva a la batalla...
Mas don Diego, el capellán,
Murmura con hosca saña:
«Si tuviera un buen pernil
y de buen vino una jarra,
rato haría que en mi poder
la fortaleza ya estaba».*

—Y bien, ¿acaso no lo decía yo? —exclamó el tío contentísimo—, sólo hubo un hombre sensato en todo el ejército, ese capellán. ¿Qué graduación es ésa, Serguéi? Algo así como un capitán, ¿verdad?

—Es un cura, un sacerdote, títo.

—¡Ah, sí, sí! ¡Capellán, capellán!, lo sé, lo recuerdo. Se habla de ellos en las novelas de Radcliffe. Tienen diversas órdenes, ¿verdad? Unos son los benedictinos, ¿no?

—Sí, títo.

—¡Hum!... lo pensaba... ¿Cómo sigue? ¡Maravilloso! ¡Magnífico!

*Echóse don Pedro Gómez
A reír de buena gana,
Y a la su gente le ordena,
Con voz que objeción no aguanta:
«Un cordero para él solo,
traedle y que bien le haga,
que, a fe mía, reconozco,
la razón de sus palabras».*

—¡Vaya un momento que encontró para reír! ¡Qué burro! Hasta a él mismo le hizo gracia. ¡Un cabrito! Es decir que había cabritos y ¿por qué no los comía él mismo? ¡Bueno, Iliusha! ¡Continúa! ¡Excelente, magnífico!, todo realmente muy agudo.

—Se acabó, papaíto.

—¡Ah, se acabó! Normal, porque ¿qué le quedaba por decir? ¿Qué te parece, Serguéi? ¡Excelente, Iliusha! ¡Qué maravilla! Bésame, cariño mío. ¡Ah, querido mío! ¿Quién te inspiró esa idea? ¿Tú, Sasheñka?

—No, fue Nasteñka. Lo leímos hace poco y ella me dijo* «¡Qué versos tan divertidos; cuando sea el onomástico de Iliusha haremos que los aprenda de memoria y los recite! ¡Nos reiremos a gusto!».

—¡Entonces fue Nasteñka! ¡Gracias, gracias! —murmuró el tío, ruborizándose como un niño—. ¡Bésame otra vez, Iliusha! También tú, traviesa —añadió, abrazando a Sasheñka sin dejar de mirarla con ternura—. Espera un poco, Sasheñka, pronto será tu onomástico —añadió como si por el placer que sentía no supiera qué más decir.

Yo me dirigí a Nasteñka y le pregunté de quién eran los versos.

—¡Sí, sí! ¿Quién es el autor? —exclamó el tío—. Por fuerza tiene que ser un poeta inteligente, ¿verdad, Fomá?

—¡Hum!... —farfulló Fomá.

Durante toda la lectura de los versos no abandonó su boca una sonrisa burlona y mordaz.

—No lo sé, lo he olvidado —respondió Nasteñka, mirando tímidamente a Fomá Fomich.

—¡Los escribió el señor Kuzma Prutkov, papaíto, y se publicaron en El Contemporáneo! —intervino Sasheñka.

—¡Kuzma Prutkov! No lo conozco —masculló el tío—. A Pushkin sí lo conozco... se ve, de todas formas, que es un poeta valioso, ¿verdad, Serguéi? Y, además, un hombre de nobles principios, se ve como que dos por dos son cuatro. Tal vez hasta sea un oficial... ¡Muy bien! Y El Contemporáneo es excelente. ¡Habrá que suscribirse, si entre sus colaboradores cuenta con semejantes poetas!... ¡Me entusiasman los poetas! ¡Magníficos muchachos! Saben versificarlo todo. ¿Recuerdas, Serguéi, que conocí en tu casa en Petersburgo a un escritor, con una nariz, realmente notable?... de verdad lo digo... ¿Qué has dicho, Fomá?

Fomá Fomich no pudo contenerse y dejó escapar una risita sarcástica:

—No, yo no digo nada... —murmuró—. Continúe, Yégor Ílich, continúe, yo hablaré después... También Stepán Aleksiéievich está escuchando con gran interés sus amistosas relaciones con los escritores de Petersburgo...

Stepán Aleksiéievich Bajchéiev, que durante todo ese tiempo había estado bastante alejado y pensativo, levantó de pronto la cabeza, enrojeció y se movió furiosamente en su sillón.

—¡Tú, Fomá, no te metas conmigo, déjame en paz! —dijo airadamente sin apartar de Fomá sus pequeños ojos inyectados en sangre—. ¡Qué me importa toda tu literatura! Con tal de que Dios me dé salud —murmuró bajito—, lo demás, los literatos y demás gentuza... que son unos volterianos... se vayan a...

—¿Literatos volterianos? —preguntó Yezhévikin, que apareció inmediatamente al lado del señor Bajchéiev—. Acaba de decir usted la verdad más rotunda, Stepán

Aleksiéievich. De la misma manera se expresó no hace mucho Valentín Ignátievich. También a mí me motejaron de volteriano, palabra de honor, aunque es bien sabido que escribí bien poco... ¡Siempre le echan la culpa de todo al señor Voltaire! En nuestro país siempre pasa lo mismo.

—Se equivoca —observó el tío dándose importancia—; eso es un error, Voltaire fue un escritor ingenioso, satírico, que se burlaba de las supersticiones y nunca fue volteriano ni liberal. Eran calumnias propagadas por sus enemigos. ¿Por qué echarle al pobre la culpa de todo?

Se oyó de nuevo la risa venenosa de Fomá Fomich. Mi tío lo miró con inquietud y se turbó visiblemente.

—No, yo, sabes Fomá, pensaba en las revistas —dijo algo confuso el tío, deseando enmendar su error—. Tú, hermano Fomá, tenías toda la razón el otro día cuando decías que deberíamos suscribirnos. ¡También yo creo que debemos hacerlo! ... Hum... Al fin y al cabo difunden los conocimientos. ¡Uno no sería un buen hijo de la patria si no lo hiciera!, ¿verdad, Serguéi? Ahí tienen a El Contemporáneo. Pero, a mi parecer, las ciencias más poderosas están en aquella revista tan abultada... No recuerdo su nombre, una que tiene cubiertas amarillas...

—Los Anales Patrios, papaíto.

—Eso, Los Anales Patrios, un nombre excelente, ¿verdad, Serguéi? Es decir, como si todos los ciudadanos estuvieran sentados anotándolo todo. Un objetivo muy noble y la revista es muy voluminosa y casi tan científica que hasta se podría perder el sentido... no ha de ser fácil de editar ¡y cuántas ciencias abarca! Llegué hace poco a casa y vi esa revista, la abrí por curiosidad, leí de golpe tres páginas y me quedé boquiabierto. Sabes, lo explicaban todo, yo por ejemplo busqué la palabra «escoba» y me encontré con que podía significar cepillo, escobón, barredera y tantos más términos, cuando para mí seguía siendo simplemente una escoba. Según aquella revista, científicamente no era simplemente «escoba» sino un emblema, una mitología, ya no recuerdo qué más significaba... ¡Ya ves adonde hemos llegado!...

No sé qué se disponía a hacer Fomá después de esa nueva salida del tío, pero en aquel momento llegó Gávril y se detuvo cabizbajo junto a la puerta.

Fomá Fomich lo miró atentamente.

—¿Lo hiciste todo, Gávril? —preguntó con voz débil, pero decidida.

—Todo —respondió tristemente Gávril, y suspiró.

—¿Pusiste mi hatillo en la carreta?

—Allí lo puse.

—Entonces también yo estoy preparado —dijo Fomá incorporándose lentamente en su sillón. Mi tío, atónito, lo miraba. La generala saltó de su sillón y miró inquieta a su alrededor.

—Permítame ahora, coronel —empezó a decir dignamente Fomá—, rogarle que abandone temporalmente el interesante tema de las escobas literarias; puede continuarlo sin mí. Yo, «al despedirme de usted para siempre», querría decirle

algunas últimas palabras...

El temor y el asombro se apoderaron de toda la concurrencia.

—¡Fomá, Fomá! ¿Qué te ocurre? ¿Adónde te dispones a ir? —exclamó por fin mi tío.

—Me dispongo a dejar su casa, coronel —dijo Fomá muy tranquilamente—. He decidido ir allí donde me lleve el azar y por ello alquilé con mi dinero un simple carro de mujik. En él acaba de ser depositado mi pequeño hatillo; van en él algunos libros queridos, dos mudas; eso es todo. Soy pobre, Yégor Ílich, pero por nada del mundo aceptaré su dinero, ¡al cual renuncié no más ayer!...

—¡Pero, por Dios, Fomá! ¿Qué significa eso? —exclamo el tío poniéndose blanco como un pañuelo. La generala chilló y miró desesperada a Fomá Fomich tendiéndole las manos. La doncella Perepelítsina corrió a sujetarla, las damas de compañía permanecían inmóviles en sus lugares. El señor Bajchéiev se levantó pesadamente de su silla.

—¡Comienza la historia de siempre! —susurró a mi lado Mizínchikov.

En aquel instante se oyó un lejano fragor de truenos. Se acercaba la tormenta.

La expulsión

—¡Creo, coronel, que me pregunta usted «qué significa eso»! —dijo Fomá en tono solemne, como disfrutando del estupor general—. ¡Me asombra su pregunta! Explíqueme más bien «usted» cómo tiene el coraje de mirarme a los ojos. ¡Explíqueme este último problema psicológico de la desvergüenza humana y marcharé entonces enriquecido al menos por un conocimiento nuevo de lo que puede la depravación en el ser humano!

Pero el tío no estaba en condiciones de responder: miraba a Fomá con temor, humillado, los ojos desorbitados y la boca semiabierta.

—¡Dios mío, qué pasiones! —gimió la señorita Perepelítsina.

—¿Comprende usted, coronel —prosiguió Fomá— que más vale que me deje marchar sin pedirme explicaciones? En su casa, hasta un hombre maduro y sensato como yo empieza a temer seriamente por sus principios morales: créame que sus preguntas no conducirían a nada, sino a cubrirlo a usted de deshonor.

—¡Fomá, Fomá!... —gritó el tío y un sudor frío le cubrió la frente.

—Así es que, permítame decirle algunas palabras de adiós y desearle buenos augurios: serán mis últimas palabras en su casa, Yégor Ílich. ¡Lo hecho, hecho está y no hay vuelta atrás! Confío en que comprenda de qué le estoy hablando: le suplico de rodillas, si queda en su corazón aunque más no sea una chispa de moral, que refrene el ímpetu de sus pasiones. Y si el fuego maligno no ha hecho presa aún de todo el edificio, intente, dentro de lo posible, que no se propague.

—¡Te aseguro Fomá que estás equivocado! —gritó el tío, recobrándose poco a poco y previendo horrorizado el desenlace.

—Modere sus pasiones —continuó diciendo Fomá con el mismo tono solemne, como si no hubiese oído la exclamación del tío—. Procure vencerse a sí mismo. «Si quieres vencer al mundo, ¡comienza por vencerte a ti mismo!». Ésta es mi regla constante de vida. Usted es terrateniente, debe brillar como un diamante en sus haciendas, pero ¡qué vil ejemplo es su dejadez para sus inferiores! He rezado por usted noches enteras, temblaba buscando ansioso su felicidad, pero no la encontré porque la felicidad radica en la virtud...

—¡Te equivocas, Fomá! —volvió a interrumpirlo el tío—. No me has comprendido y lo que estás diciendo no es cierto...

—Y no olvide que es un terrateniente —prosiguió Fomá, haciendo caso omiso de las exclamaciones de mi tío—. ¡No crea que el ocio y el placer son prerrogativa del terrateniente! ¡Funesto error! ¡No el ocio, sino el deber, la responsabilidad ante Dios, el zar y la patria! ¡El terrateniente debe trabajar y trabajar como el último de sus mujiks!

—¡Entonces —gruñó Bajchéiev—, siendo también yo terrateniente, debo

ponerme a arar como un mujik!...

—Ahora me dirijo a vosotros, servidores de esta casa —continuó Fomá, dirigiéndose a Gávril y Falaley, que aparecieron junto a la puerta—. Amad a vuestros amos y cumplid su voluntad con pasión y humildad. Por ello vuestros amos os amarán. Y usted, coronel, sea justo con ellos y misericordioso. También ellos son hombres a imagen de Dios, le fueron entregados como niños por el zar y la patria. ¡Grande es el deber, pero mucho más grande el mérito!

—¡Fomá Fomich, querido mío! ¿Qué se te metió en la cabeza? —gritó la generala desesperada, a punto de desmayarse de espanto.

—Creo que ya basta, ¿verdad? —concluyó Fomá sin hacer caso siquiera de la generala—. Volvamos ahora a los detalles, triviales pero necesarios. Yégor Ílich, hasta hoy no han segado el heno en los campos de Jarinski, que no se retrase más, que lo sieguen, y pronto. Se lo aconsejo.

—¡Pero Fomá!...

—Supe que usted quería talar parte del bosque de Ziriansk; no lo haga, otro consejo mío. Conserve los bosques, los bosques conservan la humedad en la superficie de la tierra... Es una pena que haya descuidado tanto la siembra de primavera... ¡Un retraso asombroso!

—¡Pero Fomá!...

—¡Bueno, ya basta! No hay tiempo de decirlo todo. Os enviaré las instrucciones precisas aparte, en un cuadernito especial. Adiós, adiós a todos. Dios os bendiga y proteja. También a ti, pequeño mío —añadió mirando a Iliusha—, te bendigo y que Él te preserve del pernicioso veneno de las futuras pasiones. También a ti, Falaley, te bendigo, olvida el komarinski... Y a todos, a todos... Acordaos de Fomá... ¡Vámonos, Gávril! Me ayudarás a subir.

Y Fomá se encaminó a la puerta. La generala chilló y se lanzó tras él.

—¡No, Fomá! ¡No te dejaré marchar así! —exclamó el tío y, alcanzándolo, lo agarró por un brazo.

—Entonces, ¿quiere actuar por la fuerza? —preguntó Fomá, orgullosamente.

—¡Sí, Fomá... aun por la fuerza! —respondió el tío, temblando de excitación—. ¡Has dicho demasiado y debes explicarte! No has leído bien mi carta, Fomá...

—¡Su carta! —chilló Fomá enfureciéndose en un instante como si hubiera esperado ese momento preciso para estallar—, ¡su carta! ¡Aquí la tiene! ¡Rompo esa carta! ¡La escupo! ¡La pateo! ¡Y cumplo así el sagrado deber de la humanidad! ¡He aquí lo que hago, si me obliga por la fuerza a dar explicaciones! ¡Lo ve! ¡Lo ve! ¡Lo ve!...

Y los trozos de papel volaron por la habitación.

—¡Te repito, Fomá, que no has comprendido esa carta! —Gritaba el tío, cada vez más pálido—. Hablo de una petición de mano, Fomá, de mi felicidad...

—¡Petición de mano! Ha seducido a esa joven y quiere engañarme proponiéndole matrimonio. ¡Pero ayer yo los vi por la noche, en el jardín, bajo unos arbustos!

La generala lanzó un grito y se desplomó medio desmayada en un sillón. Se armó un jaleo terrible. La pobre Nasteñka estaba pálida, inerte. Sashurka, asustada, abrazaba a Iliusha y temblaba, como con fiebre.

—¡Fomá! —exclamó el tío fuera de sí—. ¡Si divulgas ese secreto cometerás la acción más vil que se pueda cometer!

—¡Divulgaré ese secreto —chillaba Fomá— y cometeré la más noble de las acciones! El propio Dios me ha enviado aquí para denunciar todo lo podrido que hay en el mundo y sus vilezas. Estoy dispuesto a subirme al techo de paja de algún mujik y desde allí gritar su infame conducta, para que la conozcan los terratenientes de los alrededores y todos los que por allí pasen... ¡Que lo sepan todos, todos, ayer por la noche lo encontré con esa joven, de aspecto tan inocente, en el jardín, entre unos arbustos!...

—¡Ah, qué ignominia! —Pió Perepelítsina.

—¡Fomá, no te juegues la vida! —Gritaba el tío con los puños apretados y los ojos relampagueantes.

—Pero él —chillaba Fomá—, asustado por haber sido descubierto, tuvo la audacia de enviarme una carta mentirosa para justificar su delito, sí, su delito, porque a una joven, hasta aquel momento inocente, usted la convirtió en...

—¡Una palabra ofensiva más para ella y te mato, Fomá, te lo juro!...

—¡Pues diré esa palabra, convirtió a una joven inocente hasta entonces, en la joven más depravada!...

Fomá pronunció esas palabras y el tío lo agarró por los hombros, lo hizo girar como una brizna de paja y lo arrojó con fuerza contra la puerta de cristal que comunicaba el gabinete con el patio de la casa. El golpe fue tan fuerte que las puertas medio cerradas se abrieron de par en par y Fomá cayó rodando por los siete escalones de piedra y quedó tendido en el patio. Los cristales rotos se dispersaron por los escalones.

—¡Gávril, recógelo! —gritó el tío, pálido como un muerto—, siéntalo en un carro y que en dos minutos no quede huella de él en Stepanchikovo.

Cualesquiera fueran los planes de Fomá, era indudable que no esperaba ese desenlace.

No intentaré describir lo que sucedió en los minutos siguientes a este episodio. El desgarrador gemido de la generala, derrumbada en el sillón, el estupor de Perepelítsina ante el inesperado arrebató de mi tío, siempre tan apacible; los ayes y ohes de las mantenidas; Nasteñka, a quien protegía su padre, asustada y a punto de desmayarse; Sasheñka, empavorecida; el tío, indescriptiblemente excitado, paseando por la habitación en espera de que su madre volviera en sí; por último, el llanto sonoro de Falaley lamentando la desazón de sus amos, todo ello constituía un cuadro imposible de reproducir. He de añadir, además, que en esos momentos se descargó el temporal de lluvia y truenos, y los goterones comenzaron a golpear las ventanas.

—¡Menuda fiesta! —farfulló el señor Bajchéiev inclinando la cabeza y abriendo

los brazos.

—¡Mal van las cosas! —le susurré yo, también muy inquieto—, pero al menos han echado a Fomich y ya no volverá.

—Mamita, ¿se encuentra mejor? ¿Puede escucharme? —preguntó el tío deteniéndose ante el sillón de la vieja.

Ésta levantó la cabeza, juntó las manos y miró a su hijo con ojos suplicantes; jamás lo había visto tan enfurecido.

—¡Mamita! —Éste continuó diciendo—. Se colmó el vaso, usted misma lo vio: no habría querido tratar así el asunto, pero ha llegado la hora y no se debe aplazar. Usted ha oído la calumnia, escuche ahora la justificación. Mamita, yo amo a esa nobilísima y excelsa joven, la quiero hace mucho tiempo y jamás dejaré de amarla. Hará felices a mis hijos y será para usted la hija más respetuosa y por ello le pido ahora a ella, en presencia de mis parientes y amigos, le suplico que me honre infinitamente concediéndome el honor de ser mi esposa.

Nasteñka se estremeció, luego el rubor coloreó sus mejillas y saltó de su asiento. La generala se quedó mirando a su hijo como si no comprendiese lo que decía y, de pronto, con un estridente sollozo, se puso de rodillas ante él.

—¡Yégomshka, querido mío, haz que vuelva Fomá Fomich! —gritó—, ¡que vuelva de inmediato! Si no vuelve, moriré antes de que anochezca.

Viendo de rodillas ante él a su vieja madre, orgullosa y obstinada, el tío quedó petrificado. Un sentimiento de pesar se reflejó en su rostro; recobrándose, por fin, se apresuró a levantarla y la volvió a sentar en su sillón.

—¡Haz que vuelva Fomá Fomich, Yégorushka! —seguía clamando la vieja—, ¡que vuelva ahora mismo! —gritó—. ¡No puedo vivir sin él!

—¡Mamita! —exclamó apenado el tío—. ¿No ha oído usted lo que acabo de decir? No puedo hacer que vuelva Fomá, compréndalo. No puedo ni tengo derecho, después de su vil e infame calumnia sobre ese ángel de honor y virtud. ¿No comprende, mamita, que mi obligación, que mi honor me obligan a restituir la virtud? Usted me ha oído: pido la mano de esa joven y le ruego que bendiga nuestra unión.

La generala se levantó presurosa y se puso de rodillas ante Nasteñka.

—¡Madrecita, querida mía! —gimoteó—. No te cases con él, ¡pídele que haga volver a Fomá Fomich! Palomita mía, Nastasia Yevgrafovna, te lo daré todo, todo si no te casas. A mí, aunque vieja, me quedan aún ciertos bienes de cuando murió mi marido. ¡Todo será para ti y también Yégorushka te recompensará, pero no me arrojes viva a la tumba, pídele que traiga de vuelta a Fomá Fomich!...

Y habría seguido chillando y delirando si Perepelítsina y todas las mantenidas, llorando y lamentándose, no se hubieran arrojado a levantarla, indignadas viéndola de rodillas ante una simple niñera. Del susto, Nasteñka apenas si se mantenía en pie, mientras Perepelítsina literalmente se puso a llorar de rabia.

—Acabará matando a su madrecita —le gritaba al tío— ¡la matará! Y usted, Nastasia Yevgrafovna, no debía encizañar a la madre con su hijo; el mismo Dios lo

prohíbe...

—¡Anna Nilovna, contenga su lengua! —exclamó el tío—. ¡Ya he soportado bastante!...

—También yo he soportado bastante de usted. ¿Por qué me reprocha mi orfandad? ¡Es fácil ofender a una huérfana! ¡Todavía no soy su esclava! ¡También mi padre fue teniente coronel! ¡No volveré a poner los pies en su casa!... ¡hoy mismo!...

Pero el tío no la oía: se acercó a Nasteñka y tomó respetuosamente su mano.

—Nastia Yevgrafovna ¿ha oído mi proposición de matrimonio? —le preguntó, mirándola con angustia, casi con desesperación.

—No, Yégor Ílich, no, más vale que lo dejemos —respondió Nasteñka completamente abatida a su vez—. Todo es en vano —continuó, apretando sus manos y llorando—. Eso lo dice por lo de ayer... Pero usted mismo se da cuenta de que es imposible. Nos hemos equivocado, Yégor Ílich... Siempre lo recordaré como mi bienhechor... ¡Y rezaré toda mi vida por usted!...

Las lágrimas le impidieron seguir hablando. El pobre tío había previsto, al parecer, esa respuesta; no pensaba siquiera oponerse, insistir, la escuchaba, inclinado hacia ella, sujetando su mano, silencioso y desesperado. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ya le dije ayer —continuó diciendo Nastia— que no puedo ser su esposa. Ya ve que en su casa no me quieren... Yo ya lo sabía, su madrecita no bendecirá nuestro enlace... nadie lo hará. Y aunque usted no se arrepienta después, porque es el hombre más generoso, será, sin embargo, desgraciado por culpa mía... por su buen carácter...

—¡Precisamente, su buen carácter, ésa era la palabra que te faltaba, Nasteñka! —precisó su viejo padre al otro lado del sillón—. Ésas eran las palabras que debías haber dicho.

—No quiero sembrar la discordia en su casa —continuó diciendo Nasteñka—. Por mí no se preocupe, Yégor Ílich. Nadie se meterá conmigo, nadie me ofenderá... me voy con mi padre hoy mismo... Mejor que nos despedamos, Yégor Ílich...

Y la pobre Nasteñka volvió a llorar desesperada.

—Nastasia Yevgrafovna, ésta no puede ser su última palabra —dijo el tío mirándola con desesperación—. ¡Diga una sola palabra y lo sacrificaré todo por usted!...

—La última, la última, Yégor Ílich —volvió a interferir Yezhévikin—; ella se lo ha explicado tan bien que ni yo lo esperaba. Es usted, Yégor Ílich, un hombre de tan buen carácter, y mucho nos ha otorgado, tanto honor con su petición... Sin embargo, no es Nasteñka una pareja para usted, Yégor Ílich. Usted necesita una novia rica y noble, y además bellísima, que sepa cantar y esté ataviada con brillantes y plumas de avestruz y que así vestida se pasee por sus habitaciones... Tal vez entonces Fomá Fomich se ablande... ¡y los bendiga! ¡Debe hacer volver a Fomá Fomich! Fue en vano la ofensa, él lo hizo por su bondad... Usted, usted lo reconocerá después. Es un hombre dignísimo. Y ahora se estará mojando... Más le valdría hacerlo volver

ahora... no tendrá más remedio que hacerlo...

—¡Hacedlo volver, hacedlo volver! —gritó la generala—; ¡él, querido, te está diciendo la verdad!...

—Sí —continuó Yezhévikin—. También su madrecita padece en vano... Hágalo volver y nosotros, mientras tanto, Nastia y yo, emprenderemos la marcha...

—¡Espera Yevgraf Lariónovich! —exclamó el tío—. ¡Te lo suplico! Una palabra más, Yevgraf, tan sólo una... —Después de haberlo dicho, tomó asiento en un sillón, bajó la cabeza y se tapó los ojos con las manos, como si meditase.

En aquel instante resonó casi sobre la misma casa el estallido de un trueno y todo el edificio tembló. La generala gritó, como también la joven Perepelítsina; las mantenidas se santiguaban idiotizadas por el susto y otro tanto hacía el señor Bajchéiev.

—¡Padrecito profeta Ilia! —Susurraron al unísono cinco o seis voces.

Tras el trueno, siguió una lluvia tan torrencial como si se volcase el lago entero sobre Stepanchikovo.

—¿Y qué será ahora de Fomá Fomich, en pleno campo? —gimió Perepelítsina.

—¡Yégorushka, haz que vuelva! —gritó desesperada la generala, y se lanzó como loca hacia la puerta. La sujetaron las mantenidas, la rodeaban, la consolaban, lloriqueaban, chillaban. Un desvarío terrible.

—¡No llevaba más que la chaqueta, si al menos tuviese el capote! —seguía diciendo Perepelítsina—. Tampoco llevó paraguas. ¡Ahora lo matará algún rayo!...

—¡Lo matará sin duda! —corroboró Bajchéiev—, y lo empapará después la lluvia.

—¿Pero usted por qué no se calla? —le susurré.

—¿Acaso no es un ser humano? —me respondió Bajchéiev airadamente—. No es un perro. Seguro que tú no saldrías a la calle con un tiempo así. A ver, sal a bañarte, hazlo por el gusto.

Presintiendo el desenlace y temiendo sus consecuencias, me acerqué al tío que permanecía clavado en el sillón.

—Tíito —le dije inclinándome mucho hacia él—, ¿es posible que esté de acuerdo con admitir de nuevo a Fomá Fomich? Dese cuenta que sería el colmo de la indecencia, al menos mientras siga aquí Nastasia Yevgrafovna.

—Amigo mío —me respondió el tío, alzando con decisión la cabeza y mirándome a los ojos—. Me he juzgado ahora y ya sé lo que debo hacer. No te preocupes por Nastia, no será ofendida, lo arreglaré todo...

Se levantó del sillón y se acercó a su madre.

—Mamita —dijo— tranquilícese, traeré a Fomá Fomich, lo alcanzaré, no ha podido alejarse mucho. Pero, le juro que volverá con una sola condición: aquí, ante todos los testigos de la ofensa, deberá confesar su culpa y pedir solemnemente perdón a esta nobilísima joven. ¡Lo conseguiré, lo obligaré!... ¡De lo contrario no cruzará el umbral de esta casa! Le juro también solemnemente, mamita, que si él accede a ello

voluntariamente, estoy dispuesto a arrodillarme a sus pies y darle todo lo que pueda darle, sin perjuicio para mis hijos. En cuanto a mí, a partir de este día me aparto de todo. Mi felicidad ha perdido su luz. Abandono Stepanchikovo. Vivid aquí tranquilos y felices. Me incorporo al ejército y pasaré el resto de mi vida en los campos de batalla, en medio de los combates. ¡Basta!, ¡me voy!

En aquel instante se abrió la puerta y Gávril, mojado de pies a cabeza, sucio a más no poder, surgió ante el emocionado público.

—¿Qué te sucede? ¿De dónde vienes? ¿Dónde está Fomá? —gritó el tío lanzándose hacia él.

Lo siguieron todos con ávida curiosidad, y rodearon al viejo, que chorreaba arroyos de agua y lodo. Chillidos, ayes, gritos, acompañaban cada palabra de Gávril.

—Lo dejé junto al bosque de abedules, a poco más de un kilómetro de aquí —empezó a decir con voz lacrimosa—. El caballo se asustó del relámpago y saltó a la cuneta.

—¿Cómo? —exclamó mi tío.

—El carro volcó en la zanja.

—¿Qué le pasó a Fomá?

—Cayó en la zanja.

—¿Qué más? Cuenta, no lo alargues.

—Se hizo daño en un costado y se echó a llorar. Yo desenganché el caballo, lo monté y vine aquí para informar.

—¿Y Fomá se quedó allí?

—No, se levantó y se fue caminando con el garrote —concluyó Gávril, tras lo cual suspiró y bajó la cabeza.

Las lágrimas y los sollozos del sexo femenino no admiten descripción.

—¡Polkan! —gritó el tío.

Trajeron a Polkan, el tío lo montó sin ensillar y un minuto después el golpeteo de los cascotes de los caballos nos confirmó que había comenzado la persecución de Fomá Fomich. El tío olvidó ponerse gorro.

Las damas corrieron a las ventanas. Entre ayes y gemidos, se oyeron consejos, se habló de que precisaría en primer lugar un baño de agua tibia, una fricción con aguardiente, una tisana especial, ya que Fomá no había tomado ni un trocito de pan «desde la mañana y ahora está en ayunas». Perepelítsina había encontrado unas gafas con funda, olvidadas por él. El hallazgo produjo una conmoción extraordinaria: la generala se apoderó de ellas en medio de su llanto; sin soltarlas, se pegó a la ventana para vigilar el camino. La espera llegó al punto máximo de tensión... En otro rincón, Sasheñka intentaba consolar a Nastia, lloraban abrazadas. Nastia sujetaba a Iliusha y lo besaba constantemente, despidiéndose de su alumno. Iliusha lloraba desesperado sin conocer él mismo la causa de su llanto. Yezhévikin y Mizínchikov conversaban algo apartados. Daba la impresión de que Bajchéiev, mirando a las dos jóvenes, también se disponía a llorar. Me acerqué a él.

—No, amigo —me dijo—. Fomá Fomich tal vez accedería a irse, pero todavía no ha llegado el momento oportuno. ¡No le han conseguido aún bueyes de cuernos dorados para su carruaje! Pero, seréne, amigo, echará de la casa a los amos: él se quedará.

Había pasado la tormenta y el señor Bajchéiev, al parecer, había cambiado de opinión.

De pronto se oyó: «¡Lo traen! ¡Lo traen!» y las damas se precipitaron chillando hacia la puerta. Desde que el tío marchara no habían pasado ni diez minutos, parecía imposible que en tan poco tiempo hubieran encontrado a Fomá Fomich. El enigma se resolvió después con gran simplicidad: cuando Fomá Fomich, habiéndose despedido de Gávril, «se fue con el garrote», se sintió completamente solo, en medio de la lluvia, los truenos y la tormenta, y se encontró tan perdido que, sin pudor ni vergüenza algunas, volvió sobre sus pasos tras Gávril, hacia Stepanchikovo. El tío lo encontró ya en el pueblo. Detuvo inmediatamente un carro que pasaba por allí, acudieron los mujiks, sentaron dentro al apaciguado Fomá Fomich y lo llevaron directamente a los brazos abiertos de la generala, que a punto estuvo de perder el juicio al ver en qué estado lo traían, más sucio y calado que Gávril. Se armó un jaleo indescriptible; unas querían ya mismo llevarlo arriba para cambiarlo de ropa, hablaban de agua de saúco y otros remedios tonificantes. Se agitaban en todas direcciones sin saber qué hacer, pasaban de una solución a otra, hablaban todas al mismo tiempo...

Pero Fomá, al parecer, no reparaba en nada ni en nadie. Lo traían casi en brazos. Cuando llegó a su sillón, se dejó caer pesadamente y cerró los ojos. Alguien gritó que se moría. Se armó un gran revuelo, pero el que más lloraba era Falaley, tratando de abrirse paso en medio de las señoras para besarle la mano...

Fomá Fomich hace felices a todos

—¿Adónde me habéis traído? —dijo por fin Fomá con voz de quien perezca por una causa justa.

—¡Maldito calzonazos! —susurró Mizínchikov a mi lado—, como si no viera dónde lo han traído; menuda comedia nos va a representar ahora.

—Estás con nosotros, Fomá, rodeado de amigos —gritó mi tío—, ¡ánimate, serénate! Pero en serio, debes cambiarte de ropa si no quieres enfermarse... ¿No quieres una copita de algo, para calentarte un poco?...

—Me tomaría un poquito de Málaga —gimió Fomá, cerrando de nuevo los ojos.

—Es poco probable que tengamos vino de Málaga —dijo el tío, mirando inquieto a Praskovia Ilínichna.

—¡Claro que sí! —afirmó Praskovia Ilínichna—. Nos quedan cuatro botellas enteras —y corrió en busca del; Málaga haciendo tintinear las llaves, acompañada por los gritos de todas las damas que rodeaban a Fomá como las moscas en torno a la confitura.

Bajchéiev estaba extremadamente indignado.

—¡Se le antoja Málaga! —gruñó casi en voz alta—. Tuvo que pedir un vino que casi nadie bebe. ¿Quién bebe Málaga hoy día, a no ser un canalla como él? ¡Malditos! ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué espero?

—¡Fomá! —empezó a decir mi tío deteniéndose en cada palabra—, ahora que ya has descansado y estás de nuevo con nosotros, es decir, Fomá, comprendo que, por decirlo de alguna manera, habiendo culpado a un ser inocente...

—¿Dónde, dónde está mi inocencia? —interrumpió Fomá, como afiebrado y en delirio—. ¿Dónde están los días cuando creía en el amor y amaba al ser humano? ¿Dónde están mis días dorados cuando, joven e inocente, corría por el campo tras una mariposa primaveral? ¿Dónde, dónde están esos felices tiempos? ¡Devolvedme mi inocencia, devolvedmela!...

Fomá, abriendo los brazos, se dirigía a cada uno de los presentes como si su inocencia estuviese en algún bolsillo nuestro. Bajchéiev estaba a punto de estallar de ira.

—¡Vaya, lo que quiere! —gruñó furioso—. ¡Que le devolvamos su inocencia! ¿Será para besarse con ella? ¡Quizá ya de pequeño fuera tan bandido como ahora! ¡Juraría que sí!

—¡Fomá! —empezó a decir mi tío de nuevo.

—¿Dónde, dónde están aquellos días en que amaba al ser humano —gritaba Fomá—, cuando lo abrazaba y lloraba en su pecho? Y ahora, ¿dónde estoy?, ¿dónde estoy?

—¡Estás con nosotros, tranquilízate! —gritó mi tío—; yo quería decirte, Fomá...

—¡Más le valiera callar ahora! —siseó Perepelítsina, y sus ojos de serpiente brillaron amenazadores.

—¿Dónde estoy? —prosiguió Fomá—. ¿Qué me rodea? Son búfalos y toros que me amenazan con sus cuernos. ¿Qué eres tú, vida? Vive, vive, sé deshonorado, avergonzado, apaleado, despreciado y, cuando cubran de arena tu tumba, los hombres recobrarán su juicio y aplastarán tus pobres huesos con un monumento.

—¡Santo cielo, habla de monumentos! —susurró Yezhévikin juntando las manos.

—¡Oh, no me erijáis monumentos! —Gritaba Fomá—. ¡No me los erijáis! No los necesito. Levantadlo en vuestros corazones y con eso me basta, me basta...

—Fomá —lo interrumpió el tío—, tranquilízate. No hay que hablar de monumentos. Escucha lo que voy a decir... sabes, Fomá, que comprendo que tú, tal vez, por así decir, ardiendo en un santo fuego al hacerme antes esos reproches, te dejaste llevar, Fomá, por querer ser bueno, te lo aseguro, pero te equivocaste, Fomá...

—¿Pero lo dejará usted tranquilo? —Pió de nuevo Perepelítsina—; No querrá usted matar a un desgraciado por tenerlo en sus manos.

Después de Perepelítsina, se agitó también la generala, y tras ella todo su séquito, todas se pusieron a hacerle grandes gestos al tío para que se callase.

—¡Anna Nilovna, cállese usted, sé muy bien lo que estoy diciendo! —respondió con firmeza mi tío—. Es una cuestión sagrada, de honor y justicia. Fomá, tú eres un hombre razonable y tu deber es pedir perdón inmediatamente a la nobilísima doncella que has ofendido.

—¿A qué doncella? ¿A qué doncella ofendí? —preguntó Fomá perplejo, mirando a todos como si hubiera olvidado lo ocurrido y no supiese de qué se trataba.

—Sí, Fomá, y ahora si reconoces que eres culpable y lo reconoces voluntariamente, te juro, Fomá, que caeré a tus pies y entonces...

—¿Pero a quién ofendí? —Vociferaba Fomá—. ¿A qué doncella? ¿Dónde está esa doncella? Recordadme algo de ella...

En ese instante, Nasteñka, confusa y atemorizada, se acercó a Yégor Ílich y le tiró de la manga.

—Déjelo, Yégor Ílich, no hace falta que pida perdón, déjelo —decía con voz suplicante—, déjelo...

—¡Ahora, ya recuerdo! —exclamo Fomá—. ¡Dios mío, lo entiendo! ¡Oh, ayúdenme a recordarlo! —Pedía, al parecer enormemente agitado—. ¿Decidme si es verdad que me echaron de aquí como un perro sarnoso? ¿Es verdad que fui alcanzado por un rayo? ¿Es verdad que me arrojaron desde una ventana? ¿Es verdad o no?

Los lamentos y gemidos de las mujeres fueron las respuestas más elocuentes a las preguntas de Fomá Fomich.

—¡Sí, sí! —Repetía—. Ya recuerdo... ahora recuerdo que después del trueno y mi caída corrí hacia aquí perseguido por los truenos para cumplir con mi deber y luego desaparecer para siempre. ¡Incorporadme! Por débil que esté, debo cumplir con mi deber.

Lo incorporaron inmediatamente en el sillón. Fomá tomó la postura de un orador y extendió los brazos.

—¡Coronel! —exclamó—. Ahora ya he vuelto por completo a mi ser, el trueno no acabó con mis facultades mentales, me queda, a decir verdad, alguna sordera en el oído derecho debida, tal vez, menos a los truenos que a la caída en la escalinata... no importa. ¡Y a quién puede importarle el oído derecho de Fomá Fomich!

Las últimas palabras de Fomá fueron pronunciadas con tan triste ironía y una sonrisa tan lastimera que suscitaron en las damas conmovidas nuevos gimoteos. Todas con ojos de reproche y algunas con verdadera furia, miraban al tío, que ya empezaba a sentirse afectado ante tan unánime opinión general. Mizínchikov escupió y se acercó a la ventana. Bajchéiev me daba cada vez más fuerte con el codo y apenas se mantenía en su sitio.

—¡Ahora escuchad todos mi confesión! —exclamó Fomá, mirando a su alrededor con ojos orgullosos y enérgicos—, y decidid el destino del desgraciado Opiskin. ¡Yégor Ílich! Ya hace mucho tiempo que lo observo, lo observo con el corazón angustiado, y he visto todo, mientras que usted ni sospechaba que yo lo observaba. Coronel, tal vez me equivocaba, pero conociendo su egoísmo, su ilimitada lujuria, su increíble voluptuosidad, ¿quién habría podido culparme de temer por el honor de la más digna de las doncellas?

—¡Fomá, Fomá!... no hace falta que digas más —exclamó el tío, inquieto al ver la torturada expresión de Nasteñka.

—Lo que más me preocupaba no era tanto la inocencia y la confianza de esa persona, sino su falta de experiencia —continuaba diciendo Fomá como si no hubiera oído las advertencias del tío—. Me daba cuenta de que en su corazón florecía el amor como una rosa tierna, e involuntariamente recordaba a Petrarca, quien dijo que «la inocencia está a veces muy próxima de la perdición». Yo sufría, gemía y aunque por esa joven pura como una perla estaba dispuesto a sacrificarme, dejando en garantía toda mi sangre, ¿quién podía avalarlo a usted, Yégor Ílich, conociendo su temperamento, sus pasiones lujuriosas, sabiéndolo capaz de sacrificarlo todo por un momento de placer? Se apoderó de mí el temor por el destino de la joven más pura del mundo.

—¡Fomá!, ¿es posible que hayas pensado eso? —gritó el tío.

—Con dolor de corazón, lo vigilaba. Si quiere saber cómo sufría, pregúnteselo a Shakespeare, él le contará en su Hamlet el estado en que se hallaba mi alma. Me convertí en un ser receloso y temible. Inquieto e indignado lo veía todo negro, pero no era ese «color negro» que se canta en el famoso romance, puede estar seguro. De ahí mi anhelo de alejarla de esta casa; quería salvarla; por ello me veía usted, durante este último tiempo, tan irritado, tan lleno de odio por la humanidad. ¡Oh! ¡Quién me reconciliará ahora con la humanidad! Me doy cuenta de que tal vez sea demasiado despótico e injusto con sus invitados, con su sobrino, con el señor Bajchéiev, al exigirle saber de astronomía... pero ¿quién puede acusarme de un estado anímico

así? Volviendo a Shakespeare, le diré que veía el futuro como un sombrío abismo de insondable profundidad, en cuyo fondo se escondía un cocodrilo. Sentía que mi obligación era prever la desgracia, que ése era mi deber, que mi destino me obligaba a ello, pero usted no comprendió mis nobles deseos y me lo agradeció con ira, ingratitud, burlas y humillaciones...

—¡Fomá! Si es así... yo lo siento... —exclamó el tío presa de extrema emoción.

—Si de verdad lo siente, coronel, tenga la bondad de no interrumpirme y escucharme hasta el final. Continúo: mi culpa, por consiguiente, se debía a que me tomaba muy a pecho el destino y la dicha de esa niña, de hecho, comparada con usted no es sino una niña. Mi gran amor por la humanidad me convirtió entonces en una fiera recelosa y suspicaz. Estaba listo para lanzarme sobre la gente y martirizarla. Y, sabe usted, Yégor Ílich, todo cuanto usted hacía, como a propósito, confirmaba mis suposiciones. Ha de saber que ayer, cuando quiso cubrirme de oro para alejarme de usted, pensé: «En mi persona, está apartando de sí su propia conciencia, para llevar a cabo más fácilmente su crimen...».

—¡Fomá, Fomá! ¿Es posible que hayas pensado eso ayer? —exclamó el tío horrorizado—. ¡Oh, Dios mío! ¡Y yo tan ajeno!

—Fue el cielo quien despertó en mí esas sospechas —continuó Fomá—. Juzgue por sí mismo: ¿qué podía suponer cuando el azar me llevó esa misma tarde al fatal banco del jardín? ¿Qué iba a sentir en aquel momento, cuando constaté con mis propios ojos, ¡cielos!, de manera flagrante, que todas mis sospechas estaban justificadas? Me quedaba todavía una esperanza, débil, es cierto, mas esperanza al fin. Usted mismo se encargó de reducirla a cenizas: me envía una carta, me habla en ella de su propósito de casarse, me ruega que no divulgue su plan... sí, pero ¿por qué me escribe ahora, cuando lo sorprende, y no antes? ¿Por qué no acudió feliz a decírmelo, dado que el amor embellece al que ama, por qué no me abrazó ni lloró en mis brazos y me lo contó todo, todo? ¿Acaso soy un cocodrilo que lo habría devorado sin darle un buen consejo? ¿O algún repulsivo insecto que se limita a morderlo sin asistir a su felicidad? «¿Soy su amigo o el más repugnante de los insectos?», ésa era la pregunta que me hacía esta mañana. ¿Por qué, me pregunté, hizo venir de la capital a su sobrino e intentó casarlo con esa joven, si no para engañarnos a nosotros y a su propio «frívolo» sobrino y proseguir secretamente el más criminal de los designios? Si alguien me convenció de que su amor, el amor del uno por el otro, era criminal, fue usted y sólo usted. Le digo más, es usted culpable ante esa joven, ya que, por torpeza y desconfianza egoísta, la sometió a ella, joven modesta y de altos principios, a la calumnia y las sospechas insidiosas.

El tío callaba con la cabeza baja: la elocuencia de Fomá, claramente, superaba todas sus convicciones. Comenzaba a considerarse un perfecto criminal.

La generala y sus acompañantes escuchaban silenciosos y sobrecogidos a Fomá, y Perepelítsina miraba con ojos despectivos a la pobre Nasteñka.

—Atónito, irritado, casi muerto —continuó Fomá—, me encerré con llave en mi

habitación y recé para que Dios me inspirase. Finalmente, decidí ponerlo a prueba, por última vez y públicamente. Puede que estuviera demasiado acalorado, o que mi indignación fuera excesiva, pero por mis nobles impulsos usted me arrojó por la ventana. Mientras caía pensé: «en el mundo, siempre se recompensa así la virtud». Fue entonces cuando me estrellé, y ya no recuerdo qué pasó después...

Chillidos y gemidos interrumpieron el trágico recuerdo de Fomá Fomich. La generala se precipitó hacia él con una botella de Málaga que acababa de arrancarle a Praskovia Ilínichna, pero Fomá, majestuoso, rechazó de un ademán el vino y a la misma generala.

—¡Dejadme! —gritó—. Necesito terminar. No sé qué ocurrió después de mi caída. Lo único que sé ahora es que estoy calado hasta los huesos y expuesto a coger la fiebre para haceros felices. ¡Coronel! Según muchos indicios que por ahora no quiero explicar, me he convencido, finalmente, de que su amor era puro, rayano en lo sublime, aunque también poco fiable... Apaleado, humillado, sospechoso para muchos de haber ofendido el honor de la joven por la cual, como un caballero medieval, estaba dispuesto a verter toda mi sangre, quiero que vean cómo se venga de sus ofensas Fomá Opiskin. ¡Deme su mano, coronel!

—¡Con sumo placer, Fomá! —exclamó el tío—, y como has despejado de toda sospecha el honor de la nobilísima joven, pues... por supuesto... aquí tienes mi mano y con ella mi disculpa...

Y el tío le dio calurosamente la mano, sin sospechar para qué la quería.

—Deme usted ahora su manita —continuó Fomá con voz débil, abriéndose paso entre la gente que lo rodeaba y dirigiéndose a Nasteñka.

Nasteñka, confusa, asustada, miró tímidamente a Fomá.

—Acérquese, acérquese, mi dulce chiquilla. Es indispensable, para que seáis felices —añadió cariñosamente Fomá, aún con la mano del tío entre las suyas.

—¿Y ahora, qué pretende? —preguntó Mizínchikov.

Nastia, asustada y temblorosa, se acercó despacio hacia Fomá y le tendió tímidamente su manita.

Fomá puso la manita de Nastia en la mano del tío.

—¡Junto vuestras manos y os bendigo! —dijo con la voz más solemne—. Y si la bendición de un peregrino infeliz, castigado por el destino, puede servir de ayuda, ¡sed felices! ¡Así es cómo se venga Fomá Opiskin! ¡Hurra!

Inmensa sorpresa general. El desenlace fue tan inesperado que todos quedaron sin habla. La generala se congeló tal como estaba, con la boca abierta y la botella de Málaga en las manos. La Perepelítsina se puso pálida y temblaba de rabia. Las damas de compañía juntaron las manos y quedaron petrificadas en sus asientos. El tío, tembloroso, intentó decir algo, pero no pudo. Nastia palideció como si estuviera muerta y masculló «no puede ser...» pero ya era demasiado tarde. Bajchéiev fue el primero, hay que hacerle justicia, en repetir el «hurra» de Fomá Fomich. Lo seguí yo, después lo gritó la sonora vocecita de Sasheñka, que se lanzó a besar a su padre;

después Iliusha, luego Yezhévikin y por último Mizínchikov.

—¡Hurra! —gritó otra vez Fomá—. ¡Hurra! Y de rodillas, hijos de mi alma, de rodillas ante la más tierna de las madrecitas. Pedid su bendición y, si es preciso, yo mismo hincaré mis rodillas junto con vosotros...

El tío y Nastia, sin haber intercambiado una mirada, asustados y sin comprender lo que les estaba pasando, cayeron de rodillas ante la generala. Todos los rodearon. La vieja, estupefacta, no sabía qué hacer. Fomá resolvió la situación: él mismo se puso de rodillas ante su protectora, lo que acabó con todas las dudas. Inundada en llanto, dijo finalmente que daba su consentimiento. El tío saltó y estrechó a Fomá en sus brazos.

—¡Fomá, Fomá!... —dijo, pero su voz se quebró y no pudo continuar.

—¡Champán! —rugió Stepán Aleksiéievich—. ¡Hurra!

—Nada de champán —replicó la Perepelítsina, que había tenido tiempo de recobrar y darse cuenta de las circunstancias y las consecuencias—. Hay que encender un cirio ante la imagen sagrada, rezar ante ella y bendecir a todos, como han de hacer los creyentes...

Todos se precipitaron a cumplir el sensato consejo; se armó un alboroto monstruo. Había que encender un cirio. Bajchéiev se subió a una silla, que de inmediato se rompió, aunque logró saltar y no caerse. Sin enfadarse, cedió respetuosamente el puesto a la Perepelítsina, que por ser delgada cumplió sin esfuerzo la misión y el cirio se encendió. La monja y las invitadas se pusieron a rezar y a inclinarse hasta el suelo. Bajaron la imagen sagrada y se la ofrecieron a la generala. El tío y Nastia volvieron a ponerse de rodillas y la ceremonia se realizó según las reglas religiosas de la Perepelítsina, que no dejaba de repetir: «De rodillas ante la imagen, besad la imagen, besad la mano de la madrecita...».

Después de besar a los novios, el señor Bajchéiev se consideró obligado a besar la imagen sagrada, besando de paso la mano de la generala. Su exaltación no tenía límite.

—¡Hurra! —gritó de nuevo—: ¡Ahora es cuando beberemos champán!

Sobra decir que todos estaban encantados, la generala lloraba, pero ahora con lágrimas de alegría: para ella, la bendición de Fomá había hecho la boda decente y sagrada y, lo más importante, se daba cuenta de que Fomá Fomich se había distinguido y ahora se quedaría con ella por los siglos de los siglos. Todas las acompañantes, por lo menos en apariencia, compartían el entusiasmo general. El tío, tan pronto se arrodillaba ante su madre y besaba sus manos, como me abrazaba a mí, a Bajchéiev, a Mizínchikov o Yezhévikin. Estuvo a punto de ahogar a Iliusha, de tantos abrazos; Sasha abrazaba y besaba a Nasteñka, Praskovia Ilínichna estaba deshecha en lágrimas, y el señor Bajchéiev, viéndola, se acercó a besarle la mano. El viejo Yezhévikin lloraba emocionado en un rincón, secándose los ojos con su pañuelo a cuadros. En otro rincón gemía Gávril y miraba con devoción a Fomá Fomich. Falaley, sollozando ruidosamente, se acercaba a todos para besarles las manos. La

emoción era general. Nadie hablaba, nadie daba explicaciones; era como si todo estuviera dicho; no se oían sino alegres exclamaciones. Nadie comprendía aún cómo las cosas se habían arreglado tan pronto, de manera tan simple. Sólo sabían que todo era obra de Fomá Fomich, un hecho real e indiscutible.

No habían pasado cinco minutos de felicidad común cuando apareció Tatiana Ivánovna. ¿Cómo había podido, sentada en su habitación, saber o intuir que se hablaba de amor y de boda? Llegó de repente, con el rostro radiante, los ojos inundados de alegría, con un elegante vestido (había tenido tiempo de cambiarse antes de bajar) y se lanzó directamente a besar a Nasteñka, exclamando alegremente:

—¡Nasteñka, Nasteñka! ¡Tú lo amabas y yo no lo sabía! ¡Dios mío, se amaban, sufrían secretamente, fueron perseguidos! ¡Qué maravillosa novela! Nastia, querida mía, dime toda la verdad, ¿de verdad amas a ese loco?

En vez de responder, Nastia la abrazó y la besó.

—¡Dios mío, qué maravillosa novela! —Y Tatiana Ivánovna aplaudió con entusiasmo—. Escucha, Nastia, ángel mío: todos estos hombres, sin excepción alguna, son unos monstruos ingratos y no merecen nuestro amor. Pero tal vez él sea el mejor de todos. Acércate, hombre loco —gritó, dirigiéndose al tío y sujetándolo por el brazo—. ¿De veras estás enamorado? ¿Es posible que seas capaz de amar? Mírame: quiero mirarte a los ojos, quiero ver si mienten o no. No, no, no mienten: en ellos brilla el amor. ¡Oh, qué feliz soy! Nasteñka, amiga mía, escucha: tú no eres rica, yo te regalo treinta mil rublos. ¡Acéptalos, por Dios te lo pido! Yo no los quiero, no los quiero. ¡Me queda aún mucho dinero! ¡No, no, no, no! —gritó y agitó la mano al percibir que Nastia se aprestaba a rechazarlo—. Cállese también usted, Yégor Ílich; no es asunto suyo. Óyeme, Nastia, lo tenía decidido hace mucho tiempo. Esperaba tu primer amor... Seré testigo de vuestra felicidad. Me ofenderás si no los aceptas, lloraré, Nastia... ¡No, no, no y no!

Por el momento Tatiana Ivánovna estaba tan entusiasmada que era imposible, si no cruel, oponérsele, así que decidieron aplazarlo hasta otra ocasión. Se lanzó a besar a la generala, a Perepelítsina, a todos cuantos allí estábamos.

Bajchéiev se abrió paso muy respetuosamente hacia ella y le pidió la mano para besársela.

—Querida palomita, perdona a este tonto por lo dicho esta mañana, no conocía tu corazón de oro.

—¡Loco! Yo hace mucho que te conozco —balbuceó Tatiana Ivánovna, risueña y juguetona, golpeando levemente con su guante la nariz de Bajchéiev. Rozándolo con su vaporoso vestido, se alejó, ligera como una brisa marina. El gordinflón se apartó cortésmente.

—Una doncella dignísima —dijo conmovido. Y me susurró en secreto, mirándome alegremente a los ojos—: Al alemán le han pegado la nariz.

—¿Qué alemán? ¿Qué nariz? —pregunté sorprendido.

—¿Como cuál? El que compré como regalo, el que besa la mano de su dama,

también alemana, que se seca una lágrima con un pañuelo. Evdokin lo arregló ayer. Esta mañana, al volver de nuestra expedición, mandé a buscarlo... Lo traerán pronto, ¡un juguete magnífico!

—¡Fomá! —exclamó el tío exaltado—, ¡eres el artífice de nuestra dicha! ¿Cómo puedo corresponderte?

—Con nada, coronel —respondió Fomá con cara de mal humor—, continúe sin hacerme ningún caso y sea feliz sin Fomá.

Era evidente que se sentía ofendido: en medio de la exaltación general parecía olvidado.

—¡Todo se debe a la alegría, Fomá! —exclamó el tío—. Yo, hermano, ni sé ni recuerdo dónde estoy. Escucha, Fomá, yo te ofendí. Mi vida entera, mi sangre entera no bastarían para reparar el daño que te causé. Por eso callo, ni siquiera me disculpo. Pero si alguna vez necesitas mi cabeza, mi vida, si necesitas que alguien se tire por ti a un abismo, llámame y verás... No digo más, Fomá.

Y el tío agitó la mano, dándose cuenta de que no había nada que añadir para expresar con mayor fuerza su pensamiento. Sólo miraba a Fomá con ojos agradecidos y empañados.

—¡Eso sí que es un ángel! —Pió la joven Perepelítsina loando a Fomá.

—Sí, sí —la apoyó Sasheñka—. No sabía que fuera usted tan buena persona, Fomá Fomich, y me porté mal con usted. Perdóneme, Fomá Fomich, y tenga la seguridad de que lo querré con todo mi corazón. ¡Si supiera cuánto lo respeto ahora!

—Sí, Fomá —la apoyó Bajchéiev—. Perdona también a este tonto, no te conocía. Tú, Fomá, no sólo eres un sabio, sino también un héroe. Toda mi casa está a tu disposición. Pero mejor todavía, ven pasado mañana con la madrecita generala, con el novio y la novia y a qué andarse con pequeñeces: ¡con toda la casa! No quiero alabarme hablando de la comida; os diré: salvo leche de pájaros, allí habrá de todo para vosotros. ¡Palabra de honor!

En medio de tantas emotivas explicaciones, Nasteñka se acercó a Fomá Fomich y sin hablar lo abrazó con fuerza y lo besó.

—¡Fomá Fomich! —dijo—, es usted nuestro bienhechor; no sé cómo agradecersele, no dude de que seré para usted una hermana cariñosa y atenta...

No pudo terminar de hablar: las lágrimas ahogaron sus palabras. Fomá la besó en la cabeza y sus ojos también se humedecieron.

—¡Hijos, hijos de mi corazón! —dijo—, os deseo vida y felicidad y en vuestros momentos de dicha recordad alguna vez al pobre desterrado. Por mi parte os diré que la desgracia es, tal vez, la madre de la virtud. Creo que lo dijo Gógol, escritor frívolo pero que tiene a veces opiniones certeras. La expulsión es una desgracia. Y ahora erraré por el mundo con mi cayada y, ¿quién sabe?, quizá mis padecimientos me hagan más misericordioso. ¡Este pensamiento es el único consuelo que me queda!

—Pero ¿adónde te irás, Fomá? —gritó el tío alarmado.

Todos se estremecieron y se precipitaron hacia Fomá.

—¿Supone usted que puedo permanecer en su casa después de su conducta, coronel? —preguntó Fomá con extraordinaria dignidad.

No lo dejaron terminar: los gritos de la compañía apagaban sus palabras. Lo sentaron en su sillón, le suplicaban, lloraban, no sé qué dejaron de hacerle. Claro que Fomá no tenía la mínima intención de salir de «esa casa», como tampoco la había tenido antes, ni siquiera cuando cavaba en el huerto. Sabía que ahora lo detendrían devotamente, se pegarían a él, puesto que había hecho felices a todos y que todos estaban dispuestos a mimarlo, a llevarlo en andas y a considerar el hecho como un honor y un privilegio. Es posible que la necesidad de volver a «esta casa», cuando se asustó de la tormenta, hiriera su vanidad y lo impulsara a intentar otra vez ser un héroe. Pero lo principal era que le ofrecía la posibilidad de hacerse valer de nuevo, de alabarse a sí mismo, de hablar con frases altisonantes, una tentación muy fuerte. Trataba de liberarse de toda presión, de abrirse paso entre quienes lo retenían, pedía que lo dejaran ir a donde él quisiera, que en «esta casa» había perdido el honor y había sido humillado; que había vuelto para hacer felices a todos, pero ¿podía, acaso, quedarse en la «casa de la ingratitud» y comer una sopa, por sabrosa que fuera, acompañada de vejaciones? Al fin dejó de querer liberarse y de nuevo lo sentaron en el sillón. Pero su elocuencia proseguía.

—¿Acaso no me ofendían aquí? —Gritaba—, ¿acaso no me hacían rabiarse sacándome la lengua? ¿Acaso usted mismo, coronel, no me hacía constantemente muecas y cortes de mangas, igual que los hijos ignorantes de los trabajadores de nuestras calles urbanas? Sí, coronel, soy partidario de la comparación, porque esas muecas, si usted no me las mostraba físicamente, eran morales, en algunos casos más ofensivas que las físicas, y ni hablemos de otras humillaciones...

—¡Fomá, Fomá! —gritó el tío—, ¡no me mates con esos recuerdos! Ya te dije que toda mi sangre sería insuficiente para lavar esa ofensa. ¡Sé magnánimo! Olvida, perdona y déjanos contemplar nuestra felicidad. ¡Tu obra, Fomá!...

—... Yo quiero amar, amar al ser humano —gritaba Fomá—, ¡y no me dan al ser humano, me prohíben quererlo, hacen imposible que pueda quererlo! ¿Dónde está ese hombre? ¿Dónde se oculta? Como Diógenes con la linterna, lo vengo buscando toda la vida y no lo encuentro. Y no puedo amar a nadie mientras no lo encuentre. Malhaya aquel que me hizo odiarlo. Yo grito: dadme al ser humano para quererlo, y van y me traen a Falaley. ¿Cómo puedo querer a Falaley? ¿Acaso quiero amar a Falaley? ¿Podría amar a Falaley, aunque quisiera? No. ¿Por qué no? Porque él es Falaley. ¿Por qué no amo a la humanidad? Porque todo cuanto existe en el mundo es Falaley o se parece a Falaley. ¡No quiero a Falaley, odio a Falaley, escupo en Falaley, aplastaré a Falaley y si tuviera que elegir amaría antes a Asmodeo que a Falaley! ¡Ven, ven aquí, mi torturador constante, ven aquí! —gritó de pronto dirigiéndose a Falaley, que asomaba su inocente imagen de puntillas entre la multitud que rodeaba a Fomá Fomich—. ¡Ven aquí! Le demostraré, coronel —gritaba Fomá atrayendo con la mano a Falaley, aterrorizado—, le demostraré el acierto de mis palabras sobre las

constantes burlas y «muecas». Dime, Falaley, y dime la verdad. ¿Qué has visto en sueños esta última noche? Ahora, coronel, verá los resultados de su educación. ¡Venga, Falaley, habla!

El pobre niño, temblando de miedo, miraba en derredor desesperado, buscando a alguien que lo salvara; pero todos también temblaban y esperaban horrorizados su respuesta.

—Y bien, Falaley, ¿estoy esperando!

En vez de responder, Falaley contrajo el rostro, abrió la boca y se echó a llorar como un ternero.

—Coronel, ¿ve usted esta terquedad? ¿Será posible que sea natural? Por última vez te pregunto, Falaley, dime, ¿con qué has soñado hoy?

—Con...

—Dile que soñaste conmigo —le apuntó Bajchéiev.

—Con sus bondades —le sopló en otro oído Yezhévikin.

Falaley no hacía más que mirar en tomo suyo.

—Con... sus... bon... ¡con el buey blanco! —Mugió por fin, llorando amargamente.

Todos gimieron. Pero Fomá Fomich padecía un ataque de extraordinaria magnanimidad.

—Veo al menos tu sinceridad, Falaley —dijo—, algo que no descubro en otros. Ojalá Dios esté contigo. Si por consejo de otros me haces rabiar adrede con ese sueño, Dios te lo hará pagar, a ti y a esos otros. Si me equivoco respeto tu sinceridad, ya que hasta en la última criatura humana, como tú, por ejemplo, estoy habituado a percibir la imagen y semejanza de Dios... ¡Te perdono, Falaley! ¡Hijos míos, abrazadme, me quedo!

—¡Se queda! —Exclamaron todos con entusiasmo.

—¡Me quedo y perdono! Coronel, recompense a Falaley con azúcar: que no llore en un día de felicidad general.

Se comprende que tanta magnanimidad fuera considerada asombrosa. Preocuparse así, en un momento así, ¿y de quién? De Falaley. El tío se precipitó a cumplir la orden del azúcar. Inmediatamente, en manos de Praskovia Ilínichna y quién sabe de dónde, apareció un azucarero de plata.

El tío sacó con mano temblorosa dos trocitos de azúcar, después tres, que se le cayeron y se dio cuenta de que, por la emoción, no conseguiría nada.

—¡Eh! —exclamó—. Por un día como hoy, ¡toma, Falaley! —Y le volcó todo el contenido del azucarero en la camisa—. ¡Eso es para ti, por ser sincero! —añadió en plan de moraleja.

—El señor Korovkin —anunció de pronto Vidopliásov desde la puerta.

Se produjo un pequeño revuelo. La visita de Korovkin era evidentemente inoportuna. Todos se volvieron al tío con mirada interrogante.

—¡Korovkin!... —exclamó el tío algo confuso—. Claro que estoy contento... —

añadió, mirando tímidamente a Fomá—, pero no sé si recibirlo ahora, en un momento así. ¿Tú qué piensas, Fomá?

—¡No importa, no importa! —respondió benevolente Fomá—. Invite a Korovkin, que también él participe de la dicha de todos.

En una palabra, Fomá Fomich estaba de un humor angelical.

—Le informo con todo respeto —observó Vidopliásov— que el caballero no se encuentra del todo bien.

—¿No se encuentra del todo bien? ¿Cómo? ¿Qué dices? —gritó el tío.

—¡Así es! No está en condiciones sobrias...

Antes de que el tío tuviese tiempo de abrir la boca, ponerse colorado, asustarse y avergonzarse, el enigma quedó resuelto. Apareció en la puerta Korovkin en persona, apartó con la mano a Vidopliásov y quedó expuesto ante el sorprendido público. Era un hombre más bien bajo, grueso, de unos cuarenta años, cabellos oscuros, salpicados de canas, cortados cortos, rostro redondo y rojizo, ojos pequeños, sanguinolentos, vestido con un frac muy sucio, como si se hubiese revolcado por el heno, viejo y roto en la axila, con unos pantalones imposibles de describir y una gorra mugrienta echada hacia atrás. Este señor estaba completamente borracho. Se detuvo en el centro de la habitación, balanceándose, asintiendo con la cabeza como si, en su vacilante borrachera, picoteara con la nariz. Después mostró una risa de oreja a oreja.

—Perdonen, señores —dijo—, yo... —Aquí se llevó la mano a la nariz—... he cogido una buena...

La generala adoptó inmediatamente un aire de dignidad ofendida. Fomá, en su sillón, contemplaba irónicamente al excéntrico visitante. Bajchéiev lo miraba perplejo, aunque no sin cierta simpatía. La confusión del tío era increíble; sufría sinceramente por Korovkin.

—Korovkin —empezó a decir—. Escúcheme...

—Atandé —lo interrumpió Korovkin—. Me presentaré: soy un hijo de la naturaleza... ¿Pero qué veo? Aquí hay damas... ¿Y por qué, canalla, no me dijiste que aquí tenías damas? —añadió con una sonrisa pícaro mirando al tío—. ¡No importa! No seas tímido... Me presentaré al bello sexo... ¡Encantadoras damas! —empezó, hablando con dificultad y atascándose en cada palabra— vean ustedes a un desgraciado que... bueno... ¿para qué seguir?... ¡Músicos! ¡Una polka!

—¿No le gustaría dormir un rato? —pregunto Mizínchikov, acercándose tranquilamente a Korovkin.

—¿Dormir? ¿Lo dice para ofenderme?

—Nada de eso. Es muy sano cuando se llega de un viaje...

—Jamás —respondió Korovkin indignado—. ¿Acaso crees que estoy borracho? Nada de eso... Aunque, ¿dónde se duerme en esta casa?

—Yo lo acompañaré ahora mismo.

—¿Adonde? A la cochera no, hermano, no me engañarás. Ya he pasado allí la noche... Aunque llévame..., ¿por qué no iría con una buena persona? La almohada

no me hace falta, a un militar no le hace falta almohada. Agénciame un sofá, eso sí, un sofá. Pero tú, hermano, prepárame un traguito para exterminar el gusanillo... sólo para eso, es decir, apenas una copita...

—Bueno, bueno... —respondió Mizínchikov.

—Pero espera... debo despedirme. Adiú, medams y mesdemuasels, me habéis, como quien dice, calado... pero, ya hablaremos después... me despertaréis apenas empiece... incluso cinco minutos antes de que empiece, ¡no empecéis sin mí! ¿Me oís...? ¡No empecéis!...

Y el divertido visitante salió detrás de Mizínchikov. Todos callaban. No se reponían de su consternación. Finalmente Fomá empezó a reírse en silencio, y poco a poco su risa fue creciendo, cada vez más y más, hasta convertirse en carcajada. Viéndolo, también la generala se alegró, aunque conservaba su gesto de dignidad ofendida. Las risas fueron generalizándose. El tío, atónito, el rostro enrojecido, era incapaz de pronunciar una palabra.

—¡Oh, piedad divina! —dijo finalmente—. ¿Quién podía saberlo? Pero bueno, ¡a cualquiera le pasa! Te aseguro, Fomá, que es una persona honradísima y noble, y también muy culta. ¡Lo verás, Fomá!...

—Ya lo veo, ya lo veo —respondió Fomá, casi ahogado por la risa—, muy culto, muy leído... es la palabra.

—¡Cómo habla de los ferrocarriles! —observó a media voz Yezhévikin.

—¡Fomá!... —Comenzó el tío, pero la risa general ahogaba sus palabras. Fomá Fomich se partía de risa; viéndolo, también el tío se echó a reír.

—Bueno, sobran las palabras —dijo el tío—. Tú, Fomá, eres generoso, tienes buen corazón, a ti te debo mi felicidad... Perdonarás también a Korovkin.

Sólo Nasteñka no reía. Con ojos amorosos miraba a su novio y parecía decir: «¡Qué encantador eres, qué bueno, qué hombre tan noble y cómo te amo!».

Conclusión

El triunfo de Fomá era absoluto e incuestionable. Por cierto, sin él nada se habría conseguido, y el hecho consumado acallaba toda duda y objeción. La gratitud de la pareja feliz no conocía límite. Mi tío y Nasteñka me obligaron a callar apenas insinué cómo habían logrado el beneplácito de Fomá para su boda. Sasheñka gritaba: «¡Magnífico, magnífico Fomá Fomich! Le bordaré un precioso cojín», y hasta me reprochó el haber sido tan duro.

El señor Bajchéiev, recién convertido a la causa de Fomá, me habría estrangulado si me hubiese atrevido a decir, delante de él, algo irrespetuoso sobre Fomá Fomich. Ahora lo seguía como un perrito, lo miraba con devoción y añadía a cada palabra suya: «¡Eres un ser nobilísimo, Fomá; eres un hombre sabio, Fomá!». Por lo que se refiere a Yezhévikin, rayaba el colmo del entusiasmo. Hacía mucho que se había dado cuenta de que Yégor Ílich había perdido la cabeza por Nasteñka, y desde entonces soñaba, despierto o dormido, con casar a su hija con él. Pensaba en ello continuamente y sólo renunció al ver que su ilusión no era posible; en una palabra, cuando fue evidente que Fomá Fomich se había entronizado en esa casa para siempre y que su tiranía, esta vez, no acabaría nunca. Es bien sabido que aun las personas más desagradables y caprichosas se dulcifican algún tiempo cuando sus deseos se ven satisfechos. No así Fomá Fomich, que se volvía más imbécil cuando conseguía sus propósitos y se envanecía cada vez más y más. Justo antes de comer, y después de cambiarse de ropa, tomó asiento en un sillón, llamó a mi tío y en presencia de toda la familia empezó a darle un nuevo sermón.

—Coronel —empezó diciendo—, está usted por contraer un matrimonio legítimo, ¿comprende usted la obligación que ello?...

Y así seguía y seguía. Imagínense diez páginas de un *Journal des Débats* de gran formato y tipografía microscópica, llenas de las más absurdas tonterías, en las que no se mencionan para nada las obligaciones sino los elogios más vergonzosos a la inteligencia, modestia, cordialidad, generosidad, valor y magnanimidad del propio Fomá Fomich. Todos tenían hambre, todos querían comer, pero nadie se atrevía a decirlo, escucharon con devoción hasta el final esos disparates. El mismo Bajchéiev, pese a su apetito descomunal, se mantuvo quieto, sin moverse, imbuido de respeto. Fomá Fomich, satisfecho de su propia elocuencia, recobrado el buen humor y animado por las frecuentes libaciones a la hora de comer, pronunciaba los brindis más extravagantes. Comenzó a bromear a costa de los desposados. Todos reían y aplaudían. Algunas de sus bromas eran tan soeces y directas que hasta Bajchéiev se sintió avergonzado. Finalmente, Nasteñka saltó de la mesa y huyó, lo que procuró a Fomá un deleite indescriptible, aunque inmediatamente se controló. Describió en cortas y brillantes frases las cualidades de Nasteñka y pronunció un brindis por la

salud de la ausente. Mi tío, un minuto antes confuso y dolido, ahora estaba dispuesto a darle un abrazo a Fomá Fomich. En general, el novio y la novia parecían sentirse avergonzados de sí como de su felicidad; noté que desde su bendición no habían cruzado palabra y se habría dicho que evitaban mirarse uno al otro. Cuando se levantaron de la mesa, de pronto mi tío desapareció no se sabe dónde. Salí a la terraza en su busca. Allí, en un sillón ante una taza de café, encontré a Fomá Fomich en pleno uso de la palabra y muy achispado. Tenía a su lado a Yezhévikin, Bajchéiev y Mizínchikov. Me detuve a escuchar.

—¿Por qué? —Gritaba Fomá—, ¿por qué estoy dispuesto ahora mismo a quemarme en la hoguera por mis ideas? Y ¿por qué ninguno de vosotros es capaz de hacer lo mismo? ¿Por qué, eh, por qué?

—Estaría de más, Fomá Fomich —bromeó Yezhévikin—. ¿Qué sentido tiene? Primero le dolería, luego se quemaría y, ¿qué quedaría de usted?

—¿Qué quedaría? Nobles cenizas, eso quedaría. Pero tú no eres capaz de comprenderme ni de apreciarme. Para vosotros no hay grandes hombres, a excepción de unos pocos Césares o Alejandro de Macedonia. Pues bien, ¿qué han hecho tus Césares, a quiénes han hecho felices? ¿Qué hizo tu tan alabado Alejandro de Macedonia? ¿Conquistó toda la tierra? Dame una falange igual y también yo la conquistaré, y tú, y también él... En cambio mató al virtuoso Clito, y yo no, yo no maté al virtuoso Clito... ¡Pillín! Habrían debido azotarlo, no glorificarlo en la historia universal... y con él a César.

—Tenga piedad de César, Fomá Fomich.

—¡No tendré piedad de ese imbécil! —Gritaba Fomá.

—¡Y no la tengas! —Lo apoyó calurosamente Bajchéiev, también algo bebido—. No hay que tenerles lástima, son unos bribones. Unos saltimbanquis con tal de presumir. Unos ignorantes. Comedores de salchichas. Hace nada uno quiso fundar una beca. Qué significa eso, ni el diablo lo sabe. ¿Será una nueva porquería? Y ese otro que en una reunión de gente decente, incapaz de mantenerse en pie, aún pide ron. Nada de malo hay en beber, si apetece... Bebe, bebe, pero luego descansa y después podrás seguir bebiendo... Pero no hay que perdonarlos. ¡Son todos unos bribones! ¡Tan sólo tú, Fomá, eres un sabio!

Cuando Bajchéiev se entregaba, lo hacía por entero, sin condiciones, sin ninguna crítica.

Encontré a mi tío en el jardín, junto al estanque, en el lugar más solitario. Estaba con Nasteñka. Al verme, Nasteñka escapó, como si fuera culpable, y se refugió tras unos arbustos. Mi tío salió a mi encuentro con el rostro radiante: lágrimas de felicidad brillaban en sus ojos. Tomó mis manos y las apretó con fuerza.

—¡Amigo mío! —me dijo—, todavía no creo en mi felicidad... Nastia igual. No hacemos más que asombrarnos y bendecir al Todopoderoso. Estaba llorando, ella. ¿Me crees si te digo que aún no he vuelto en mí?, no sé si lo creo o no lo creo. ¿Por qué me ha tocado a mí esta suerte? ¿Por qué? ¿Qué he hecho para merecerlo?

—Si alguien merece algo, títo, es usted —dije con convicción—. Jamás he visto hombre tan honrado, tan magnífico, tan buenísimo como usted...

—No, Serguéi, no, eso es demasiado —me respondió con cierto pesar—; el mal radica en que somos buenos cuando estamos contentos, me refiero a mí, cuando las cosas nos van bien; pero cuando van mal, procura no acercarte. Precisamente de eso hablábamos Nasteñka y yo. A pesar de estar encandilado por Fomá, no sé si me creerás, hasta hoy mismo no confiaba del todo en él, aun cuando quise convencerte de que era perfecto; ayer mismo no lo creí, cuando me rechazó tamaño regalo. Con vergüenza lo digo. El recuerdo de esta mañana me oprime el corazón, pero no era dueño de mi persona... Cuando hace un momento habló de Nastia, fue como si me mordiera el corazón. No lo comprendí y me porté como un tigre...

—Y bien, títo, puede que no fuera sino natural.

De un gesto, el tío apartó la idea.

—No, no, hermano, no digas eso. Lo ocurrido se debe sencillamente a la perversidad de mi naturaleza, a que era, a que soy, un egoísta malhumorado y lujurioso que se deja llevar sin freno por sus pasiones. Así también lo dice Fomá. (¿Qué podía yo responder a eso?). Pero tú, Serguéi, no sabes —continuó profundamente emocionado— cuántas veces me comporté de manera irritada, injusta, orgullosa y cruel, y no sólo con Fomá. Ahora, de pronto, todo me vuelve a la memoria y siento vergüenza de nunca haber hecho nada mereciente de felicidad igual. También Nastia acaba de decirlo, aunque no sé qué pecado puede tener ella, no es un ser humano, es un ángel. Me dijo que nuestra deuda con Dios es inmensa, que ahora debemos procurar ser mejores, hacer buenas obras... ¡Si la hubieras oído, con qué fervor y belleza lo decía! ¡Dios mío, qué maravillosa mujer!

Se detuvo un momento. Después continuó diciendo:

—Decidimos, amigo mío, cuidar en primer lugar a Fomá, a mamaíta y a Tatiana Ivánovna. Tatiana Ivánovna, ¡qué nobilísima persona! ¡Oh, cuán culpable soy ante todos... y también ante ti!... Pero si alguien ahora se atreve a ofender a Tatiana Ivánovna, ¡ah!, entonces... bueno, no hablemos más de eso. También habría que hacer algo por Mizínchikov.

—Sí, títo, ahora mi opinión sobre Tatiana Ivánovna ha cambiado. Imposible no respetarla, compadecerse de ella.

—Cierto, cierto —me apoyó el tío calurosamente—, es imposible no respetarla. Fíjate por ejemplo en Korovkin; seguramente te ríes de él —añadió tímidamente, mirándome a la cara— y esta tarde todos nos reíamos viéndolo. Pero mira, tal vez sea imperdonable... Es un hombre excelente, buenísimo, pero el destino... Tuvo mala suerte... Quizá no lo creas pero es así.

—No, títo, ¿por qué no iba a creerlo?

Y con mucho fervor empecé a decir que aun la persona más miserable puede conservar los mejores sentimientos; que la profundidad del alma humana no puede medirse; que no debemos despreciar a los caídos, sino al contrario, buscarlos y

ayudarlos a ponerse en pie; que la medida habitual del bien y de la moralidad es injusta, aunque todos la acepten, y muchas más cosas así. En una palabra, me entusiasmé y hasta me referí a la escuela de la naturaleza. Al final, cité unos versos: «Cuando de las tinieblas del error salimos»...

El tío se exaltó.

—¡Amigo mío, amigo mío! —dijo, emocionado—, tú me comprendes tal como soy, y has dicho mejor que yo lo que yo mismo quería expresar. Así es, así es. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué el hombre es malvado? ¿Por qué yo mismo suelo ser malo cuando es tan grato, tan bello ser bueno? También Nastia lo decía... Mira qué bello es este lugar —añadió, mirando a su alrededor—. ¡Qué naturaleza! ¡Qué cuadro! ¡Mira ese árbol! ¡Qué savia! ¡Míralo! ¡Un hombre no alcanza a abrazarlo! ¡Las hojas! ¡Qué sol! Después de una tormenta todo parece lavado y alegre de estar limpio... Se diría que los árboles tienen conciencia de sí mismos, que sienten y gozan de la vida... ¿Es posible, eh?... ¿Tú qué piensas?

—Es muy posible, títo. A su manera, claro está...

—Claro que a su manera... ¡Qué maravilloso creador!... Serguéi, tú debes de acordarte de este jardín: cómo jugabas y corrías aquí cuando eras pequeño —añadió, mirándome con indefinible expresión de amor y felicidad—. Te estaba prohibido únicamente ir al estanque solo. ¿Y no recuerdas cómo Katia, mi difunta esposa, una tarde te llamó y se puso a acariciarte?... Habías estado jugando en el jardín y estabas sofocado, la tarde estaba avanzada; tenías el pelo rubio, ensortijado... Ella jugueteaba con tus rizos sin cansarse y me dijo: «Qué bien hiciste en adoptar a este huerfanito». ¿Lo recuerdas?

—Vagamente, títo.

—Estaba anocheciendo y el sol os alumbraba a los dos y yo, sentado en un rincón, fumaba mi pipa y os miraba... Cada mes visito su tumba en la ciudad —añadió conteniendo las lágrimas, en voz baja y temblorosa—. Hablaba ahora con Nastia de esto, me dijo que iremos juntos a visitarla... —El tío calló procurando reprimir su emoción.

En aquel instante se acercó a nosotros Vidopliásov.

—¡Vidopliásov! —exclamó el tío alarmado—. ¿Te envía Fomá Fomich?

—No, vengo por mis propios asuntos.

—Ah, espléndido. Ahora tendremos noticias de Korovkin. Había querido preguntar... Le ordené no perderlo de vista, Serguéi, a Korovkin quiero decir. ¿De qué se trata, Vidopliásov?

—Me atrevo a recordarle —dijo Vidopliásov— que ayer el señor tuvo la bondad de mencionar mi petición de ayuda y ofrecerme su noble amparo ante los constantes oprobios que sufro.

—¿Es posible que se trate de nuevo de tu apellido? —exclamó el tío asustado.

—¿Qué puedo hacer? Son continuas las ofensas...

—¡Ay, Vidopliásov, Vidopliásov! ¿Qué voy a hacer contigo? —dijo el tío afligido

—. ¿De qué ofensas hablas? ¡Acabarás volviéndote loco y terminarás tus días en un manicomio!

—Yo creo que con mi inteligencia... —empezó a decir Vidopliásov.

—Bueno, bueno —lo interrumpió el tío—. Lo que te digo es por tu bien, mi buen amigo, no para ofenderte. ¿De qué ofensas hablas? Te apuesto lo que quieras que es una tontería.

—No me dejan pasar.

—¿Quién no te deja pasar?

—Todos, y sobre todo Matriona. Por su culpa mi vida es un sufrimiento. Sabido es que la gente distinguida, los que me han visto desde pequeño, siempre dijeron que parezco extranjero, sobre todo por mis rasgos faciales. Por eso mismo, ahora no me dejan tranquilo. Cuando paso delante de ellos, todos, cuando paso, me insultan, dicen palabrotas, y los niños pequeños, que son los que merecerían ser azotados, también me gritan... ahora, por ejemplo, cuando venía a verlo, gritaban... Ya no tengo fuerzas. Defiéndame, señor, protéjame.

—¡Ah, Vidopliásov!... ¿Qué es lo que gritan? Seguro que es una tontería de la que ni hay que hacer caso.

—Es indecente decirlo.

—¿Pero de qué se trata?

—Me avergüenza decirlo.

—¡Dilo ya de una vez!

—«¡Grishka el sajón nunca se quita el calzón!».

—¡Fu, vaya cosa! ¡Y yo me figuraba no sé qué! Pues tú escupe y pasa de largo.

—Así lo hice; pero gritaron todavía más.

—Escúcheme, títo —dije yo—, ya ve que se queja de no poder vivir en esta casa. Envíelo, aunque sea por un tiempo, a Moscú, a la casa del calígrafo donde usted dijo que había vivido.

—También él, hermano, acabó trágicamente.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo, señor —me respondió Vidopliásov— la desgracia de apropiarse de unos bienes ajenos, por lo cual, pese a su talento, lo detuvieron y lo enviaron a Siberia, donde pereció irrevocablemente.

—Bueno, bueno, Vidopliásov, serénate, ahora analizaré los datos y lo arreglaré, te lo prometo —dijo el tío—. ¿Y qué hace Korovkin? ¿Duerme?

—Nada de eso, acaba de marcharse. De eso venía yo a informar al señor.

—¿Marcharse? ¿Estás loco? ¿Cómo lo dejaste ir? —gritó el tío.

—Por la bondad de mi corazón; daba pena verlo. En cuanto despertó y recordó lo ocurrido empezó a darse golpes en la cabeza y a chillar como un loco.

—¿Como un loco?

—Sería más respetuoso decir que se desahogó con múltiples lamentos. El señor gritaba: «¿Cómo podré ahora presentarme ante el bello sexo?» y a continuación

agregaba: «Soy indigno del género humano». Todo dicho con gran dolor y escogiendo las palabras.

—Un hombre muy refinado, Serguéi, te lo había dicho... ¿Pero cómo pudiste dejarlo ir, Vidopliásov, cuando te encargué especialmente que no lo perdieras de vista? ¡Ay de mí, ay de mí!

—Fue por lástima, y me pidió que no se lo dijera. Su cochero dio pienso a los caballos y los unció. Y respecto al dinero que usted le dio hace tres días, me dijo que le diera respetuosamente las gracias y que lo devolvería en unos días por correo.

—¿Qué suma es ésa, títo?

—Mencionó veinticinco rublos en plata —dijo Vidopliásov.

—Así es, querido, se los presté el otro día en la posta. Él no llevaba lo suficiente. Claro que me los mandará con el primer correo. ¡Oh, Dios mío, qué lástima! ¿No deberíamos enviar a alguien en su búsqueda, Serguéi?

—No, querido tío, mejor no.

—También yo lo pienso. Sabes, Serguéi, no soy filósofo, pero creo que en cada hombre hay más bondad de lo que se ve a primera vista. Fíjate en Korovkin: no pudo soportar la vergüenza... Vámonos a la cita con Fomá, ya tenemos retraso: podría sentirse ofendido por haber sido poco atentos con él, desagradecidos... Vamos. ¡Ay, Korovkin, Korovkin!

La novela toca a su fin. Los amantes se han reunido y el genio del bien, en la persona de Fomá Fomich, se entronizó incondicionalmente en la casa. Cabría dar, llegados a este punto, muchas explicaciones atinentes, pero en realidad ahora sobran. Al menos es lo que pienso. En su lugar diré algunas palabras sobre el destino ulterior de todos los héroes de mi relato: sin ello, como se sabe, no puede darse por concluida una novela y así, por cierto, lo mandan los cánones.

La boda de los «felices enamorados» se celebró seis semanas después de los acontecimientos por mí narrados. Todo fue apacible, en familia, sin demasiada pompa ni invitados superfluos. Yo fui el padrino de Nasteñka; Mizínchikov, el de mi tío. Dicho esto, hubo, sin embargo, unos invitados. El héroe principal, el más importante, fue desde luego Fomá Fomich. Lo mimaban, lo cuidaban, pero en un momento no le sirvieron champán a tiempo. Inmediatamente hubo una escena, acompañada de reproches, gritos y sollozos. Fomá corrió a su habitación, se encerró con llave gritando que lo despreciaban, que ahora había «gente nueva» en la familia y que él ya no era nada, que no valía más que una astilla que había que tirar. El tío estaba desesperado; Nasteñka lloraba; la generala tuvo, como siempre, convulsiones... La fiesta de boda más parecía un entierro... Y el premio para mi pobre tío y la pobrecita Nasteñka fueron exactamente siete años de tal convivencia con el bienhechor Fomá Fomich. Hasta su muerte (Fomá Fomich murió el año pasado), mudaba constantemente de humor, tanto se enfadaba y renegaba, como presumía y bramaba. La veneración de los desposados hacia él, lejos de disminuir, se acrecentaba en

proporción a sus caprichos. Yégor Ílich y Nasteñka eran tan felices juntos que hasta temían por su felicidad, creían que Dios había sido muy generoso con ellos, que no lo merecían y suponían que iban a deber expiar su felicidad con la cruz y el sufrimiento. Se comprende que en ese dócil hogar Fomá Fomich pudiera hacer todo lo que se le antojara. ¡Y qué no habrá hecho en esos siete años! Es imposible imaginar qué desenfundadas fantasías alcanzaba a veces su alma vacía, inventando los más refinados caprichos morales, dignos de un Lúculo. Tres años después de la boda del tío, murió la generala. Fomá, huérfano, se sintió perdido y desesperado. Hasta hoy en la casa se sigue hablando con horror de la situación de Fomá en ese tiempo. Cuando cavaban la tumba de mi abuela, intentó lanzarse dentro, gritaba que lo enterrasen con la difunta. Durante un mes no se le confiaron cuchillos ni tenedores, y una vez cuatro personas se vieron obligados a abrirle la boca a la fuerza y sacarle de ella una aguja que intentaba tragarse. Uno de los testigos de la escena comentó que Fomá Fomich, durante la lucha, se la podría haber tragado mil veces y, sin embargo, no lo hizo. Todos rechazaron indignados semejante sospecha y acusaron a su autor de crueldad e indecencia. Únicamente Nasteñka guardó silencio y sonrió levemente, lo que hizo que el tío, señalémoslo, la mirase con cierta inquietud. Debo decir que, aunque Fomá, como antes, hacía en la casa lo que quería y era caprichoso, ya no se permitía aquellas filípicas despóticas y desvergonzadas que había infligido al tío. Se quejaba, se lamentaba, acusaba, avergonzaba, pero ya no reñía como antes, ya no existían escenas como aquella de «Su Excelencia»; y eso, creo yo, lo consiguió Nasteñka. Sin que nadie se diese cuenta, Nasteñka obligó a Fomá a hacer una que otra concesión y a suavizar su modo de ser. No quería ver a su marido humillado y se salió con la suya. Fomá veía claramente que Nasteñka casi lo comprendía. Digo «casi» porque Nasteñka también cuidaba a Fomá y llegó a secundar a su marido cuando alababa entusiasmado a su mentor. Quería que todos respetaran en todo a su marido, y por eso reiteraba en voz alta su afecto por Fomá Fomich. Estoy seguro de que el buen corazón de Nasteñka había olvidado ya las antiguas ofensas y había perdonado todo a Fomá en el preciso instante en que éste la unió con el tío; a mi parecer compartía plenamente la idea del tío de que a un desgraciado y antiguo bufón no se le podía exigir demasiado y que antes era preciso curarle el corazón. También la pobre Nasteñka había pertenecido a los «humillados», también ella había sufrido y lo recordaba. Pasado un mes de la boda, Fomá se calmó, se hizo apacible, cariñoso, pero aparecieron otros síntomas del todo inesperados; caía en un estado de sueño magnético que asustaba terriblemente a todos. De pronto, por ejemplo, decía algo, reía, pero en un segundo quedaba petrificado en la misma postura de antes del ataque. Si, por ejemplo, antes estaba sonriendo, la sonrisa se mantenía en sus labios; si tenía algo en la mano —un tenedor, por ejemplo—, el tenedor seguía en la mano sostenida en el aire. Después, claro está, la mano descendía, pero Fomá Fomich ya no sentía nada ni nada recordaba. Permanecía sentado mirando, sólo parpadeando, sin decir una palabra, sin oír nada, sin comprender nada. Una hora entera. Todos se mueren de

miedo, temen respirar, andan de puntillas, lloran. Por fin Fomá despierta, se siente terriblemente decaído y asegura que nada había oído ni visto en todo ese tiempo. El hombre debía de ser muy perverso, muy jactancioso, para soportar horas enteras de tortura voluntaria con el único propósito de proclamar después: «Miradme, soy mejor que vosotros y siento lo que vosotros no sentís».

Al final, Fomá Fomich maldijo al tío por «continuas ofensas y faltas de respeto» y se trasladó a vivir en la casa del señor Bajchéiev. Después de la boda del tío, Bajchéiev se había enfadado muchas veces con Fomá Fomich, enfados por los que acababa siempre pidiéndole perdón. Esta vez tomó el asunto con gran calidez: recibió a Fomá con fervor, le ofreció una comida succulenta y decidió romper formalmente con el tío y hasta acudir a los tribunales. Había en disputa una parcela de tierra, que nunca había sido objeto de controversia porque el tío siempre se la cedía al señor Bajchéiev, sin discusión. Pero éste, sin decir nada a nadie, mandó enganchar el coche y corrió a la ciudad para presentar una demanda judicial contra el tío, pidiéndole que le devolviese la tierra usurpada, incluyendo los gastos habidos, para castigar la arbitrariedad y la rapiña.

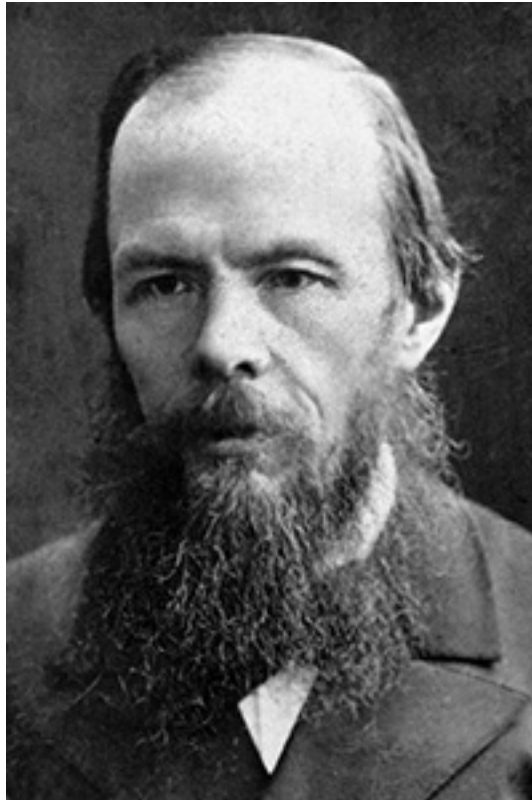
Mientras tanto, al día siguiente, aburrido del señor Bajchéiev, Fomá perdonó al tío que había ido a verlo, confesó su culpa y regresó con él a Stepanchikovo. La ira del señor Bajchéiev, que al regresar de la ciudad no encontró a Fomá, fue terrible; no obstante, tres días después se presentó en Stepanchikovo, pidió perdón llorando por su error y retiró la demanda. Ese mismo día el tío lo reconcilió con Fomá Fomich y Bajchéiev siguió corriendo tras Fomá como un perrito, añadiendo a cada palabra suya: «¡Eres un hombre inteligente, Fomá! ¡Eres un hombre sabio!».

Fomá Fomich yace ahora en su tumba, al lado de la generala. Sobre ellos se alza un precioso monumento de mármol blanco todo grabado de citas y elogiosas inscripciones. A veces Yégor Ílich y Nasteñka, tras un paseo, entran en el atrio de la iglesia para honrar la memoria de Fomá. Todavía lo siguen recordando con emoción, recuerdan cada palabra suya, lo que comía, lo que le gustaba. Todas sus pertenencias se conservan como joyas. Sintiéndose completamente huérfanos, el tío y Nasteñka se unieron todavía más. Dios no les dio hijos y lo lamentan mucho, pero no se atreven a quejarse. Sasheñka se casó ya hace tiempo con un joven magnífico y es muy feliz. Iliusha prosigue sus estudios en Moscú. Así pues el tío y Nasteñka viven solos y no se cansan de amarse. La preocupación que sienten el uno por el otro llega a ser enfermiza. Nastia reza constantemente. Creo que si uno de ellos muriese primero, el otro no tardaría una semana en seguirlo. ¡Ojalá vivan muchos años! Acogen cordialmente a todos y están siempre dispuestos a compartir lo que tienen con todo desafortunado. A Nasteñka le gusta leer la vida de los santos y suele decir con pena que deberían darlo todo a los pobres y ser felices en la pobreza. Si no tuviera la preocupación de Iliusha y Sasheñka, el tío lo habría hecho ya, porque siempre está de acuerdo con su mujer. Praskovia Ilínichna, que se encarga del cuidado de la casa, vive con ellos. El señor Bajchéiev, poco después de la boda del tío, pidió su mano, pero

ella se negó categóricamente. Dedujeron que profesaría en algún monasterio, pero no fue así. Praskovia Ilínichna posee una cualidad notable: la de eclipsarse de quienes ama, cuando no se la necesita, y de mirarlos a los ojos, de someterse a todos sus caprichos, de ayudar y servir, cuando es necesaria. Ahora, habiendo perdido a su madre, la generala, considera que su obligación es no separarse de su hermano y complacer en todo a Nasteñka. El viejo Yezhévikin vive aún y últimamente visita cada vez con mayor frecuencia a su hija. Al principio tenía a mi tío desesperado, porque él y su «rapacería» (así se refería a sus hijos) permanecían alejados de Stepanchikovo. Todas las invitaciones de mi tío resultaban infructuosas. Antes que orgulloso, era receloso y susceptible. Su susceptibilidad rayaba a veces en lo patológico. Pensar que a él, un hombre pobre, lo iban a recibir por caridad en una casa rica donde se lo pudiera considerar inoportuno y pesado, lo desesperaba; a veces se negaba a recibir ayuda de su hija; sólo aceptaba lo mínimo esencial. De mi tío, nada de nada. Nasteñka se equivocaba por completo cuando me dijo en el jardín que su padre hacía de bufón por ella. Es verdad que entonces se moría por casar a su hija, pero se hacía el payaso por una necesidad interior, para dar salida a todo el odio acumulado. Lo llevaba en la sangre. Se caricaturizaba a sí mismo, por ejemplo, bajo el aspecto del adulator más hipócrita y obsequioso. A la vez, mostraba que lo hacía sólo pour la galerie, cuanto más humillantes sus adulaciones, más evidente y mordaz la burla. Él era así. Consiguieron colocar a todos sus hijos en los mejores colegios de Moscú y Petersburgo, cuando Nasteñka le demostró claramente que lo hacía a costa de los treinta mil rublos que le había regalado Tatiana Ivánovna. Es cierto, sin embargo, que nunca cogieron el dinero de Tatiana Ivánovna y le prometieron, para que estuviese tranquila y no herir su amor propio, que recurrirían a su ayuda en caso de necesidades familiares inesperadas. Así lo hicieron. Cargaron en esa cuenta dos préstamos bastante considerables, pero Tatiana Ivánovna había muerto hacía ya tres años y Nasteñka recibió finalmente los treinta mil rublos prometidos. La muerte de la pobre Tatiana Ivánovna fue repentina. Toda la familia se disponía a ir a un baile en casa de un terrateniente vecino y ella acababa de ponerse un vestido de baile y adornar su cabeza con una fascinante corona de rosas blancas, cuando de pronto se sintió mareada, se sentó en un sillón y murió. La enterraron con la corona de rosas. Nastia estaba desesperada. En la casa habían cuidado mucho a Tatiana Ivánovna, y con ternura, como a una niña. Asombró a todos la sensatez de su testamento; aparte de los treinta mil rublos regalados a Nastia, dejaba todo, unos trescientos mil rublos, para la educación de las huérfanas pobres, y dotar de dinero a cada una de ellas al acabar sus estudios. En ese mismo año se casó la señorita Perepelítsina, que se había quedado en casa del tío una vez muerta la generala, con la esperanza de ganarse los favores de Tatiana Ivánovna. A todo esto, el funcionario terrateniente dueño de Mishino, la pequeña y mísera aldea donde tuvo lugar la desagradable escena con Obnoskin y su mamaíta por Tatiana Ivánovna, enviudó. Ese funcionario era un conocido picapleitos y tenía seis hijos de su primera esposa. Imaginando que

Perepelítsina tenía dinero, la pidió en matrimonio. Ella accedió de inmediato. Pero la Perepelítsina era pobre como una gallina y sólo tenía trescientos rublos en plata que le había regalado Nasteñka para su boda. Ahora, la mujer y el marido andan a la greña día y noche. A sus hijos les tira del pelo y les propina sus buenos cachetes; a él (según dicen) lo araña y le echa en cara constantemente que es hija de un teniente coronel. Mizínchikov vive bien. Abandonó toda esperanza de casarse por interés con Tatiana Ivánovna y empezó a interesarse por la agricultura. El tío lo recomendó a un conde rico, también terrateniente, dueño de tres mil siervos a unos veinte kilómetros de Stepanchikovo. El conde, que raras veces visitaba sus propiedades, al darse cuenta del interés de Mizínchikov por la agricultura, le ofreció encargarse de sus fincas, para lo que despidió al hombre que ocupaba antes el puesto, un alemán que, pese a la fama de probidad teutona, le robaba cuanto podía. Cinco años después, las haciendas del conde eran irreconocibles: los campesinos habían prosperado, todas las propiedades estaban registradas, algo imposible antes, las rentas se habían casi duplicado; en una palabra, en toda la región se hablaba del nuevo administrador, y su trabajo fue reconocido. Cuál no sería el disgusto y la sorpresa del conde cuando Mizínchikov, a los cinco años y pese a los ruegos y aumentos de sueldo, renunció al cargo y pidió su retiro. El conde supuso que lo habían seducido otros terratenientes vecinos, o de otras regiones. La gran sorpresa fue que, dos meses después de su retiro, Iván Ivánovich Mizínchikov poseía una excelente propiedad de cien siervos, a cuarenta kilómetros justos de la del conde, comprada a un húsar arruinado, antiguo amigo suyo. Empeñó inmediatamente esos siervos y un año después poseía en los alrededores sesenta siervos más. Ahora es un próspero terrateniente y su administración es excelente. Todos se preguntan de dónde consiguió repentinamente tanto dinero. Otros se limitan a mover la cabeza. Iván Ivánovich está completamente tranquilo y seguro de su derecho. Hizo venir de Moscú a su hermana, esa famosa hermana que le había dado sus últimos tres rublos para comprarse unas botas para ir a Stepanchikovo. Una mujer encantadora, no joven, pero amable, humilde, cariñosa y culta, aunque extremadamente tímida. Había vivido Dios sabe dónde en Moscú como dama de compañía de no sé qué bienhechora; ahora venera a su hermano, su voluntad es ley para ella, dirige la economía de la casa y se siente plenamente feliz. Su hermano no la mima demasiado y es severo con ella, pero ella no lo percibe. En Stepanchikovo le han tomado mucho cariño y dicen que el señor Bajchéiev no es indiferente a sus encantos, pero teme ser rechazado, aunque del señor Bajchéiev pensamos hablar en otra ocasión, en otro relato y con mayor detalle.

Creo que he mencionado a todos los personajes... ¡no!, he olvidado a Gávril: está muy envejecido y ha olvidado por completo el francés. Falaley se ha convertido en un buen cochero y el pobre Vidopliásov hace mucho tiempo que está en un manicomio y creo que allí murió. Uno de estos días iré a Stepanchikovo y sin falta preguntaré a mi tío qué fue de él.



FIÓDOR MIJAILOVICH DOSTOIEVSKY (Moscú, 1821-San Petersburgo, 1881). Novelista ruso. Educado por su padre, un médico de carácter despótico y brutal, encontró protección y cariño en su madre, que murió prematuramente. Al quedar viudo, el padre se entregó al alcohol, y envió finalmente a su hijo a la Escuela de Ingenieros de San Petersburgo, lo que no impidió que el joven Dostoievski se apasionara por la literatura y empezara a desarrollar sus cualidades de escritor.

A los dieciocho años, la noticia de la muerte de su padre, torturado y asesinado por un grupo de campesinos, estuvo cerca de hacerle perder la razón. Ese acontecimiento lo marcó como una revelación, ya que sintió ese crimen como suyo, por haber llegado a desearlo inconscientemente. Al terminar sus estudios, tenía veinte años; decidió entonces permanecer en San Petersburgo, donde ganó algún dinero realizando traducciones.

La publicación, en 1846, de su novela epistolar *Pobres gentes*, que estaba avalada por el poeta Nekrásov y por el crítico literario Belinski, le valió una fama ruidosa y efímera, ya que sus siguientes obras, escritas entre ese mismo año y 1849, no tuvieron ninguna repercusión, de modo que su autor cayó en un olvido total.

En 1849 fue condenado a muerte por su colaboración con determinados grupos liberales y revolucionarios. Indultado momentos antes de la hora fijada para su ejecución, estuvo cuatro años en un presidio de Siberia, experiencia que relataría más adelante en *Recuerdos de la casa de los muertos*. Ya en libertad, fue incorporado a un regimiento de tiradores siberianos y contrajo matrimonio con una viuda con pocos

recursos, Maria Dmítrievna Isáieva.

Tras largo tiempo en Tver, recibió autorización para regresar a San Petersburgo, donde no encontró a ninguno de sus antiguos amigos, ni eco alguno de su fama. La publicación de Recuerdos de la casa de los muertos (1861) le devolvió la celebridad. Para la redacción de su siguiente obra, Memorias del subsuelo (1864), también se inspiró en su experiencia siberiana. Soportó la muerte de su mujer y de su hermano como una fatalidad ineludible. En 1866 publicó El jugador, y la primera obra de la serie de grandes novelas que lo consagraron definitivamente como uno de los mayores genios de su época, Crimen y castigo. La presión de sus acreedores lo llevó a abandonar Rusia y a viajar indefinidamente por Europa junto a su nueva y joven esposa, Ana Grigorievna. Durante uno de esos viajes su esposa dio a luz una niña que moriría pocos días después, lo cual sumió al escritor en un profundo dolor.

A partir de ese momento sucumbió a la tentación del juego y sufrió frecuentes ataques epilépticos. Tras nacer su segundo hijo, estableció un elevado ritmo de trabajo que le permitió publicar obras como El idiota (1868) o Los endemoniados (1870), que le proporcionaron una gran fama y la posibilidad de volver a su país, en el que fue recibido con entusiasmo. En ese contexto emprendió la redacción de Diario de un escritor, obra en la que se erige como guía espiritual de Rusia y reivindica un nacionalismo ruso articulado en torno a la fe ortodoxa y opuesto al decadentismo de Europa occidental, por cuya cultura no dejó, sin embargo, de sentir una profunda admiración.

En 1880 apareció la que el propio escritor consideró su obra maestra, Los hermanos Karamazov, que condensa los temas más característicos de su literatura: agudos análisis psicológicos, la relación del hombre con Dios, la angustia moral del hombre moderno y las aporías de la libertad humana. Máximo representante, según el tópico, de la «novela de ideas», en sus obras aparecen evidentes rasgos de modernidad, sobre todo en el tratamiento del detalle y de lo cotidiano, en el tono vívido y real de los diálogos y en el sentido irónico que apunta en ocasiones junto a la tragedia moral de sus personajes.

Notas

[1] Seudónimo O. Senkovsky, un periodista ruso, novelista, crítico y editor de «Biblioteca para la lectura» (*Nota de la edición rusa.*) <<

[2] Es decir, rojo o rojo-púrpura. (*Nota de la edición rusa.*) <<

[3] Escritor francés, cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de la literatura frívola.
(Nota de la edición rusa) <<

[4] Los versos que aparecen aquí han sido tomados de la traducción de R. Cansinos Assens. (*Nota del editor*) <<